Coeditado por: Asociación de Historia Contemporánea y Marcial Pons Historia
Madrid, 2016. ISSN: 1134-2277

ayer

La crisis de la «Segunda República» en Italia

Después de la crisis de 1992-1994, se inició en Italia la etapa política que se ha dado en llamar «Segunda República»: dos décadas en las que Silvio Berlusconi fue el líder de la derecha. El ocaso de su liderazgo no ha solucionado los problemas del país y ha dejado pendiente la interpretación del berlusconismo.

104
Revista de Historia Contemporánea
2016 (4)

AYER

104/2016 (4)

ISSN: 1134-2277

ASOCIACIÓN DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA
MARCIAL PONS, EDICIONES DE HISTORIA, S. A.

MADRID, 2016

EDITAN:

Asociación de Historia Contemporánea
www.ahistcon.org

Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.
www.marcialpons.es

Consejo de Redacción

Director

Juan Luis Pan-Montojo González (Universidad Autónoma de Madrid)

Secretaria

Teresa María Ortega López (Universidad de Granada)

Editores

Nerea Aresti Esteban (Universidad del País Vasco/
Euskal Herriko Unibertsitatea) y Miguel Cabo Villaverde
(Universidade de Santiago de Compostela)

Miembros

Cristina Borderías Mondéjar (Universitat de Barcelona), Ricardo Martín de la Guardia (Universidad de Valladolid), Ignacio Peiró Martín (Universidad de Zaragoza), José María Portillo Valdés (Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea), Ismael Saz Campos (Universitat de València), Susana Sueiro Seoane (UNED)

Colaboradora del Consejo de Redacción

María Candelaria Fuentes Navarro (Universidad de Granada)

Consejo Asesor

Miguel Artola Gallego (Universidad Autónoma de Madrid), Carlos Forcadell Álvarez (Universidad de Zaragoza), Silke Hensel (Westfälische Wilhelms-Universität Münster), Jo Labanyi (New York University), Mirta Zaida Lobato (Universidad de Buenos Aires), Sérgio Campos Matos (Universidade de Lisboa), Xosé Manoel Núñez Seixas (Ludwig-Maximilians-Universität München), Manuel Pérez Ledesma (Universidad Autónoma de Madrid), Tomás Pérez Vejo (Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH, México), Ilaria Porciani (Università degli Studi di Bologna), Juan Pro Ruiz (Universidad Autónoma de Madrid), Pamela Radcliff (University of California, San Diego), Pedro Ruiz Torres (Universitat de València), Renán Silva Olarte (Universidad de los Andes, Colombia), Ramón Villares Paz (Universidade de Santiago de Compostela), Mercedes Yusta Rodrigo (Université Paris 8-Vincennes-Saint Denis)

Ayer es el día precedente inmediato a *hoy* en palabras de Covarrubias. Nombra al pasado reciente y es el título que la *Asociación de Historia Contemporánea,* en coedición con *Marcial Pons, Ediciones de Historia,* ha dado a la serie de publicaciones que dedica al estudio de los acontecimientos y fenómenos más importantes del pasado próximo. La preocupación del hombre por determinar su posición sobre la superficie terrestre no se resolvió hasta que fue capaz de conocer la distancia que le separaba del meridiano 0. Fijar nuestra atención en el correr del tiempo requiere conocer la historia y en particular sus capítulos más recientes. Nuestra contribución a este empeño se materializa en esta revista.

La *Asociación de Historia Contemporánea,* para respetar la diversidad de opiniones de sus miembros, renuncia a mantener una determinada línea editorial y ofrece, en su lugar, el medio para que todas las escuelas, especialidades y metodologías tengan la oportunidad de hacer valer sus particulares puntos de vista.

Miguel Artola, 1991.

AYER está reconocida con el *sello de calidad* de la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT) y recogida e indexada en Thomson-Reuters Web of Science (ISI: Arts and Humanities Citation Index, Current Contents/ Arts and Humanities, Social Sciences Citation Index, Journal Citation Reports/ Social Sciences Edition y Current Contents/Social and Behavioral Sciences), *Scopus, Historical Abstracts, ERIH PLUS, Periodical Index Online, Ulrichs, ISOC, DICE, RESH, IN-RECH, Dialnet, MIAR, CARHUS PLUS+ y Latindex*

Esta revista es miembro de ARCE

© Asociación de Historia Contemporánea
Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.

ISBN: 978-84-16662-09-8
ISSN: 1134-2277
Depósito legal: M. 1.149-1991

Diseño de la cubierta: Manuel Estrada. Diseño Gráfico

Impreso en Madrid
2016

Ayer 104/2016 (4) ISSN: 1134-2277

SUMARIO

DOSIER

LA CRISIS DE LA «SEGUNDA REPÚBLICA» EN ITALIA

Alfonso Botti, *ed.*

Presentación, Alfonso Botti 13-16
La «Segunda República» en Italia: crónica política de una transición sin fin, Alfonso Botti..... 17-42
El berlusconismo, Giovanni Orsina 43-66
La izquierda poscomunista italiana en los años de Berlusconi, Lorenzo Bertucelli..... 67-94
Autoconciencia de una nación: el debate cultural sobre la crisis política y moral italiana (1994-2014), Anna Pattuzzi y Alfonso Botti 95-122

ESTUDIOS

El hombre imprescindible: Baldomero Espartero y la crisis revolucionaria de 1868-1876, Adrian Shubert 125-151
Los movimientos indígenas y campesinos en México (1920-2000), Leticia Reina Aoyama 153-175
En busca de la paz prometida: actitudes de normalización durante el primer franquismo (1936-1952), Claudio Hernández Burgos..... 177-201
El Chile de Allende y la España de Franco. Una alianza inesperada favorecida por la tensión entre Washington y Santiago, Pablo Sapag Muñoz de la Peña..... 203-228

ENSAYO BIBLIOGRÁFICO

Las Fuerzas Armadas y la sociedad en la España democrática: un estado de la cuestión, Carlos Navajas Zubeldia... 231-246

DEBATE

Historia de las mujeres y de género: pasado y futuro 249-276

Ayer 104/2016 (4) ISSN: 1134-2277

CONTENTS

DOSSIER

THE CRISIS OF THE «SECOND REPUBLIC» IN ITALY

Alfonso Botti, *ed.*

Presentation, Alfonso Botti 13-16
The Second Republic in Italy: political chronicle of an endless transition, Alfonso Botti 17-42
Berlusconi-ism, Giovanni Orsina 43-66
The Italian post-communist left in the years of Berlusconi, Lorenzo Bertucelli 67-94
Self-conscience of a nation: the cultural debate on the political and moral crisis of Italy (1994-2014), Anna Pattuzzi y Alfonso Botti 95-122

STUDIES

The indispensable man: Baldomero Espartero and the revolutionary crisis of 1868-1876, Adrian Shubert 125-151
Indigenous and peasant movements in Mexico (1920-2000), Leticia Reina Aoyama 153-175
In search of the promised peace: attitudes of normalisation during early Francoism (1936-1952), Claudio Hernández Burgos 177-201
Allende's Chile and Franco's Spain. An unexpected alliance favoured by Washington and Santiago, Pablo Sapag Muñoz de la Peña 203-228

BIBLIOGRAPHICAL ESSAY

The armed forces and the Spanish democratic society: state of the question, Carlos Navajas Zubeldia..... 231-246

DEBATE

Women's and gender history: past and future..... 249-276

DOSIER

La crisis de la «Segunda República» en Italia

Ayer 104/2016 (4): 13-16 ISSN: 1134-2277

Presentación

Alfonso Botti
Università degli Studi
di Modena e Reggio Emilia
alfonso.botti@unimore.it

Como decíamos ayer... es el punto de arranque obligado, aunque nada original, de esta presentación.

El *ayer* se remonta a hace ya más de veinte años cuando *Ayer* publicó un número —entonces todavía no había dosieres, sino números monográficos— dedicado a la historia de la Italia republicana[1]. Había sido el segundo monográfico de esta revista dedicado a la historia de un país que no fuese España, tras el que Juan José Carreras había dirigido sobre la historia del Estado alemán[2].

La crisis del sistema político italiano, y concretamente de los partidos, que entonces parecía introducir un cambio sustantivo y con ello una clara periodización en la historia italiana de la segunda posguerra, me habían brindado la ocasión para proponer a la dirección de la revista el número sobre Italia.

El impacto de la caída del Muro de Berlín, de la subsiguiente implosión del imperio soviético y con ello del fin de la Guerra Fría, sobre los dos principales partidos políticos italianos —la Democracia Cristiana (DC) y el Partido Comunista Italiano (PCI)— había sido enorme. Frente al peligro comunista, los diferentes pontífices y los obispos habían fundamentado a partir de 1945 la unidad política de

[1] Véase el dosier de Alfonso Botti (ed.): *Italia 1945-1994, Ayer,* 16 (1994).

[2] Véase el dosier de Juan José Carreras (ed.): *El estado alemán (1870-1992), Ayer,* 5 (1992).

los católicos en la DC. El fin del miedo al comunismo soviético suponía el fin de la cohesión de los católicos en el plano político y con ello de la razón principal del voto católico a la DC. Además, después del asesinato de Aldo Moro (1978), la DC se encontraba sin aquel liderazgo autorizado que posiblemente hubiera podido evitar —o por lo menos ralentizar— la diáspora del electorado católico hacia otros espacios políticos. Algo diferente y al mismo tiempo similar pasó en el PCI. Similar por la falta de un fuerte liderazgo después de la muerte de Enrico Berlinguer (1984); diferente porque la implosión de la Unión Soviética dejaba al PCI huérfano de una referencia que había sido fundamental a lo largo de toda su trayectoria histórica y a mitad de camino en el proceso de gradual desenganche de la misma promovido por el propio Berlinguer.

A estos acontecimientos internacionales se sumó el estallido de los escándalos de *Tangentopoli,* a raíz de la financiación ilícita de los partidos que, además de a la DC, destruyeron al Partido Socialista Italiano (PSI) de Bettino Craxi, el más frágil y comprometido con la financiación ilícita de los tres partidos tradicionales de la Italia de la segunda posguerra. El derrumbamiento fue acompañado por el movimiento de opinión «Manos Limpias», una movilización ciudadana de orientación antipartitocrática y, en particular, antisocialista, debido a la utilización del poder de coalición del cual Craxi se había aprovechado descaradamente para presentarse como expresión y líder de una izquierda gubernamental solvente y moderna. Causa añadida y al tiempo efecto de esta crisis, la afirmación de un movimiento como la Liga Norte de Umberto Bossi, inventor de la Padania y partidario de su secesión del Estado italiano. Por primera vez desde la unificación de 1861-1870 no sólo alguien ponía en tela de juicio el proyecto nacional del Resurgimiento italiano, sino que encontraba a otros muchos que le hacían caso. Consecuencia de todo lo anteriormente expuesto, fueron la crisis del sistema político salido de la Constitución de 1948 y de la identidad nacional también.

Algo más de dos décadas después, los años 1992-1994 siguen marcando el fin de una época y con ello una periodización aceptada por todos los historiadores. A partir de entonces, los periódicos y otros medios empezaron a utilizar la definición de «Segunda República» para describir lo que venía después. Quien estas líneas escribe acababa su artículo en el número de *Ayer* de 1994 sobre Italia con

una metáfora arriesgada, desde el punto de vista cromático, al escribir que había una luz rara en el cielo del *Belpaese,* la «misma que de vez en cuando se da tanto en la proximidad de la aurora como durante el ocaso. ¿Estará la noche por detrás?»[3]. Quizá una metáfora que un pintor, que es dueño de la luz y señor de los matices de los colores, no hubiera aceptado y que, sin embargo, para un historiador resultaba pertinente porque permitía expresar la duda sobre lo que estaba efectivamente pasando. La noche, en cambio, como insinuaba la pregunta —retórica, por supuesto— no quedó atrás y la luz incierta siguió caracterizando las dos décadas sucesivas.

Sobre estos veinte años las valoraciones de los historiadores son discordantes. El hecho cierto es que quien supo aprovecharse de la crisis de 1992-1994 fue Silvio Berlusconi y que su ingreso en la política ha marcado desde entonces hasta hace muy poco tiempo la historia italiana. Un periodo que ha visto la aparición de nuevos sujetos políticos, varios intentos de reformas institucionales y constitucionales, la aparición de nuevos movimientos expresados por la sociedad civil, la deriva etnicista-xenófoba-identitaria, de corte *lepeniano,* de la Liga Norte con el cambio de liderazgo de Umberto Bossi por Matteo Salvini. Todo lo anteriormente dicho en el marco de una situación difícil de la economía, que se ha vuelto muy grave con la crisis financiera de 2007-2008.

A esos veinte años está dedicado el dosier de *Ayer* que el lector tiene en sus manos. Un dosier que ha sido redactado desde la perspectiva que facilita el fin de esas dos décadas tan estrechamente vinculadas a la figura de Berlusconi. Un fin marcado por la crisis de Forza Italia, la edad avanzada del ya ex-*Cavaliere,* por el éxito del Movimento 5 Stelle y por el ascenso al liderazgo del centroizquierda y a la presidencia del Gobierno de Matteo Renzi. Un dosier que, al margen de las dimensiones económicas y sociales, se centra en los aspectos políticos y en la reflexión cultural sobre los múltiples problemas de Italia que han caracterizado el periodo.

La primera aportación del dosier es de historia político-institucional y trata de los procesos políticos, los gobiernos y las elecciones. Poco más que una crónica, con la bibliografía esencial correspondiente, para mejor ubicar al lector frente a las dinámicas de un país

[3] Alfonso Botti: «Sistema político y crisis de la Primera República», *Ayer,* 16 (1994), pp. 143-167, esp. p. 167.

que suelen considerarse un tanto raras cuando no explícitamente indescifrables por quienes las miran desde afuera. El segundo artículo trata del berlusconismo como proyecto político y corresponde a Giovanni Orsina, autor de una monografía sobre Berlusconi que, por su original interpretación, ha tenido mucho éxito dentro y fuera de Italia. La tercera colaboración es de Lorenzo Bertucelli, especialista en historia del trabajo, del movimiento sindical y de la izquierda, y se centra en los cambios y procesos que han caracterizado la principal fuerza política de la izquierda italiana —el PCI— en sus diferentes fases hasta la actual configuración bajo el liderazgo de Matteo Renzi. Para concluir, un artículo, escrito por Anna Pattuzzi y el coordinador del presente dosier, que bajo el aspecto de una reseña bibliográfica tiene la finalidad de evidenciar cómo desde la crisis de 1992-1994 se han editado en Italia un gran número de publicaciones sobre varios aspectos de la vida italiana y de la forma de ser de los italianos. Una reflexión crítica y a menudo autocrítica sobre aspectos antropológicos y éticos, además de políticos y sociales, que en su conjunto se ha venido presentando como la autoconciencia de una nación en crisis de identidad y en busca de salidas.

Sobra decir que el terreno en el cual se mueven todas las aportaciones del dosier es el resbaladizo de la historia más reciente, que tiende a denominarse «Historia actual» o «Historia del tiempo presente». Es decir, una historia que todavía no ha perdido el contacto con la crónica, que no tiene a su disposición fuentes fundamentales ni la necesaria perspectiva a partir de la cual enmarcar figuras, acontecimientos y procesos. Por eso mismo, una historia que sólo puede ser abordada por una historiografía más bien provisional en sus enfoques, periodizaciones, valoraciones y que, sin embargo, puede ofrecer además de unas primeras claves para entender el pasado próximo, una brújula para orientarse en el laberíntico presente. Aunque no fuera por otra cosa, ya habría merecido la pena aproximarse a este pasado tan reciente.

Ayer 104/2016 (4): 17-42 ISSN: 1134-2277

La «Segunda República» en Italia: crónica política de una transición sin fin

Alfonso Botti
Università degli Studi
di Modena e Reggio Emilia
alfonso.botti@unimore.it

Resumen: El artículo reconstruye los principales acontecimientos de la historia política italiana desde la crisis del sistema político de 1992-1994 hasta el ascenso a la Presidencia del Consejo de ministros de Matteo Renzi en 2014. Se trata de dos decenios en los que desaparecieron los partidos políticos que habían caracterizado el primer medio siglo de historia republicana (DC, PCI y PSI) y se produjo el nacimiento de nuevas, y bastante inestables, agrupaciones sin cultura política, en los que se constituyó y se desintegró el fuerte liderazgo del Silvio Berlusconi, se introdujo una imperfecta alternancia entre un polo moderado y un polo progresista y aparecieron movimientos muy críticos con la política, en nombre de los valores de la sociedad civil. Dos décadas que se ha puesto de moda definir como «Segunda República», pese a que la primera historiografía sobre el periodo no coincida con esa interpretación y pese a que para la transición italiana no se vislumbre todavía la salida en un nuevo sistema político estable y compartido ni tan siquiera la dirección del camino.

Palabras clave: Historia política, Italia, transición, Berlusconi, «Segunda República», nuevos movimientos políticos.

Abstract: The article retraces the main events of Italian political history between the crisis of the political system in 1992-94 and the rise of the current Prime Minister, Matteo Renzi, in 2014. These twenty years have seen the disappearance of those parties that had characterised the first fifty years of republican history (DC, PCI, and PSI), and the birth of new and quite instable political groupings, devoid of political culture. They have also seen the success and decline of Silvio Berlusco-

Recibido: 25-05-2015 Aceptado: 22-04-2016

ni's strong leadership, the introduction of a weak alternation between a moderate and a progressive pole, and the birth of movements that are strongly critical towards politics in the name of the values of civil society. These twenty years are now commonly defined as «Second Republic», even though the first historiography on the period is far from such an interpretation and despite the fact that there is not a visible way out into a new stable and shared political system on the horizon, nor a clear direction for the transition.

Keywords: Italian political history, transition, Berlusconi, «Second Republic», new political movements.

La caída del Muro de Berlín y la implosión de la Unión Soviética —como es sabido— periodizan un cambio del mundo tal y como se había estructurado a partir de 1945. A su impacto sobre el sistema político italiano se suman, con resultados devastadores, además de una crisis económica marcada por el incremento de la deuda pública en relación con el PIB (124,8 por 100 en 1994), los escándalos de «Tangentopoli» y la aparición de ligas separatistas que cuestionan la unidad nacional. En el arco de poco tiempo desaparecen los tres principales partidos políticos DC, PCI y PSI, junto a otros menores, y con ello la «República de los partidos»[1], mientras la sociedad es sacudida por movimientos de protesta frente a la partitocracia, que contraponen la sociedad civil a la política. De entre ellos destaca el de «Manos Limpias», mientras otro, liderado por Mario Segni, que con el apoyo de los radicales ya había obtenido en 1991 la eliminación de

[1] Pietro Scoppola: *La Repubblica dei partiti. Profilo storico della democrazia in Italia (1945-1990),* Bolonia, Il Mulino, 1991, además de, para el lector español, el dosier Alfonso Botti (ed.): *Italia 1945-1994, Ayer,* 16 (1994). Una panorámica muy útil sobre la situación italiana hasta 1994 la ofrece Paul Ginsborg: *Stato dell'Italia,* Milán, Il Saggiatore-Bruno Mondadori, 1994. Sin embargo, la más completa puesta al día de los problemas y del estado de la cuestión la ofrecen Silvio Pons, Adriano Roccucci y Federico Romero (eds.): *Fine della Guerra fredda e globalizzazione,* vol. I; Enrica Esquer, Emanuele Beradi y Carlo Fumian (eds.): *Il mutamento sociale,* vol. II; Simona Colarizi, Agostino Giovagnoli y Paolo Pombeni (eds.): *Istituzioni e politica,* vol. III, todos en *L'Italia contemporanea dagli anni Ottanta a oggi,* Roma, Carocci, 2014. Una perspectiva diferente, a partir de un justo énfasis sobre la incidencia del factor demográfico y una menos plausible presentación en clave reformista del periodo 1992-1998, se encuentra en Giuliano Amato y Andrea Graziosi: *Grandi illusioni. Ragionando sull'Italia,* Bolonia, Il Mulino, 2013, pp. 183-252.

las preferencias múltiples en la Cámara de Diputados a través de un referéndum, continúa por la misma vía con el objetivo de introducir reformas parciales, consiguiéndolo en 1993 con la derogación de la Ley Electoral proporcional para el Senado[2]. A estas alturas, en enero de 1994, cuando está extendida la sensación de un cambio hacia la izquierda en la orientación del país, Silvio Berlusconi decide competir en las elecciones con un partido fundado pocos meses antes, Forza Italia (FI)[3], y con una alianza espuria: en las regiones septentrionales con la Lega Nord[4] (Polo delle Libertà) y en el sur con la derecha de procedencia fascista (Polo del Buon Governo).

Además de defender sus concretos intereses empresariales, su proyecto es el lanzamiento de un partido liberal de masas con el cual pretende realizar una modernización del país a través de privatizaciones, libre mercado y, sobre todo, la reducción del papel del Estado[5]. Se presenta como un reformador anticomunista, tachando de conservadores a los demás.

---

[2] La participación en el referéndum de junio de 1991 fue del 62,5 por 100 y el voto a favor de la derogación de las preferencias múltiples alcanzó el 98 por 100. En abril de 1993 votaron a favor de la derogación de la Ley Electoral vigente para el Senado el 82,7 por 100 de los electores, que fueron el 77 por 100 de los que tenían derecho. Al mismo tiempo fue aprobada con un porcentaje del 90,3 por 100 la derogación de la ley sobre la financiación pública de los partidos.

[3] Giacomo Santucci: «La nascita di Forza Italia nella stampa quotidiana (novembre 1993-marzo 1994)», *Mondo contemporaneo,* 2 (2012), pp. 51-90. Desde el punto de vista de la comunicación política: Ilvo Diamanti «La politica come marketing», *MicroMega,* 2 (1994), pp. 60-77; Giacomo Sani y Guido Legnante: «Quanto ha contato la comunicazione politica?», *Rivista italiana di scienza politica,* 3 (2001), pp. 481-502, y Amedeo Benedetti: *Il linguaggio e la retorica della nuova politica italiana: Silvio Berlusconi e Forza Italia,* Génova, Erga, 2004. Sobre los aspectos organizativos: Patrik McCarthy: «Forza Italia: nascita e sviluppo di un partito virtuale», en Piero Ignazi y Richard Katz (eds.): *Politica in Italia. Edizione 1995,* Bolonia, Il Mulino, 1995, pp. 49-72; Carmen Golia: *Dentro Forza Italia. Organizzazione e militanza,* Venezia, Marsilio, 1997; Emanuele Poli: *Forza Italia: strutture, leadership e radicamento territoriale,* Bolonia, Il Mulino, 2001, y Piero Ignazi: *Partiti politici in Italia,* Bolonia, Il Mulino, 2008, pp. 60-81.

[4] Ilvo Diamanti: *La Lega. Geografia, storia e sociologia di un nuovo soggetto politico,* Roma, Donzelli, 1993; Giovanni de Luna (ed.): *Figli di un benessere minore. La Lega 1979-1993,* Florencia, La Nuova Italia, 1994; Roberto Biorcio: *La rivincita del Nord. La Lega dalla contestazione al governo,* Roma-Bari, Laterza, 2010, y Guido Passalacqua: *Il vento della Padania. Storia della Lega Nord, 1984-2009,* Milán, Mondadori, 2009.

[5] Sobre el proyecto liberal de Berlusconi, véase Giovanni Orsina: *Il berlusco-*

De Berlusconi I a Dini

En contra de los pronósticos y contando con la infravaloración de sus adversarios, la coalición bifronte liderada por *Il Cavaliere* gana las elecciones del 27-28 de marzo de 1994, conquistando 301 escaños en la Cámara de Diputados y 154 en el Senado, frente a los 164 y 122 de los Progresistas[6]. El 10 de mayo, Berlusconi jura el cargo de presidente del Consejo de Ministros, después de que la oposición desaprovechara el artículo 10 de la ley que establecía la inelegibilidad de los titulares de concesiones televisivas (Ley 361/1957). Su complicada mayoría parlamentaria integrada por FI, Alleanza Nazionale (AN), Centro Cristiano Democratico (CCD) y Lega Nord tuvo problemas para designar los ministros (incluyendo en esos problemas los vetos del presidente de la República, Oscar Luigi Scalfaro, que se negó a admitir al abogado de Berlusconi, Cesare Previti, como ministro de Justicia). Rompiendo con la praxis anterior en la cual la presidencia de la Cámara de Diputados (tercera autoridad del Estado) había sido atribuida a la oposición, la nueva mayoría ocupa las presidencias de ambas Cámaras (Irene Pivetti de la Lega en la Cámara de Diputados y Carlo Scognamiglio de FI en el Senado), cambia la dirección de los servicios de inteligencia y el Consejo de Administración de la Rai, con un procedimiento de *spoil system* inusual en el contexto italiano. Con el ministro de la justicia, Alfredo Biondi, procedente del Partido Liberal, intenta además una reforma de la justicia para reducir las penas por delitos como corrupción y concusión, lo que provoca la protesta de los magistrados de «Manos Limpias» y las críticas de los aliados de FI, concretamente de AN y de la Lega[7].

Con relación al presupuesto para 1995, a raíz de los recortes necesarios para cumplir con los criterios de Maastricht, el Gobierno

---

nismo nella storia d'Italia, Venecia, Marsilio, 2013, y el artículo del mismo autor en este número de *Ayer*.

[6] Para el análisis del voto, véase Stefano BARTOLINI y Roberto D'ALIMONTE (eds.): *Maggioritario ma non troppo. Le elezioni politiche del 1994,* Bolonia, Il Mulino, 1995.

[7] Para una recopilación comentada de las leyes propuestas o aprobadas, para facilitar los problemas de *Il Cavaliere* con la justicia, Marco TRAVAGLIO: *Ad personam*, *1994-2010: così destra e sinistra hanno privatizzato la democracia,* Milán, Chiarelettere, 2010.

anuncia simplificaciones tributarias para las empresas y una serie de amnistías urbanísticas y fiscales. Medidas y opciones que acentúan la fractura con la oposición y los sindicatos (que protestan en una manifestación multitudinaria en Roma el 12 de noviembre), mientras que la Lega empieza a discrepar del Gobierno. Estallan además las contradicciones entre AN (profundamente nacionalista) y la Lega (autonomista con una fuerte tendencia al independentismo) sobre la reforma federal del Estado, punto imprescindible del programa de la segunda.

En las elecciones administrativas parciales de otoño de 1994, la alianza entre el Partito Popolare (PPI) y el Partito Democratico della Sinistra (PDS) obtiene un buen resultado en diferentes ciudades. No ocurre lo mismo con los partidos gubernamentales, puesto que si AN y la Lega ganan algo, FI no tiene el incremento previsto.

Un agrio enfrentamiento entre el Gobierno y la Fiscalía de la República de Milán estalla el 22 de noviembre de 1994, cuando los fiscales citan a declarar a Berlusconi por presunto soborno a inspectores de Hacienda, durante la cumbre internacional de Nápoles sobre la criminalidad organizada. Así cuando en diciembre la Lega, que ya había rechazado la ley del Gobierno sobre las pensiones, vota con la oposición la propuesta de instituir una comisión para reformar el sistema televisivo, Berlusconi dimite (22 de diciembre de 1994), acusando de traición a Bossi (el *ribaltone*) y, a continuación, de improviso, al presidente Scalfaro, por haberse negado a disolver el Parlamento. Lo sustituye un Gobierno técnico presidido por Lamberto Dini, antiguo director del Banco de Italia y ministro del Tesoro en el anterior Gobierno de Berlusconi, a favor del cual votan PDS, PPI, Patto Segni y Lega Nord.

El Gobierno Dini actúa con cuatro prioridades. En primer lugar, una maniobra financiera con ajustes de 20.000 millones de liras para 1995 y 30.000 millones para el presupuesto del Estado de 1996. En segundo lugar, la reforma de las pensiones, que negocia con los sindicatos y que fija la elevación gradual de la edad de jubilación, introduciendo el sistema contributivo (Ley 335/1995). En tercer lugar, consensúa una reforma electoral para las regionales, que otorga un premio de mayoría del 20 por 100 para la coalición ganadora (Ley 43/1995). En cambio, la cuarta, consistente en la reforma del sistema televisivo, fracasa debido también al resultado del referéndum del 11 de junio, en el cual los electores rechazan la propuesta

de suprimir el límite de dos redes televisivas para los sujetos privados que tengan el control de editoriales y periódicos.

Mientras tanto surgen problemas y se producen varios cambios en las fuerzas políticas. En la Liga, Roberto Maroni, con 55 parlamentarios, constituye una corriente propia y Umberto Bossi lanza la cuestión de la independencia de las regiones septentrionales, plasmando el mito de la Padania[8]. La fuerza política que vertebra AN, el MSI, deja de existir en el Congreso de Fiuggi de enero de 1995 con el intento, liderado por Gianfanco Fini, de convertirse por fin en una derecha posfascista y demócrata[9]. Contribuye a consolidar esa imagen la escisión que lleva a los fascistas duros y puros a formar un nuevo Movimento Sociale Italiano-Fiamma Tricolore, promovido por Giorgio Rauti y Giorgio Pisanò. Sin embargo, el acontecimiento más importante de esta fase es la candidatura de Romano Prodi, procedente de la izquierda demócrata cristiana y presidente del IRI en los ochenta, y la formación de una gran coalición de centro-izquerda (L'Ulivo). Esto provoca una escisión en la derecha del PPI, que lleva a la formación de los Cristiani Democratici Uniti (CDU) liderados por Rocco Buttiglione, partidario de una alianza con Berlusconi en las regionales de 23 de abril de 1995, en las cuales el centro-izquierda conquista la mayoría en nueve regiones, dejando al centro-derecha seis.

Durante estos meses se produce un enfrentamiento entre el ministro de Justicia del Gobierno Dini, Filippo Mancuso, y las fuerzas de izquierda, que piden su dimisión y que votan en su contra en el Senado, mientras que la oposición de centro-derecha vota en favor del ministro, a pesar de pedir al mismo tiempo la dimisión del Gobierno. A raíz de la fractura entre Lega y Gobierno, Dini dimite el 11 de enero de 1996. Scalfaro, para que se forme un Gobierno de «gran coalición» vinculado con las reformas institucionales, ofrece el cargo a Antonio Maccanico, un técnico procedente de los altos cargos de la Administración del Estado, quien después de varias consultas tiene que renunciar. Como consecuencia de ello, el presi-

[8] Roberto Biorcio: *La Padania promessa,* Milán, Il Saggiatore, 1997.

[9] Alfonso Botti: «El neofascismo italiano en la segunda posguerra y la derecha actual», en Manuel Pérez Ledesma (comp.): *Los riesgos para la democracia. Fascismo y neofascismo,* Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1997, pp. 129-151.

dente Scalfaro disuelve finalmente las Cámaras y el Gobierno convoca elecciones generales para el 21 de abril de 1996.

De Prodi I a D'Alema II

A las elecciones acuden, por el centro-izquierda, la coalición de L'Ulivo (PDS, PPI, Verdi, Socialisti Italiani y dos grupos liderados respectivamente por Dini, Rinnovamento italiano, y Maccanico, Unione Democratica). Además, L'Ulivo y Rifondazione comunista (RC) consensúan un «patto di desistenza» sobre la base del cual en determinados colegios electorales el primero se compromete a apoyar al candidato neocomunista a cambio del apoyo de RC a los candidatos de L'Ulivo en los demás colegios. El centro-derecha se presenta con la coalición del Polo della libertà (FI, AN, CCD, CDU), esta vez sin la Lega Nord, que acude autónomamente, de la misma manera que otras formaciones (Lista Pannella-Sgarbi y Fiamma Tricolore de Rauti).

Las urnas dan un resultado contradictorio: el centro-derecha resulta mayoritario en el país, sin embargo, su desunión premia, en términos de escaños, a la nueva coalición de L'Ulivo, que consigue 261 diputados y 167 senadores, frente a los, respectivamente, 169 y 116 del centro-derecha y los 39 y 27 de la Lega[10].

La afirmación del centro-izquierda supone la legitimación, por primera vez, de un Gobierno con los herederos de la tradición comunista y transmite la sensación de que el fenómeno Berlusconi ha iniciado su ocaso. Por lo menos ésta es la idea en los ambientes progresistas que celebran el resultado con entusiasmo. A continuación, L'Ulivo se apodera de la presidencia de la Cámara de Diputados (Luciano Violante del PDS) y del Senado (Nicola Mancino del PPI) y, contando con los votos de RC, Prodi estrena su Gobierno el 18 de mayo de 1996.

El principal problema que el nuevo ejecutivo tiene que afrontar es el cumplimiento de los criterios de convergencia de Maastricht para que Italia sea admitida en la Eurozona. Por esta razón, Prodi presenta un presupuesto del Estado para 1997 con ajustes por va-

[10] Roberto D'Alimonte y Stefano Bartolini (eds.): *Maggioritario per caso. Le elezioni politiche del 1996,* Bolonia, Il Mulino, 1997.

lor de 63.000 millones de liras, en parte a través de un fuerte recorte del gasto público, en parte a través de un «euroimpuesto» *una tantum* para reconducir la relación entre deuda pública y PIB por debajo del 3 por 100. Aprueba además un conjunto de privatizaciones (entre ellas la del IRI), por iniciativa del ministro Franco Bassanini, varias leyes de reforma de la Administración Pública, y por la del ministro Luigi Berlinguer, una reforma de todos los ciclos de la educación (Ley 30/2000). Por otro lado, el ejecutivo abre una mesa con la oposición sobre la reforma institucional, creando a principios de 1997 una comisión bicameral bajo la presidencia del secretario del PDS, Massimo D'Alema, quien, para asegurar el consenso de Berlusconi a las reformas, se compromete, según parece, a no tocar las propiedades televisivas de *Il Cavaliere*. El cual, a pesar de las garantías obtenidas, con un imprevisto cambio de actitud, hunde la comisión bicameral tras haber compartido un proyecto de reforma semipresidencialista con una ley electoral a doble turno de coalición.

La fase política conoce varios cambios. En abril de 1998, Berlusconi transforma FI en un verdadero partido, que acentúa el alejamiento del patrón liberal para acercarse al modelo de la vieja Democracia Cristiana. En el otro campo, frente a la línea de Prodi, que pide la disolución de los partidos que integran su coalición, y el nacimiento de L'Ulivo como verdadera fuerza política, tanto el PPI con Franco Marini, como el PDS con D'Alema reivindican la identidad de sus respectivas culturas políticas. Así, cuando Marini, en enero de 1997, conquista la secretaría en el III Congreso del PPI, y D'Alema, a principios de 1998, consigue transformar el PDS en Democratici di Sinistra (DS), después de la confluencia de unos exsocialistas y del pequeño grupo de los cristianos-sociales, es la hipótesis fusionista de Prodi la que conoce la derrota. Para complicar el panorama, en el centro católico moderado surge, inspirado por el expresidente de la República Francesco Cossiga, una de las figuras más contradictorias y fuera de control de toda la historia republicana, un nuevo grupo político, la Unione Democratica per la Repubblica (UDR), a la cual se adhiere gran parte del CDU y varios parlamentarios del CCD. En la extrema izquierda, que había sido muy crítica con la política económica del Gobierno, se produce la ruptura de RC, con un grupo de parlamentarios liderado por Armando Cossutta que vota la confianza al Gobierno y otro liderado por Bertinotti que se la niega. Así, por un voto,

Prodi queda en minoría y tiene que dimitir el 9 de octubre de 1998 a pesar de haber conseguido, en contra de muchas previsiones, el objetivo del ingreso de Italia en el euro y una significativa bajada de la deuda pública.

La Constitución italiana, en el artículo 88, atribuye al presidente de la República el poder de disolución de las Cámaras (o de una de ellas) previa consulta con los presidentes de ambas. Una praxis consolidada ha convertido el dictado constitucional en una consulta más amplia con todas las fuerzas políticas para averiguar la existencia de una posible mayoría parlamentaria dispuesta a apoyar a un Gobierno. Sobra decir que tendencialmente se pronuncian en favor de la disolución los que piensan ganar y en contra los que temen ser derrotados. Sin embargo, no es baladí considerar también la fisiológica resistencia de los parlamentarios frente al desafío de nuevas elecciones, por el riesgo, en primer lugar, de no ser nuevamente candidatos por sus partidos y, en segundo lugar, por el temor de no ser reelegidos. Si a lo anteriormente dicho se añade la histórica inestabilidad y la breve duración de los gobiernos italianos en la segunda posguerra, quedará clara la dificultad encontrada por el presidente, siempre que ése fuera su deseo, para proceder a la disolución del Parlamento. En su decisión influye también la alarma internacional por la guerra en Kosovo. Así que, a pesar de lo que le pedía la oposición, Scalfaro actúa en esta circunstancia de la misma manera con la que había actuado después del *ribaltone* de Bossi. Una coherencia que si en el primer caso había afectado el centro-derecha, en el segundo perjudica al centro-izquierda. No es de dudar que de haber ido a las elecciones en la primavera de 1999, Prodi hubiera obtenido un éxito rotundo. Por el contrario, el nuevo grupo político inspirado por Cossiga, UDR, al cual se añaden los Comunisti italiani, resultado de la escisión de RC, se compromete a apoyar un nuevo Gobierno liderado por D'Alema, que jura el cargo el 21 de octubre de 1998. Poco después, en la primavera de 1999, Prodi es nombrado presidente de la Comisión Europea.

En política exterior, en contra de amplios sectores de la opinión pública, pero con el apoyo de Berlusconi, D'Alema se adhiere a la iniciativa militar de la OTAN contra Serbia, autorizando la utilización del espacio aéreo italiano. En el plano interno, el 18 de abril de 1999, el referéndum para eliminar la residual cuota proporcional

en las elecciones no alcanza el quórum por poquísimos votos. Unas semanas después, D'Alema propone para la Presidencia de la República a Carlo Azeglio Ciampi, que es elegido el 13 de mayo de 1999 en la primera votación con una mayoría abrumadora[11].

A continuación, en las elecciones europeas del 13 de junio de 1999, FI alcanza el 25,2 por 100 de los votos; los DS, liderados por Walter Veltroni, el 17,4; AN y Patto Segni, ambos el 10; la Lista radical liderada por Emma Bonino, el 8,5; los Democratici (partidarios de la línea de Prodi), el 7,7, y el PPI, el 4,2. Este resultado y unas maniobras de UDR impactan sobre el Gobierno, llevando a D'Alema a dimitir el 18 de diciembre. Ciampi, después de una rápida consulta con las fuerzas políticas, opta por confirmar a D'Alema, que el 22 de diciembre forma su segundo ejecutivo apoyado por una mayoría muy exigua que se ampara en la abstención del grupo que tiene a Cossiga como inspirador.

El 16 abril de 2000, Berlusconi —que mientras tanto ha conseguido reintegrar a la Lega en la coalición que lidera, la Casa delle libertà, moderando el independentismo de Bossi a cambio de un nuevo énfasis sobre el federalismo y con un programa de lucha contra la inmigración— gana las elecciones regionales. La consulta electoral ha venido asumiendo un valor político más general, incluso por parte de D'Alema, que, por consiguiente, no tiene otra opción que dimitir.

Para permitir la celebración de otro referéndum, ya fijado para el 21 de mayo, el presidente Ciampi encarga entonces a Giuliano Amato la formación de un nuevo Gobierno. Amato jura el cargo tras obtener la mayoría (Ulivo, UDEUR, PDCI y SDI), el 25 de abril de 2000, y cubre lo que queda de la legislatura, dimitiendo el 31 de mayo de 2001. Un Gobierno claramente de transición que no deja huella.

Como confirmación de la tendencia al desgaste de la institución del referéndum, la consulta del 21 de mayo no alcanza el quórum necesario. Por lo tanto, sigue sin solución el problema de la cuota

[11] Umberto Gentiloni Silveri: *Contro scettici e disfattisti. Gli anni di Ciampi 1992-2006,* Roma-Bari, Laterza, 2013. Véanse además Maurizio Ridolfi: *Presidenti. Storia e costumi della Repubblica nell'Italia democratica,* Roma, Viella, 2014, y Marco Gervasoni: *Le armate del presidente. La politica del Quirinale nell'Italia repubblicana,* Milán, Marsilio, 2015.

proporcional en las elecciones que los comités promotores (con los radicales a la cabeza) quisieron derogar con la intención de propiciar mayorías más estables. Y sin solución quedan también los problemas que las regiones administradas por el centro-derecha plantean bajo la consigna de la *devolution,* es decir, de las transferencias de las competencias en materia de educación, sanidad, policía local y sobre todo de fiscalidad desde el Estado a las regiones. De hecho, ya ha empezado la campaña electoral, en la cual se producen nuevas agregaciones y nuevos desencuentros. L'Ulivo, a través de las primarias, opta por presentar como candidato a la Presidencia del Consejo de Ministros a Francesco Rutelli, antiguo alcalde de Roma. A estas alturas la coalición está integrada por la Margherita (fusión entre PPI, UDEUR, Rinnovamento e Democratici), el Girasole (Verdi, SDI) y DS. Fracasa, por el contrario, el intento de alianza con RC y el grupo de Di Pietro (que en 1998 había fundado Italia dei valori). En cambio, en la derecha se fortalece el liderazgo de Berlusconi, que se presenta en un muy popular programa de televisión firmando un «pacto con los italianos» en cinco puntos, comprometiéndose a no presentarse otra vez en caso de no cumplir con el mismo[12].

Berlusconi II y III

La Casa delle libertà obtiene una mayoría aplastante en las elecciones del 13 de mayo de 2001, consiguiendo 368 diputados frente a los 250 del centro-izquierda y los 11 de PRC, mientras que en el Senado obtiene 177 escaños frente a los 130 de L'Ulivo con sus aliados y los 4 de PRC. Dentro de las dos coaliciones, FI consigue el 29,4 por 100 en la parte proporcional afirmándose como el primer partido, mientras que los DS bajan al 16,6 por 100[13].

El segundo Gobierno de Berlusconi toma posesión el 11 de junio de 2001. Se trata de un ejecutivo con ministros más preparados que el primero, debido también a la presencia de figuras como

[12] Luca Ricolfi: *Tempo scaduto. Il «Contratto con gli italiani» alla prova dei fatti,* Bolonia, Il Mulino, 2006.

[13] Mario Caciagli y Piergiorgio Corbetta (eds.): *Le ragioni dell'elettore: perché ha vinto il centro-destra nelle elezioni italiane del 2001,* Bolonia, Il Mulino, 2002.

Renato Ruggiero —un diplomático pasado a la política desde finales de los ochenta en las filas moderadamente progresistas— en el Ministerio de Exteriores. En verano, la cumbre del G8 de Génova, a raíz de los graves incidentes provocados por los Black Block, el ala más radical del movimiento antiglobalización, y de la indiscriminada represión por parte de la policía, que llega a su cenit con el asalto de la escuela Diaz donde descansan pacíficamente militantes que habían participado en las protestas y con las violencias sufridas por estos últimos en el cuartel de Bolzaneto[14], provoca fuertes tensiones en el país, evidenciando la incapacidad del Gobierno y de su ministro de Interior, Claudio Scajola, de garantizar el orden público. A esa fase pertenece la Ley Tremaglia (Ley 459/2001), que extiende el derecho de voto a los descendientes de emigrados italianos que siguen viviendo establemente en el extranjero.

Sin embargo, es una vez más el tema de la justicia el que polariza la atención, debido a una ley que reduce los márgenes de maniobra en las rogatorias internacionales (Ley 367/2001), a otra que despenaliza el delito de falsedad en los balances (Ley 61/2002) y a la Ley Cerami —aprobada con la escénica protesta de la oposición que abandona la Cámara— que permite el cambio de sede procesal en el caso de que el imputado tenga dudas sobre la imparcialidad de los jueces (Ley 248/2002). Además, la mayoría berlusconiana quiere reintroducir la inmunidad parlamentaria (parcialmente reformada en 1993), consiguiéndolo para los cinco más altos cargos del Estado durante su mandato a través del impropiamente llamado «lodo Schifani» (Ley 140/2003)[15]. Con la ministra Letizia Moratti reforma otra vez la enseñanza (Ley 53/2003). Otras leyes autorizan a Berlusconi a ampliar su poder televisivo (Ley 112/2004), extienden la amnistía urbanística a las áreas protegidas (Ley 308/2004) y reducen los términos de la prescripción (Ley 251/2005). En política exterior, Berlusconi se acerca a Bush, compartiendo la estrategia estadounidense de lucha al terrorismo tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, lo que llevará a Italia a involucrarse en

[14] El 7 de abril de 2015, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos ha condenado la actuación de la policía en la escuela Diaz, solicitando a Italia la creación del delito de tortura, todavía ausente del Código Penal italiano.

[15] Posteriormente declarada inconstitucional por el Tribunal Constitucional, Sentencia 24/2004.

la guerra en Irak, a pesar de la fuerte oposición que encuentra en el país, alimentada por la actitud de Juan Pablo II[16]. En cambio no impide la dimisión de Ruggiero de Exteriores, a raíz de las críticas de la Lega a su política europeísta.

Para la ejecución del «pacto con los italianos», el Gobierno pone en marcha un plan de «grandes obras» (entre las cuales figura la construcción de un puente en el estrecho de Messina); consigue la aprobación de una reforma del mercado laboral (Ley 30/2003) introduciendo una flexibilidad que impacta en el mundo sindical, produciendo su división; logra la aprobación de otra reforma del sistema de pensiones a principios de 2004, que eleva la edad mínima de jubilación desde los cincuenta y siete a los sesenta años (Ley 243/2004); y, ya hacia el final de la legislatura, de una reforma en clave federal de la segunda parte de la Constitución, que atribuye a las regiones «poderes legislativos exclusivos» en materia sanitaria, escolar y de policía local, fortaleciendo los poderes del presidente del Consejo de Ministros como *Premier*. Todo lo anteriormente dicho se produce en una legislatura en la cual reaparece el terrorismo de las Brigadas Rojas, que asesinan a Marco Biagi y Massimo D'Antona. El primero era colaborador del ministro del Bienestar, Roberto Maroni, mientras que el segundo lo había sido del Ministerio del Trabajo en los Gobiernos de centro-izquierda. Y, sobre todo, en un contexto muy problemático desde el punto económico, frente al cual el ministro de Economía, Giulio Tremonti, aprueba una maniobra financiera consistente en diferentes privatizaciones, reducción de la presión fiscal, recortes «lineales» del gasto, paralización de las contrataciones en el sector público y otra, muy controvertida, amnistía fiscal.

Dentro de la coalición gubernamental se produce una gran conflictividad, que bajo diferentes aspectos puede considerarse el punto de inicio de una lucha encubierta por el liderazgo, es decir la sucesión a Berlusconi, para la cual se multiplican los aspirantes. Se trata de una cuestión que marcará los años sucesivos hasta la actualidad. Uno de los candidatos, Tremonti, que se ha aproximado paulatinamente a la Lega, tiene que dimitir del cargo el 3 de julio de 2004, debido a las críticas de Fini, otro aspirante a la sucesión.

---

[16] Giuseppe CASSINI: *Gli anni del declino. La politica estera del governo Berlusconi (2001-2006),* Milán, Bruno Mondadori, 2007.

La tendencia a la baja de la confianza de los italianos en el Gobierno y en el *Premier* se demuestra en los resultados de las elecciones europeas del 12 y 13 de junio de 2004 y de las regionales del 3 y 4 de abril del año siguiente. En las primeras, el centro-izquierda supera al centro-derecha: FI pierde más de ocho puntos porcentuales en favor de sus aliados de la coalición; mientras que al margen de L'Ulivo incrementan sus votos las formaciones neocomunistas y los Verdes. Lo mismo ocurre en las regionales de 2005, cuando el centro-izquierda conquista doce sobre catorce regiones en las que se vota. Un triunfo confirmado por los resultados de las ciudades.

A raíz de lo ocurrido, Berlusconi dimite el 20 de abril de 2005, después de haber liderado el Gobierno de más larga duración de toda la historia de la Italia republicana. Ciampi vuelve a encargarle la formación de un nuevo ejecutivo, el tercero presidido por Berlusconi, que toma posesión el 23 de abril. En él, tras la dimisión del ministro del Tesoro, Domenico Siniscalco, vuelve Tremonti a ocupar ese cargo, para completar la Ley Presupuestaria e intentar reducir la relación deuda pública/PIB. De hecho, como había ocurrido en 2000 con Amato, la proximidad del fin de la legislatura transforma el año que falta en una larga campaña electoral. Como si fuera un remedio, que por el contrario agrava la enfermedad, la Casa delle libertà consigue la aprobación de una nueva Ley Electoral (Ley 270/2005)[17], pronto denominada *porcellum* por el politólogo Giovanni Sartori, que atribuye un premio de mayoría igual al 55 por 100 de los escaños en la Cámara de Diputados y en el Senado sobre base regional, establece quórums diferentes para las dos ramas del Parlamento, suprimiendo la posibilidad para los electores de elegir de entre los candidatos (que de esta forma serán designados por la cúspide de los partidos).

Sin embargo, el hecho políticamente más relevante se produce en el centro-izquierda con el reencuentro, en octubre de 2005, de todas las fuerzas en la nueva coalición electoral, L'Unione, que a través de primarias de masas, en las cuales participan alrededor de 4,3 millones de ciudadanos, indican a Prodi como candidato a la presidencia del Gobierno. Con todo, durante toda la legislatura, la

[17] Algunas de estas normas fueron declaradas inconstitucionales por el Tribunal Constitucional el 4 de diciembre de 2013.

izquierda, incapaz de interpretar los cambios ocurridos en la sociedad italiana, se ha retroalimentado con un antiberlusconismo estéril además de contradictorio. Contradictorio por haber sido la misma izquierda, como había admitido Luciano Violante el 28 febrero de 2002 en una intervención en la Cámara de Diputados, la que había dado en 1994 a Berlusconi una «garantía plena» sobre sus televisiones, evitando proponer una ley sobre el conflicto de intereses y sancionar su inelegibilidad.

Prodi II

En las elecciones del 9-10 de abril de 2006, el centro-izquierda supera por una diferencia mínima a sus adversarios, que se transforma en amplia mayoría en la Cámara (348 diputados, frente a 281), en virtud de la nueva Ley Electoral. En cambio, en el Senado los partidos de centro-izquierda, que se presentan por separado, consiguen 158 escaños frente a los 156 del centro-derecha[18]. Más que un triunfo del centro-izquierda, es una derrota del centro-derecha.

El 15 de mayo de 2006 es elegido presidente de la República Giorgio Napolitano, histórico representante de la derecha comunista. De esta forma, un representante de la tradición comunista italiana se convierte por primera vez en jefe del Estado. Su primer acto es encargar el Gobierno a Prodi, que el 17 de mayo estrena su multitudinario ejecutivo (casi cien componentes, entre ministros, viceministros y subsecretarios), debido a la necesidad de satisfacer las exigencias de las muchas fuerzas políticas (y corrientes) que integran la coalición. No es un buen inicio.

El 28-29 de ese mismo mes las elecciones administrativas llevan a la coalición a conquistar ciudades como Roma, Nápoles y Turín, mientras que en Milán gana la Casa delle libertà. En junio se celebra el referéndum sobre la reforma constitucional de Berlusconi, siendo rechazada con el 61,3 por 100 de los votos.

El nuevo Gobierno, con un prestigioso ministro de la Economía, Tommaso Padoa-Schioppa, tiene en primer lugar que llevar a cabo una maniobra financiera de 7.000 millones de euros para re-

[18] Roberto D'Alimonte y Alessandro Chiaramonte (eds.): *Proporzionale ma non solo. Le elezioni politiche del 2006,* Bolonia, Il Mulino, 2007.

conducir la relación entre el déficit y el PIB a los parámetros europeos. Aprueba a continuación un plan de privatizaciones, diseñado por el ministro Pier Luigi Bersani, y, por iniciativa del ministro de Justicia Clemente Mastella, un indulto muy controvertido, debido a que paralelamente el tema de la seguridad ciudadana ha sido puesto por la derecha en el centro de la atención pública en clave instrumental, fundamentalmente frente a la inmigración[19]. El principal problema se plantea alrededor de la política económica, ámbito en el que se enfrentan quienes privilegian el saneamiento financiero del Estado y la izquierda radical, partidaria de políticas sociales en favor de la población con bajos ingresos. En política exterior, el ministro D'Alema actúa marcando una discontinuidad con la línea atlantista de Berlusconi. Con todo, el Gobierno resulta inestable, tanto por la exigua mayoría que tiene en el Senado, como por las divisiones entre las fuerzas políticas que lo sustentan, que se acentúan en relación con la regularización de las uniones de hecho, un terreno en el cual la legislación italiana era (y sigue siendo) la más atrasada de Europa occidental, a raíz de la influencia de la orientación conservadora del pontificado de Juan Pablo II y del presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, el cardenal Ruini. Puede ser significativo recordar que, paralelamente, Berlusconi se manifiesta en defensa de la familia heterosexual, indisoluble y tradicional con ocasión del *Family Day,* organizado por los sectores católicos conservadores en Roma el 12 de mayo de 2007.

Así el centro-derecha conquista muchas ciudades en las administrativas de primavera de 2007. Un resultado que parece recomponer el frente berlusconiano y fortalecer a su héroe epónimo, mientras que en el centro-izquierda los DS se transforman en el Partito Democratico (PD) bajo la dirección de Walter Veltroni. Con todo, la simplificación del cuadro político sigue siendo una utopía, puesto que la izquierda de DS se une a los pequeños par-

[19] Muy significativa es la diferencia entre la inseguridad percibida y la realidad, por cuanto la información disponible revela un fuerte descenso de los homicidios voluntarios, que del 1991 al 2008 bajan del 3,38 al 1,02 por cada cien mil habitantes, mientras que dentro de ese porcentaje los asesinatos ligados a la mafia pasan del 37,5 al 14,4 por 100 sobre el total; Giuliano AMATO y Andrea GRAZIOSI: *Grandi illusioni...,* p. 207.

tidos neocomunistas (PRC, PDCI), mientras que Dini, Di Pietro y Mastella siguen con sus minúsculos partidos personales.

Es en ese contexto de enfrentamiento y quiebra entre política y sociedad civil, alimentado por nuevos escándalos y por una opinión escrita muy crítica respecto a las patologías del «sistema Italia» —entre las que se cuenta la *casta,* es decir, una clase política llena de privilegios, denunciada en un libro de los periodistas Sergio Rizzo y Antonio Stella—[20], en el que estalla la movilización ciudadana liderada por el cómico Beppe Grillo, quien el 8 de septiembre de 2007 organiza una día de protesta bajo la consigna del *V-Day* (donde la V significa «a tomar por...»).

El debate sobre el populismo y la antipolítica alcanza en esa fase su cenit. Pero, en lugar de ser manejadas como categorías analíticas que indudablemente ayudan a interpretar dinámicas, orientaciones y derivas presentes en la sociedad civil italiana (así como en otros países)[21], se convierten en arma de autodefensa de una *casta* que no quiere admitir sus fallos, que descarga las responsabilidades sobre los demás, que ni sabe (ni quiere) enterarse de los cambios ocurridos en la sociedad ni, sobre todo, dar un paso atrás.

A pesar de los resultados conseguidos frente a la evasión fiscal y de la aprobación de la Ley Presupuestaria, el Gobierno queda en minoría en el Senado por la intencionada ausencia de los grupos de Dini y Mastella. Por consiguiente, Prodi dimite el 24 de enero de 2008.

Berlusconi IV

Napolitano disuelve el Parlamento y los italianos vuelven a votar el 13-14 de abril de 2008, con la misma Ley Electoral que no se había conseguido reformar. De las urnas sale ganadora la coalición de Berlusconi, el Popolo della libertà (PdL), que obtiene 344 diputados

[20] Sergio Rizzo y Gian Antonio Stella: *La casta,* Milán, Rizzoli, 2007.

[21] Ya con anterioridad el argumento había sido objeto de serias reflexiones en el ámbito historiográfico por parte de Salvatore Lupo: «Il mito della società civile. Retoriche antipolitiche nella crisi della democrazia Italiana», *Meridiana,* 38-39 (2000), pp. 17-43, y Alfio Mastropaolo: *Antipolitica. All'origine della crisi italiana,* Nápoles, L'ancora del Mediterraneo, 2000.

y 174 senadores, mientras que el centro-izquierda liderado por Veltroni se queda con 247 y 134 respectivamente. La Unione di centro obtiene 36 diputados y 3 senadores. Dentro de las dos principales coaliciones, los electores premian a la Lega Nord (8,3 por 100) y a Italia dei valori de Di Pietro (4,3 por 100)[22]. La afirmación del centro-derecha se completa con el triunfo en las municipales de Roma del exfascista Gianni Alemanno y, en las regionales de Sicilia, del Movimento per l'Autonomia (MPA) de Raffaele Lombardo.

Elegidos los presidentes de la Cámara de Diputados (Fini) y del Senado (Schifani), Napolitano encarga la formación del nuevo Gobierno a Berlusconi, que jura el cargo el 8 de mayo de 2008. El cuarto Gobierno de *Il Cavaliere* con el ministro de la Economía Tremonti elimina el impuesto municipal sobre los inmuebles (ICI) sin compensar la falta de ingresos de los ayuntamientos y vuelve a introducir con una formulación diferente la protección frente al sistema judicial de los más altos cargos del Estado, a propuesta del ministro de justicia Angelino Alfano (Ley 124/2008)[23]; para cumplir con su programa y satisfacer a la opinión pública moderada, adopta medidas frente a la pequeña criminalidad e introduce el delito de inmigración ilegal (Ley 94/2009); aprueba una ley de reforma de la escuela de la ministra Mariastella Gelmini, que vuelve al maestro único en la enseñanza básica con recortes drásticos del personal docente, a la cual se suma una reforma de la universidad (Leyes 133/2008, 169/2008, 1/2009 y 240/2010). Sin embargo, frente a la crisis económica mundial que se manifiesta en otoño, el Gobierno adopta un plan de ayuda a los bancos (estrenará otro a principios de 2009), mientras Berlusconi sigue manifestando optimismo ante la grave situación de la producción industrial, el aumento del paro y la fuerte bajada del PIB que anuncia el principio de la recesión. Berlusconi recibe cierto alivio del triunfo en las elecciones en Cerdeña, que llevan a Veltroni a dimitir de la secretaría del PD. Además, el 27 de marzo de 2009, *Il Cavaliere* lleva a cabo su proyecto de unificación de los partidos que lo apoyan con la fusión de FI, AN y otros grupos menores en el PdL.

---

[22] Roberto D'Alimonte y Alessandro Chiaramonte (eds.): *Proporzionale se vi pare. Le elezioni politiche del 2008,* Bolonia, Il Mulino, 2010.

[23] Subsiguientemente declarada inconstitucional por el Tribunal Constitucional, Sentencia 262/2009.

El nuevo partido consigue triunfar con el 35,3 por 100 de los votos en las elecciones europeas del 7 y 8 de junio de 2009, a pesar de una campaña electoral marcada por la crisis familiar de Berlusconi, criticado públicamente por su mujer, Veronica Lario, por su comportamiento moral y por haber incluido en las candidaturas chicas guapas (*veline*) sin ninguna experiencia política. El PD se queda con el 26,1 por 100 de los votos. Buenos fueron los resultados de la Lega Nord, que alcanza el 10,2 por 100 y, en el campo opuesto de IdV (8 por 100), favorecida por su línea de oposición radical al Gobierno. A partir de este momento, la imagen de Berlusconi, ya afectada por varias investigaciones judiciales y por el conflicto de intereses, conoce un duro golpe a raíz de la frecuentación de prostitutas (que él afirma no saber que lo son), cuestión que desata una campaña de prensa y ocupa la esfera pública, dividiendo la opinión entre los defensores sin fisuras de la privacidad y los que reivindican el artículo 54 de la Constitución, que exige honradez a las autoridades públicas. A las críticas su suman tardíamente los obispos, que Berlusconi ha intentado siempre ablandar, consiguiéndolo con la financiación de la escuela confesional, y con los que comparte ahora la actitud frente a los temas «éticamente sensibles» (eutanasia, matrimonio homosexual, etc.)[24].

El país vive en un estado de terremoto permanente. Además de Berlusconi, los escándalos sexuales afectan también al presidente de la región de Lazio (de la izquierda), quien, sin embargo, a diferencia de *Il Cavaliere,* dimite enseguida. Una corriente de izquierda (*popolo viola*) critica la actitud del PD, que juzga demasiado blanda frente al Gobierno, mientras que a través de las primarias Bersani sustituye a Dario Franceschini en la cumbre del PD. Por supuesta cercanía a la Camorra tiene que dimitir el subsecretario de Economía Nicola Cosentino, de FI. Pero es sobre todo la situación de la economía la que produce los movimientos sísmicos más profundos en la sociedad italiana, por el paro del 8 por 100 en 2009, la pérdida de capacidad adquisitiva de los salarios, el despegue de la deuda pública y el retroceso de la producción industrial.

[24] Ilaria Biagioli: «Il Vaticano e Berlusconi. La politica come massimo esercizio di carità», en Alfonso Botti e Ilaria Biagioli (ed.): *Berlusconi in Europa, Storia e problemi contemporanei,* 64 (2013), pp. 155-173.

A pesar de lo anteriormente dicho, el PdL triunfa en las elecciones regionales del 28-29 de marzo de 2010, cuando conquista la mayoría en seis regiones, quitando cuatro al centro-izquierda. Se trata de elecciones que confirman como tendencial el alto abstencionismo e introducen una novedad en el plano político: la presencia del Movimento 5 Stelle liderado por Beppe Grillo[25], que alcanza el 3,7 por 100 (media de las regiones en las que se presenta).

En septiembre de 2010, Berlusconi expulsa del PdL a Fini, que funda Futuro e Libertà. Hay en el fondo el problema de liderazgo del que se ha hablado, pero también la excesiva aproximación de Berlusconi a la Lega, que Fini no comparte. La coalición de Berlusconi pierde piezas. En el otro campo, Rutelli rompe con el PD y funda Alleanza per l'Italia. A continuación estallan otros escándalos que involucran a empresarios, políticos y ejecutivos muy próximos a Berlusconi, hasta el jefe de Protección Civil, Guido Bertolaso. Y, sobre todo, estallan los escándalos de la menor marroquí Ruby y de las «fiestas» en la villa de Arcore, que se hacen famosas en el mundo con el nombre de *bunga-bunga*.

Frente a una opinión pública inquieta, a una ola de desconfianza en la política y a una deuda pública que alcanza el 120 por 100 del PIB, justamente en el año en el que se celebran los 150 años de la unificación nacional, un Napolitano inaudito (que mientras tanto se ha revelado como uno de los presidentes más intervencionistas en la vida política de la historia republicana), no deja de llamar a la moderación y a bajar el tono del enfrentamiento.

Así, en las elecciones administrativas de 15-16 de mayo de 2011 el centro-izquierda triunfa en casi todas las principales ciudades en la primera vuelta, mientras que en Nápoles y Milán lo consigue en la segunda vuelta. A destacar el significado de la derrota de la derecha en Milán, ciudad emblemática del craxismo y símbolo del berlusconismo. En el mes siguiente se celebran unos referendos. Los ciudadanos se pronuncian en contra de la privatización del agua, la energía nuclear y la norma que autoriza al presidente del Gobierno a no comparecer delante de los tribunales a lo largo de su mandato.

---

[25] Federico Fornaro: «Il "non-partito": il Movimento 5 stelle», *Il Mulino,* 2 (2012), pp. 253-261; Roberto Biorcio y Paolo Natale: *Politica a 5 Stelle. Idee, storia strategie del movimento di Grillo,* Milán, Feltrinelli, 2013, y Piergiorgio Corbetta y Elisbetta Gualmini (ed.): *Il partito di Grillo,* Bolonia, Il Mulino, 2013.

La consulta popular lanza una señal tan evidente cuanto novedosa: que cuando les interesa, los ciudadanos acuden a las urnas. Otra señal clarísima es que el centro-izquierda, que ha apoyado el voto derogatorio, está remontando.

A continuación, el Tribunal de Apelación obliga a Fininvest a pagar al grupo editorial de Carlo De Benedetti 530 millones de euros, debido a la corrupción del juez en el arbitraje de 1991 a través de la cual Berlusconi se había apoderado del grupo editorial Mondadori. El 5 de agosto, el Banco Central Europeo dirige al presidente del Gobierno italiano una carta, insistiendo en la necesidad de garantizar la sostenibilidad financiera del Estado e introducir reformas estructurales. La carta, por supuesto reservada, pero publicada por el *Corriere della Sera* a finales de septiembre, aumenta la sensación de discrepancia entre lo que Berlusconi cuenta sobre la situación económica y la realidad. *Il Cavaliere* está bajo mínimos. La situación económica italiana aún peor, puesto que la prima de riesgo alcanza casi los 400 puntos en el verano, para superar los 500 en noviembre. El icono del momento es la imagen con la sonrisa de Merkel y Sarkozy al escuchar el nombre de Berlusconi en la rueda de prensa de Bruselas el 23 de octubre de 2011[26]. Con todo Berlusconi se empeña en declarar, a principios de noviembre, que no hay crisis, puesto que los restaurantes están siempre a tope y los aviones también. El 8 de noviembre, Berlusconi no consigue la aprobación en la Cámara de Diputados de la Ley de Rendición de Cuentas Generales del Estado, debido fundamentalmente a problemas internos y, la noche del 12, dimite. Por las calles de Roma (y de otras ciudades) grupos de ciudadanos celebran lo ocurrido con alegría.

De Monti a Renzi, pasando por Letta

A raíz de la complicada situación económica y de la necesidad de cumplir con las recomendaciones de las instituciones europeas, Napolitano encarga la formación de un nuevo Gobierno a un economista prestigioso como Mario Monti, que al mismo tiempo nombra senador vitalicio. Una jugada que le merece el título de *King*

[26] Sobre la percepción de Berlusconi en el extranjero, véase el dosier de Ilaria Biagioli y Alfonso Botti (ed.): *Berlusconi in Europa...,* pp. 5-173.

George por parte del *New York Times*[27]. El 16 de noviembre, Monti jura el cargo, asume el Ministerio de Economía y Hacienda también y se rodea, como ministros, de técnicos, consiguiendo un apoyo parlamentario muy heterogéneo: PdL, PD, UDC e IdV. La solución parece en ese momento a la altura de las circunstancias y el cambio es sustantivo. Lo confirma la actitud esperanzada con la cual los ciudadanos aceptan la maniobra económica para reducir la deuda a través de recortes, una vez más, del gasto público. El Gobierno promueve después una serie de normas de liberalización de la economía, adopta medidas frente a la evasión fiscal y sanciona otra reforma del mercado laboral de la ministra Elsa Fornero (Ley 92/2012), frente a la cual se movilizan los sindicatos, con la CGIL a la cabeza. Con todo, la economía no mejora, el paro alcanza el 9 por 100 y la presión fiscal aumenta, a pesar de una reducción de la deuda y de los tipos de interés.

Nuevos escándalos afectan en abril de 2012 a la Lega y a los familiares de su líder, Umberto Bossi, que dimite en favor de Roberto Maroni. Se trata esta vez del despilfarro del dinero del partido (procedente de la financiación pública), que además de a la Lega afecta también al tesorero de la Margherita. Otras investigaciones de la magistratura descubren un despilfarro de recursos públicos en diferentes regiones. Con ese trasfondo, las elecciones administrativas de mayo (junio en Cerdeña) producen una fuerte caída del PdL y una disminución del PD, con un porcentaje de abstención muy alto.

En el verano Monti promueve otra maniobra financiera para arreglar las cuentas públicas a través de una revisión del gasto y reintroduce el impuesto sobre los inmuebles. Varios acontecimientos en la parte final de la legislatura llevan a una fuerte conmoción del sistema político. Los presidentes de Lacio, Lombardía y Sicilia, los tres del centro-derecha, dimiten debido a conflictos dentro de su propio grupo, en el primer caso, a un escándalo en la sanidad, en el segundo, y a una investigación judicial, en el tercero. Mientras tanto el PD elige, con primarias, a Bersani como secretario del partido tras un duelo con Matteo Renzi, alcalde de Florencia, que lleva una campaña de rejuvenecimiento del partido bajo la consigna del

[27] Rachel DONADIO: «From Ceremonial Figure to Italy's Quiet Power Broker», *The New York Times,* 2 de diciembre de 2011.

«desguace» de la vieja clase política. Problemas internos y el temor de acentuar su desgaste llevan al PdL a retirar, el 6 de diciembre de 2012, su confianza a Monti, quien el 21 dimite[28].

Disuelto el Parlamento con un adelanto de cuatro meses y convocadas las elecciones para el 24-25 de febrero de 2013 (sobra decir que con la misma Ley Electoral que no se ha conseguido reformar) se produce una nueva fragmentación del marco político, puesto que a la competición se presentan 184 listas. De entre ellas destacan la nueva formación centrista de Monti (Scelta civica); la coalición entre PdL, Lega y dos pequeñas formaciones de derecha; aquella que une el PD a Sinistra e libertà (SeL) de Nichi Vendola; y el Movimento 5 Stelle de Grillo, al que todos los sondeos conceden un fuerte ascenso.

El resultado es clamoroso y rompe el tendencial bipolarismo que se había intentado establecer a través de la Ley Electoral mayoritaria. La coalición de centro-izquierda (Italia. Bene comune) liderada por Bersani consigue la mayoría en la Cámara de Diputados, donde obtiene 345 escaños, pero no en el Senado, donde se queda con 123 senadores; la de centro-derecha obtiene 125 diputados y 117 senadores; el Movimiento 5 Stelle, 109 y 54; la coalición centrista liderada por Monti, 47 y 19. Contra todos los pronósticos, la coalición de Berlusconi, a pesar de perder casi ocho millones de votos, alcanza el 29,1 por 100, muy cerca de la liderada por Bersani (29,5 por 100). El Movimento 5 Stelle obtiene el 25,5 por 100, resultando el más votado, mientras la coalición liderada por Monti, Scelta civica, no supera el 10,5 por 100[29]. Un triunfo y un fracaso que demuestran con creces la orientación de la opinión pública, sancionando el fin poco glorioso de la aventura de Monti, que tenía óptimas perspectivas de alcanzar la jefatura del Estado y que, sin embargo, se había dejado convencer para liderar un tercer polo, centrista y moderado.

El desencuentro entre PD y 5 Stelle impide a Bersani la formación de un Gobierno para el cual ha recibido un mandato «exploratorio» por parte del presidente, que a su vez está concluyendo el

[28] Franco Debenedetti: *Il peccato del professor Monti. L'Europa, i tecnici e le identità politiche degli italiani,* Venecia, Marsilio, 2013.

[29] Alessandro Chiaramonte y Lorenzo de Sio (eds.): *Terremoto elettorale. Le elezioni politiche del 2013,* Bolonia, Il Mulino, 2013.

suyo y que, para salir de la parálisis institucional, nombra una comisión de diez sabios para que formule propuestas de reformas institucionales. Una jugada para ganar tiempo que se convierte en una pérdida de tiempo.

Las votaciones para elegir al nuevo presidente de la República revelan la falta de unidad del PD, que no consigue en el cuarto escrutinio, cuando es suficiente la mayoría simple, elegir a Prodi, provocando la dimisión de Bersani de secretario del PD. Así que, al final, la solución es la reelección, por primera vez en la historia republicana, del presidente. Napolitano, que acepta el cargo por «sentido de responsabilidad» en un discurso muy crítico con los partidos, deja claro que no piensa completar su mandato. A continuación ofrece a Enrico Letta, vicesecretario del PD, la tarea de formar el nuevo Gobierno. Se estrena de esta forma a finales de abril un ejecutivo de «gran coalición» (PD, PdL y Scelta civica), que resiste a pesar de la sucesiva desconfianza del PdL, en cuyo seno se produce en noviembre una ruptura que lleva al nacimiento del Nuovo Centro Destra liderado por Alfano (otro delfín del Cavaliere) que sigue en el Gobierno, mientras que Berlusconi vuelve a impulsar Forza Italia desde la oposición.

Los problemas para Letta no surgen por la derecha, sino de su propio partido, en el cual, con las primarias del 8 de diciembre de 2013, se convierte en secretario Renzi, con el 67,5 por 100 de los votos. El 13 de febrero de 2014, el neosecretario convence al PD a retirar la confianza a Letta, que el día siguiente dimite. El nuevo jefe del Gobierno es Renzi, que jura el cargo el 22 de febrero. Unos días después, su Gobierno consigue la confianza en ambas cámaras del Parlamento. Culmina de esta forma el irresistible ascenso de Matteo Renzi, que abre una fase nueva en la historia política italiana.

¿Hacia una Tercera República?

La anterior crónica de los acontecimientos políticos italianos cubre alrededor de dos décadas. Se trata de una época que en el cuadro internacional tiene un claro término *a quo* en la caída del Muro de Berlín y el fin de la Unión Soviética. Un espacio de tiempo caracterizado por el fin de la Guerra Fría, un nuevo (des) orden internacional con la sustitución de la amenaza comunista

por la representada por la ofensiva del fundamentalismo y terrorismo islamista a partir de los atentados de 11 de septiembre de 2001; por el ascenso impetuoso de las economías de China, India y Brasil y, más en general, por la ya irreversible globalización; el fuerte desarrollo de la integración europea en los noventa, culminada con la moneda única, y la sucesiva parálisis de proyecto europeo debido a diferentes factores, a partir del rechazo de la Constitución europea en Francia y Países Bajos de 2005; y los importantes flujos migratorios procedentes de África y Asia hacia Europa y el consiguiente nacimiento de movimientos xenófobos en gran parte del viejo continente.

Es justamente dentro de ese marco internacional que ha empezado y continúa la transición de Italia hacia otro sistema político y de partidos. Un contexto en el cual ha aumentado la fractura entre la sociedad y la política, como atestigua la tendencial caída de afluencia a las urnas además de una verdadera desestructuración social, y en el que los tradicionales partidos de masas han sido sustituidos por agregaciones de opinión líquidas e inestables, sin concretas culturas políticas, y con fuertes tintes personalistas, donde el vaivén entre unas y otras parece consolidar el tradicional vicio itálico del transformismo. Además en ese contexto la selección de la clase política se ha convertido en una especie de *casting,* donde más valen las apariencias y lo que se anuncia que lo que se consigue hacer. Y esto causa o acentúa otros procesos y fenómenos graves. La idea de un crecimiento sin fin ha naufragado sin que se haya afirmado la perspectiva del desarrollo sostenible. Se ha tendido más a conservar los derechos adquiridos por las viejas generaciones que a garantizar a las nuevas. La caída demográfica no ha llevado a políticas de integración y de ciudadanía para los inmigrantes, con el consiguiente empobrecimiento del capital humano y con la apertura de negras perspectivas de porvenir y para la propia sostenibilidad del Estado del Bienestar. Muchos han valorado las transferencias de soberanía hacia la Unión Europea como una pérdida en lugar de considerarlas nuevas oportunidades, dando voz a un antieuropeísmo que nunca había arraigado en Italia. La articulación de los conocimientos y las exigencias de la competencia habría requerido una selección basada en el mérito, que sin embargo no han facilitado las diferentes reformas de la escuela y de la universidad. Y la criminalidad organizada ha extendido su control territorial y la corrupción

ha llegado a ser una presencia invasora en la Administración y en las instituciones del Estado.

A las dudas sobre la existencia de una «Segunda República» se añaden ahora las que suscita la «Tercera», que algunos observadores anuncian para referirse al cambio producido con el ascenso de Renzi. Con todo, el país sigue viviendo una transición extenuante hacia no se sabe dónde, que corre el riesgo de convertirse en el cuento de nunca acabar.

Ayer 104/2016 (4): 43-66 ISSN: 1134-2277

El berlusconismo

Giovanni Orsina
Libera Università Internazionale
degli Studi Sociali Guido Carli di Roma
gorsina@luiss.it

Resumen: Este artículo pretende explicar el berlusconismo. Se considera tanto una manifestación italiana del cambio neoliberal de los años ochenta como de la crisis posdemocrática del cambio del siglo XX al XXI. En la primera parte se examinan las causas del éxito de Berlusconi. A corto plazo, la «revolución judicial» de 1992-1993, que llevó a la disolución de los partidos gubernamentales, privando a millones de electores anticomunistas de sus tradicionales representantes. A largo plazo, Berlusconi invirtió la tradición italiana según la cual el «país legal» está por delante del «país real», y propuso reducir el Estado, rebajar el nivel del conflicto político, simplificar el lenguaje político y sustituir a los políticos profesionales por empresarios y profesionales liberales. La segunda parte examina la evolución del berlusconismo: el cambio ideológico del liberalismo al conservadurismo; la incapacidad de crear un partido capaz de vivir con independencia de su líder; sus límites como fuerza de gobierno y la relevancia de la cesura de 2005-2006. El epílogo analiza por qué Italia no ha podido solucionar la crisis política que se inició a principios de los noventa y contextualiza los acontecimientos políticos más recientes dentro de aquella crisis.

Palabras clave: berlusconismo, Berlusconi, historia política, Italia, liberalismo, crisis política, Grillo.

Abstract: This essay aims at explaining Berlusconi-ism, which it considers an Italian manifestation of both the neoliberal turn of the 1980s and the post-democratic crisis of the late 20th and early 21st century. In the first section, the causes of Berlusconi's success are examined. The short-term one was the «judicial revolution» of 1992-1993 that

Recibido: 25-05-2015 Aceptado: 22-04-2016

led to the dissolution of the governing parties, depriving millions of anti-communist voters of their traditional representatives. There were as well causes rooted in long-term phenomena. Berlusconi overturned an Italian tradition according to which the «legal country» is more advanced than the «real country». He proposed to roll back the state, lower the level of political strife, simplify the political language, and replace professional politicians with entrepreneurs and professionals. The second section analyses the evolution of Berlusconi-ism over time: the ideological shift from liberalism to conservatism; its inability to create a party that could live independently of its leader; the shortcomings of Berlusconi-ism as a governing force; the relevance of the 2005-2006 watershed. The epilogue considers why Italy has been unable to solve the crisis of politics that has opened up in the early 1990s, and places the most recent political events within that crisis.

Keywords: Berlusconism, Berlusconi, political history, Italy, liberalism, political crisis, Grillo.

El berlusconismo ha sido un fenómeno histórico extremadamente controvertido. En Italia ha suscitado polémicas y debates infinitos, así como una gran cantidad de interpretaciones fuertemente críticas y hostiles: unos verdaderos *essays in indignation,* como ha notado el economista Michele Salvati. Esas polémicas y esos debates se han reproducido también fuera de Italia, donde sus asperezas, como es inevitable, se han presentado de una forma aún más elemental y afilada[1]. El problema, obviamente, no es que se tenga una opinión negativa acerca de Berlusconi y del berlusconismo —razones para tenerla hay de sobra—. El problema es que la actitud de fuerte hostilidad con la que este fenómeno ha sido abordado ha obstaculizado y retrasado considerablemente su comprensión. Así en Italia, y aún más fuera de sus fronteras, las vicisitudes políticas de Berlusconi han resultado prácticamente inexplicables: una especie de invasión bárbara procedente de no se sabe dónde; o, al contrario, la «revelación» de unos defectos del pueblo italiano tan arraigados, profundos y absolutos que adquieren un ca-

[1] Michele Salvati: *Tre pezzi facili sull'Italia: democrazia, crisi economica, Berlusconi,* Bolonia, Il Mulino, 2011, p. 11. Para la imagen de Berlusconi fuera de Italia, véase Alfonso Botti (ed.): «Berlusconi in Europa», monográfico de *Storia e problemi contemporanei,* 64 (2013).

rácter casi metafísico —defectos que debían explicar el berlusconismo, y cuya existencia quedaba demostrada por la presencia y los repetidos éxitos de Berlusconi, en un razonamiento circular que podía apoyarse, por lo tanto, sólo en la indignación—.

Aprovechando también el hecho de que la parábola política de Berlusconi se dirige ya hacia su conclusión —aunque en el momento en que estamos escribiendo todavía no haya concluido completamente—, este artículo observará el berlusconismo desde un punto de vista diferente del que ha sido adoptado por la mayoría de las interpretaciones producidas en los últimos veinte años. Intentará silenciar la indignación y hacer de manera que hable, en cambio, el análisis: intentará comprender, por lo tanto, las *razones* que han generado y alimentado el fenómeno y explicar por qué tantos millones de italianos han votado a Berlusconi a lo largo de tantos años[2]. La comprensión del berlusconismo es, obviamente, importante en sí, y resulta indispensable para quienes se interesen a la historia política italiana —en particular, pero no sólo, de los últimos veinte años—. La comprensión del berlusconismo, sin embargo, puede tener cierta relevancia también más allá de los Alpes, prescindiendo de un interés específico por la península italiana: efectivamente, el fenómeno, si, por un lado, puede ser comprendido plenamente sólo si es situado dentro de la historia de Italia; por el otro, pertenece a la experiencia más amplia de la democracia occidental.

El berlusconismo es una manifestación tardía, que se ha producido mucho más en el plano retórico que en el terreno de las políticas públicas concretas, del viraje neoliberal que tuvo lugar, sobre todo en los países anglosajones, a principio de los ochenta. Al mismo tiempo, constituye también un ejemplo especialmente macroscópico y duradero de los procesos de transformación que en el último cuarto de siglo han afectado prácticamente a todas las democracias: la importancia creciente del liderazgo; la simplificación del lenguaje político; la centralidad de los medios de comunicación y sobre todo de la televisión; la promesa de soluciones sencillas e indoloras a los problemas históricos; la tendencia a comunicar más «en negativo» —contra alguien y/o algo— que «en positivo». En

[2] Hemos desarrollado plenamente este análisis en Giovanni ORSINA: *Il berlusconismo nella storia d'Italia,* Venecia, Marsilio, 2013 (trad. ingl. *Berlusconism and Italy. A Historical Interpretation,* Basingstoke-Nueva York, Palgrave Macmillan, 2014).

ambos casos, tanto si se observa desde el punto de vista del neoliberalismo como desde el de la «posdemocracia», el berlusconismo debe ser considerado, al mismo tiempo, como consecuencia y causa de una crisis muy grave de lo político —en sí mismo y en sus relaciones con otros ámbitos, como el económico, el ético o el judicial—, además de como protagonista de un enfrentamiento feroz sobre la redefinición de sus límites. Una crisis de lo político que no es sólo italiana, pero que en Italia ha sido netamente más profunda que en otros países[3].

En las páginas siguientes vamos a examinar las causas a corto y largo plazo del ascenso político de Berlusconi (primer apartado); describiremos de qué manera sus caracteres originarios han ido mutando desde 1994, año de su nacimiento, hasta el final de la primera década del nuevo siglo (segundo apartado); finalmente, intentaremos trazar un balance del fenómeno y de la etapa histórica y política de la que ha sido protagonista (tercer apartado).

Para una etiología del berlusconismo

En 1994, cuando decidió comprometerse en política —«[bajó] al campo», utilizando su propia metáfora futbolística—, Berlusconi poseía, como es bien sabido, un imperio empresarial extraordinariamente extenso, variado y ramificado por todo el territorio nacional, que comprendía la cadena televisiva privada de lejos más importante de Italia, además de un equipo de fútbol, el Milan, que justo en aquellos años estaba obteniendo grandes éxitos en Italia

[3] La literatura sobre estos temas es muy amplia. Para una reciente presentación histórica de la «parábola» de la democracia, véase Jan-Werner MÜLLER: *Contesting Democracy. Political Ideas in Twentieth-Century Europe,* New Haven-Londres, Yale University Press, 2011. Han sido especialmente útiles a la hora de insertar el berlusconismo en un marco internacional más amplio Bernard MANIN: *Principes du gouvernement représentatif,* París, Calmann-Lévy, 1995; Colin CROUCH: *Post-Democracy,* Cambridge, Polity Press, 2004, y Pierre ROSANVALLON: *La contre-démocratie. La politique à l'âge de la défiance,* París, Editions du Seuil, 2006. Se ocupa del caso italiano en perspectiva comparada Marco TARCHI: *Italia populista. Dal qualunquismo a Beppe Grillo,* Bolonia, Il Mulino, 2015. Se centra en la historicidad de la política y en la mutación de sus límites Willibald STEINMETZ, Ingrid GILCHER-HOLTEY y Heinz-Gerhard HAUPT (eds.): *Writing Political History Today,* Frankfurt, Campus Verlag, 2013.

y en Europa. Los estudiosos que han intentado explicar las razones del éxito político de Berlusconi han subrayado a menudo la importancia de los excepcionales recursos económicos, mediáticos y organizativos a su disposición. Asimismo, y quizás aún más a menudo, se han centrado en las formas de su actuación política: su habilidad en el uso de los medios de comunicación de masas, sobre todo, pero no sólo, la televisión; la planificación minuciosa y profesional de las campañas electorales; el lenguaje sencillo y eficaz; la elección de centrarse en propuestas programáticas elementales y de inmediato interés para los electores, y su capacidad de utilizar su propia biografía y su propio cuerpo como instrumentos de seducción[4]. Hay que precisar que en este artículo no se quiere sostener, desmintiendo esos estudios, que los recursos y las capacidades comunicativas de Berlusconi no hayan representado un factor importante de su éxito. Al contrario: claro está que han sido unas condiciones necesarias. Necesarias, pero no suficientes: televisiones, dinero y formas de propaganda no bastan para explicar su éxito. Lo que falta, para alcanzar una comprensión plena del fenómeno, es tomar en consideración la esfera propiamente política, que los estudiosos, también por las razones que hemos ilustrado en la introducción, han analizado mucho menos. Así, las próximas páginas van a examinar las causas políticas del ascenso de Berlusconi, tanto a corto como a largo plazo.

El berlusconismo, sobre todo si se interpreta como una manifestación de una crisis más general de lo político, no puede ser comprendido sin empezar el análisis desde el colapso del sistema de partidos italiano que se produjo a principios de los años noventa. Entre 1992 y 1994, como es sabido, una runfla de investigaciones judiciales puestas en marcha por la fiscalía de Milán y pasadas a la historia con el nombre de «Manos Limpias» desveló un sistema muy estructurado y ramificado de corrupción dirigido

[4] Véanse, por ejemplo, Alessandro AMADORI: *Mi consenta. Metafore, messaggi e simboli: come Silvio Berlusconi ha conquistato il consenso degli italiani,* Milán, Scheiwiller, 2003; Alberto ABRUZZESE y Vincenzo SUSCA: *Tutto è Berlusconi. Radici, metafore e destinazione del tempo nuovo,* Milán, Lupetti, 2004; Marco BELPOLITI: *Il corpo del capo,* Parma, Guanda, 2009; Paolo MANCINI: *Between Commodification and Lifestyle Politics. Does Silvio Berlusconi provide a New Model of Politics for the Twenty-First Century?,* Oxford, Reuters Institute for the Study of Journalism, 2011, y Sofia VENTURA: *Il racconto del capo: Berlusconi e Sarkozy,* Roma-Bari, Laterza, 2012.

in primis a la financiación ilegal de los partidos políticos, un sistema que ha pasado a la historia con el nombre de «Tangentopoli». Las iniciativas de los fiscales de la República desencadenaron un terremoto político tan violento que en un breve lapso de tiempo barrió a los cincos partidos de gobierno —que en las elecciones celebradas en el abril de 1992, un mes y medio después de la puesta en marcha de las investigaciones, habían obtenido más del 50 por 100 de los votos—, dejando en pie sólo a las fuerzas de la oposición: el Partito Democratico della Sinistra (PDS) y Rifondazione Comunista, nacidos de la transformación del Partito Comunista Italiano (PCI), la Lega Nord y el neofascista Movimento Sociale Italiano.

No es este el lugar para reflexionar exhaustivamente sobre este momento histórico —una crisis política e institucional de extraordinaria magnitud generada por una investigación judicial—, aún más si consideramos que la cultura historiográfica y política italiana todavía está lejos de haberlo conceptualizado y metabolizado[5]. En este artículo nos interesan sobre todo dos consecuencias de los acontecimientos de «Tangentopoli» y «Manos Limpias», ambas relevantes para explicar la llegada del berlusconismo: el inicio de una vorágine desmesurada en el centro del sistema político italiano que, de repente, privó a millones de electores de sus puntos de referencia políticos; y la relación que estos electores tenían con la tradición comunista. Merece la pena hacer unas consideraciones a propósito de este segundo aspecto. Entre las fuerzas políticas sobrevividas al terremoto judicial, la que con toda evidencia iba a convertirse en políticamente hegemónica era el PDS, el principal heredero del PCI. Este resultado obviamente no podía gustar a la mayoría de aquellos veinte millones de electores que en 1992 habían seguido eligiendo a los partidos de gobierno. Aunque el comunismo histórico había ya acabado su trayectoria, no se podía pensar que décadas de anticomunismo fueran olvidadas tan rápidamente. Además, el anticomunismo italiano había sido alimentado no sólo por la hostilidad hacia el comunismo, sino también, y en medida significativa,

[5] Para una panorámica general, véanse Simona Colarizi y Marco Gervasoni: *La tela di Penelope. Storia della Seconda Repubblica, 1989-2011,* Roma-Bari, Laterza, 2012, y VVAA: *L'Italia contemporanea dagli anni Ottanta a oggi,* 3 vols., Roma, Carocci, 2014.

por la hostilidad hacia los comunistas, considerados como un grupo de poder sectario, agresivo y autorreferencial, no laico ni pluralista. Y este grupo de poder no había desaparecido con la crisis del comunismo mundial, dado que los dirigentes del PDS procedían totalmente del PCI. Muchos electores de los partidos de gobierno consideraban una victoria del PDS como una paradoja y una injusticia. Una paradoja porque, como habría dicho Berlusconi en 1999, el Muro de Berlín acababa cayéndose así «en la cabeza de los vencedores» en lugar que «en la cabeza de los vencidos»[6]. Y una injusticia porque ellos estaban convencidos no sólo de que el Partido Comunista no había sido ajeno al sistema de poder republicano, sino de que había participado plenamente a los mecanismos de financiación ilegal de los partidos que los jueces habían desvelado. Esos electores, en fin, habían apoyado con convicción la actuación de los magistrados contra los partidos que ellos mismos habían votado, pero no habían previsto y no aceptaban el hecho de que quienes sacasen provecho de la situación fuesen los poscomunistas.

El vacío en el centro del espacio político, la actitud de disponibilidad hacia lo nuevo por parte de millones de electores que se habían quedado sin puntos de referencia políticos, la persistencia del anticomunismo en las formas que acabamos de describir y, finalmente, la capacidad de Berlusconi de aliarse con dos de los partidos que sobrevivieron a la tormenta judicial —dos partidos en las antípodas bajo muchos puntos de vista, es decir, el Movimento Sociale, de cultura neofascista, y la Lega Nord, con un marcado carácter secesionista—, son razones capaces de explicar mucho de la extraordinaria afirmación electoral de la coalición berlusconiana en 1994. Hay que recordar que el partido fundado por Berlusconi sólo unas semanas antes de las elecciones del 27 de marzo, Forza Italia, en la votación proporcional para la Cámara de los Diputados obtuvo más de ocho millones de sufragios, el 21 por 100. Sin embargo, los factores coyunturales a corto plazo no consiguen dar cuenta completamente de la fuerza que tuvo entonces el llamamiento de Berlusconi, del entusiasmo que suscitó o de la duración considerable de su trayectoria política. En el berlusconismo hubo más, y se necesita una mayor profundización para entenderlo.

---

[6] En Silvio Berlusconi: *L'Italia che ho in mente: i discorsi di Silvio Berlusconi,* Milán, Mondadori, 2000, p. 79.

Mi tesis, expresada de forma sintética, es que Berlusconi tuvo éxito no sólo por las razones ya indicadas, sino también porque supo dar la vuelta a una manera antigua y consolidada de pensar la relación entre gobernantes y gobernados, una manera antigua y consolidada, pero que había entrado claramente en crisis entre los años sesenta y los noventa[7]. En la historia de Italia— obviamente bajo formas muy diferentes en los tres regímenes que se han sucedido en la Península, es decir, el liberal, el fascista y el republicano— siempre ha tenido gran relevancia una serie de convicciones entrelazadas entre sí: que el país llevaba siglos hundido en una condición de atraso crónico; que podía salir de dicha condición solamente por medio de una obra urgente y dramática de «corrección» material y moral; y que esta obra de «corrección» podían realizarla sólo unos sujetos políticos tales como, por ejemplo, los partidos, el Estado, una revolución, etc. Estas convicciones se habían apoyado en dos prejuicios: un prejuicio negativo sobre el «país real», considerado moral y materialmente atrasado; y otro positivo sobre el «país legal», reputado, en cambio, virtuoso y capaz de cumplir una labor rápida, eficaz y progresiva de modernización.

Estos dos prejuicios, que se remontan por lo menos al Risorgimento, entre los primeros años sesenta y los primeros noventa se fueron debilitando en medida considerable. Italia experimentó una fase de crecimiento sin precedentes, el llamado «milagro económico», y, si bien se puede afirmar que el atraso moral y material no fueron por eso completamente superados, resulta innegable que a finales del siglo XX el país se ha convertido en algo totalmente diferente de lo que era en los cincuenta. En los ochenta, en particular, la toma de conciencia del crecimiento alimentó un cierto orgullo nacional, generando un verdadero «mito» de la sociedad civil italiana que llegó a afectar transversalmente a todas las fuerzas políticas y que tuvo relevancia también en el exterior[8]. Al mismo tiempo,

[7] Véase Giovanni ORSINA: *Il berlusconismo...,* en particular los capítulos I, II y III.

[8] Sobre los ochenta, véase Marco GERVASONI: *Storia d'Italia degli anni Ottanta. Quando eravamo moderni,* Venecia, Marsilio, 2010. Sobre el «mito» de la sociedad civil, véanse Alfio MASTROPAOLO: *Antipolitica. All'origine della crisi italiana,* Nápoles, L'ancora del Mediterraneo, 2000; ÍD.: «Italie: quand la politique invente la société civile», *Revue française de science politique,* 51 (2001), pp. 621-636, e ÍD.: «A democracy bereft of parties: anti-political uses of civil society in Italy», en Bruno

los partidos asisitieron al debilitamiento progresivo y considerable de su propia capacidad de representar a una sociedad que estaba mutando tan rápidamente: un proceso de «deterioro» de la política que alcanzó su cenit precisamente con la crisis judicial a principios de los años noventa.

Berlusconi no hizo otra cosa que atar los cabos de este proceso, dando la vuelta a la tradición según la cual el país real tenía que ser puesto bajo la tutela del país legal: si la sociedad civil se había ya convertido en adulta, mientras que la política había enseñado todos sus límites, entonces había llegado el momento de que el país real no sólo se emancipara del país legal, sino también de que tomara plenamente su control y lo transformara a su propia imagen y semejanza. «Italia es el país que amo»: así empieza el discurso videograbado con el cual, el 26 de enero de 1994, Berlusconi anuncia su «bajada al campo». Los discursos siguientes habrían demostrado que no se trataba de una simple manifestación de patriotismo —dicha frase se habría podido interpretar de manera extensiva, *grosso modo* de la siguiente forma: «A mí Italia me gusta así, como es ahora, y no tengo intención de cambiarla». «Los italianos», como habría escrito con gran claridad Gianni Baget Bozzo, uno de los principales ideólogos del berlusconismo, «son un pueblo virtuoso, tanto en sentido moral como en sentido técnico. Nuestra moral y nuestras costumbres son medidas con un legalismo abstracto. El apañarse italiano (que al fin y al cabo quiere decir organizarse) puede convertirse en un vicio, como cualquier otra capacidad natural e histórica, pero en sí es un bien natural»[9].

El «vuelco» berlusconiano de la tradición italiana fundada en la supremacía de la política y de las instituciones públicas sobre la sociedad civil se plasmó en tres órdenes de propuestas, relativas respectivamente al Estado, a la política y a la clase política. En primer lugar, citando explícitamente los ejemplos anglosajones de That-

---

JOBERT y Beate KOHLER KOCH (eds.): *Changing Images of Civil Society. From protest to governance,* Londres-Nueva York, Routledge, 2008.

[9] El texto del discurso de Berlusconi está en Silvio BERLUSCONI: *L'Italia che ho in mente...* La videograbación se puede ver en el enlace: http://www.youtube.com/watch?v=3OlQ762Qh-A (consultado el 1 de abril de 2015). El texto de Baget Bozzo lo hemos leído en 2013 en el enlace http://www.ragionpolitica.it/testo.2.html; desafortunadamente, en el momento en el que estamos escribiendo este artículo ya no está accesible.

cher y Reagan (y también el español de José María Aznar), Berlusconi sostuvo que el ámbito de la intervención del Estado tenía que ser reducido de manera considerable. Menos impuestos, un menor gasto público, menos controles, menos reglas, menos burocracia:

> «... algo nuevo respecto a la historia del siglo XX, una historia completamente permeada por el estatalismo, por aquel sistema administrativo que ha sido introducido por la derecha histórica después de la unificación de Italia. Es un sistema administrativo que todavía nos enjaula, mientras que la realidad de nuestras cien ciudades es mucho más cercana al modelo anglosajón [...] He explicado a los líderes del Partido Popular Europeo que Forza Italia significa también lucha contra este estatalismo que nos aflige, que ha afligido todo el siglo XX, que se ha consolidado con Giolitti, con Mussolini, con la propia DC»[10].

Además, Berlusconi propuso que el Estado italiano empezara a hacer las cosas que tenía que seguir haciendo de manera diferente: dejando de pensar en sí mismo como en una estructura de control, represión y reeducación de un pueblo del que había que desconfiar, y comenzando, en cambio, a actuar como una agencia encargada de ayudar y sostener a los italianos virtuosos. Se trataba, por lo tanto, de pasar de un «gobierno hosco y ajeno a la vida cotidiana de nuestra gente» a un «Estado amigo [...] al servicio de los ciudadanos», que no intimidara a los italianos sino que, al contrario, les garantizara el «derecho a no tener miedo»[11].

En segundo lugar, así como el Estado, también la política según Berlusconi habría debido, por un lado, reducir notablemente su ámbito de intervención, haciéndose menos invasora y ambiciosa, y ocupándose de estimular y sostener, no de guiar o sustituir, la actividad espontánea de la sociedad civil; por el otro, habría tenido que mutar completamente su piel y lenguaje, dejando de centrarse en sí misma, en sus propias divisiones ideológicas internas y en las luchas para el poder —la política «de las peleas, de las palabras, de los chismorreos, de los vetos cruzados, de los viejos rencores, de las negociaciones debajo de la mesa»—, y empezando a interesarse más

[10] Silvio BERLUSCONI: *L'Italia che ho in mente...,* p. 102.

[11] Las citas proceden de Silvio BERLUSCONI: *Discorsi per la democrazia,* Milán, Mondadori, 2001, p. 32, e ÍD.: *L'Italia che ho in mente...,* pp. 38-39 y 131.

bien por las concretas iniciativas de gestión de la comunidad —«la política del realizar, del hacer, del hacer las cosas»—. Además, la política debía comenzar a hablar el mismo idioma de los hombres corrientes, sencillo, concreto, lleno de sentido común. En 2001, en el Senado, Berlusconi afirma: «Me preguntan qué es la nueva política». Y contesta:

> «es el fundar la demanda de consenso en un compromiso meticulosamente formalizado, es la transformación de la promesa en un contrato público que no prevé escapatorias, es el fin de las cortinas de humo y de las jergas incomprensibles para los que no son profesionales del sector, es el reconocimiento del hecho de que las instituciones tienen que acercarse a la sociedad y, consecuentemente, obedecer a las mismas obligaciones contractuales que están en la base de la convivencia civil»[12].

Berlusconi había expresado un concepto muy similar el 18 de abril de 1998, en la clausura del primer congreso de Forza Italia —celebrado significativamente en el cincuenta aniversario de las primeras elecciones republicanas—, en lo que probablemente es su discurso ideológicamente más completo. Merece la pena citarlo por extenso porque, además de contener una apología de «los valores sencillos de los buenos ciudadanos», pone bien de relieve también el tema de las virtudes de la sociedad civil italiana:

> «Saludo en vosotros que estáis aquí hoy, en nuestros ocho millones de electores, al pueblo de la libertad, aquel pueblo que el 18 de abril de 1948 eligió la democracia, eligió Occidente; el pueblo que mantuvo Italia anclada en la democracia, mientras que muchos intelectuales —excepto algunos valientes espíritus libres— se amparaban bajo las banderas rojas; aquel pueblo laborioso y tenaz que, entre los escombros de la guerra, supo convertir un país destrozado y subdesarrollado en uno de los países más prósperos del mundo; aquel pueblo que es la mayoría en Italia, y que el 27 de marzo de 1994 se ha reconocido en Forza Italia por los mismos valores de 1948, por aquellos mismos principios en los que también nosotros creemos y que constituyen el fundamento de nuestro compromiso civil y político. Esos valores que no son las complicadas abstracciones ideológicas de

[12] Las citas proceden de Silvio BERLUSCONI: *L'Italia che ho in mente...,* p. 20, e ÍD.: *La forza di un sogno: i discorsi per cambiare l'Italia,* Milán, Mondadori, 2004, pp. 211-212 y 192-193, respectivamente.

los politólogos y de los politiqueros, sino los valores simples y fundamentales de los buenos ciudadanos, que son, en definitiva, los valores que fundan todas las grandes democracias occidentales»[13].

Finalmente, la sociedad civil —es ésta la tercera propuesta de Berlusconi— habría debido fijar su propia supremacía sobre la política de manera que en las cúspides de las instituciones públicas se instalaran, en lugar de los políticos profesionales, sus propios mejores exponentes: personas «expertas más en la vida y sus durezas que en las malicias de la política de palacio»[14]. Así, para resolver las dificultades del país, el berlusconismo imaginaba una especie de «invasión» de la política por parte de una clase dirigente procedente de carreras no políticas, sobre todo, pero no sólo, empresariales[15].

El éxito de Berlusconi, a la luz de lo que hemos dicho, puede parecer ahora menos inexplicable de lo que a menudo ha aparecido. Atribuir a la política todas las responsabilidades de la crisis italiana era plausible —mejor dicho, casi inevitable— inmediatamente después de «Tangentopoli»; y sostener al mismo tiempo las virtudes de la sociedad civil equivalía a proponer una manera sencilla, rápida y linear para resolver los problemas del país. La idea de generar una nueva clase «política-no-política» podía ser leída por muchos como una especie de revancha: la revancha de un país que durante años había sido colonizado por la política, y que finalmente podía no sólo quitarse aquel yugo de encima, sino incluso contraatacar, siendo ahora él quien colonizaba la política. Y en el momento en el que planteaba estas propuestas Berlusconi era creíble: no sólo era un empresario de éxito, sino que en los ochenta su cadena, Mediaset, había sido uno de los vectores principales del «renacimiento» de la sociedad civil, proponiendo un modelo de televisión diametralmente opuesto respecto al de la televisión pública, la RAI —fuertemente pedagógica, por lo menos en sus aspiraciones, y estrictamente controlada por los partidos—[16]. Los estudios sobre

[13] Silvio Berlusconi: *Discorsi per la democrazia...,* pp. 280-281.

[14] *Ibid.,* pp. 33-34.

[15] Ha subrayado mucho este aspecto del berlusconismo Donatella Campus: *L'antipolitica al governo. De Gaulle, Reagan, Berlusconi,* Bolonia, Il Mulino, 2006.

[16] Enrico Caniglia, para subrayar la coherencia entre la biografía de Berlusconi y su propuesta política, ha acuñado la eficaz expresión de «persona-

el electorado italiano realizados en los últimos veinte años muestran cómo los elementos que hemos ilustrado hasta ahora fueron efectivamente confluyendo en el voto para Berlusconi[17].

La parábola histórica del berlusconismo

Los caracteres originarios del berlusconismo han sido presentados ya en el apartado anterior y coinciden sustancialmente con las razones a largo plazo que hemos aducido para explicar su éxito. Para resumir muy brevemente: en el momento de su «bajada al campo», en 1994, la propuesta política de Berlusconi, en primer lugar, preveía la que él mismo llamó una «revolución liberal», inspirada explícitamente en los ejemplos proporcionados en los ochenta por Reagan y Thatcher (y en los noventa por Aznar); en segundo lugar, planteaba un cambio igualmente profundo no sólo de formas, leguaje y prioridad de la política, sino también de la importancia que ésta había tenido hasta entonces en el desarrollo de la historia nacional y, finalmente, llamaba a la «invasión» de las instituciones por parte de una clase política totalmente nueva, procedente de la sociedad civil, y en particular de la clase empresarial. Durante casi una década, desde 1994 hasta los primeros años del nuevo siglo, a pesar de las circunstancias cambiantes y con obvias variaciones en el énfasis y en los detalles, Berlusconi en sus discursos continuó defendiendo esencialmente la misma oferta política, asentada sobre estos tres «pilares». De hecho, era una oferta que, como se ha visto, se ajustaba al electorado. Y él conservaba todavía su credibilidad: había gobernado sólo unos pocos meses en 1994 —meses que se podían presentar con facilidad como absolutamente insuficientes para la realización de su programa—, y luego había estado siempre en la oposición hasta la victoria electoral de 2001.

---

programa»: Enrico CANIGLIA: *Berlusconi, Perot e Collor come political outsider. Media, marketing e sondaggi nella costruzione del consenso politico,* Soveria Mannelli, Rubbettino, 2000.

[17] Es una cantidad muy elevada de estudios, que aquí no puede ser analizada plenamente. Para una profundización de la cuestión, véase Giovanni ORSINA: *Il berlusconismo...,* cap. IV.

Si damos por supuesta la dependencia casi completa del berlusconismo respecto a su líder Berlusconi, el hecho de que los discursos del líder, desde los exordios políticos hasta el principio del siglo XXI, siguieran insistiendo en los mismos diagnósticos y en proponer las mismas terapias, no puede ser reputado como un elemento irrelevante. Pero, por otro lado, es verdad también que ya desde la segunda mitad de los años noventa, prescindiendo de lo que decía Berlusconi, los caracteres originarios del berlusconismo empezaron a cambiar y su carga «revolucionaria» comenzó a aflojarse. Y este proceso se produjo en tres planos distintos, aunque estrechamente conectados entre sí. En primer lugar, ya en las elecciones generales de 1996 —las segundas, después de las de 1994, en las que se presentaba Forza Italia— aparecieron las señales de un cambio de rumbo a nivel de clase política: numerosos diputados salientes no volvieron a presentarse, mientras que presentaron su candidatura muchas personas que habían participado en la vida política antes del terremoto judicial de 1992-1994. Consecuentemente, de 1994 a 1996, el porcentaje de políticos «expertos» entre los parlamentarios de Forza Italia casi se duplicó —aunque manteniéndose inferior al de los otros partidos—. Esta labor de recuperación de los «náufragos» continuó también en los años siguientes —a nivel sobre todo local, pero también nacional—[18]. En segundo lugar, siempre en la legislatura 1996-2001, el berlusconismo realizó un esfuerzo relevante de reorganización y radicación territorial: Forza Italia, por un lado, evolucionó de movimiento a un partido propiamente dicho, con inscritos, órganos colegiales y reglas para la selección de la clase dirigente, y, por otro, trabajó para construir consenso en previsión del voto nacional de 2001[19]. En tercer lugar, en términos ideológicos, el berlusconismo empezó a moverse de las originarias posturas liberales hacia posturas más moderadas, conservadoras y católicas[20].

---

[18] A este propósito, véanse los estudios de Luca VERZICHELLI: «La classe politica nella transizione», en Roberto D'ALIMONTE y Stefano BARTOLINI (eds.): *Maggioritario per caso. Le elezioni politiche del 1996,* Bolonia, Il Mulino, 1997, e ÍD.: «Da un ceto parlamentare all'altro. Il mutamento del personale legislativo italiano», en Roberto D'ALIMONTE y Stefano BARTOLINI (eds.): *Maggioritario finalmente? La transizione elettorale 1994-2001,* Bolonia, Il Mulino, 2002, pp. 319-361.

[19] Véase sobre todo Emanuela POLI: *Forza Italia. Strutture, leadership e radicamento territoriale,* Bolonia, Il Mulino, 2001.

[20] La primera denuncia estructurada de la transformación ideológica de

Reorganización, radicación territorial, selección de una clase política «experta» y mutación ideológica fueron de la mano, entrelazadas la una con la otra y fortaleciéndose mutuamente; encontraron una verificación emblemática en 1998, cuando Forza Italia entró en el Partido Popular Europeo, y han sido interpretadas, razonablemente, como síntomas de la «normalización» del berlusconismo. Síntomas del marchitarse, por lo menos en parte, de su ambición originaria de renovar profundamente la vida pública italiana imponiendo un modelo muy ligero de organización partidista, seleccionando una elite desprovista de experiencias políticas previas y poniendo en marcha una «revolución liberal». No es casual que el protagonista principal de la labor de reestructuración de Forza Italia fuese un ex demócrata cristiano, Claudio Scajola, y no es casual tampoco que los que se opusieron a su proyecto fueran los *homines novi* de procedencia empresarial que habían flanqueado a Berlusconi en los comienzos. Sin embargo, este proceso evolutivo encontró un obstáculo de gran relevancia precisamente en la persona de su líder. Por lo que se refiere a la ideología, ya hemos notado cómo los caracteres originarios de la propuesta política berlusconiana —liberales, populistas y «revolucionarios»— marcaron de forma sustancialmente constante los discursos públicos de Berlusconi hasta los primeros años del nuevo siglo. Un razonamiento parecido se puede hacer a propósito de la organización: el líder preexistía al partido, no le estaba sometido, al fin y al cabo lo controlaba y frenaba, por lo tanto, su plena institucionalización.

En la legislatura 2001-2006, el berlusconismo tal como lo hemos ido describiendo hasta ahora maduró —o, se podría decir también, se agotó—. En primer lugar, el líder afirmó definitivamente su preeminencia sobre el partido, provocando el fracaso del in-

---

Forza Italia fue probablemente el libro, de significativo título, de Franco Rizzo: *Da Einaudi a Gedda. La meteora liberale di Forza Italia,* Pasian di Prato, Campanotto, 2001. Véanse también, por la presencia de temas liberales o temas sociales en los programas de Forza Italia desde 1994 hasta 2006, Carlo Ruzza y Stefano Fella: *Re-inventing the Italian Right. Territorial politics, populism and «post-fascism»*, Abingdon-Nueva York, Routledge, 2009, p. 132, fig. 5.3, que parece confirmar la disminución tendencial, aunque no lineal, del liberalismo económico. Véase, finalmente, Andrea Marino: *Forza Italia. Formazione e sviluppo del Centro Destra in Italia (1993-2001),* tesis doctoral, Università degli Studi di Salerno, 2012.

tento de institucionalizarlo: la labor puesta en marcha a finales de los noventa no sólo no fue continuada en el nuevo siglo, sino que, al contrario, lo poco que ya había sido hecho terminó por ser deshecho. La culminación de este proceso de «deconstrucción» se alcanzó probablemente en 2007-2008, cuando Berlusconi, que mientras tanto había vuelto a la oposición, disolvió Forza Italia y creó un nuevo partido, el Popolo della Libertà (PDL). Esta decisión, teóricamente, habría debido servir para que se consolidara el patrimonio político magmático que se había ido acumulando a lo largo de los años y para que se homologara al *mainstream* conservador europeo, emancipándose finalmente de su fundador. Pero, en realidad, se trató de una jugada sobre todo táctica e instrumental: una respuesta táctica a la creación, por parte de la izquierda, del Partito Democratico (PD); e instrumental para la reafirmación del predominio absoluto del liderazgo de Berlusconi sobre sus «criaturas» políticas[21]. Luego, a finales de 2013, el PDL fue disuelto y Forza Italia, refundada: son acontecimientos posteriores y pertenecientes a una fase histórica diferente, pero que confirman una vez más la señalada subordinación plena de las organizaciones y de sus siglas a la personalidad del líder que se había consolidado, precisamente, entre 2001 y 2006.

Además, en aquellos mismos años, se fortaleció la tendencia del berlusconismo a orientarse más hacia el polo conservador que hacia el liberal, una tendencia que, como se ha dicho más arriba, se había manifestado ya en la segunda mitad de los años noventa[22]. Fue, por lo menos en parte, una consecuencia del 11 de septiembre: con el ataque a las torres gemelas Berlusconi encontró una política exterior, pero bajo muchos aspectos perdió una política económica, o por lo menos vio dificultarse aún más las condiciones, que ya no eran las de la mitad de los noventa, por no hablar de los ochenta. En la evolución ideológica del centroderecha influyó también la relevancia creciente de los temas éticos y biopolíticos que han marcado el principio del nuevo siglo, y que en Italia alcanza-

[21] Mauro Calise: *La terza repubblica. Partiti contro presidenti,* Roma-Bari, Laterza, 2006; Caterina Paolucci: «The nature of Forza Italia and the Italian transition», *Journal of Southern Europe and the Balkans,* 8 (2006), pp. 163-178, y Chiara Moroni: *Da Forza Italia al Popolo della Libertà,* Roma, Carocci, 2008.

[22] Simona Colarizi y Marco Gervasoni, *La tela di Penelope...,* pp. 124-137.

ron uno de sus picos con la celebración del referéndum sobre la reproducción asistida en 2005. La Carta de los Valores de Forza Italia de 2004, subrayando con fuerza los principios occidentales y la ligazón entre Europa y Estado Unidos, rechazando el relativismo ético y conectando estrechamente liberalismo y catolicismo, demuestra cuál era el clima cultural de esa fase histórica. De todas formas, hay que notar que el documento se inscribe en el campo liberal, aunque en su vertiente conservadora, y se preocupa por reafirmar su adhesión a una concepción «no salvaje» del mercado y de la libertad económica[23].

La consecuencia más relevante de los cinco años (2001-2006) en los que Berlusconi estuvo en el Gobierno, sin embargo, consistió en el evidente desgaste de su liderazgo. Este desgaste queda demostrado, en primer lugar, por sus propios discursos. Desde 1994 hasta el principio del nuevo siglo, como hemos dicho antes, sus actuaciones públicas no variaron mucho, ni en el tono ni en los contenidos. En 2005, en cambio —después de una grave derrota sufrida en las elecciones regionales, que parecía preanunciar otra igualmente severa en las elecciones generales del año sucesivo—, el tono varió hasta el punto de condicionar también los contenidos: el enfoque optimista, positivo, constructivo y programático de los últimos años noventa dejó plenamente paso a una actitud justificatoria, recriminatoria y negativa[24].

Justificatoria porque Berlusconi, en lugar de mirar hacia el futuro como había hecho hasta entonces, empezó a mirar hacia el pasado, es decir, a reivindicar los resultados positivos obtenidos por sus gobiernos. Recriminatorio porque intentó descargar sobre otros factores y actores las responsabilidades por las muchas promesas no cumplidas: sobre la imposibilidad de controlar la política económica por parte de un Gobierno nacional (si bien es cierto que los compromisos del Pacto de Estabilidad y Crecimiento re-

---

[23] FORZA ITALIA: *Carta dei valori di Forza Italia,* Roma, 2004, http://download.repubblica.it/pdf/forzaitalia_valori1.pdf (consultado el 1 de abril de 2015).

[24] Véanse los discursos recopilados en Silvio BERLUSCONI: *Verso il partito della libertà: l'identità, i valori, il progetto,* Milán, Mondadori, 2006; véase también Franca RONCAROLO: «Modelli di campaigning. Le strategie comunicative di Berlusconi e Prodi nella campagna permanente italiana», en Paolo MANCINI (ed.): *La maratona di Prodi e lo sprint di Berlusconi. La campagna elettorale 2006,* Roma, Carocci, 2007, pp. 77-108.

dujeron el margen de maniobra económico de los Gobiernos italianos a partir de finales de los años noventa); sobre las fuerzas del centro izquierda por la situación que habían dejado en 2001 y por la manera en la que habían hecho oposición y, sobre todo, sobre los partidos menores que habían sido sus aliados en la mayoría gubernamental, que, según él, le había obstaculizado y debilitado. Negativo porque, al haber adoptado una actitud tan lejana de la optimista de cuatro o cinco años antes, el líder de Forza Italia ya no podía pedir con mucha convicción un voto *para* su propia coalición, y así empezó a pedir uno *contra* la coalición adversaria. Como ha observado el experto en sondeos Nando Pagnoncelli, de 2001 a 2006 Berlusconi «supo sustituir el sueño con el miedo»[25]. El desgaste del liderazgo berlusconiano quedó demostrado también, de todas formas, por su electorado, que, por un lado, en 2006 juzgaba negativamente la experiencia de gobierno que acababa de concluir, y también de cara al futuro tenía escasa confianza en la posibilidad de que la coalición de centroderecha supiera resolver efectivamente los problemas del país y, por el otro, y consecuentemente, resultaba mucho menos sensible al componente programático del berlusconismo de lo que lo había sido en las elecciones anteriores, en 2001[26].

Cinco años de gobierno, una legislatura entera, habían demostrado que Berlusconi no era capaz de renovar Italia como había prometido que haría. Es posible sostener que las elecciones de 2006, certificando este «fracaso», representaron un punto de viraje no sólo para el berlusconismo, sino también para el entero sistema político italiano. Volveremos a este asunto en el epílogo. Pero, antes de llegar a las conclusiones, es oportuno profundizar en dos cuestiones que se han quedado todavía sin respuesta: por qué Berlusconi no ha sido capaz de cumplir sus promesas y por qué, a pesar de que los resultados de la legislatura 2001-2006 decep-

[25] En Bruno VESPA: *Nel segno del Cavaliere,* Milán, Mondadori, 2010, pp. 218-219.

[26] Para el juicio del electorado de centro derecha sobre el quinquenio de Gobierno de Berlusconi, véase ITANES: *Dov'è la vittoria? Il voto del 2006 raccontato dagli italiani,* Bolonia, Il Mulino, 2006, pp. 216-217 y 222, tablas 13.2 y 13.5. Para una comparación entre las elecciones de 2001 y las de 2006, véase Giovanni ORSINA: *Il berlusconismo...,* pp. 150-151 y 192-193.

cionasen al electorado berlusconiano, Berlusconi perdió sólo por poco las elecciones de 2006 y luego en 2008 obtuvo su máximo triunfo electoral.

Aquí no es posible, obviamente, analizar de manera exhaustiva las graves insuficiencias del berlusconismo de gobierno. Nos limitaremos, por lo tanto, a subrayar la presencia en su seno de dos contradicciones, lo suficientemente profundas como para minar desde el principio no sólo su coherencia ideológica, sino también su capacidad realizadora. En primer lugar, el berlusconismo quería actuar políticamente pero estaba bastante desprovisto de recursos propiamente políticos — estructuras y redes organizativas, raíces culturales, experiencia administrativa—. Como hemos dicho más arriba, esta debilidad era presentada como un punto fuerte: la virginidad política se convertía en garantía de renovación y de vuelco en las relaciones entre las instituciones públicas y la sociedad civil. Pero, una vez que la propaganda había obtenido éxito y el partido de Berlusconi había conseguido alcanzar el poder —local o estatal—, la que en la comunicación había sido una fuerza se convertía ahora en una debilidad: diletantismo, inexperiencia, vaguedad. Todo lo contrario de aquella eficiencia que Berlusconi, fuerte por sus éxitos empresariales, había prometido a los italianos. Y eso tenía aún más relevancia porque el berlusconismo era hostil, a nivel retórico y programático, al aparato público, al que atribuía las principales responsabilidades por los problemas del país y que afirmaba debía ser redimensionado de manera drástica en sus costes y en sus poderes. Y el aparato público, lógicamente, reaccionaba oponiendo al personal gubernamental berlusconiano una hostilidad equivalente y votando ampliamente por la izquierda en las elecciones.

La segunda contradicción es incluso más grave que la primera. El berlusconismo, como se ha dicho, se basaba en la suposición de que el país real había ya madurado hasta el punto que podía y quería deshacerse de un país legal considerado demasiado pesado e invasor de la esfera civil. Pero no prestaba la debida atención a dos problemas: el primero consistía en el hecho de que la Italia «real» era extremadamente heterogénea, y la sociedad civil en el sur no era por ejemplo tan vital y autónoma como en el norte; el segundo, relacionado con el primero, era que la actuación estatal, si en muchos casos era efectivamente percibida como un peso y un problema, en muchos otros casos era solicitada y aceptada con complacencia. La

realidad histórica, en fin, era mucho más complicada de como la presentaba el berlusconismo, que proponía soluciones rápidas e indoloras: propuestas que tenían un gran impacto comunicativo, pero que creaban expectativas que no podían ser satisfechas.

Contestar a la segunda pregunta —por qué, a pesar de las decepciones de la legislatura 2001-2006, los italianos han seguido votando por Berlusconi— es más sencillo: porque también la coalición de centro izquierda había decepcionado cuando, de 1996 a 2001, había estado en el Gobierno; durante los cinco años siguientes, estando en la oposición, no se había renovado —en 2006 volvió a presentar la candidatura de Romano Prodi a la jefatura de Gobierno, como ya había hecho diez años antes—; y aparecía profundamente dividida en su seno, incluso más que la de centro derecha—. Al enfocar buena parte de la campaña electoral de 2006 alrededor de un mensaje negativo —no votéis *por* mí, sino *contra* ellos—, por lo tanto, una vez más Berlusconi había demostrado ser un intérprete perspicaz del espíritu público: los italianos estaban decepcionados y desalentados, no esperaban poder obtener lo que deseaban y por eso tendían a elegir no ya a los candidatos que más les gustaban, sino a los que menos les disgustaban. Finalmente, el resultado de las elecciones de 2008 —que, como se ha dicho, Berlusconi ha ganado ampliamente— queda explicado por la fragilidad y la inestabilidad extremas que habían caracterizado el Gobierno de centro izquierda en el bienio 2006-2008.

Epílogo: para un balance del berlusconismo

Como ya hemos notado, no sólo la historiografía sino también la conciencia pública italiana, después de más de dos décadas, bajo muchos puntos de vista tienen todavía que lidiar de manera exhaustiva con la crisis que ha afectado a la República a principios de los noventa. Pero no hay duda de que este acontecimiento ha abierto una notable «ventana de oportunidades» para la política italiana: la posibilidad de superar por fin el bloqueo de la Guerra Fría, a causa del cual el Partito Comunista no podía acceder al Gobierno ni la Democrazia Cristiana ir a la oposición, y pasar a un sistema más eficiente y democrático en el que todas las fuerzas políticas estuvieran legitimadas para gobernar. Al «bajar al campo» en 1994, Berlus-

coni se había presentado como el fundador de uno de los dos pilares de este nuevo orden bipolar: «me gustaría poder concluir mi aventura... en la historia política del País», habría dicho en 2005, «dejando como legado un sistema compuesto por dos fuerzas: la Casa de los moderados y la Casa de la izquierda, que se enfrenten, como en las grandes democracias, y que garanticen al país estabilidad de gobierno y, con ésta, bienestar, justicia y una mayor libertad»[27]. Es innegable que efectivamente él ha desempeñado dicha función «bipolarizadora»: no sólo porque sin él no habría existido una coalición de centro derecha, sino también porque, de 1994 a 2011, la entera dialéctica política nacional ha girado casi completamente alrededor de la dicotomía berlusconismo/antiberlusconismo. Gracias también a Berlusconi, por lo tanto, los italianos han podido escoger, por primera vez en casi ciento cincuenta años, entre una alternativa de coaliciones de gobierno.

Sin embargo, la «República bipolar» que empezó a tomar forma en 1994 ha funcionado bastante mal. Aquí vamos a subrayar sólo dos razones de su disfuncionalidad, una cultural y otra institucional. En primer lugar, los dos bandos, de centro izquierda y centro derecha, no se han enfrentado sólo en el terreno político, acerca de las diferentes soluciones que proponían al país, sino que se han contrapuesto —recuperando temas y reflejos pertenecientes a la época de la Guerra Fría— de manera más radical, negándose mutuamente la legitimidad. Ya hemos hablado del uso que Berlusconi ha hecho del anticomunismo. Sus adversarios, por su parte, han sostenido que él era un peligro para la democracia, el creador de un nuevo autoritarismo mediático, y han negado por lo tanto la inteligencia y/o la moralidad de sus electores —retomando en estos casos muchos elementos de la tradición antifascista que se había consolidado en la segunda mitad del siglo XX—[28]. De aquí surge, por lo tanto, aquel «bipolarismo negativo» que hemos mencionado al analizar las elec-

[27] Silvio BERLUSCONI: *Verso il partito della libertà...,* p. 95.

[28] Sobre la dialéctica berlusconismo/antiberlusconismo, véase Giovanni BELARDELLI: *La catastrofe della politica nell'Italia contemporanea. Per una storia della seconda repubblica,* Soveria Mannelli, Rubbettino, 2014, en particular el capítulo 2, «Berlusconismo e antiberlusconismo. La "guerra civile fredda" della seconda Repubblica». Sobre la relación entre antiberlusconismo y tradición antifascista, véase Giovanni ORSINA: «Antifascismo e antiberlusconismo. Percorsi di una tradizione ideologica», en Angelo VENTRONE (ed.): *L'ossessione del nemico,* Roma, Donzelli, 2006.

ciones de 2006: a pesar de que entonces los dos bandos habían gobernado ya durante una legislatura cada uno y no habían sido capaces de renovarse, el «peligro berlusconiano», por un lado, y el «peligro comunista», por el otro, los seguían manteniendo de pie, avivando sus raíces electorales. En segundo lugar, la bipolaridad habría debido apoyarse en una reforma constitucional: los intentos de modificar la Carta de 1948 que se han sucedido entre 1996 y 2006, en cambio, han caído en el vacío, también, pero no sólo, a causa de los procesos de delegitimación mutua entre los dos bandos.

«Bloqueada» en una situación de mal funcionamiento, la Italia bipolar no ha sabido resolver los problemas abiertos por la crisis de 1992-1994. Dado que, como hemos dicho al principio de este ensayo, aquélla había sido en primer lugar una crisis de la política, el no resolverla ha implicado no conseguir redefinir los límites del ámbito político, repensar sus relaciones con otros ámbitos, devolverle dignidad y credibilidad. El berlusconismo ha construido su propaganda alrededor del mensaje antipolítico provocado por el terremoto judicial de «Tangentopoli» y ha ligado a ese mensaje su triple propuesta de reducción de la intervención del Estado, de renovación de la vida pública y de creación de una nueva elite procedente del mundo empresarial. Pero no ha sido capaz de realizar esta propuesta, y así no sólo no ha resuelto la crisis, sino que la ha empeorado. Los partidos de izquierda y centro izquierda, por su parte, en muchos casos han reivindicado la importancia y la autonomía de la política, pero interpretándola como se interpretaba antes de «Tangentopoli», es decir, de una forma que el país ya había rechazado; en otros casos, en cambio, también ellos han imaginado, a través de un razonamiento especular al de Berlusconi, que la política hubiera debido ser «invadida» por lógicas ajenas, sobre todo por la lógica ética y la judicial.

La imposibilidad de devolver a la política un equilibrio, un mínimo de capacidad de decisión y unos límites razonablemente estables ha contribuido a hacer que Italia haya sido incapaz de adecuarse a las reglas europeas que no sólo había aceptado, sino que había incluso contribuido a escribir. Así, la crisis de la deuda soberana de 2011 ha sido generada también por este desequilibrio entre «compromisos externos» y «capacidades internas». Es posible afirmar también que dicho desequilibrio ya había provocado «Tangentopoli», y en este sentido 2011 tiene que ser leído en continui-

dad con la fase 1992-1994, como parte de una única, prolongada y nunca resuelta crisis de la política. Esta línea de razonamiento permite explicar los acontecimientos posteriores a 2011: el Gobierno tecnocrático de Monti, encargado de adecuar Italia a los objetivos económicos que la Unión Europea y los Gobiernos europeos estaban consensuando en 2011-2012, en sustitución de una política que ya se había mostrado claramente incapaz; el fracaso del Partito Democratico en las elecciones de febrero de 2013 —fracaso generado por la inhabilidad para comprender el hecho de que la de 2011 había sido una crisis no sólo del berlusconismo, sino del sistema político por entero que había tomado forma en 1994, y que había tenido en Berlusconi su principal eje—; el éxito extraordinario, en aquellas mismas elecciones, del Movimento 5 Stelle de Beppe Grillo, portador de la enésima promesa de regenerar la política, en este caso gracias a la movilización de la gente común hecha posible por internet[29].

En el momento en que escribimos estas líneas, en abril de 2015, Italia todavía está haciendo frente a los problemas surgidos en los primeros años noventa, nunca verdaderamente resueltos. Aunque todavía esté moviendo sus primeros pasos, no es imposible sostener que el actual jefe de Gobierno, Matteo Renzi —un político profesional surgido en el seno del Partito Democratico que, más que cualquier otro partido, ha salvaguardado una cultura organizativa «tradicional»—, esté intentando redefinir los límites y poderes de la política, y devolverle un mínimo de fuerza y credibilidad. La labor de Renzi, bajo varios puntos de vista, puede ser leída también como una especie de balance del berlusconismo. En primer lugar porque el joven presidente del gobierno ha tomado conciencia del fracaso de la bipolaridad negativa y peleona nacida en 1994, y ha evitado con muchísimo cuidado recorrer aquellos caminos del antiberlusconismo que en los últimos veinte años han sido muy transitados por la izquierda italiana, en detrimento suyo y del país. En segundo lugar porque ha recuperado no pocos elementos programáticos que habían sido propios del berlusconismo, como la reforma del mercado laboral y la de las instituciones públicas. Tanto es así que el error más grave del líder de Forza Ita-

[29] Para un análisis de los resultados electorales de 2013, véase ITANES: *Voto amaro. Disincanto e crisi economica nelle elezioni del 2013,* Bolonia, Il Mulino, 2013.

lia, si se lo observa desde esta perspectiva «renziana», parece haber consistido más en el no realizar que en el prometer. En tercer lugar, y sobre todo, porque sus formas de hacer política han tomado mucho de Berlusconi, llevando sus innovaciones incluso más allá: la comunicación rápida y sencilla, no exenta de rasgos demagógicos y populistas; el llamamiento ecuménico e interclasista, no dirigido sólo a los tradicionales «cotos de caza» electorales de la izquierda; la marcada personalización; el estilo de toma de decisión muy fuerte, impaciente con respecto a compromisos, contrapesos, intereses particulares y cuerpos intermedios[30]. Concluyendo, quizás esto queda, para bien o para mal, como el principal legado de Berlusconi: el haber transformado en profundidad y de manera permanente la cultura política italiana. Tanto es así que ha obligado su principal adversario, el Partito Democratico, a adaptarse a esta transformación.

[*Traducción de Emanuele Treglia*]

[30] Para las primeras reflexiones sobre el estilo político de Matteo Renzi, véanse, en el ámbito periodístico, Marco Damilano: *La Repubblica del Selfie. Dalla Meglio Gioventù a Matteo Renzi,* Milán, Rizzoli, 2015, y, en el ámbito académico, Sofia Ventura: *Renzi & Co. Il racconto dell'era nuova,* Soveria Mannelli, Rubbettino, 2015.

Ayer 104/2016 (4): 67-94 ISSN: 1134-2277

La izquierda poscomunista italiana en los años de Berlusconi

Lorenzo Bertucelli
Università degli Studi
di Modena e Reggio Emilia
lorenzo.bertucelli@unimore.it

Resumen: El artículo reconstruye los acontecimientos del principal partido de la izquierda italiana a lo largo del último cuarto de siglo. A partir del «cambio» de 1989-1991, momento en el que el Partido Comunista Italiano se convirtió en el Partido Democrático de la Izquierda, se abordan las diferentes etapas que llevaron a la construcción del Partido Democrático y al ascenso de Matteo Renzi en 2007. El análisis se centra en tres temas clave. En primer lugar, la compleja relación que el grupo dirigente del Partido Comunista mantuvo con su propia historia en momentos clave de la vida del partido. El segundo foco de interés son los intentos de fundar y estabilizar una cultura política, que se vieron debilitados, en la práctica, por las frecuentes oscilaciones estratégicas. Y, finalmente, las dificultades de liderazgo sufridas por los Gobiernos de centro-izquierda que se alternaron con aquellos dirigidos por Silvio Berlusconi. De esta forma se dibuja el perfil de una fuerza política que, a pesar de haber desarrollado un papel determinante en los años noventa, concretamente en el cumplimiento de los objetivos de los parámetros europeos y el ingreso de Italia en la moneda única, no consiguió oponerse eficazmente a la hegemonía política berlusconiana, y el de un grupo dirigente que se vio obligado a ceder el paso a un líder muy distinto políticamente y miembro ya de otra generación: Matteo Renzi, el primer secretario del partido que no procede de la historia del PCI-PDS.

Palabras clave: Partido Comunista Italiano, Partido Democrático Italiano, historia política, Italia, Matteo Renzi.

Abstract: The essay deals with the story of the main party of the Italian left in the last twenty five years. From the «turning point» of 1989-1991 in which the Italian Communist Party became the Democratic Party

Recibido: 25-05-2015 Aceptado: 22-04-2016

of the Left, the article discusses the different steps towards the constitution of the Democratic Party and the rise of Matteo Renzi in 2007. The analysis tackles three main aspects. Firstly, the complex relationship that the leadership of the post-communist party had with its own history, at each significant step of the life of the party. Secondly, the attempts to establish and define a political culture, attempts that were actually weakened by frequent shifts between different strategic options. Finally, the leadership difficulties of the centre-left governments that alternated with those of Silvio Berlusconi. What emerges is, on the one hand, the profile of a political force that, despite playing a decisive role in the nineties, especially to fulfil the Maastricht parameters and achieve the entrance in the European Monetary Union, was unable to counteract effectively the political and cultural hegemony of Berlusconi. On the other hand, a collective leadership that has finally lost control of the party in favour of a very different leader: Matteo Renzi, the first secretary of the party that does not come from the history of the PCI-PDS.

Keywords: Italian Communist Party, Italian Democratic Party, political history, Italy, Matteo Renzi.

El «giro». El fin del PCI y el nacimiento del Partido Democrático de la Izquierda

12 de noviembre 1989. El secretario del PCI, Occhetto, acaba de volver de Bruselas, donde ha visto en la televisión las imágenes de la caída del Muro de Berlín. Llega a Bolonia invitado a celebrar el aniversario de una batalla partisana. Parece una cita de rutina y, en efecto, en la sección de la «Bolognina» hay sólo militantes y expartisanos; nadie de la prensa nacional, sólo dos cronistas locales y un fotógrafo. Occhetto empieza a hablar: «Gorbachov se ha reunido con los veteranos de la segunda Guerra Mundial y les ha dicho: "Habéis ganado la guerra y si ahora queréis que no se pierda es necesario no conservar, sino iniciar grandes transformaciones". Todo ello me incita a inventar nuevas vías para unificar las fuerzas de progreso en lugar de insistir sobre viejos planteamientos». Entonces, uno de los cronistas presentes le pregunta: «Disculpe, pero ¿esto hace presagiar también el cambio de nombre?». El secretario del PCI responde: «Hace presagiar todo»[1]. Parece que todo llegue

[1] Luca Telese: *Qualcuno era comunista,* Milán, Sperling & Kupfer, 2012, p. 38 (1.ª ed., 2009).

sin estruendo, casi casualmente. Obviamente no es así: Occhetto ha meditado la decisión, conoce a su partido y sabe que sólo una iniciativa personal que aproveche el momento favorable creado por la caída del Muro le puede permitir plantear al partido la cuestión. La historiografía ha tendido a polarizarse en torno a la interpretación del «giro», visto como el resultado inevitable de los acontecimientos internacionales o como el resultado de un proceso interno. Se trata de divergencias que recuerdan los diferentes enfoques sobre el conjunto de la historia del PCI: partido condicionado por su alianza con Moscú, por tanto antisistema y heterodirigido, o bien un partido arraigado en la realidad nacional y en grado de obtener espacios de autonomía y originalidad[2].

El «giro» de 1989, en realidad, es un camino que requiere dos años de tiempo y cuyos resultados no pueden darse por descontados. Por supuesto, los acontecimientos de Berlín constituyen «la ocasión» para superar las resistencias internas en el partido, pero el proceso de cambio había ya empezado. Ciertamente, el fin de los regímenes comunistas supone un impacto relevante sobre un partido que ya desde hace tiempo se había alejado de «aquel» comunismo. En 1989, el PCI se encuentra en una situación complicada: es todavía un partido «lo suficientemente comunista para diluirse cuando desaparece del horizonte el comunismo real, pero no lo bastante como para seguir definiéndose comunista como si nada hubiera pasado»[3]. Las propias referencias a Gorbachov para legitimar la decisión de cambiar el nombre al partido atestiguan cuánto «el partido permaneciera aún ligado al comunismo internacional». En este sentido, el «giro» de Occhetto se presenta «tardío y oportuno al mismo tiempo»[4].

Por lo demás, la elección de Occhetto y el ascenso al poder de una nueva generación en torno a los cuarenta años —de Massimo

---

[2] Véanse, como ejemplos de estas dos tendencias, Victor ZASLAVSKY: *Lo stalinismo e la sinistra italiana. Dal mito dell'Urss alla fine del comunismo,* Milán, Mondadori, 2004, y Marcello FLORES y Nicola GALLERANO: *Sul Pci. Un'interpretazione storica,* Bolonia, Il Mulino, 1991; y sobre el concepto de «área de la legitimidad», véase Giovanni SABBATUCCI: «La soluzione trasformista. Appunti sulla vicenda del sistema politico italiano», *Il Mulino,* 2 (1990), pp. 171-196.

[3] Carlo GALLI: *Sinistra,* Milán, Mondadori, 2013, p. 95.

[4] Giuseppe VACCA: *Il riformismo italiano. Dalla fine della guerra fredda alle sfide future,* Roma, Fazi, 2006, pp. 28 y 17, respectivamente.

D'Alema a Walter Veltroni— habían cambiado los equilibrios del grupo dirigente y suscitado un proceso de revisión[5]. La nueva dirección siente la urgencia de salir de una fase de estancamiento, de una oposición orgullosa pero carente de salidas, que llevaba a que el Gobierno alternativo fuera imposible y la democracia italiana estuviera bloqueada[6]. Plantear el problema de la alternancia efectiva del Gobierno y de las necesarias reformas institucionales, como hace Occhetto recién elegido secretario, significa indicar como objetivo prioritario el desbloqueo del sistema político y por tanto, implícitamente, cambiar también el PCI[7].

Es evidente, por tanto, que el impacto emocional de la caída del Muro se convierte en el «pretexto» que el secretario utiliza para lograr sus objetivos, poniendo en cuestión la identidad del partido, sin cuya transformación cualquier cambio de ritmo sería poco realista. Para Occhetto, por tanto, el «cambio» no es una «dura necesidad» —definición de D'Alema—, sino la elección de «un nuevo comienzo», una oportunidad de renovación que hay que aprovechar en el momento en el que se disuelven los vínculos internacionales.

La política del partido, sin embargo, no es lineal. En el plano internacional, Occhetto oscila entre el alineamiento con la Internacional Socialista, y con el grupo socialista del Parlamento Europeo, y la ilusión de un comunismo reformado sobre la base de la acción de Gorbachov. En el plano interno, el «nuevo PCI» de finales de los ochenta no es capaz de decidirse entre apostar por la unidad de la izquierda con el Partido Socialista de Craxi o abrirse a la «sociedad civil» y a la «izquierda sumergida», es decir, entre convertirse en un partido de tipo socialista o en un partido democrático. Esta vaguedad refleja la dificultad de interpretar los grandes cambios en el mundo del trabajo y la desorientación frente a la erosión de sus tradicionales ámbitos sociales de referencia. Los poscomunistas se presentan cada vez más como «fordistas desorientados»[8], mos-

[5] Carlo Baccetti: *Il Pds,* Bologna, Il Mulino, 1996, pp. 37-43.

[6] Alberto de Bernardi: *Un paese in bilico. L'Italia degli ultimi trent'anni,* Roma-Bari, Laterza, 2014, p. XVII.

[7] Giuseppe Vacca: *Il riformismo italiano...,* p. 25.

[8] Carlo Galli: *Sinistra...,* p. 93, y Guido Crainz: *Il paese reale. Dall'assassinio di Moro all'Italia di oggi,* Roma, Donzelli, 2012, pp. 163-173.

trando grandes dificultades en la interpretación de las transformaciones en curso[9]. Todo ello lleva al partido a refugiarse en cánones de identidad suplementarios —respecto a una ideología considerada inútil— centrados en la «cuestión moral», la necesidad de promover una nueva ética pública contra la corrupción y, por tanto, en su «diversidad» respecto a los partidos de gobierno. De este modo, el partido parece más interesado en definir «lo que debe ser» respecto a «lo que debe hacer»[10].

Estas incertidumbres y las divisiones internas explican el hecho de que pasen dos años para llegar a la fundación del PDS y prefiguran algunas de sus oscilaciones posteriores. El *blitz* de Occhetto falla y lo que iba a ser una rápida aceleración hacia el proceso constituyente del nuevo partido, abierto a la participación de fuerzas externas, se convierte en un proceso agotador que requerirá dos congresos y pondrá en crisis el liderazgo del propio secretario.

Para tratar de reagrupar en lo posible el partido, se aumentan la imprecisión analítica y las connotaciones políticas: entre el problema no resuelto de la relación con el PSI[11], la perspectiva de un partido radical de masas con fuertes aportaciones de la sociedad civil[12] y la configuración de un partido socialdemócrata o generalmente progresista, lo que al final emerge es una renovación que, más que políticamente definida, asume «la naturaleza más restringida del recambio generacional»[13].

Occhetto contiene la disidencia del ala izquierda —tanto que la escisión que lleva al nacimiento del Partido de la Refundación Comunista es bastante reducida— y es elegido secretario del nuevo partido, pero su posición depende ahora del apoyo de D'Alema,

---

[9] Marco Revelli: *Finale di partito,* Turín, Einaudi, 2013.

[10] Andrea Possieri: *Il peso della storia. Memoria, identità, rimozione dal Pci al Pds (1970-1991),* Bolonia, Il Mulino, 2007, p. 279.

[11] Marco Gervasoni: *La guerra delle sinistre. Socialisti e comunisti dal '68 a Tangentopoli,* Venecia, Marsilio, 2013, pp. 157-160; Simona Colarizi y Marco Gervasoni: *La tela di Penelope. Storia della seconda Repubblica,* Roma-Bari, Laterza, 2012, pp. 10-12, y, más en general, Massimo L. Salvadori: *La sinistra nella storia italiana,* Roma-Bari, Laterza 2001.

[12] Entre los promotores de este planeamiento se encuentran intelectuales y la revista *Micromega,* dirigida por Paolo Flores D'Arcais, así como grandes medios de comunicación, a partir del periódico *La Repubblica*.

[13] Francesco Barbagallo: *L'Italia repubblicana. Dallo sviluppo alle riforme mancate (1945-2008),* Roma, Carocci, 2009, p. 198.

verdadero artífice de la mediación con la izquierda del partido que decide quedarse en el PDS.

Poscomunistas a prueba (1992-1994)

La difícil relación con su propia historia constituye una de las características del nuevo partido, vinculada a los rasgos poco definidos del PDS. En un partido en el que la identidad había sido particularmente importante, la historia había desempeñado siempre un papel crucial: «somos el partido de Gramsci, Togliatti y Berlinguer», se exclamaba en las manifestaciones comunistas. Y sin embargo, en la transición al poscomunismo la historia del PCI se convierte en un problema político.

Frágil en su fisonomía y carente de grandes recursos simbólicos, el nuevo partido no acaba de «hacer las cuentas con el propio pasado y con el propio futuro»[14], no revisa críticamente la historia del comunismo y a menudo prefiere la omisión, cuando no el silencio, aumentando de este modo sus dificultades para definir los nuevos fines de su acción. También sobre este tema nos encontramos con diferentes interpretaciones. Esquemáticamente, por una parte se encuentran los que creen que se trata de una operación consciente, destinada a relativizar los lazos hereditarios con un partido que ha compartido las atrocidades del estalinismo; por la otra, los que identifican en el ansia de una renovación regeneradora el deseo de remover el pasado, aun a costa de cancelar los aspectos positivos de la experiencia comunista en la lucha antifascista y en la Italia republicana.

La falta de una reflexión política y cultural sobre la experiencia soviética tiene importantes consecuencias. Gran parte de la cultura política del partido utilizaba herramientas intelectuales ligadas a aquellos eventos. Por no hablar de los modelos de organización y concepción del partido. Pasar página sin afrontar críticamente estas cuestiones podía ser políticamente «conveniente» en lo inmediato, pero conllevaba el riesgo de producir fragilidad cultural, cuando no afasia[15]. Pero aún más conlleva una herencia más problemática y

[14] Guido Crainz: *Il paese reale...,* p. 250.

[15] Andrea Graziosi: «Vittorio Foa e la sinistra italiana, 1933-2008», *Il mes-*

más duradera la tendencia a relegar a la penumbra el conjunto de la historia del PCI en los cincuenta años de la República[16]. Los poscomunistas, según ha sido observado, renunciaron a tratar de mantener viva la parte más positiva de su historia, «prefiriendo refugiarse en el olvido»[17]. El resultado es un partido que logra «dilapidar en un instante todo lo que había construido en medio siglo, presentándose como penitente [...], lejos de llevar a buen puerto y hacer valer lo que en Italia había sido verdaderamente: un gran partido de masas, propulsor y garante de la democracia en oposición y equilibrio con el partido de gobierno»[18].

Una formación política, por tanto, con poca memoria, con mucho remordimiento, sin una narración y un lenguaje eficaz para conectar el pasado y el presente, un partido en el que hacer olvidar el pasado se vuelve más importante que la forma de leerlo. Un partido, por tanto, expuesto al riesgo de subordinación cultural y de identidad incierta[19].

Los problemas no son inmediatamente evidentes porque el PDS se encuentra en un contexto inicial de gran ventaja. En 1992, el sistema político estalla bajo los efectos de una amplia operación de la magistratura milanesa sobre la corrupción, «Tangentopoli», que elimina los dos mayores partidos de gobierno, DC y PSI, dejando aparentemente el campo libre al PDS[20]. En el clima de deslegitimación general de la política y los partidos, la izquierda está convencida de ganar gracias al vacío político existente y se está preparando para las elecciones de 1994, en las que se enfrentará a Silvio Berlusconi[21].

---

tiere di storico, IV, 1 (2012), pp. 7-35, esp. p. 32; Vittorio Foa, Miriam Mafai y Alfredo Reichlin: *Il silenzio dei comunisti,* Turín, Einaudi, 2002, y Barbara Spinelli: *Il sonno della memoria,* Milán, Mondadori, 2001.

[16] Paul Ginsborg: «Italian political culture in historical perspective», *Modern Italy,* 1, 1 (1995), p. 3-17, esp. p. 11.

[17] Antonio Gibelli: *Berlusconi passato alla storia,* Roma, Donzelli, 2010, p. 32.

[18] Mario Isnenghi: *Storia d'Italia. I fatti e le percezioni dal Risorgimento alla società dello spettacolo,* Roma-Bari, Laterza, 2011, p. 639.

[19] Martin J. Bull: «The PDS, the progressive alliance and the crisis», *Modern Italy,* 1, 1 (1995), pp. 30-39.

[20] Véanse Ernesto Galli della Loggia: *Tre giorni nella storia d'Italia,* Bolonia, Il Mulino, 2010, pp. 106-128; Paul Ginsborg: *L'Italia del tempo presente. Famiglia, società civile, Stato,* Turín, Einaudi, 1996, pp. 474-477; Guido Crainz: *Il paese reale...,* pp. 225-231, y Luciano Cafagna: *La grande slavina,* Venecia, Marsilio, 1993.

[21] En el bienio 1992-1994 se abren diligencias a 338 diputados y 100 senado-

En una fase de profunda desilusión de la opinión pública con los partidos políticos, de vastas pulsiones antipolíticas mezcladas con vagas ansias de renovación, frente a la capilaridad de la corrupción revelada por las investigaciones judiciales, es comprensible que el PDS opte por jugar la carta de su propia «diversidad» y se convierta en el paladín de una gran operación de justicia que renueve profundamente la clase política de gobierno. Esta estrategia, sin embargo, conlleva algunos elementos problemáticos: en primer lugar, la izquierda se encuentra a remolque de la acción de la magistratura y, por tanto, no es el sujeto del cambio. Además, la insistencia sobre argumentos ligados a la moralidad pública termina por debilitar la lectura de los grandes cambios que se están verificando (baste pensar en las consecuencias del Tratado de Maastricht, en términos de políticas económicas y sociales). Por último, la valoración positiva del movimiento de indignación popular contra los políticos corruptos lleva a la convicción, más tarde demostrada equivocada, de un resultado necesariamente «virtuoso y progresista» de aquel periodo.

De esta forma, el PDS acentúa el carácter «moralista-judicial» de su propia política y, de hecho, confía la posibilidad de un cambio de la sociedad y del cuadro político únicamente a la acción de la magistratura[22]. La consecuencia ulterior de este planteamiento es un partido poco interesado hacia los movimientos de la Italia profunda, que no advierte el aumento de la distancia entre la sociedad y las instituciones, ni la agitación generada por la deslegitimación de los partidos —que no hace distinciones políticas— ni la fuerza de la petición de nuevas protecciones de los territorios expuestos a la globalización y el retiro de las políticas estatales (promovidas por la Liga Norte), o los gritos de socorro lanzados por los pequeños empresarios sofocados por la burocracia. Un partido que no es capaz de ofrecer un horizonte a un país en rápida transformación, que desprecia a Berlusconi y a sus partidarios, a los que

---

res, junto a centenares de cargos electos locales. Marc LAZAR: *L'Italie contemporaine de 1945 à nos jours,* París, Fayard, 2009, p. 108. Véase también Perry ANDERSON: *L'Italia dopo l'Italia. Verso la Terza Repubblica,* Roma, Castelvecchi, 2014, pp. 18-19.

[22] Giovanni BELARDINELLI: *La catastrofe della politica nell'Italia contemporanea,* Soveria Mannelli, Rubbettino, 2014, pp. 21-26, y Ernesto GALLI DELLA LOGGIA: *Tre giorni nella storia d'Italia...,* p. 112.

se les atribuye una «inferioridad antropológica»[23] y, por tanto, en el plano político, un partido que sólo logra construir una coalición, la «Alianza de los progresistas», que incluye a los Verdes y Refundación Comunista, pero no al Partido Popular, heredero de la DC, ni al movimiento proreferendum de Mario Segni, en aquellos tiempos muy popular por haber impuesto consultas sobre la Ley Electoral percibidas como «contrarias al poder de los partidos»[24].

En todo caso, en la víspera de las elecciones, el PDS parece encaminado hacia la victoria. El cuadro político ha sido desbloqueado y los Gobiernos de Amato (1992) y Ciampi (1993) han iniciado el saneamiento financiero y estipulado acuerdos con los sindicatos sobre costes laborales, inflación y productividad, poniendo las bases para una política de concertación y para el respeto de los parámetros de Maastricht[25]. Pero la subestimación de Berlusconi y los errores políticos de Occhetto[26] se revelan fatales en las elecciones de 1994. El fracaso es inesperado y, por tanto, traumatizante[27].

Las ilusiones de éxito de la izquierda parecen todavía menos fundadas si se consideran las dificultades de la fase histórica en la que

---

[23] Véase Giovanni Orsina: *Il berlusconismo nella storia d'Italia,* Venecia, Marsilio, 2013, en el que el autor señala, por el contrario, el carácter novedoso de la propuesta política de Berlusconi: por primera vez en la historia de Italia un líder y un partido político no se dirigen a los italianos indicando cómo «deben ser», es decir, con un enfoque «pedagógico/ortopédico», sino incitándoles a valorizar «lo que son».

[24] Guido Crainz: *Il paese reale...,* pp. 253-256.

[25] Giuliano Amato y Andrea Graziosi: *Grandi illusioni. Ragionando sull'Italia,* Bolonia, Il Mulino, 2013, pp. 192-196; Paul Ginsborg: *L'Italia del tempo presente...,* pp. 498-501 y 520, y Michele Salvati: *Tre pezzi facili sull'Italia. Democrazia, crisi economica, Berlusconi,* Bolonia, Il Mulino, 2011, pp. 93-99. Para un análisis del papel central y sustitutivo del sindicato, junto con la Banca de Italia, en la crisis del sistema político, véase Adolfo Pepe: «I lunghi anni ottanta (1980-1993)», en Lorenzo Bertucelli, Adolfo Pepe y Maria Luisa Righi: *Il sindacato nella società industriale,* Roma, Ediesse, pp. 319-358.

[26] Sintéticamente: una coalición limitada que excluye a los católicos democráticos y a los seguidores de Mario Segni, subestimando la polarización del electorado; la indecisión respecto al Gobierno con Ciampi, y la elección de no indicar un líder de coalición como candidato a premier. Véase Giuseppe Vacca: *Il riformismo italiano...,* pp. 41-48.

[27] El PDS sólo consigue el 20,4 por 100, con la coalición de los progresistas, que obtiene el 32,9 y el centro con el 16, mientras que la alianza de Berlusconi con la Liga Norte y Alianza Nacional llega al 45,9 por 100.

nace el nuevo partido. Años complicados para el conjunto de la izquierda europea. Desde esta perspectiva, considerar Italia como un caso excepcional resulta poco útil, dada su participación en fenómenos detectables en la mayor parte de los otros países europeos[28]. La crisis de la política y de su capacidad de mando es un fenómeno global originado por la desestructuración de la regulación estatal del capitalismo y la consecuente «crisis de racionalidad» sistémica y de legitimidad, en primer lugar de los grandes partidos de masas[29]. Con la «revolución» neoliberal y la globalización, roto el compromiso entre el capital y el trabajo, todo Occidente ha tenido que preguntarse sobre la crisis de los sistemas pluralistas o las derivas populistas en las democracias y, en todo caso, sobre las modificaciones profundas y el déficit de los sistemas de representación —de la «democracia del público» a la *démocratie de la défiance*—[30], elementos en cuyo ámbito se coloca la emersión política de Berlusconi[31].

Tendencias profundas que se inscriben en las especificidades italianas. Un país que llega al momento decisivo de los años noventa con la carga de una deuda pública descontrolada, una presencia del Estado en la economía amplia e ineficiente, y un sistema público que promueve el gasto y no está en condiciones de reformar hacia una mayor competitividad el aparato productivo. Para la izquierda, la peculiaridad del caso italiano es evidente. El fin de los regímenes comunistas no lleva a la extinción del PCI, sino a su transformación. Y no sólo. La contemporánea «Tangentopoli» hunde al PSI. De esta forma, el PDS se presenta en los noventa como el sujeto más importante de la izquierda italiana y eje de las coaliciones de gobierno del país entre los años 1996 y 2001.

---

[28] Marc Lazar: *L'Italie contemporaine de 1945 à nos jours...,* p. 13, y Giovanni Gozzini: «L'Italia di Berlusconi come problema storiografico», *Italia contemporanea,* 273 (2013), pp. 648-649.

[29] Alberto De Bernardi: *Un paese in bilico...,* pp. XV-XVI.

[30] Bernard Manin: *Principes du gouvernement représentatif,* París, Calman Levy, 1995, y Pierre Rosanvallon: *La contre-démocratie. La politique à l'âge de la défiance,* París, Seuil, 2006.

[31] Con interpretaciones diferentes, véanse Simona Colarizi, Marco Gervasoni: *La tela di Penelope...;* Carlo Galli: *Sinistra...;* Alberto de Bernardi: *Un paese in bilico...;* Giovanni Orsina: *Il berlusconismo nella storia d'Italia...;* Piero Ignazi: *Vent'anni dopo. La parabola del berlusconismo,* Bolonia, Il Mulino, 2014; Michele Salvati: *Tre pezzi facili sull'Italia...,* pp. 108-124, y Perry Anderson: *L'Italia dopo l'Italia...,* p. 162.

En el cuadro de las dificultades generales atravesadas por los grandes partidos, por partidos de la izquierda europea que no ofrecen puntos sólidos de referencia, los problemas de la izquierda italiana asumen, por tanto, el perfil peculiar de la evolución de un partido poscomunista, nacido de una rotura con su propia historia insuficientemente asimilada, que durante quince años no sabrá si convertirse en un partido socialista o democrático y, por ello, con dificultades para convertirse en el elemento estabilizador de la futura coalición de centroizquierda.

El PDS de D'Alema y los Gobiernos de centroizquierda (1996-2001)

La derrota electoral de 1994 le cuesta el liderazgo a Occhetto. El secretario del «giro» paga la incertidumbre del partido y, sobre todo, la infravaloración de Berlusconi. En este punto, la historiografía es unánime, subrayando la incomprensión de la izquierda respecto a la capacidad de líder de Forza Italia de revolucionar los modos de hacer política, así como sus opiniones tranquilizadoras sobre la inexperiencia política de *Il Cavaliere* y la incapacidad de advertir hasta qué punto la movilización antipolítica, generada por «Tangentopoli», había sido hábilmente interceptada por una fuerza capaz de presentarse como «nueva»[32]. Se ha subrayado, en este sentido, que el énfasis puesto en la interpretación de Berlusconi como «degeneración moral» haya debilitado a largo plazo la capacidad de entender las bases de su amplio consenso, adormeciendo la izquierda en una especie de «antropología antiberlusconiana», ciertamente útil para consolidar las coaliciones heterogéneas que se contraponían a *Il Cavaliere,* pero frágil desde el punto de vista político, no siendo capaz de advertir hasta qué punto la visión berlusconiana concordaba con los «nuevos valores» surgidos de las transformaciones de los años ochenta, ni el grado de estructuración alcanzado por la red de alianzas de Forza Italia[33].

---

[32] Francesco Barbagallo: *L'Italia repubblicana...,* p. 223, y Michele Salvati: *Tre pezzi facili sull'Italia...,* p. 91.

[33] Ernesto Galli della Loggia: *Tre giorni nella storia d'Italia...,* p. 146, y Simona Colarizi y Marco Gervasoni: *La tela di Penelope...,* pp. 49-52.

El nuevo secretario del PDS, Massimo D'Alema[34], encamina el partido hacia un perfil cercano al de los socialistas europeos y tiene como objetivo ampliar la coalición a las fuerzas católicas democráticas y, en particular, al Partido Popular. Según D'Alema, es necesario un proyecto amplio, ya que la victoria del polo construido en torno a Forza Italia ha demostrado que el sistema político tiene una estructura bipolar y a través de la «anomalía» Berlusconi el país ha entrado en la época «normal» de la alternancia[35], definida inapropiadamente como «Segunda República»[36].

D'Alema acusa a Occhetto de haberse subordinado a la tradicional vocación de las elites italianas, hostiles a los partidos y a las instituciones del Estado y, con ello, de haber hecho una lectura equivocada de la crisis sistémica de 1992-1994 sin identificar el verdadero problema: las dificultades del capitalismo italiano frente a la nueva competencia internacional y a la cesura histórica introducida por los vínculos europeos. Haber puesto al centro de la atención los vicios de la partitocracia contrapuesta al mito de la sociedad civil no ha hecho otra cosa —sostiene D'Alema— que allanar el camino al éxito de la derecha. Por estas razones es necesario impulsar al partido como eje de un proyecto reformista en grado de promover una amplia coalición de centroizquierda. Un proceso político no improvisado y una propuesta de gobierno innovadora, resultado de un encuentro entre las diversas tradiciones culturales y los intereses sociales del mundo del trabajo y de la empresa, sin pensar que «puedan desvanecer por encanto los partidos [...], mientras cualquier mago saca del sombrero el conejo blanco de un nuevo partido democrático, entre los aplausos de la platea extasiada»[37].

Las palabras del secretario del PDS muestran explícitamente las tensiones que sacuden al partido, las hipótesis estratégicas divergen-

---

[34] D'Alema se convierte en secretario a pesar de que una consulta interna hubiera mostrado la preferencia en el partido hacia Veltroni, 42 frente al 36 por 100.

[35] Ernesto Galli della Loggia: *Tre giorni nella storia d'Italia...,* pp. 132-135.

[36] Más allá del cambio de la Ley Electoral, en realidad no se producen modificaciones en el sistema constitucional e institucional. Véase Guido Crainz: «Italy's political system since 1989», *Journal of Modern Italian Studies,* 20, 2 (2015), pp. 176-188, y Umberto Gentiloni Silveri: «Italy's unfinished transition: between domestic dynamics and international change», *Journal of Modern Italian Studies,* 20, 2 (2015), pp. 189-201.

[37] Massimo D'Alema: *Un paese normale. La sinistra e il futuro dell'Italia,* Milán, Mondadori, 1995, pp. 66-67.

tes que se convierten también en un choque entre personalidades, en primer lugar entre D'Alema y Walter Veltroni. Por un lado, la visión del secretario centrada en el relanzamiento del partido como indispensable instrumento organizativo y de la movilización del consenso, reivindicando la reactivación de la cultura y la profesión política. Un gran partido socialdemócrata promotor de amplias alianzas sociales y de un programa de gobierno a la altura de los nuevos desafíos de la globalización. Por el otro, la tendencia a la creación de un partido democrático que, en el planteamiento de Veltroni, encuentra sus puntos de referencia en la experiencia americana y contempla la posibilidad de la disolución de la izquierda tradicional para contribuir a la creación de un nuevo sujeto progresista capaz de fundir las culturas socialistas y católicas democráticas, organizándose en formas nuevas y más abiertas respecto a los partidos del siglo XX. De esta forma, se configura un dilema estratégico que acompañará a la izquierda italiana durante los años siguientes, por lo menos hasta el nacimiento del Partido Democrático en 2007, pero que no se resuelve hasta la arrolladora ascensión de Matteo Renzi al vértice del partido, constituyendo, quizás, una de las razones de fondo de la misma.

A mediados de los noventa, frente a un marco político que cambia rápidamente a causa del rápido agotamiento del primer Gobierno de Berlusconi, se encuentra la solución en el «Olivo». No se trata de una fusión, sino de una alianza entre el PDS y el PPI —con el apoyo externo de Refundación Comunista— liderado por Romano Prodi. Tras un breve Gobierno encabezado por Lamberto Dini, el «profesor» lleva al Olivo el éxito en las elecciones de 1996[38] y se pone al frente de un Gobierno con objetivos claros: consolidar la alianza entre la izquierda reformista y los sectores innovadores del capitalismo italiano y llevar al país hacia una modernización que pueda ubicarlo eficazmente en el nuevo escenario europeo. Todo ello se condensa en el objetivo estratégico y simbólico de la moneda única: respetar los parámetros de Maastricht para entrar en el euro se convierte en la ocasión para relanzar el «sistema Italia», para afrontar los problemas de la deuda pública y la caída de la competitividad del país[39].

[38] La victoria, muy ajustada, fue posible por la Liga Norte, 10 por 100 de los votos, que no se unió al Polo por las Libertades de Berlusconi.

[39] Giuseppe VACCA: *Il riformismo italiano...,* pp. 56-65.

El Gobierno del Olivo alcanza los objetivos del saneamiento económico y el ingreso en la moneda única en 1998. Se trata de un logro importante, destacado unánimemente por la historiografía, que cierra la fase de la historia política italiana abierta con la crisis de 1992, durante la cual es posible trazar una línea de continuidad que comprende los Gobiernos de Amato y Ciampi, basada en el rigor financiero, el pleno apoyo a los objetivos europeos y el intento de introducir liberalizaciones y privatizaciones.

Sin embargo, una vez logrado el resultado de la «entrada en Europa», la coalición se disgrega. Es evidente que el reducido margen de la mayoría parlamentaria expone al Gobierno al juicio de Refundación Comunista, que al final decidirá retirar su confianza sobre la Ley de Presupuestos, pero probablemente actúan tensiones más profundas que, una vez logrado el objetivo del euro, llevan a una ruptura en la mayoría de gobierno. En primer lugar, el Olivo, no logra dar forma a una cultura política compartida. La mayoría «olivista» que sostiene al Gobierno consiste todavía en una suma de partidos que a finales de 1998 ya no encuentra un compromiso común. Además, la vaguedad de los objetivos y las perspectivas dentro del PDS terminan por socavar el propio liderazgo de Prodi, premier sin un partido propio. Para el grupo dirigente próximo a D'Alema, el objetivo prioritario sigue siendo el reforzamiento del perfil del partido en la dirección de una formación que recoja todas las culturas reformistas del país que tengan como referencia al socialismo europeo. De esta forma, nacen en 1998 los Democráticos de Izquierda (DS), mediante un proceso en realidad muy interno al partido, poco incluyente y, en resumidas cuentas, poco «olivista»[40].

La caída de Prodi abre el camino al regreso de Berlusconi al poder. Influyen en ello algunas decisiones de aquella fase, que referimos sumariamente: la comisión «Bicameral» promovida por D'Alema para impulsar las reformas institucionales cuyo único resultado es el relanzamiento político de Berlusconi[41]; la decisión, tras la caída de Prodi, de no ir a elecciones anticipadas, formando

[40] Véase *ibid.,* pp. 71-77 y 154-156, y Perry ANDERSON: *L'Italia dopo l'Italia...,* pp. 32-37.

[41] Piero IGNAZI: *Vent'anni dopo...,* p. 73, y Simona COLARIZI y Marco GERVASONI: *La tela di Penelope...,* pp. 95-98.

un Gobierno presidido precisamente por D'Alema con una alianza que remplaza Refundación Comunista con una formación centrista promovida por el expresidente de la Republica Francesco Cossiga y compuesta por tránsfugas del centroderecha. Una operación política que hunde el experimento del Olivo[42]. La derrota en las elecciones regionales (2000) llevará a la dimisión de D'Alema y a la creación de un nuevo Gobierno guiado por Giuliano Amato. En tales circunstancias, a Berlusconi le resulta fácil acusar a la izquierda de «transformismo», calificándola de símbolo de la vieja política que para mantenerse en el poder está dispuesta a todo, traición del mandato de los electores incluida[43].

Durante este periodo los DS parecen en dificultades. Apenas constituida la nueva formación política, D'Alema se convierte en premier y deja la secretaría a Veltroni. El cambio tutela los equilibrios internos pero contribuye a abrir una nueva fase de movimientos oscilatorios en el partido: una formación política encaminada hacia un perfil marcadamente socialista pasa a ser dirigida por el defensor de la opción «democrática», mientras que el exsecretario, convencido asertor de la centralidad del partido, se convierte ahora a la idea de que un «verdadero líder» necesite tener una proyección institucional. La desorientación y una sensación de opacidad en la toma de decisiones parecen prevalecer. En vísperas de las elecciones de 2001, la impresión es la de una derrota anunciada. Con la amplia victoria de Berlusconi, esta vez aliado con la Liga Norte, termina una década caracterizada por importantes éxitos económicos y por el ingreso del país en la moneda única. Por ello, parte de la historiografía ha definido los años noventa como una década «reformista», no asimilable a la sucesiva, rechazando la denominación del conjunto del periodo, 1994-2013, como el «ventenio berlusconiano»[44].

Se trata de una interpretación que se sustenta en elementos relevantes; sin embargo, no es menos cierto que desde el momento de su aparición en la escena política Berlusconi ha impuesto un

---

[42] Giuseppe Vacca: *Il riformismo italiano...,* pp. 112-120; Francesco Barbagallo: *L'Italia repubblicana...,* pp. 234-240, y Guido Crainz: *Il paese reale...,* pp. 332-337.

[43] Simona Colarizi y Marco Gervasoni: *La tela di Penelope...,* pp. 117-123.

[44] Véanse Alberto de Bernardi: *Un paese in bilico...,* y Giuliano Amato, Andrea Graziosi: *Grandi illusioni...,* pp. 212-217.

nuevo lenguaje político, ha construido una estrategia cultural ganadora y —también cuando ha estado en la oposición— ha sido determinante en la fundación de nuevos cánones de comunicación entre los líderes políticos y los ciudadanos, en la impostación de nuevas estrategias de construcción del consenso y en la interpretación del «sentido común» de los italianos postideológicos. Los reformistas del Olivo, siguiendo la estela de Amato y Ciampi, han desempeñado una función indispensable en la década, salvando el país del abismo financiero y poniendo las bases para su ingreso en el euro, pero no fueron capaces de imponerse como sujeto político socialmente hegemónico, quedando relegados a ser una minoría en el país[45].

La experiencia de la izquierda en el Gobierno presenta dos caras distintas: positiva sobre las cuentas del Estado, insuficiente sobre las reformas sociales e institucionales; óptima en lo referido al consenso internacional, pero con grandes dificultades para ampliar el consenso interno. En esta dualidad se identifica un elemento común de la izquierda europea en el cambio de milenio. Una izquierda que, tras el éxito de la integración monetaria, no logra proseguir por aquel camino, no es capaz de promover una efectiva integración política de la UE, replegando hacia una dimensión nacional y defensiva. De esta forma, la política se subordina a los grandes cánones neoliberales, atrapada en las estrecheces de las compatibilidades económicas y los dictados de las economías y los mercados globales, perdiendo su propio perfil reformador[46].

La izquierda italiana se expone más a estos riesgos porque es más tímida que otras en la reivindicación de posibles elementos divergentes con el *main stream* dominante, teniendo un núcleo constituido por una clase dirigente y una generación excomunista que de hecho no ha resuelto la cuestión de la relación con su propia historia. Es como si la remoción del pasado, sin la adecuada anamne-

[45] El Olivo obtiene en 1996 cerca de medio millón de votos más que el Polo de las Libertades. La Liga Norte, que en aquellas elecciones se presentaba por separado, sumaba, sin embargo, más de 3,5 millones de votos. Más proclives a hablar de época berlusconiana son Piero IGNAZI: *Vent'anni dopo...;* Giovanni ORSINA: *Il berlusconismo nella storia d'Italia...;* Antonio GIBELLI: *Berlusconi passato alla storia...,* y Alfonso BOTTI: «Per una storia del berlusconismo e dell'Italia berlusconiana oltre Berlusconi», *Storia e problemi contemporanei,* XXVI, 64 (2013), pp. 13-33.

[46] Giuseppe VACCA: *Il riformismo italiano...,* pp. 150-153.

sis, llevara a una mayor tendencia a la adecuación a los cánones político-culturales hegemónicos, tratando ciertamente de proteger los sectores neurálgicos del propio electorado, pero sin producir una propia, reconocible y autónoma visión de conjunto. De esta forma, es precisamente el PDS el que más a menudo se muestra como el defensor más convencido del espíritu *pro-market* que caracteriza a los Gobiernos de centroizquierda[47].

Un partido con un óptimo personal político, capaz de crear «buen Gobierno» a nivel central y una eficiente administración en la periferia, y de construir alianzas con las elites ilustradas del país decididas a afrontar el desafío de la innovación en el nuevo contexto europeo, pero con grandes dificultades para hacer emerger su «propia razón social», es decir, un proyecto redistributivo basado en la justicia social.

El nuevo Olivo y el Partido Democrático, 2001-2008

El ingreso en el euro otorga a Italia el derecho a estar en la escena europea. Al mismo tiempo, impone decisiones políticas drásticas para afrontar los problemas pendientes del país, comenzando por la deuda pública. Son necesarios un cambio de paradigma y la concienciación de que una fase histórica ha quedado atrás. Sin embargo, los beneficios inmediatos del euro llevan a la clase política a posponer las reformas estructurales para corregir el declive industrial del país, la ineficiencia del Estado, la promoción de una racionalización del gasto público y el restablecimiento de la competitividad de un sistema económico que en el pasado siempre había confiado en la posibilidad de devaluar la moneda nacional.

El retorno al Gobierno de Berlusconi es acompañado de muchas esperanzas. En realidad, pronto quedó claro que el Berlusconi de 2001 era «más netamente y tradicionalmente de derechas»[48], y estaba expuesto a los estados de ánimo de la Liga Norte y condicionado por el enorme conflicto de intereses propio, tenía inclinaciones marcadamente populistas y, por último, la tentación de promover posiciones euroescépticas como fácil coartada frente a las

[47] Piero IGNAZI: *Vent'anni dopo...,* pp. 85-86.
[48] Giuliano AMATO y Andrea GRAZIOSI: *Grandi illusioni....,* p. 230.

dificultades[49]. La respuesta de la izquierda a la derrota es ardua. Los DS, reducidos al 16,6 por 100 y debilitados por las divisiones internas, no parecen en condiciones de proponer una reflexión sobre el éxito de Berlusconi a partir de nuevas bases analíticas y, sobre todo, falta una explicación del fracaso del Olivo.

Entre los DS el enfrentamiento más duro es protagonizado por D'Alema y Cofferati, líder del sindicato de tradición «socialcomunista», la CGIL. Se trata de un momento importante. El sindicato había tenido en los años noventa un papel fundamental en las políticas de concertación que habían permitido alcanzar los objetivos europeos y se había puesto de manifiesto su capacidad de suplir un sistema político sacudido por una profunda crisis de legitimidad. Conseguidas esas metas, la armonía entre el centroizquierda y la CGIL se había evaporado gradualmente frente a las distintas valoraciones sobre las políticas de previsión social y de protección del trabajo. El deterioro paulatino de la histórica relación privilegiada entre la CGIL y la izquierda política comporta, en los albores de la nueva década, dos consecuencias estructurales. En primer lugar, la CGIL pierde su punto de referencia político-cultural y en los años siguientes acentúa su vocación autónoma con el objetivo de convertirse en un elemento aglutinador de los movimientos de oposición al centroderecha, a la globalización neoliberal y a las políticas de ataque a los derechos sociales y del trabajo. De esta forma, la trayectoria de la CGIL tiende a ser poco lineal, estratégicamente incierta y oscilante entre la propia, sólida, cultura sindical de la negociación colectiva y un movimiento político de inciertos objetivos. En segundo lugar, la distancia que se crea entre los DS y la CGIL debilita a la izquierda, confundiendo sus referencias sociales y las estrategias, volviendo opacas la concepción y la colocación del trabajo en la visión de la sociedad. Cada vez resulta menos claro si para la izquierda política el sindicato es un elemento conservador ligado a un periodo ya concluido o un interlocutor importante aún para construir alianzas reformistas.

Más allá de los problemas con el sindicato, quedan pendientes la reflexión sobre el Estado del bienestar, las compatibilidades económicas y los desequilibrios de los mecanismos de protección y

[49] Véase Giuseppe Vacca: *Il riformismo italiano...,* pp. 173-206.

previsión social evidenciados por las fracturas generacionales, impidiendo focalizar el perfil político de los DS y volviendo imprecisa la intención reformista[50]. En este sentido, los elementos de continuidad con el PDS prevalecen: la nueva formación política propone un grupo dirigente inmutable —el nuevo secretario, Piero Fassino, proviene del PCI y de la generación que llegó a la cúspide del partido con Occhetto—, pero sobre todo queda sin resolver el problema de la relación entre el partido y la coalición. Permanece entre los DS la contradicción entre el relanzamiento del Olivo como coalición compacta y la idea de que el partido tuviera que tener, en todo caso, un papel fundamental; una vez más, la encrucijada entre el fortalecimiento de la fisonomía socialista de los DS o la adopción de una estrategia decididamente «olivista», abierta a los movimientos e implícitamente «democrática»[51].

Volver a proponer el esquema del Olivo, apostando una vez más por Prodi, es la opción que prevalece en vista de las elecciones europeas de 2004 (31,4 por 100 de los votos) para después llegar en el otoño de 2005 a las «primarias» —elecciones abiertas a los inscritos y los simpatizantes del centroizquierda, a las cuales participan más de cuatro millones de personas— para elegir el candidato a premier. Prodi obtiene porcentajes plebiscitarios (75 por 100) y se anuncia la intención de crear, con la fusión de DS y Margarita, el Partido Democrático. Se trata de un decidido cambio de fase: ahora el objetivo prioritario es ir más allá de la experiencia de la socialdemocracia para fundar un nuevo sujeto político reformista. Una vez más, así como el «giro» del 1989-1991 no se había fundado en una elaboración crítica del pasado comunista, también ahora la «meta democrática» parece muy subordinada a una finalidad política, poco sedimentada y escasamente ligada a una cultura en grado de reelaborar una visión amplia de la última década y de constituir una referencia común para un personal político —excomunistas y exdemocristianos— que proviene de experiencias muy diferentes. Queda la impresión de que se pasa de una fase de gran convicción en la vía socialdemócrata al «giro democrático» sin una adecuada interpretación de la historia de la izquierda italiana y de la transición poscomunista[52].

---

[50] Alberto DE BERNARDI: *Un paese in bilico...,* p. 148.
[51] Giuseppe VACCA: *Il riformismo italiano...,* pp. 230-231.
[52] *Ibid.,* pp. 233-238.

El segundo Olivo, ahora denominado «La Unión», gana ajustadamente las elecciones de 2006. Por segunda vez, Prodi vence a Berlusconi, pero con un margen inesperadamente reducido, apenas 24.000 votos[53]. El Olivo, tras el fracaso de 1998, tiene una segunda oportunidad, pero la coalición es muy amplia —desde Refundación Comunista hasta los moderados de centro—, unida sobre todo por la aversión a Berlusconi, y se basa en una exigua mayoría.

El segundo Gobierno de Prodi transcurre sin acontecimientos relevantes. Se trata de dos años incoloros que conducen a un final anticipado de la legislatura. A diez años de distancia, las analogías con el primer Gobierno del Olivo son numerosas, pero ahora el contexto es más sombrío. En el país, la pérdida de confianza hacia la política ha aumentado, la Italia de las corporaciones parece capaz de paralizar cualquier intento de liberalización, la estructura protegida y «familiar» del capitalismo italiano debilita los resultados de las privatizaciones[54]. A estas alturas, los electores del centroizquierda observan resignados la incapacidad del Olivo de desarrollar una línea política unitaria. El poder de veto de los partidos y las divisiones internas en el Gobierno generan una sensación de impotencia y de bloqueo. A la base de todo se encuentra la debilidad estructural del reformismo en este periodo: minado por un déficit de hegemonía social y cultural, no es capaz de superar las dificultades de «garantizar contemporáneamente la consolidación de las cuentas estatales, la protección del Estado del bienestar y el desarrollo»[55]. Falta la capacidad de diseñar reformas compartidas sobre el mundo del trabajo, las pensiones y los impuestos. A menudo el Olivo parece más interesado en navegar sin rumbo en la esperanza de encontrar compromisos con sus partidarios, evitando temas sensibles como los derechos adquiridos y posponiendo cualquier decisión políticamente arriesgada.

El dramático fracaso de «La Unión» influye también en el acontecimiento político más importante del periodo: el nacimiento

[53] La Unión conquista el 31 por 100 mientras que al Senado los DS y la Margarita se presentan por separado, consiguiendo respectivamente el 17,4 y el 10,7 por 100. Refundación Comunista obtiene el 5,8 por 100. Véase Edmondo Berselli: «Due Italie, forse», en *L'Italia nonostante tutto,* Bolonia, Il Mulino, 2011, pp. 157-171.

[54] Alberto de Bernardi: *Un paese in bilico...,* pp. 128-129.

[55] Simona Colarizi y Marco Gervasoni: *La tela di Penelope...,* p. 187.

del Partido Democrático. Resulta evidente, en efecto, que cuando en el otoño de 2007 las primarias eligen como secretario a Veltroni, con la participación de más de tres millones de electores, la popularidad del Gobierno, a pesar de los buenos resultados económicos, «se había hundido»[56]. Esto no ayuda a un proceso político que si bien suscita nuevas esperanzas —por fin una decisión estratégica para superar las indecisiones del pasado y las divisiones del presente—, se enfrenta a obstáculos importantes. En un periodo de creciente distancia entre la política y los ciudadanos, de críticas cada vez más rabiosas hacia los privilegios y la corrupción de la clase política, de la «partitocracia sin partidos» percibida como una «casta»[57] lejana de la vida real, el objetivo del PD es muy ambicioso: «convertirse en el contenedor político de todos los reformismos presentes en las culturas católica, socialista y comunista, divididas en el siglo XX por el predominio de las grandes ideologías pero ahora libres de fundirse en un único partido»[58]. Sobre esta base, el PD se propone como un nuevo modelo de partido, capaz de renovar las relaciones del partido con la sociedad y los movimientos de opinión, de abrirse a los que se mueven fuera del «coto cerrado» de los políticos profesionales, de recoger el espíritu de participación manifestado en las primarias, de valorizar las experiencias de los gobiernos municipales y de impulsar un programa reformador.

En su programa, Veltroni propone un nuevo pacto generacional en el cual la reforma del Estado del bienestar se inscribe en un proyecto político capaz de combinar la reforma de las pensiones y un sistema de incentivos en favor del trabajo de los jóvenes. Redefinir los cánones del Estado social, reformar el aparato del Estado, impulsar el crecimiento y la movilidad social con un nuevo pacto social, son sus objetivos. El planteamiento es valiente, innovador en comparación con la lentitud de los DS y La Margarita, y representa un esfuerzo importante hacia una «reforma de la política» inaplazable para recuperar la credibilidad de los ciudadanos. «Hay una

[56] Edmondo BERSELLI: «Partito democratico o partito ipotetico», en *L'Italia nonostante tutto...,* p. 194.

[57] Gian Antonio STELLA y Sergio RIZZO: *La casta. Così i politici italiani sono diventati intoccabili,* Milán, Rizzoli, 2007.

[58] Simona COLARIZI y Marco GERVASONI: *La tela di Penelope...,* p. 189.

fuerte sensación —se observa— de que esta sea la última prueba de confianza que los seguidores del Olivo han querido dar al grupo dirigente del partido»[59].

La esperanza y la desilusión están estrechamente ligadas. Más allá de las dificultades de un momento histórico en el que las relaciones entre los partidos y la sociedad se encuentran al borde de la ruptura, y de la imagen negativa que muy pronto el Gobierno proyecta sobre el nuevo partido, existen razones específicas que contribuyen a dificultar el despegue del PD. Desde su creación, de hecho, más que la sede de una nueva cultura política compartida por un grupo directivo homogéneo, el partido parece un espacio político en el que los dirigentes de los DS y de la Margarita están más ocupados en repartirse puestos y cargos que en la definición de un proyecto reformista[60]. El PD, a pesar de los esfuerzos y de la popularidad de su líder entre la opinión pública, adquiere el perfil de ser una «fusión fría», aceptada por los aparatos de los dos partidos más por necesidad que por real convicción. La evidencia de tales contradicciones se revela tras la crisis de Gobierno y la derrota en las elecciones de 2008, en las cuales el PD rechaza una alianza con la izquierda radical[61], y estalla en toda su crudeza con la dimisión de Veltroni en 2009.

Los fracasos y las decepciones abren un amplio espacio a los movimientos que denuncian la incapacidad de la política para representar las necesidades de los ciudadanos, que acusan a la «casta» de ser autorreferencial, corrupta e intocable, de no tener ideas para sacar el país de las crisis; entre ellos emerge el Movimiento 5 Estrellas guiado por el cómico Giuseppe Grillo, capaz de obtener un consenso creciente.

---

[59] Guido Crainz: *Diario di un naufragio. Italia 2003-2013,* Roma, Donzelli, p. 102.

[60] *Ibid.,* pp. 76-77.

[61] El centroizquierda, formado por PD, Italia de los Valores —liderado por Antonio di Pietro— y los radicales, obtiene el 37,5 por 100 de los votos, mientras que el centroderecha, unido en la lista el Pueblo de la Libertad, llega al 46,8 por 100. Por primera vez la izquierda radical se queda fuera del Parlamento. Un análisis útil en Edmondo Berselli: «Partito democratico o partito ipotetico», en *L'Italia nonostante tutto...,* pp. 185-201.

Epílogo (2008-2014)

La caída del segundo Gobierno de Prodi en 2008 parece una réplica de lo sucedido en 1998, pero, como es bien sabido, la historia no se repite. En aquel entonces se había logrado un gran objetivo —el ingreso en el euro— y la crisis de Gobierno había sido causada por visiones estratégicas divergentes; ahora, el final anticipado de la legislatura provocado por la salida de la mayoría de una pequeña formación centrista, parece ligado a razones de escasa importancia[62]. No sólo, por tanto, un segundo fracaso clamoroso, sino también un «desmoronamiento» dramático, que otorga una nueva e inesperada posibilidad a Berlusconi; y, aún más, contribuye a abrir una brecha en la relación entre la izquierda política y su electorado, poniendo en grave crisis al neonato PD, que había llegado a suscitar nuevos entusiasmos. A partir de ahí se abre la puerta al abstencionismo y a la antipolítica, al «fenómeno Grillo» y a la deslegitimación del conjunto del sistema político.

El tercer Gobierno de Berlusconi, a pesar de una amplia mayoría parlamentaria, no es capaz de poner fin a esta tendencia. No sólo eso, Italia en esta fase parece un país a la deriva. La inacción y la insuficiencia del Berlusconi de los años 2008-2011, una especie de prórroga de una trayectoria política llegada a su fin, se perfila como una fase inercial, de «consenso sin confianza», en la que las ambiciones liberales son sustituidas por un confuso proteccionismo corporativo, en salsa nacional-populista, que lleva a la disgregación de la coalición de centroderecha y, por último, a la parálisis[63].

Mientras tanto, la estabilización del PD, muy maltrecho tras el nuevo éxito de Berlusconi, queda todavía lejos. El péndulo de la izquierda vuelve a oscilar: la mayoría de los excomunistas —apoyada por el sector más tradicional del catolicismo social— fuerza la dimisión de Veltroni. Tras una nueva derrota en las europeas de 2009 y una regencia de Dario Franceschini, vuelve a la cabeza del partido un grupo dirigente contrario a la visión «postideológica y modernizadora» de Veltroni, que vuelve a proponer la vía

[62] Guido Crainz: *Diario di un naufragio...,* p. 104-109.

[63] Edmondo Berselli: «Un esercito perso nella nebbia», en *L'Italia nonostante tutto...,* pp. 213-219.

socialdemócrata. Como líder del partido es elegido, siempre con las primarias, Pierluigi Bersani, exponente del ala pragmática del reformismo poscomunista, que había sido varias veces ministro y comprometido con las políticas de liberalización. Con el enésimo relevo al vértice, el partido una vez más cambia la dirección, confunde su identidad y varía la estrategia: de la construcción de un partido de vocación mayoritaria capaz de ir más allá de las fronteras de su electorado se pasa a la creación de un sujeto político catalizador de una alianza política que pueda recuperar las relaciones con la izquierda radical y se extienda también a las fuerzas centristas. Tras quince años pasados en la búsqueda de una identidad e intentando consolidar una cultura política, se vuelve al esquema de los años noventa[64]. De esta forma, el partido de Bersani no es capaz de desempeñar un papel importante en el final político de Berlusconi: el Gobierno de *Il Cavaliere,* con un consenso muy debilitado por los escándalos, cae por el agravamiento de la crisis financiera y las presiones de las instituciones europeas.

El PD ha tardado en entender los cambios en la sociedad italiana, a menudo ha aceptado las reglas de juego definidas por Berlusconi arriesgándose a adoptar sus estilos y modelos políticos. Al mismo tiempo, ha promovido la bandera del «antiberlusconismo», útil para componer alianzas pero «distorsionadora desde el punto de vista analítico»[65]. El resultado de todo ello ha sido la personalización y la agudización del enfrentamiento con Berlusconi, que en todo caso ha convivido con periódicas tentativas de reconocimiento recíproco que han terminado por volver a dar a *Il Cavaliere* espacio de iniciativa política.

De esta forma, frente a la disolución del Gobierno de Berlusconi, el PD queda al margen, limitándose a apoyar la iniciativa del presidente de la República, Giorgio Napolitano, que confía el gobierno a Mario Monti[66]. Un ejecutivo técnico, apoyado por una mayoría *bipartisan* (PD y Forza Italia), encargado de hacer frente

[64] Alberto DE BERNARDI: *Un paese in bilico...,* p. 155.

[65] Alfonso BOTTI: *Per una storia del berlusconismo...,* p. 23.

[66] Perry ANDERSON: *The Italian Disaster...,* pp. 11-13. Una visión opuesta, que relaciona la actuación del Gobierno de Monti con la experiencia de los Gobiernos reformistas de los años noventa se encuentra en Giuliano AMATO y Andrea GRAZIOSI: *Grandi illusioni....,* pp. 246-247.

a la emergencia del *spread* y llevar a cabo las reformas más urgentes para el país: el trabajo y las pensiones. Un ejecutivo que representa el fracaso de la clase política berlusconiana pero que evidencia también los límites de la oposición de izquierda y muestra hasta qué punto ha llegado el descrédito de los partidos y el conjunto del sistema parlamentario, dejando al Movimiento 5 Estrellas el espacio de la oposición. Una implosión política y la utilización de la elite tecnocrática como último recurso del país que recuerda el periodo 1992-1993: de aquella crisis surgió un nuevo protagonista, Berlusconi, e inició una época inédita de la política italiana; en ésta aparece un joven líder, Matteo Renzi, capaz de hacerse con el poder en el PD y de iniciar, a su vez, lo que parece un nuevo ciclo. Se podría decir que se pasa, en la extraña cuenta de las «repúblicas» italianas, a la «Tercera República» sin haber pasado verdaderamente nunca por la «Segunda».

El resultado de las elecciones políticas de 2013, en las cuales la coalición de centroizquierda prevalece por un estrechísimo margen sobre el centroderecha (que pierde siete millones de votos) y el Movimiento 5 Estrellas se convierte en el primer partido superando por un puñado de votos al PD, no permite a Bersani la formación de un Gobierno, dada la imposibilidad de una alianza con la fuerza «antisistema» de Grillo. En esta parálisis se enmarca el desastre de la fallida elección del nuevo presidente de la República, con la dramática fractura en el PD, que implica a las viejas corrientes y grupos de «ex» —comunistas y democristianos— impidiendo la elección de Prodi. El episodio concluye con la petición unánime a Napolitano para que prolongue su propio mandato. El presidente acepta y pilota la creación de un «Gobierno de amplio apoyo» —sostenido por el PD y Forza Italia— guiado por el vicesecretario del PD, Enrico Letta. Pero es sólo una cuestión de tiempo. La fallida elección del presidente de la República y el creciente descrédito del grupo dirigente del partido, que hundió la elección de uno de sus símbolos y fundador del partido, certifican el final de una época y crean las condiciones para el ascenso al poder en el partido de Renzi y la formación de su Gobierno.

La incapacidad de construir una alternativa creíble al modelo berlusconiano y la pérdida de confianza del electorado hacia el grupo dirigente del PD, considerado una «oligarquía inamovible» y dividido internamente por razones de carácter personal, «in-

capaz de hacer las cuentas con las propias derrotas y las propias insuficiencias»[67], allana el camino a Renzi y a la idea de «mandar al desguace» al conjunto del grupo dirigente, a toda una fase histórica, a una generación política. Frente a tantas oscilaciones, cambios de dirección y pérdidas de credibilidad, una generación que ha dirigido el partido desde 1989, la de los «cuarentañeros», viene desafiada por el alcalde de Florencia con formas inéditas: una comunicación simplificada y dirigida directamente a los electores —cuyo símbolo son los *tweet*— que hace saltar a la «casta» del partido y a los «viejos ritos» de la política; un enfoque postideológico, quizás postpolítico, que disuelve los vínculos con las culturas políticas del siglo XX, y un llamamiento generacional que implica la noción del «nuevo comienzo». Un líder que el centroizquierda no había tenido nunca —con la excepción parcial de Veltroni—, capaz de estar plenamente en la escena de la «democracia del público» del enfrentamiento personalizado y de los tiempos dictados por los (nuevos) medios de comunicación.

La fallida elección del nuevo presidente de la República representa, de esta forma, un hito y, de hecho, el agotamiento de la trayectoria política de una generación que había guiado el paso al poscomunismo al inicio de los años noventa, señalando el ocaso de una cultura política cuyas raíces se hundían en la experiencia histórica del movimiento comunista del siglo XX. Resulta difícil de decir si esto ha implicado la marginación definitiva de la cultura política de izquierda, en la forma en la que ha sido históricamente definida. Ciertamente se ha agotado la «fuente del siglo XX» de la izquierda y sólo el futuro dirá si ha sido reinventada por los «nativos del PD», la nueva generación política que no proviene del PCI o de la DC y sobre la cual sabemos todavía demasiado poco. Lo que es seguro es que, una vez más, este nuevo viraje del mayor partido de la izquierda italiana (por primera vez no guiado por un secretario proveniente del PCI) se efectúa eludiendo la confrontación con la propia historia, con una cesura drástica respecto a las experiencias precedentes, enfatizando retóricamente la necesidad de lo «nuevo», un poco como se hacía al inicio de los años noventa. Un nuevo «giro» que deja sin resolver los problemas de definición

[67] Guido CRAINZ: *Diario di un naufragio...,* p. 212.

identitaria y cultural del partido, por el momento velados por la fuerza del nuevo liderazgo renziano, tanto que el nuevo secretario y nuevo premier desde 2014, en virtud de un resultado electoral jamás conseguido por el partido —más del 40 por 100 en las elecciones europeas de 2014—[68] puede afirmar ante las críticas de la minoría de izquierda del PD: «no acepto *diktat,* con el Olivo se han perdido veinte años»[69].

Como decía el eslogan de la campaña electoral de Renzi, «Italia cambia verso»[70]. Si lo hace, y en qué dirección lo hará, no resulta todavía muy claro. Lo cierto es que, tras los años de la Italia berlusconiana, ha «cambiado *verso*» la izquierda.

Año	*Acontecimientos*	*Afiliados*	*Resultados electorales (%)*
1989	Achille Occhetto, secretario del PCI, anuncia «el giro»	1.421.230	
1990	XIX Congreso del PCI	1.264.790	
1991	XX Congreso del PCI: nace el PDS	989.708	
1994	Massimo D'Alema, secretario del PDS	698.287	Elecciones legislativas: 20,36% Triunfo del la coalición de centro-derecha liderada por Silvio Berlusconi
1995	I Congreso del PDS	682.290	
1996			Elecciones legislativas: 21,11% Triunfo de la coalición de centro-izquierda, Olivo, liderada por Romano Prodi

[68] En términos absolutos, sin embargo, los votos de Renzi son inferiores al resultado obtenido por el PD de Veltroni en 2008, poco más de 11 millones frente a más de 12 millones. La diferencia la hacen el hundimiento de Berlusconi: Forza Italia no llega al 17 por 100 y sobre todo el número de votantes que no llega al 60 por 100.

[69] Así titula *La Repubblica,* 15 de diciembre de 2014, que refiere una frase del premier. Es decir, frente a los que, dentro del partido, piden una discusión crítica sobre el «nuevo curso», Renzi responde imputando al viejo grupo dirigente las incertezas y la incapacidad de tomar grandes decisiones estratégicas en los años precedentes, buscando con ello la deslegitimación de la oposición interna y, de hecho, del conjunto de la generación de poscomunistas.

[70] La expresión se refiere a la necesidad de un decidido cambio de dirección de la política italiana y, al mismo tiempo, a un «cambio de marcha» en la toma de decisiones, aumentando significativamente su velocidad.

Año	*Acontecimientos*	*Afiliados*	*Resultados electorales (%)*
1997	II Congreso del PDS	640.838	
1998	Nacimiento de los DS, secretario Walter Veltroni	613.412	
2000	I Congreso del DS	555.171	
2001	Piero Fassino, secretario de los DS	598.085	Elecciones legislativas: 16,6% Triunfo de la coalición de centro-derecha liderada por Silvio Berlusconi
2005	III Congreso del DS	543.907	
2006			Elecciones legislativas: 17,5% Triunfo de la coalición de centro-izquierda liderada por Romano Prodi
2007	IV Congreso del DS Nace el PD, secretario Walter Veltroni		
2008			Elecciones legislativas: 33,17% Triunfo de la coalición de centro-derecha liderada por Silvio Berlusconi
2009	Pierluigi Bersani, secretario del PD	791.517	
2013	Matteo Renzi, secretario del PD		Elecciones legislativas: 29,54% Gobierno de larghe intese liderado por Enrico Letta (PD)
2014	Matteo Renzi, presidente del Consejo de Ministros	366.641	Elecciones Europeas: 40,81%

[*Traducción de Jorge Torre Santos*]

Ayer 104/2016 (4): 95-122 ISSN: 1134-2277

*Autoconciencia de una nación: el debate cultural sobre la crisis política y moral italiana (1994-2014)**

Anna Pattuzzi
Università degli Studi
di Modena e Reggio Emilia
anna.pattu@gmail.com

Alfonso Botti
Università degli Studi
di Modena e Reggio Emilia
alfonso.botti@unimore.it

Resumen: Con la crisis de 1992-1994, Italia ha entrado en una fase de transición sin fin de su sistema político. Una fase que ha sido caracterizada por el ascenso y ocaso de la figura clave de Silvio Berlusconi y que muchos identifican con la llamada «Segunda República». A raíz de esta crisis se ha venido produciendo una amplia bibliografía sobre sus causas próximas y remotas que, más que en sus dimensiones económica y social, se ha centrado en los aspectos antropológicos y morales. El artículo examina estas obras, proponiendo una primera periodización de la evolución de una bibliografía que, en su conjunto, se presenta como una especie de autoconciencia colectiva de una nación que está en crisis y ansía buscar salidas.

Palabras clave: Italia, «Segunda República», Berlusconi, berlusconismo, autoconciencia.

Abstract: With the 1992-93 crisis, Italy entered into an endless transition of its political system. This phase has been characterised by the rise and fall of Silvio Berlusconi, a key political figure that many observers identify with the so-called «Second Republic». A large literature on the remote and close origins of this crisis has been produced. It tends

* Este artículo ha sido elaborado por ambos autores. No obstante, la autoría de la introducción y de los párrafos sobre los noventa y los Años Cero corresponden a Anna Pattuzzi, los demás a Alfonso Botti.

Recibido: 13-08-2015 Aceptado: 22-04-2016

to focus on anthropological and moral aspects rather than on its economic and social dimensions. The article examines, trying to make a periodisation, this literature, which globally appears to be a kind of collective self-consciousness of a nation in crisis longing for a way out.

Keywords: Italy, «Second Republic», Berlusconi, Berlusconism, self-consciousness.

En la primavera de 2014, Italia triunfó en los Óscar con *La Grande bellezza* de Paolo Sorrentino. Gran parte de la crítica vio en la película el cuento de un país bellísimo y al tiempo desesperado, indolente, decadente y corrupto, sin posible solución: la Italia de la llamada «Segunda República», de Berlusconi y del berlusconismo.

La película de Sorrentino —podrían también citarse otras varias que han tenido menos éxito— no es más que una representación de una crisis sin fin que, desde los años noventa a la actualidad, ha llevado a los intelectuales italianos a interrogarse, más allá de la crisis del sistema político surgido entre 1945 y 1948, sobre sus causas próximas y remotas. Se trata de una literatura que ha hecho hincapié en la historia del país en las diferentes fases de su construcción nacional, los procesos de nacionalización, la antropología de los italianos, su carácter, la identidad nacional y la falta de una memoria y de una ética pública compartidas. Una literatura que representa una especie de autoconciencia colectiva que todavía no ha sido examinada en su conjunto y de la que falta una periodización.

Como siempre ocurre, hay unos precedentes. El más próximo viene representado por la investigación que Banfield llevó a cabo en la mitad de los años cincuenta del siglo XX, en un pueblo de la Italia meridional, de la que surgió una clave interpretativa sobre el atraso del Sur que, a pesar de ser muy controvertida, ha formado parte de manera estable de las herramientas de los científicos sociales: el «familismo amoral»[1]. Mirando mucho más atrás, nadie (o casi) que se haya preguntado sobre los males de Italia ha podido evitar las referencias al amargo sarcasmo con el cual Fran-

[1] Edward C. BANFIELD: *Le basi morali di una società arretrata,* Bolonia, Il Mulino, 1961. Sin ir más lejos, el tema del «familismo amoral» está muy presente en Paul GINSBORG: *Storia d'Italia dal dopoguerra a oggi,* Turín, Einaudi, 1989.

cesco Guicciardini (*Consigli et avvertimenti,* 1576) describió en el siglo XVI el triunfo de las «corruptelas» y de lo «particular», el arte de la *doppiezza* y de justificarse con excusas pretextuosas; al *Discorso sopra lo stato presente dei costumi degl'italiani* (1824), donde Giacomo Leopardi denuncia la incapacidad del país para completar el paso a la modernidad; y a la literatura *risorgimentale,* hija del disgusto por la unificación tardía, como los *Saggi critici* (1866) o la *Storia della lettertura italiana* (1870-71) de Giuseppe De Sanctis. Pocos han olvidado, además, las páginas de Piero Gobetti en las cuales el fascismo es interpretado como «autobiografía» de una nación pequeña, analfabeta y servil, o *La mentalità degli italiani* (1928), esbozada por Gaetano Salvemini. Muchos han hecho referencia a los escritos de Leo Longanesi, Giuseppe Prezzolini, Curzio Malaparte, Luigi Barzini Jr., hasta llegar a la historia periodística de Indro Montanelli. Todos antecedentes que constituyen las premisas del ensayo que se ha convertido en referencia obligada sobre el tema: *L'Italiano,* de Giulio Bollati[2].

Con todo, ha sido en los últimos veinte años cuando el discurso de Italia sobre sí misma (y de los italianos sobre sí mismos) ha despegado de una forma peculiar. Sobre la «Segunda República» ya existe una gran cantidad de bibliografía —periodística, politológica, sociológica, filosófica—, sin que falten las primeras aproximaciones historiográficas. Con relación a estas fuentes, y realizando una selección debida al ingente número de textos publicados, lo que sigue pretende apuntar temas, pistas y nudos interpretativos al respecto, a partir de la crisis del sistema político de 1992-1994, a través de una exposición diacrónica y con una aproximación (todavía provisional) por décadas.

Los Noventa

La Italia republicana tenía por fin sus historiadores de referencia[3], cuando entre 1992 y 1994 estalló la crisis del sistema político

[2] Giulio BOLLATI: «L'italiano», en *Storia d'Italia,* vol. I, *I caratteri originali,* Turín, Einaudi, 1972, pp. 951-1022, posteriormente ampliado en *L'Italiano. Il carattere nazionale come storia e come invenzione,* Turín, Einaudi, 1983.

[3] Nos referimos concretamente a Paul GINSBORG: *Storia dell'Italia dal dopo-*

y con él de la llamada «Primera República». En esta complicada fase política, la disolución de la DC tiene a Agostino Giovagnoli como historiador[4], la irrupción del localismo separatista de la Lega cuenta con los análisis del politólogo Ilvo Diamanti[5], mientras la desorientación general encuentra cierto alivio en el librito en el que Norberto Bobbio reflexiona sobre los conceptos de «derecha» e «izquierda», volviendo a proponer como salida la distinción, oportunamente renovada[6].

Al alba de la «Segunda República» varias investigaciones historiográficas adoptan un enfoque de larga duración entre historia política, institucional y sociocultural. En este marco, el tema que más llama la atención de los estudiosos es el de la falta de unidad del país[7], de sus reiteradas «crisis de sistema»[8] y rupturas. En 1996, Ernesto Galli Della Loggia inaugura una peculiar (y muy discutida) clave interpretativa de la historia de la identidad italiana. Su tesis es que entre 1943 y 1945 se produjo una crisis tan profunda de la idea de nación y de patria que, por la incapacidad de una clase dirigente corrupta e incapaz liderada por una monarquía desprestigiada, se tradujo en una verdadera «muerte de la patria». Y que las fuerzas políticas (demócrata cristianos, socialistas y comunistas) salidas del catastrófico conflicto mundial no supieron sustituir la idea de nación que el fascismo había impuesto por otra diferente, vinculada

---

guerra ad oggi. Società e politica, 1943-1988, 2 vols., Turín, Einaudi, 1989; Pietro Scoppola: *La Repubblica dei partiti. Evoluzione e crisi di un sistema politico,* Bolonia, Il Mulino, 1991, y Silvio Lanaro: *Storia dell'Italia repubblicana (dalla fine della guerra agli anni '90),* Venezia, Marsilio, 1992. Todos con sus sucesivas puestas al día en ediciones posteriores que no viene al caso señalar.

[4] Agostino Giovagnoli: *Il partito italiano. La democrazia cristiana dal 1942 al 1994,* Roma-Bari, Laterza, 1996.

[5] Ilvo Diamanti: *Il male del Nord: Lega, localismo, secessione,* Roma, Donzelli, 1996.

[6] Norberto Bobbio: *Destra e sinistra,* Roma, Donzelli, 1994.

[7] Aurelio Lepre: *Italia addio? Unità e disunità dal 1860 ad oggi,* Milán, Mondadori, 1994.

[8] Massimo L. Salvadori: *Storia d'Italia. Crisi di regime e crisi di sistema,* Bolonia, Il Mulino, 1994. Quizá el trabajo que mejor sintetiza el paradigma de la anomalía, puesto que para el autor desde la Unidad hasta principios de los noventa del siglo xx no se habrían producido cambios de Gobierno que no fuesen provocados por quiebras de regímenes o crisis orgánicas de los sistemas políticos. A la falta de alternancia, el autor añade la eterna guerra civil ideológica que habría dificultado la legitimación recíproca entre las fuerzas políticas.

con la democracia y los principios de la Constitución republicana[9]. En la misma línea se ubican otras aportaciones de este historiador, varias de las cuales se publican en la colección *Identità italiana* de Il Mulino, dirigida por él mismo a partir de 1998[10].

Centrándose en la construcción del «mito nacional», Emilio Gentile también parece concluir que nunca ha existido en Italia una idea compartida de nación ni una religión civil común, debido a la presencia de arraigadas ideologías antagónicas que desembocaron en una guerra civil[11]. Se trata de una línea interpretativa que posteriormente ha sido compartida por muchos analistas e historiadores, según los cuales la peculiaridad de la historia italiana sería justamente la de las hondas fracturas creadas en el seno de la nación, unas grietas de difícil curación porque se alimentan por una perenne «guerra civil fría»[12].

No obstante, hacia el final de la década no faltan intervenciones que intentan reconstruir para los «perplejos» la historia del país, destacando los aspectos de unidad y coherencia y haciendo hincapié sobre los momentos en los que Italia tuvo conciencia de su ser nacional[13].

La deriva del país

La sensación de una Italia a la deriva es mayoritariamente compartida por políticos, periodistas y también escritores. Los políticos

---

[9] Ernesto Galli Della Loggia: *La morte della patria,* Roma-Bari, Laterza, 1996.

[10] Ernesto Galli Della Loggia: *L'identità italiana,* Bolonia, Il Mulino, 1998, e íd.: «L'identità nazionale nella storia repubblicana», en Agostino Giovagnoli (ed.): *Interpretazioni della Repubblica,* Bolonia, Il Mulino, 1998, pp. 33-45. Véase también Ernesto Galli Della Loggia y Aldo Schiavone: *Pensare l'Italia,* Turín, Einaudi, 2011.

[11] Emilio Gentile: *La grande Italia. Ascesa e declino del mito della nazione nel ventesimo secolo,* Milán, Mondadori, 1997.

[12] En la misma línea, véase Umberto Cerroni: *L'identità civile degli italiani,* Lecce, Piero Manni, 1996, donde el autor insiste sobre el escaso compromiso popular en los momentos fundacionales de la nación (Risorgimento y Resistencia). Y también, Aldo Schiavone: *Italiani senza Italia,* Turín, Einaudi, 1998, donde el historiador del mundo antiguo recorre casi dos mil años de historia en la búsqueda de las razones que explican la fuerza del primado itálico remoto y la fragilidad del Estado unitario.

[13] Mario Isnenghi: *Breve storia dell'Italia unita ad uso dei perplessi,* Milán, Rizzoli, 1998.

se empeñan en un discurso programático con la finalidad de «normalizar» un país que consideran bajo diferentes conceptos «anómalo». Los títulos de sus libros son muy ilustrativos de esa tendencia interpretativa (y retórica) que comparten la izquierda, la derecha y el centro[14].

Los ensayos periodísticos —de Giorgio Bocca, Maurizio Costanzo y Mario Giordano, por citar los más conocidos—[15] insisten en la anormalidad de las condiciones del país (desequilibrios, injusticias, atrasos), mezclando el intento de análisis con un tono a veces de queja, otras de denuncia. Empieza de esta forma a cristalizar una narración dirigida a un público amplio, en la que el presente es percibido como epifanía de tramas con raíces remotas que la crisis habría hecho aflorar a la superficie (mala sanidad, enchufes, evasión fiscal, tráfico y contaminación, trasformismo, etc.). Una categoría de publicaciones que, a lo largo de los últimos veinte años, han crecido de forma exponencial, contribuyendo a crear un discurso difundido y socializando una sensibilidad que estallará en la primera década del 2000.

A lo anteriormente dicho se suman unos trabajos de excavación en el corazón del *ethos* italiano. De entre ellos destacan las obras del escritor Sebastiano Vassalli[16], también ensayos como los del crítico literario Alfonso Berardinelli[17] y los del periodista Antonio Gambino. Este último propone un inventario de la mentalidad y de las costumbres de los italianos, recopilado a través de la literatura, la historia y la política, desde Maquiavelo hasta las Brigadas Rojas y la mafia. Lo que sale a relucir es el perfil de un país perezoso, oportunista, indiferente, sucio y sobre todo sin sentido de

---

[14] Massimo D'Alema: *Un Paese normale: la sinistra e il futuro dell'Italia,* Milán, Mondadori, 1995; Gianfranco Fini: *Un'Italia civile,* Milán, Ponte delle Grazie, 1999, y Marco Follini: «L'impossibilita di essere normale: sulla metamorfosi di Berlusconi», *Il Mulino,* 374 (1997), pp. 1051-1060.

[15] Giorgio Bocca: *Italiani strana gente,* Milán, Mondadori, 1997; Maurizio Costanzo: *Un paese anormale: l'Italia che non ci piace,* Milán, Mondadori, 1999, y Mario Giordano: *Waterloo! Il disastro italiano. Ultime notizie dall'Italia che non funziona,* Milán, Mondadori, 1999.

[16] Sebastiano Vassalli: *Gli italiani sono gli altri: viaggio (in undici tappe) all'interno del carattere nazionale italiano,* Milán, Baldini e Castoldi, 1998, y también íd.: *L'italiano,* Turín, Einaudi, 2007.

[17] Alfonso Berardinelli: *Autoritratto italiano,* Roma, Donzelli, 1998.

ciudadanía, incapaz de asumir responsabilidades, incluidas las de la historia. Su análisis sugiere un paradigma interpretativo, en absoluto novedoso pero original en las argumentaciones, que asume un corte casi psicológico (y acaba por naturalizar las características que describe): los males crónicos que afligen a Italia provendrían de un parón familiar y materno con raíces muy remotas. Al fin y al cabo, para los italianos la madre y la familia serían *antes* y *contra* la sociedad civil. La Gran Madre de la tradición habría ejercido a lo largo de los siglos una tutela posesiva que encarnaría la negación de la sociedad y de la historia, produciendo una mentalidad colectiva que se habría convertido en una especie de «prisión de larga duración»[18].

La historiografía de la crisis

Los traumas de los años 1992-1994 —«Tangentopoli», «Manos Limpias», la desaparición de los tres principales partidos (DC, PCI, PSI)— marcan el inicio de una nueva estación historiográfica sobre el medio siglo posbélico. Particular interés tiene el volumen misceláneo *Interpretazioni della Repubblica,* dirigido por Agostino Giovagnoli, según el cual se puede hablar de «historiografía de la crisis», debido a la presencia y reiteración en muchas de las colaboraciones del volumen de la idea de crisis y de la necesidad de mirar hacia atrás en la búsqueda de sus orígenes. En su aportación, una de las últimas de este historiador, Pietro Scoppola lanza una amonestación a esta historiografía: es menester y urgente —a partir de los interrogantes que plantea el presente— dedicarse a la historia del «tejido ético» del país, de la sedimentación de la experiencia moral, teniendo cuidado de no hacer ni la historia de «algo que podía o debía ser», ni un proceso al pasado a partir de las presiones de la crisis percibidas en el presente. De entre otras colaboraciones destaca la de Giovanni Sabbatucci, que propone leer las cinco décadas republicanas como época de crecimiento y progreso en la cual Italia ha vivido un periodo de paz, experimentado la democracia y el bienestar, alcanzándose un importante resultado: poner los cimien-

[18] Antonio Gambino: *Inventario italiano. Costumi e mentalità di un paese materno,* Turín, Einaudi, 1998.

tos de una nación democrática[19]. De esta forma, Sabbatucci parece proponer un planteamiento —no apriorísticamente polémico o distorsionado por el prisma pesimista— al cual se ha mantenido fiel en los años siguientes. Una voz, la suya, en absoluto mayoritaria.

Los Años Cero

Berlusconi

Al segundo triunfo electoral de Berlusconi en 2001 (el tercero fue en 2008) corresponde el florecer de un considerable número de publicaciones sobre *Il Cavaliere* y el berlusconismo. Sobran con diferencia los de corte periodístico y polémico a partir de *L'odore dei soldi* (2000)[20], que abre la vía al éxito de Marco Travaglio como periodista-altavoz de un amplio sector de la opinión pública, indignada por los conflictos de intereses, la corrupción, la ilegalidad y el despilfarro de dinero público por parte de la clase política. Un texto clave del antiberlusconismo que, como muchos denunciaron a finales de la década, pasó gradualmente a convertirse en el corazón de la propuesta política de una izquierda desorientada[21]. A partir de aquí se desarrolla un discurso periodístico que socializa el antiberlusconismo, convirtiéndose en una suma de lugares comunes para aquella mitad del país que ve en Berlusconi la epifanía de los «males crónicos italianos», y al tiempo como elemento de novedad y ruptura a raíz de sus peculiaridades que confirmarían la anomalía italiana. Desde este punto de vista, el éxito de Berlusconi representaría la quiebra del sistema democrático italiano, mientras, más en general, el enfrentamiento berlusconismo/antiberlusconismo se va convirtiendo en el eje político y cultural en el espacio público de la década[22].

---

[19] Véanse Agostino GIOVAGNOLI: «Introduzione»; Pietro SCOPPOLA: «Tessuto etico, forze politiche, istituzioni», y Giovanni SABBATUCCI: «La nazione democratica», en Agostino GIOVAGNOLI (ed.): *Interpretazioni della Repubblica,* Bolonia, Il Mulino, 1998, pp. 7-16, 17-32, 183-186, respectivamente, y también Guido CRAINZ: *L'Italia repubblicana,* Florencia, Giunti, 2000.

[20] Elio VELTRI y Marco TRAVAGLIO: *L'odore dei soldi,* Roma, Editori Riuniti, 2001.

[21] Nicola TRANFAGLIA: *Vent'anni con Berlusconi (1993-2013). L'estinzione della sinistra,* Milán, Garzanti, 2009.

[22] Furio COLOMBO y Antonio PADELLARO: *Il libro nero della democrazia: vivere*

Sin embargo, en paralelo a lo anteriormente señalado, aparece un discurso más pormenorizado, analítico y académico, tanto en el ámbito historiográfico, como en el politológico, que empieza a estudiar el fenómeno Berlusconi en el marco de la historia del país, que se plantea el tema de las relaciones entre Berlusconi e Italia y que reflexiona sobre el berlusconismo como posible clave interpretativa de una nueva época, además de como nota dominante de la «Segunda República». Según Paul Ginsborg, la personalidad política de *Il Cavaliere* y la naturaleza de sus ejecutivos tienen características peculiares que van más allá de las comúnmente apuntadas (monopolio televisivo y mediático, gran poderío económico). En cambio sería necesario preguntarse si Berlusconi ha iniciado, con una especie de laboratorio político, una nueva etapa política, o si se trata de otra manifestación de la misma autobiografía de la nación italiana. ¿Novedad o persistencia? Ginsborg parece ubicar su interpretación a medio camino. Sin embargo, es muy lúcido al apuntar las peculiaridades del berlusconismo y de aquí los rasgos de ruptura que lo caracterizan y separan de lo que había antes. A saber: una democracia más electoral que liberal, donde la ley no es igual para todos, donde se enfatiza la libertad negativa, es decir, la libertad de escaparse de las reglas, donde el carisma patrimonial del vendedor oculta la solvencia de su propuesta y actuación política[23].

Si el trabajo de Ginsborg marca las pautas de cierta historiografía posterior que intenta juntar el análisis con la denuncia política, diferente es el caso de Marc Lazar, según el cual los años 1994-2006 no serían un paréntesis debido al poderío económico y mediático de Berlusconi, ni tan siquiera una enfermedad en un cuerpo de por sí vigoroso. En su opinión, existiría una relación de continuidad y reciprocidad entre el país y Berlusconi: si la Italia de los noventa favoreció su ascenso y consolidación en el poder, él supo modelar los años sucesivos a través de la que Lazar

sotto il governo Berlusconi, Milán, Baldini & Castoldi, 2002; Giorgio Bocca: *Piccolo Cesare,* Milán, Feltrinelli, 2003; Ezio Santarelli: *Profilo del berlusconismo,* Roma, Datanews, 2002, y Rino Genovese: «Il berlusconismo, essenza della democrazia deformata», *Il Ponte,* 11 (2005), pp. 40-47. No deja de ser llamativa la falta, entonces y posteriormente, de ensayos que defiendan a Berlusconi o que interpreten en clave positiva su actividad política.

[23] Paul Ginsborg: *Berlusconi. Ambizioni patrimoniali in una democrazia mediatica,* Turín, Einaudi, 2003.

define como «revolución berlusconiana». Una revolución con unos efectos duraderos que, de esta forma, ubica al historiador francés entre los que identifican la «Segunda República» con la época berlusconiana[24].

Antipolítica

Una segunda novedad de los Años Cero, vinculada con las primeras investigaciones sobre el fenómeno Berlusconi, viene representada por la aparición del tema de la antipolítica. Con este término (de pronto convertido en categoría analítica) se describiría la actitud de enfrentar a la sociedad civil (considerada buena) con la política (valorada como mala). Una actitud que, a veces de una forma subterránea como el Guadiana, recorrería la historia italiana según una línea que a partir del antiparlamentarismo fascista llegaría a Forza Italia, pasando por el movimiento del *Uomo qualunque* (1944-1948), las primeras ligas y a continuación la Lega Nord de Umberto Bossi y la Rete de Orlando (1991-1999)[25]. Sobra decir que, con su aparición, el Movimento 5 Stelle de Beppe Grillo tendrá ya el cauce donde integrarse, según distintos analistas. También que en el debate público el término se convierte en un insulto del cual la clase política a menudo se sirve para desprestigiar a los que la critican desde una postura radical.

En este ámbito de estudios, Alfio Mastropaolo, a partir del análisis de la crisis de 1992, afirma que ésta podía hallar su vía de salida: al fin y al cabo la elección de Scalfaro, el Gobierno de Amato y el resaneamiento de las cuentas públicas podían ser las premisas de la solución. ¿Por qué quebró, entonces, el sistema? Su respuesta es que hay en Italia un relato de la nación que la presenta como inconclusa e imperfecta, relato que a partir de los años setenta se habría convertido en una verdadera «ortodoxia narrativa e interpretativa». Esta ortodoxia, según Mastropaolo, ha extremado los defectos del país, impidiendo lecturas que supiesen valorar los

[24] Marc LAZAR: *Democrazia alla prova,* Roma-Bari, Laterza, 2006.

[25] Salvatore LUPO: «Il mito della società civile. Retoriche antipolitiche nella crisi della democrazia italiana», *Meridiana,* 38-39 (2000), pp. 17-43, y Giuseppe CANTARANO: *L'antipolitica. Viaggio nell'Italia del disincanto,* Roma, Donzelli, 2000.

adelantos y los logros de la segunda posguerra. Semejante narración está muy arraigada porque resulta demasiado cómoda como para no aprovecharse de ella: en 1994 la clase política se habría amoldado a la presión de la antipolítica (aceptando la «santificación» de la sociedad civil), en lugar de elaborar nuevas propuestas programáticas que le hubieran requerido esfuerzos mayores[26].

En cambio, según Donatella Campus, la antipolítica sería una retórica, una narración producida por la política internacional. Los discursos de los líderes que se oponen al *establishment* por supuesto inmovilismo, ineptitud y corrupción, se habrían difundido en las últimas décadas a nivel global: la comparación entre los ascensos al poder de De Gaulle, Reagan y Berlusconi permite a la politóloga trazar un balance del recorrido de Berlusconi y reflexionar sobre su supuesta excepcionalidad y la de la historia sociopolítica italiana[27]. Quienes a lo largo de los últimos veinte años han elegido observar a Italia a través de aproximaciones comparativas —una minoría, sin lugar a dudas— tienden a escaparse del paradigma excepcionalista y facilitan una mirada más amplia y problemática sobre los acontecimientos italianos[28].

Los temas de la antipolítica y del neopopulismo han seguido estando presentes a lo largo de los años más recientes, tanto con monografías[29], como con estudios dedicados al éxito del Movimento 5 Estrellas liderado por Beppe Grillo[30].

---

[26] Alfio Mastropaolo: *Antipolitica. Alle origini della crisi italiana,* Nápoles, L'ancora del Mediterraneo, 2000.

[27] Donatella Campus: *L'antipolitica al governo. De Gaulle, Reagan, Berlusconi,* Bolonia, Il Mulino, 2006.

[28] Así, por ejemplo, Loredana Sciolla: «Cultura civica e «carattere nazionale». Il caso italiano in prospettiva comparata», en Gaspare Nevola (ed.): *Una patria per gli italiani? La questione nazionale oggi, tra storia, cultura e politica,* Roma, Carocci, 2003, pp. 81-116, y también íd.: *La sfida dei valori,* Bolonia, Il Mulino, 2005.

[29] Salvatore Lupo: *Antipartiti. Il mito della nuova politica nella storia della Repubblica (prima, seconda e terza),* Roma, Donzelli, 2013.

[30] Elisabetta Gualmini y Piergiorgio Corbetta (eds.): *Il partito di Grillo,* Bolonia, Il Mulino, 2013; Giuliano Santoro: *Un Grillo qualunque: il movimento a 5 stelle e il populismo digitale nella crisi dei partiti italiani,* Roma, Castelvecchi, 2014.

Italia que se hunde, la casta *y el carácter de los náufragos*

Alrededor de la mitad de la década, el relato del país desesperado alcanza su cenit. Se trata de un verdadero alud de libros periodísticos que a partir de los títulos aluden a Italia como un país provisional, enfermo, superficial, figurado, en estadio terminal, y a la «Segunda República» como desastre[31].

Un granito de arena lo añade Giovanni Sartori con *Mala tempora*. Una recopilación de los artículos publicados entre 1994 y 2003 en los cuales el conocido politólogo comenta todos los intentos de reforma del sistema político italiano, dibujando un país «sin hueso», incapaz de reaccionar a los abusos del poder, dominado por una clase política incompetente que ha fracasado en toda hipótesis de «ingeniería constitucional» y que desde 1994 no ha conseguido asegurar la gobernabilidad del país ni impedir la crisis siempre más honda del Estado de Derecho, debido a la concentración de poderes políticos, económicos y mediáticos en las manos de Berlusconi. Un gran poder anómalo, sin parangón en otras democracias[32].

El 2007 es el año de *La casta*. El libro es un hito que marca una época, sobre todo por el éxito que tiene el término y por cómo entra en el léxico y en el sentido común, convirtiéndose en sinónimo de clase política. El libro-encuesta, que a finales del año había vendido 1,2 millones de copias, destapa algunas realidades que muestran cómo la política y los partidos están involucrados en despilfarros de dinero público, privilegios y abusos de poder[33]. Nada

---

[31] Giampiero Mughini: *Un disastro chiamato Seconda Repubblica. Miti, protagonisti e soubrette di un'Italia che declina,* Milán, Mondadori, 2005; Raffaele Simone: *Il paese del pressappoco. Illazioni sull'Italia che non va,* Milán, Garzanti, 2005; Giorgio Bocca: *L'Italia l'è malada,* Milán, Feltrinelli, 2005; Oliviero Beha: *Diario di uno spaventapasseri,* Milán, M. Tropea, 2006; Curzio Maltese: *Come ti sei ridotto. Modesta proposta di sopravvivenza al declino della nazione,* Milán, Feltrinelli, 2006, y Francesco Toscano: *Capolinea. Viaggio ironico e amaro nell'Italia della Seconda Repubblica,* Cosenza, Pellegrini, 2009.

[32] Giovanni Sartori: *Mala tempora,* Roma-Bari, Laterza, 2005.

[33] Sergio Rizzo y Gian Antonio Stella: *La Casta,* Milán, Rizzoli, 2007 (ed. española *La Casta. De cómo los políticos se volvieron intocables,* prólogo de Íñigo Errejón, introducción de Enric Juliana, Madrid, Capitán Swing, 2015). Sobre el análisis de la clase parlamentaria, véase también Danilo Chirico y Raffaele Lupoli, *Onorevoli figli di,* Roma, Rinascita, 2008.

novedoso, por supuesto. Sin embargo, la denuncia de los periodistas Stella y Rizzo, al mostrar el nivel de difusión alcanzado por la corrupción en la vida pública, influye profundamente en amplios sectores de la sociedad, transmitiéndoles la idea de que la crisis era más profunda que la de 1992-1994. Los mismos periodistas completan el cuadro el año siguiente con *La deriva,* en el cual la lupa se desplaza de la clase política a las instituciones y a la burocracia, al mundo empresarial y de los negocios, de la justicia, de la escuela, de la universidad, del trabajo y sindical[34]. Evidente es el propósito de ampliar el abanico de las responsabilidades más allá de la clase política para abarcar el sistema italiano en su conjunto. Acaso aquí se encuentra la razón del menor impacto del libro, que al denunciar los males de la sociedad civil y de las otras castas se enfrenta a las resistencias de muchos grupos no dispuestos a admitir esos males.

En contratendencia se ubica la antología del historiador David Bidussa, que recopila breves textos de diferentes italianos a lo largo de dos siglos —de Leopardi a Berlinguer, de Sciascia a Montanelli, de Malaparte a Craxi— sobre la italianidad y la cuestión moral y civil, no para añadir sus denuncias de los males conocidos, sino para historiarlas. En su razonamiento, la literatura sobre la italianidad (italianología) sería una retórica que lejos de describir al italiano, lo habría construido, ofreciéndole como remedio la indiferencia, verdadero fundamento de la antipolítica[35].

Una voz original e incansable en el relato de la sociedad italiana de estos años es la de Edmondo Berselli, periodista de *La Repubblica* y *L'Espresso* y director por una temporada de *Il Mulino,* del cual hay que recordar por lo menos *Post-italiani,* donde, entrelazando historia y psicología, presenta una fenomenología del pueblo italiano capaz de indicar bien los grandes procesos, las lentas transformaciones, los cambios de comportamientos, modas y lenguajes

[34] Gian Antonio Stella y Sergio Rizzo: *La deriva. Perché l'Itala rischia il naufragio,* Milán, Rizzoli, 2008. Véanse también Daniele Martini: *Mi raccomando: l'arte della spintarella da Garibaldi a Berlusconi,* Milán, Baldini & Castoldi, 2002; Roberto Perotti: *L'università truccata,* Turín, Einaudi, 2008, y Elisabetta Ambrosi y Alessandro Rosina: *Non è un paese per giovani: l'anomalia italiana: una generazione senza voce,* Venecia, Marsilio, 2009.

[35] David Bidussa (ed.): *La questione morale. Siamo italiani,* Milán, Chiarelettere, 2007.

de la vida cotidiana. En fin: una fotografía que, sin juzgar o aludir al paradigma de la anomalía, resulta desoladora[36].

Las raíces de la crisis para los historiadores

En la producción historiográfica de los Años Cero ocupan un lugar destacado los trabajos de Guido Crainz, que ya con su *Storia del miracolo italiano* (1996) había estrenado un proyecto dirigido a estudiar la historia de la Italia republicana para encontrar también las raíces de la incertidumbre del presente[37]. *Il paese mancato* es un estudio que examina los cambios que a partir de los años sesenta afectan a la economía y la cultura, la producción y el consumo, los protagonistas sociales y los imaginarios colectivos, a través del milagro económico, las expectativas de reformas de los años del centro-izquierda, la explosión del movimiento estudiantil hasta el desencanto, los años negros de la «estrategia de la tensión» y los primeros síntomas de la crisis de la República. En su interpretación, los años ochenta habrían sido el resultado de cómo se había vivido la modernización de los sesenta, cuando los partidos de masas, con su capacidad de cohesión y sentido de pertenencia, habían conseguido frenar al individualismo y la subversión de las reglas. Un papel que los partidos no habrían conseguido cumplir en los ochenta, cuando a raíz de las impactantes transformaciones económicas, para mantener el consenso, tuvieron que aceptar el descontrol del gasto público hasta niveles insoportables para cualquier economía sana[38].

Si la perspectiva de Crainz es sociocultural (sus fuentes son la prensa, los informes de la policía, las películas, las canciones, la literatura y la televisión), otros adoptan una aproximación de historia política. Ése es el caso de Simona Colarizi, que, tratando fundamentalmente de la involución de los grandes partidos, insiste sobre las anomalías del caso italiano: el bloqueo del sistema político, la falta de alternancia, la ininterrumpida presencia en el Gobierno a

[36] Edomondo Berselli: *Post-italiani. Cronache di un paese provvisorio,* Milán, Mondadori, 2003.

[37] Guido Crainz: *Storia del miracolo italiano,* Roma, Donzelli, 1996.

[38] Guido Crainz: *Il paese mancato,* Roma, Donzelli, 2003.

lo largo de medio siglo de la DC y de sus aliados, la quiebra producida por «Tangentopoli», la complicada y contradictoria transición al bipolarismo[39]. Y también de Francesco Barbagallo, según el cual el fin de la «Primera República» no habría producido una regeneración del sistema político institucional, ausencia de la que derivaría la incertidumbre de la identidad de la democracia republicana, a pesar de su trayectoria más larga que la de la Italia liberal-monárquica y del *ventennio* fascista[40].

Y a la historia política también hay que reconducir la interpretación del transformismo de Giovanni Sabbatucci, que, dejando de lado las hipótesis antropológicas según las cuales el italiano sería cultural o genéticamente *voltagabbana* [chaquetero, veleta], explica que se trata de un sistema de gobierno que sirve para marginar las alas extremas, gobernar desde el centro y bloquear toda posibilidad de alternancia. Un sistema que habría existido también en otros sitios, por ejemplo en Francia a partir de los años treinta del siglo XIX (pero no en los países anglosajones). En fin: una opción política, no una peculiaridad italiana, ni un estigma antropológico[41].

Otros historiadores van más atrás en el tiempo. Galli della Loggia y Loreto Di Nucci, en *Due Nazioni,* afirman que Italia se habría caracterizado desde la Unidad por un nivel de contraposición política muy elevado, una división alimentada por razones ideológicas: norte/sur, laicos/católicos, fascistas/antifascistas, comunistas/anticomunistas. Estas divisiones corresponderían, de hecho, a dos diferentes naciones, cada una de las cuales habría deslegitimado a la otra, produciendo una constante crisis de legitimidad. Sin que la expliciten, puede verse en el trasfondo una alusión a la división berlusconianos/antiberlusconianos que marca el presente histórico, del cual los dos autores se sirven como prisma para reconstruir la historia de la falta de legitimación recíproca entre las opciones políticas-ideológicas en la historia del país[42].

---

[39] Simona COLARIZI: *Storia politica della Repubblica. Partiti, movimenti, istituzioni, 1943-2006,* Roma-Bari, Laterza, 2007.

[40] Francesco BARBAGALLO: *L'Italia repubblicana. Dallo sviluppo alle riforme mancate (1945-2008),* Roma, Carocci, 2008.

[41] Giovanni SABBATUCCI: *Il trasformismo come sistema,* Roma-Bari, Laterza, 2003.

[42] Ernesto GALLI DELLA LOGGIA y Loreto DI NUCCI (eds.): *Due nazioni. Legittimazione e delegittimazione nella storia dell'Italia contemporanea,* Bolonia, Il Mulino, 2003.

En los primeros capítulos de *Senza Stato*[43], Paolo Pezzino describe los principales elementos que se encuentran en las interpretaciones catastrofistas del Estado italiano, realizando un análisis de las anteriores *deprecatio temporum* de los intelectuales (desde el Risorgimento hasta la Resistencia). A continuación se centra en los momentos clave de la construcción de la identidad nacional a partir del pasaje de la Italia liberal a la Gran Guerra, de aquí al fascismo hasta la «guerra civil del alma», que queda como herencia del segundo conflicto mundial, enfrentamiento recrudecido durante la Guerra Fría y un proceso de modernización que habría producido grandes fracturas (territoriales, institucionales y sociales). Un análisis original de la crisis italiana, llevado a cabo a través del estudio diacrónico del poder local, las clases medias, las formas del consenso, la forma-partido y la construcción administrativa y burocrática del Estado. Según Pezzino, el proceso de *State building* no habría conseguido la identificación de la población con la nación, ni tan siquiera desde el punto de vista simbólico. Un déficit que habría perpetuado la existencia de un «nosotros dividido»[44], es decir una identidad fragmentada y segmentada. Justamente este «nosotros dividido» habría caracterizado el *ethos* de los italianos, que los partidos de la «Primera República» habrían acentuado con su actuación, orientada a conseguir el consenso y ajena a la necesidad de construir principios identitarios de cohesión nacional y una memoria compartida.

Las relaciones entre identidad y memoria, ambas colectivas, han sido abordadas después en los trabajos de Sergio Luzzatto *La crisi dell'antifascismo*[45] y de Filippo Focardi, *La guerra della memoria*[46], que coinciden al ver en la falta de una memoria colectiva una de las causas de los problemas identitarios que habrían llevado a la crisis de la «Segunda República». Con anterioridad, sobre el tema de la

---

[43] Paolo Pezzino: *Senza Stato. Le radici storiche della crisi italiana,* Roma-Bari, Laterza, 2002.

[44] Una interpretación, la de Pezzino, próxima, por un lado, a la de Gentile y Galli della Loggia, y, por otro, a la de Remo Bodei (*Il noi diviso,* Turín, Einaudi, 1998) y Franco De Felice (*La questione della nazione republicana,* Roma-Bari, Laterza, 1999).

[45] Sergio Luzzatto: *La crisi dell'antifascismo,* Turín, Einaudi, 2004.

[46] Filippo Focardi: *La guerra della memoria. La Resistenza nel dibattito pubblico italiano dal 1945 a oggi,* Roma-Bari, Laterza, 2005.

memoria dividida habían escrito, entre otros, Giovanni Contini y Nicola Gallerano[47].

2010-2015

El último lustro ha sido testigo de acontecimientos que han alimentado en gran medida la literatura de la que nos estamos ocupando. Tan sólo para aludir a los que más influyen, baste recordar que en 2011 se celebraron los 150 años de la Unidad de Italia y que en noviembre Berlusconi, afectado por una condena judicial y por múltiples escándalos sexuales, dimitió, dejando el paso al Gobierno de Mario Monti. Un aniversario y un ocaso que brindan la ocasión para balances, en un panorama internacional animado por el movimiento de los indignados, *Occupy Wall Strett* y las primaveras árabes.

Cuestión moral e italianidad

Al hilo de los diferentes escándalos que salpicaron a Berlusconi y su entorno, volvieron a multiplicarse los libros sobre la cuestión moral, tanto desde el punto de vista filosófico, como desde un punto de vista en el que se mezclan con la historia aspectos culturales, antropológicos y de psicología social. La filósofa que en los últimos veinte años más se ha centrado en la condición moral y civil de sus conciudadanos es Roberta De Monticelli, que al análisis añade una propuesta político-moral-filosófica. En *La questione morale* empieza con un repaso de la corrupción, el familismo, las castas, las mafias y la pérdida del sentido de las instituciones, para demostrar que el problema moral abarca la política, la economía, el campo jurídico y otros diferentes aspectos de la vida del país. Ella también acude a los principales críticos de la «corruptela italiana», desde Guicciardini a De Sanctis, pasando por Leopardi, para plantear como solución la necesidad de una alfabetización de la ciudadanía y una moral a la altura de una democracia moderna[48]. En una aportación

[47] Giovanni Contini: *La memoria divisa,* Milán, Rizzoli, 1997, y Nicola Gallerano: *Le verità della storia,* Roma, Manifestolibri, 1999.

[48] Roberta De Monticelli: *La questione morale,* Milán, Raffaello Cortina, 2010.

posterior, la filósofa insiste en el carácter vicioso de la representación política cuando se convierte en un sistema de relaciones de intercambio entre poderes públicos e intereses particulares, o cuando produce una continua liquidación de la legalidad a cambio del consenso, como ocurre en ese país «trágico» que es Italia[49].

El déficit cultural y educativo de los italianos, que ya había sido planteado como central por el lingüista Tullio De Mauro[50], además de por De Monticelli, vuelve a ocupar un lugar destacado en los análisis de Panarari[51], Priulla[52] y de Maurizio Viroli. Concretamente, este último, en *La libertà dei servi,* examina la Italia berlusconiana a partir de los conceptos de «libertad» y «libertad democrática». En su interpretación, en la base del consenso en torno a Berlusconi estaría su enorme poder económico que le habría permitido rodearse de cortesanos, según dinámicas sin término de parangón en toda la historia de los regímenes liberales y democráticos. Su control absoluto de un partido compuesto de militantes fieles a su persona (y no a un proyecto o un conjunto de valores políticos) habría cristalizado en un sistema de corte, cuya razón de ser no sería otra que la de servir[53].

No falta siquiera, en este ámbito de reflexiones, la aportación de Paul Ginsborg, quien, a partir del menosprecio de sí mismos de los italianos, de su resignación y tristeza por las condiciones del país, de una sinopsis de las voces de los protagonistas del *Risorgimento* y de los italianos del presente, de una reseña de las respuestas que se han dado a los problemas italianos, formula una propuesta sobre quién podría salvar a Italia. Una tarea que atribuye a las «clases medias reflexivas» (estudiantes, docentes, personal de los servicios y del sector público, trabajadores de la información y del sector cultural), a través de unas «reformas móviles» que deben ser llevadas a cabo mediante procesos de *decision making* desde abajo[54]. Con todo, las aproximaciones que insisten so-

[49] Roberta De Monticelli: *La questione civile,* Milán, Raffaello Cortina, 2011.
[50] Tullio de Mauro: *La cultura degli italiani,* Roma-Bari, Laterza, 2004.
[51] Massimiliano Panarari: *L'egemonia sottoculturale. L'Italia da Gramsci al gossip,* Turín, Einaudi, 2010.
[52] Graziella Priulla (ed.): *L'Italia dell'ignoranza: crisi della scuola e declino del paese,* Milán, Franco Angeli, 2011.
[53] Massimo Viroli: *La libertà dei servi,* Laterza, Roma-Bari, 2010.
[54] Paul Ginsborg: *Salviamo l'Italia,* Turín, Einaudi, 2010.

bre los aspectos morales de la crisis son lastimosamente minoritarias, sin conseguir ocupar el centro del debate público.

Otra vez Berlusconi

En este periodo, paralelamente a la primera historización de Berlusconi y del berlusconismo[55], varias aportaciones llevan a cabo una profundización de las diferentes facetas del fenómeno político representado por *Il Cavaliere.*

A partir de los más recientes análisis politológicos publicados en la prensa italiana, Diego Giachetti defiende la idea de que, al personalizar de una forma excesiva el enfrentamiento con Berlusconi, la oposición habría acabado por fortalecer el protagonismo de *Il Cavaliere,* favoreciendo su arraigo en la sociedad italiana. Justamente en esta deriva personalista estaría el límite del antiberlusconismo, que se habría expresado a menudo a través de un discurso ético-político. En cambio Berlusconi y el berlusconismo deberían leerse a través de la categoría del bonapartismo (populismo, deriva plebiscitaria, liderazgo personal, hiperpersonalización de la política y su conversión en espectáculo)[56].

Por el contrario, el interrogante que plantea Antonio Gibelli es si sería legítimo utilizar para periodizar el sintagma de «edad berlusconiana» de la misma forma en que se habla de «edad crispina» o de «edad giolittiana». La respuesta es afirmativa y el perfil de la edad berlusconiana que el historiador traza insiste sobre el marcado carácter antiliberal de un régimen político (una democracia autoritaria) en el cual habría venido a menos un principio de la ética pública común a todos los regímenes liberales, ya fuertemente debilitado pero nunca de una forma tan clara como en la edad berlusconiana: el principio según el cual el hombre de gobierno tiene que ser, y también parecer, probo y respetuoso de las leyes[57].

---

[55] Sobre el punto final historiográfico del periodo berlusconiano, véase Giovanni Gozzini: «L'Italia di Berlusconi come problema storiografico», *Italia contemporanea,* 273 (2013), pp. 645-658.

[56] Diego Giachetti: *Berlusconi e il berlusconismo,* Varese, Arterigere, 2010.

[57] Antonio Gibelli: *Berlusconi passato alla storia. L'Italia nell'era della democrazia autoritaria,* Roma, Donzelli, 2010.

Un volumen misceláneo recopila las actas de un congreso de la asociación Giustizia e Libertà en el cual a las voces de historiadores se suman las de politólogos, sociólogos y periodistas[58]. Primero en el congreso, luego sobre el papel, conviven análisis científicos y denuncias polémicas en un conjunto de voces que testifica la vuelta al compromiso político (aunque en ese momento resultase políticamente correcto calificarlo de «ciudadano») de los intelectuales y cierta influencia de las ciencias sociales sobre la opinión pública. En la introducción, Ginsborg y Asquer insisten en el carácter novedoso del sistema de poder berlusconiano y en el berlusconismo como fenómeno complejo que involucra la esfera cultural, social, política, las relaciones de género y que estaría marcado por su dimensión patrimonial y judicial. El discurso cultural de Berlusconi sería una herencia de los años ochenta de Reagan, Thatcher y de los programas televisados americanos (celebración del consumo, populismo cultural, simplificación de la realidad, etc.). Un discurso que, por ejemplo, habría vuelto a proponer, a través de Mediaset, a la mujer como mero objeto sexual, aprovechándose de la reacción machista frente a las libertades conquistadas por las mujeres a partir de los sesenta. Un discurso de exaltación de la libertad negativa, así definida por Isaiah Berlin en 1958[59], es decir libertad de las injerencias, de los impedimentos y los vínculos. Por esta razón, muy diferente de la libertad liberal, que coincide con los derechos. En su conjunto, la peculiaridad novedosa del sistema berlusconiano —concluyen Ginsborg y Asquer— sería la de mantener vivas las reglas formales de la democracia, vaciándolas de contenido[60].

Según Paolo Ceri, el reiterado consenso de los italianos con Berlusconi se explicaría con los siguientes factores: la satisfacción de intereses de concretas categorías sociales, la manipulación de la opinión pública, el déficit de controles y contrapoderes institucionales, la ausencia de una válida alternativa de Gobierno, la cultura democrática llena de carencias de los italianos que en su inmensa ma-

[58] Paul Ginsborg y Enrica Asquer (eds.): *Berlusconismo,* Roma-Bari, Laterza, 2012.

[59] Isaiah Berlin: «Two Concept of Liberty», en *Four Essays on Liberty,* Oxford, Oxford University Press, 1969.

[60] Paul Ginsborg y Enrica Asquer: «Introduzione. Che cos'è il berlusconismo», en *Berlusconismo...,* pp. XX-XXIX.

yoría se parecen a Berlusconi o a los cuales Berlusconi finge parecerse. Al consenso activo facilitado por conveniencia o convicción, se sumaría además el pasivo por parte de un electorado fascinado por la estrategia comunicativa de Berlusconi, de la cual Ceri ofrece un complejo análisis[61].

A estas alturas resulta evidente que la literatura crítica coincide en apuntar como nudo problemático de la edad de Berlusconi el tema de su justificación, en el marco de los procesos de legitimación posibles en democracia[62]. Y que junto a una publicística plural en sus tonos (alarmados, sarcásticos y desesperados)[63], llega a ser bastante compartido el diagnóstico de que en el «nuevo *ventennio*» se ha producido una deformación de la democracia como consecuencia del berlusconismo.

Sin embargo, hay una voz fuera del coro que aporta una interpretación diferente y original. Nos referimos al trabajo de Giovanni Orsina que plantea la necesidad de asumir el berlusconismo como proyecto político serio en su «emulsión de populismo y liberalismo», desarrollando el siguiente razonamiento: dada la tradicional inclinación a valorar la política como tarea delegada a los «mejores», los que desarrollan este papel se sienten autorizados a realizar una misión de transformación del país. Es lo que Orsina define como proyecto de «pedagogía y ortopedia» de la sociedad. La aplicación de este esquema de lectura a la historia de la Italia contemporánea lleva a Orsina a señalar, desde el siglo XIX en adelante, la pretensión de la clase política de sanear la fractura entre el país real y el país legal, obligando al país real a conformarse al legal, tendencia que provocaría la resistencia del país real a modificarse. Con relación a este marco de larga duración sería justamente Berlusconi, con su mezcla de liberalismo y populismo, el que rompe el esquema, rechazando toda operación pedagógica y orto-

[61] Paolo CERI: *Gli Italiani spiegati da Berlusconi,* Roma-Bari, Laterza, 2011.

[62] Rino GENOVESE: *Che cos'è il berlusconismo. La democrazia deformata e il caso italiano,* Roma, Manifestolibri, 2011.

[63] Tan sólo por poner algunos ejemplos: Marco TRAVAGLIO: *Ad personam: 1994-2010 così destra e sinistra hanno privatizzato la democrazia,* Milán, Chiarelettere, 2010; Beppe SEVERGNINI: *La pancia degli italiani: Berlusconi spiegato ai posteri,* Milán, BUR, 2011; Franco CORDERO: *Opera italiana da due soldi. Regnava Berlusconi,* Turín, Bollati Boringhieri, 2012, y Enrico DEAGLIO: *Indagine sul ventennio,* Milán, Feltrinelli, 2014.

pédica, para acercar el país legal al real, eligiendo el segundo como modelo del primero. No obstante, el liberalismo se evaporaría con el transcurso de los años, reduciéndose a una acción de contención de las prerrogativas del Estado, mientras que paralelamente el populismo triunfaría, convirtiéndose en una aceptación de la sociedad italiana tal como es, para acabar en una especie de «politización de la antipolítica».

Además de una interpretación, Orsina facilita una periodización del berlusconismo, dando por acabado su proyecto entre 2005 y 2006, años a partir de los cuales Berlusconi gobernaría sin berlusconismo (es decir sin su proyecto)[64].

Desde la perspectiva politológica de Piero Ignazi, Berlusconi se ha insertado en la transmutación antropológica de los italianos que en los años ochenta se escaparon de la Iglesia, de los partidos y del Estado. En este coágulo de antipolítica llegado a la madurez en la clase media del Norte a principios de los noventa, Berlusconi tuvo lo que no había tenido Craxi: la hegemonía cultural a través de las televisiones. Si para Orsina la crisis del berlusconismo se produjo entre 2005-2006, para Ignazi hay que ubicarla en 2010-2011, cuando tienen lugar la derrota en las administrativas (¡Milán!), los referéndums contra la privatización del agua, la energía nuclear y el *legittimo impedimento* y el escándalo de Ruby. Su balance es despiadado. El berlusconismo dejaría sobre el campo tres fracasos contundentes: el de la construcción de un gran partido liberal-conservador (a cambio de uno patrimonial-populista), el de la revolución liberal y el de la modernización del país. El problema, concluye Ignazi, es que la burguesía italiana que no supo bloquear el avance de *Il Cavaliere* en 1994 tiene que cumplir con su papel. De otra manera el berlusconismo seguirá sin Berlusconi[65].

Memoria y carácter nacional

Como se ha dicho, el aniversario de la unificación brinda la ocasión para reflexionar sobre varios aspectos de la historia italiana,

[64] Giovanni Orsina: *Il berlusconismo nella storia d'Italia,* Venecia, Marsilio, 2013.

[65] Piero Ignazi: *Vent'anni dopo: la parabola del berlusconismo,* Bolonia, Il Mulino, 2014.

con particular atención al tema de la memoria, de sus usos públicos y de los procesos de nacionalización. Implícita o explícitamente, en este marco, muchos estudios vinculan el análisis del «cómo ha sido» a las sugerencias sobre «cómo tendría que ser».

Giovanni De Luna constata que el hundimiento de la «Primera República» no ha llevado ni a reformas para adecuar las instituciones a las transformaciones sociales, ni a la creación de aquel nuevo aparato simbólico e identitario que habría sido necesario, puesto que lo que se había roto no era sólo el sistema de los partidos, sino también el pacto constitucional e institucional. Al hilo de este doble fracaso, el historiador se detiene a hablar de la refundación de una memoria pública. A este respecto, observa que el fin de la Guerra Fría ha desencadenado procesos, en Europa y en el ámbito internacional, de reformulación de las identidades colectivas y de privatización de las memorias que han repercutido en Italia de una forma peculiar debido a la crisis del Estado y de la nación. De esta forma, se habría creado un vacío memorial que el recuerdo de las víctimas (de la mafia, del terrorismo, de la Shoah, de las *foibe* y de las catástrofes naturales) sería insuficiente para llenar[66].

Casi todos los estudios sobre la construcción de Italia como nación, el Risorgimento y la historia posunitaria coinciden en subrayar la fragmentación identitaria de los italianos[67]. Gentile, en *Italia senza padri,* encuentra otras muestras para convalidar su tesis de una Italia en perpetuo conflicto, fragmentada, sin memoria y sentimientos compartidos. Se trata de una larga reflexión en forma de entrevista sobre el Risorgimento como patrimonio de la memoria y de la identidad y como posible religión civil que, según el historiador, habrían sido desaprovechados por la falta de una conciencia nacional. La misma que habría llevado al país a la actual desorien-

[66] Giovanni DE LUNA: *La Repubblica del dolore: le memorie di un'Italia divisa,* Milán, Feltrinelli, 2011, y también el catálogo de la homónima exposición Giovanni DE LUNA y Walter BARBERIS: *Fare gli italiani: 150 anni di storia nazionale,* Turín, Allemandi, 2011.

[67] Annalisa BINI, Chiara DANIELE y Silvio PONS (eds.): *Farsi italiani: la costruzione dell'idea di nazione nell'Italia repubblicana,* Milán, Feltrinelli, 2011; Ernesto GALLI DELLA LOGGIA y Aldo SCHIAVONE: *Pensare l'Italia,* Turín, Einaudi, 2011, y Silvia ARU y Valeria DEPLANO (eds.): *Costruire una nazione. Politiche, discorsi e rappresentazioni che hanno fatto l'Italia,* Verona, Ombre Corte, 2013.

tación identitaria, sin que pueda verse una posible recomposición de la fragmentación[68].

La clave de la anomalía —que sigue siendo utilizada por la publicística—[69] resulta más matizada en la literatura académica. Lo confirma el libro de Silvana Patriarca, *Italianità,* que estudia las retóricas sobre la italianidad con resultados que quedan bastante lejos del prevalente paradigma excepcionalista[70].

Hacia una historia de la «Segunda República»

Entre 2012 y 2015, la historia de la «Segunda República» empieza a convertirse en tarea de varios historiadores. El ocaso de Berlusconi y las incertidumbres sobre el porvenir determinan el clima que propicia las aproximaciones.

A los trabajos de periodistas como Damilano y Polimeno[71], se añaden los de Crainz, que se mueve en el terreno de la historia cultural, y los de Colarizi con Gervasoni y Mammarella, que insisten sobre los procesos políticos.

Para Crainz, la historia de la «Segunda República» es antes que nada la búsqueda de las raíces de su crisis. En *Autobiografia di una repubblica,* lejos de insistir en la anomalía italiana y en los aspectos antropológicos, el historiador comenta las causas que han sido apuntadas por los intelectuales en la prensa de mayor difusión (*Corriere della sera, La Repubblica, La Stampa, L'Espresso,* etc.): las herencias de la Edad Moderna, los límites de la unificación, el legado del fascismo, la rápida transición hacia la República

---

[68] Emilio GENTILE: *Italiani senza padri,* Roma-Bari, Laterza, 2011, y también ÍD.: *Né stato né nazione. Italiani senza meta,* Roma-Bari, Laterza, 2010.

[69] Lorenzo DEL BOCA: *L'Italia bugiarda: smascherare le menzogne della storia per diventare finalmente un paese normale,* Milán, Piemme, 2013; Franco CORDERO: *Morbo italico,* Roma-Bari, Laterza, 2013, y Roberto SAVIANO: *Vieni via con me,* Milán, Feltrinelli, 2013.

[70] Silvana PATRIARCA: *Italianità. La costruzione del carattere nazionale,* Roma-Bari, Laterza, 2010.

[71] Marco DAMILANO: *Eutanasia di un potere. Storia politica d'Italia da Tangentopoli alla Seconda Repubblica,* Roma-Bari, Laterza, 2012, y Angelo POLIMENO: *Repubblica atto terzo: le ragioni di un fallimento ventennale e l'inizio di una svolta,* Milán, Mursia, 2012.

y la democracia, el conflicto entre las subculturas demócratacristiana y comunista y el impacto del auge económico de los sesenta. Un libro con muchos interrogantes, que sugieren pistas, y que deja abierta la cuestión central: el berlusconismo ¿es parte de la crisis que se ha producido con el hundimiento de los partidos, la falta de alternativas, la fascinación del populismo y la manipulación mediática, o es la expresión de un cambio antes que nada cultural que se ha producido en los ochenta y antes en los sesenta? Y, sobre todo, ¿el país continúa estando en una fase de transición o con el berlusconismo esta fase ha terminado?[72] Casi una introducción a su siguiente libro dedicado al *País real,* que desde finales de los setenta y el asesinato de Aldo Moro llega hasta el supuesto fin del berlusconismo con el Gobierno de Mario Monti. La respuesta es clara: la crisis empieza en los ochenta y tiene sus raíces en las modalidades con las que se produjo la modernización de los sesenta. Una modernización que Crainz examina bajo el prisma del impacto de la posmodernidad en las editoriales, la música y las televisiones, y que tuvo sus principales críticos pioneros en Calvino, Pasolini y Scalfari. Sin embargo, el resultado pudo ser otro: fue la incapacidad de la política que, perdido el norte, sin proyectos ni ideales, compensó su desorientación con la ocupación de todo el espacio del Estado y el clientelismo[73].

Colarizi y Gervasoni subrayan desde el título la inmovilidad del país (*La tela di Penelope*), su andar errático a lo largo de veinte años. Frente al desafío posfordista y posmoderno de los ochenta, todo Occidente ha tenido que buscar otros paradigmas. En cambio, en Italia, el centro-derecha ha intentado sobrevivir con unos recortes del Estado del bienestar, mientras el centro-izquierda se coagulaba contra el populismo de Berlusconi, sin conseguir ir más lejos. En 2011, además, se desaprovechó la ocasión del aniversario para dar una cara y un alma a la nación declinante. La responsabilidad es de los partidos[74].

---

[72] Guido Crainz: *Autobiografia di una repubblica: le radici dell'Italia attuale,* Milán, Feltrinelli, 2012.

[73] Guido Crainz: *Il paese reale: dall'assassinio Moro all'Italia di oggi,* Roma, Donzelli, 2012, y también la crónica íd.: *Diario di un naufragio: Italia 2003-2013,* Roma, Donzelli, 2013.

[74] Simona Colarizi y Marco Gervasoni: *La tela di Penelope. Storia della Se-*

Una interpretación bastante diferente es la de Giuliano Amato y Andrea Graziosi en *Grandi illusioni,* donde, acudiendo a fuentes demográficas, poco utilizadas por los demás, y económicas, proponen una lectura no tan negativa de la historia republicana, preocupada por evidenciar las reformas realizadas y evitar la clave de «lo que hubiera podido ser». Para los autores —el primero de los cuales tiene una larga trayectoria política y ha sido presidente del Consejo de Ministros—, en la historia italiana no habría ninguna anomalía, sino las consecuencias de decisiones políticas y de política económica a menudo acertadas o, en todo caso, realistas. La periodización también diferencia esta reconstrucción de las demás. Al margen de las dudas sobre las definiciones de primera y segunda repúblicas, el trabajo pone poco énfasis en las novedades representadas por el berlusconismo y rechaza la idea que con ese concepto se pueda definir las dos décadas 1994-2014. En primer lugar, porque los años entre 1991-2001 estarían caracterizados por el reformismo de los Gobiernos Amato-Ciampi-Prodi. En segundo, porque el propio Berlusconi sería inicialmente propulsor de reformas de corte liberal. Incluso las fracturas DC/PCI y luego berlusconismo/antiberlusconismo estarían sobrevaloradas como claves para explicar las dificultades del país. Por tanto, el declive sobrevino en los años 2001-2011, con el fracaso de la bicameral, el cambio de actitud de Berlusconi y la falta de reformas necesarias, a las cuales se añade el estancamiento económico a partir de 2006[75].

Peculiar, por el contexto internacional en el cual ubica las transformaciones socioeconómicas italianas desde 1979 hasta 2011, resulta finalmente la interpretación de Alberto De Bernardi en *Un paese in bilico*[76], que anticipa el nacimiento de la «Segunda República», igual que otros estudiosos[77], a finales de los setenta y prin-

---

conda repubblica 1989-2011, Roma-Bari, Laterza, 2012, y también Giuseppe Mammarella: *L'Italia di oggi. Storia e cronaca di un ventennio 1992-2012,* Bolonia, Il Mulino, 2012.

[75] Giuliano Amato y Andrea Graziosi: *Grandi illusioni. Ragionando sull'Italia,* Bolonia, Il Mulino, 2013.

[76] Alberto de Bernardi: *Un Paese in bilico: l'Italia degli ultimi trent'anni,* Roma-Bari, Laterza, 2014.

[77] Entre otros Guido Crainz: *Il paese reale...;* Paul Ginsborg y Enrica Asquer (ed.): *Berlusconismo...,* y Salvatore Lupo: *Partito e antipartito. Una storia politica della Prima Repubblica (1946-1978),* Roma, Donzelli, 2004.

cipios de los ochenta, y su fin lo sitúa en el trienio 2009-2011, con la crisis financiera y de la hegemonía política de Berlusconi y Bossi. Dos trabajos, los últimos, que utilizan fuentes diferentes y otros puntos de observación, para eliminar cierta retórica y abrir la mirada a la comparación internacional.

Como si fueran unas conclusiones

Como sabe todo historiador, la aproximación historiográfica necesita la conclusión de los procesos objeto de estudio. Resulta evidente la imposibilidad de sacar conclusiones estando todavía inacabadas la transición y la crisis italianas. Es la limitación más evidente de toda historia del tiempo presente. Lejos de ser una excusa o justificación, lo anteriormente dicho encuentra confirmación en los interrogantes y dudas que salpican toda o casi toda la literatura examinada. Dudas sobre el peso de las diferentes causas y factores apuntados y la periodización; interrogantes con respecto a las posibles evoluciones de la situación y a la eficacia de los remedios, implícita o explícitamente, propuestos.

No obstante, empieza a ser posible destacar algunos datos. Puesto que estamos hablando de libros no es baladí comenzar por el mercado editorial. La oferta de publicaciones sobre la crisis y la transición italiana se corresponde con la demanda interna. Se han publicado libros porque había lectores, es decir italianos interesados en conocer algo más sobre la situación del país.

Al margen de las aproximaciones procedentes del periodismo de encuestas, Italia y los italianos, en sus múltiples facetas, han sido objeto de estudios por parte de historiadores, juristas, sociólogos, antropólogos, filósofos, politólogos, lingüistas, críticos literarios y escritores. El segundo dato consiste en la pluralidad disciplinaria que se ha producido y en el compromiso de los intelectuales, sin término de parangón en la reciente historia del país.

Un tercer dato que merece la pena apuntar es que los discursos sobre Italia y los italianos se han producido paralelamente a los análisis de las retóricas de los mismos y de sus implicaciones culturales y políticas.

El cuarto consiste en el carácter italiano de la reflexión sobre Italia, siendo poquísimos los estudios de intelectuales extranjeros

(por lo menos los publicados en Italia). Por ello, se trata de un debate autorreferencial que justifica el término de «autoconciencia» que hemos elegido como título de la presente aproximación.

En conclusión, resultan evidentes las continuidades que los historiadores apuntan en la historia de la «Segunda República», tanto con relación a la historia de la Italia republicana, como con la Italia posunitaria. Así como con respecto a los cambios que se han producido en los diferentes pasajes-clave representados por la Primera Guerra Mundial, el fascismo, la resistencia y la República, y la «gran transformación» de los años sesenta.

Las investigaciones dedicadas a los fenómenos de la corrupción, el transformismo, el pésimo funcionamiento de algunas instituciones del Estado y de la Administración Pública, a las mafias y al mantenimiento en la sociedad civil de las lógicas familistas o que se han centrado en la supuesta «anomalía italiana» en términos de civismo, legalidad, rigor institucional y político, poniendo en el centro del análisis la «cuestión moral» y la ética pública, tanto de la clase dirigente, como de la sociedad civil, han aportado conocimientos concretos a pesar de la hipótesis de partida o de la valoración final. En nuestra opinión, deben tomarse con prudencia tanto las categorías de continuidad/ruptura, como las de normalidad/anomalía. Es decir, son más útiles para el análisis que para el juicio de síntesis final. Cada una de ellas sirve para encontrar y valorar aspectos que se le escaparían a la otra, ya que un correcto procedimiento historiográfico debe trabajar con las «y» mucho más que con las «o».

En este marco no es necesario insistir sobre la función retórica y de denuncia política que el tema de la anomalía ha tenido y sigue teniendo en el debate italiano sobre las causas de su crisis.

ESTUDIOS

Ayer 104/2016 (4): 125-151 ISSN: 1134-2277

El hombre imprescindible: Baldomero Espartero y la crisis revolucionaria de 1868-1876

Adrian Shubert
York University (Toronto, Ontario, Canadá)
adriansh@yorku.ca

Resumen: Este artículo estudia el lugar de Baldomero Espartero en el discurso y la vida política del Sexenio Democrático y los años iniciales de la Restauración. La oferta que le hizo Prim de que aceptase el trono es bien conocida, pero lo es menos que durante esos ocho años el envejecido icono liberal fuese invocado por figuras de todo el espectro político, desde el alfonsinismo al republicanismo federal, que trataron de atraer su apoyo. La permanencia de Espartero en la mente de los españoles durante estos años de crisis política constituye algo más que un detalle interesante, revela elementos esenciales de la cultura política de la época.

Palabras clave: Espartero, Sexenio, Amadeo I, Primera República, Restauración, biografía, cultura política.

Abstract: This article explores the place of Baldomero Espartero in political discourse and political life during the Democratic Sexennium and the early years of the Restoration Monarchy. While Prim's «offer» of the throne is well known, the aged liberal icon was constantly invoked and his support repeatedly sought by figures from across the political spectrum, from *Alfonsistas* to Federal Republicans. Espartero's ongoing presence in the minds of Spaniards during a period of political crisis constitutes more than an interesting anecdote. To be sure, it reveals something fundamental about the political culture of the time.

Keywords: Espartero, Sexenio, Amadeo I, Restoration, First Republic, biography, political culture.

Recibido: 16-04-2015 Aceptado: 16-07-2015

Los responsables de la *Gloriosa* habían imaginado que, tras el levantamiento y un breve periodo de transición, sería posible instaurar una monarquía constitucional más auténtica de lo que lo había sido la de Isabel II, pero la realidad fue muy diferente. La Revolución de Septiembre de 1868 inauguraría un periodo de crisis: dos años de interinidad durante los cuales el Gobierno revolucionario peinaría Europa en busca de un nuevo rey, un breve y divisivo reinado a cargo de Amadeo de Saboya, un todavía más breve (y primer) experimento de Gobierno republicano en España, la revuelta cantonal contra la Primera República, una tercera Guerra Carlista que duraría hasta 1876 y la Restauración borbónica en la persona de Alfonso XII, el hijo de diecisiete años de la recientemente depuesta Isabel II. En los territorios de Ultramar, además, Cuba sería sacudida por un levantamiento independentista que empezaría casi a la par que la *Gloriosa* y que duraría toda una década.

Durante todos estos años, Baldomero Espartero sería a menudo evocado como si su nombre constituyera un talismán. En 1868 contaba con setenta y cinco años y no se encontraba en su mejor estado de salud. Pese a ser objeto de repetidas súplicas eligió no apoyar la conspiración de Prim y en años sucesivos se mantuvo al margen en su residencia de Logroño, donde había vivido desde que fuera apartado del poder en julio de 1856, sin asumir ningún cargo público y limitando su participación en los hechos del momento a llamamientos esporádicos al pueblo a favor de las nuevas autoridades. Todavía era considerado por muchos como una gloria nacional y la personificación del liberalismo (e, incluso, del republicanismo) patrio[1]. Para políticos de todo tipo, incapaces de manejar unas circunstancias originadas bien de su gestión directa o bien del

[1] Luis Garrido Muro: «El Nuevo Cid. Espartero, María Cristina y el Primer Liberalismo Español (1833-1840)», tesis doctoral, Universidad de Cantabria, 2012, pp. 15-24 y 101-124, y Juan Antonio Iñarejos Muñoz: «El aura del general Espartero. Construcción, deconstrucción y apropiación de los perfiles carismáticos de un prohombre», *Historia y Política,* 30 (2013), pp. 205-223. El culto a Espartero había nacido desde arriba, a raíz de su heroico desempeño en la batalla de Luchana y en la paz de Vergara, pero su pervivencia durante la década de los sesenta tendría una base más popular. Adrian Shubert: «Being, and Staying, Famous in 19th Century Spain: Baldomero Espartero and the Birth of Political Celebrity», *Historia y Política,* 34 (2015), pp. 211-237.

Gobierno previo, acabaría encarnando la única posibilidad de gobernabilidad cuando las demás alternativas habían fallado.

No ha sido ésta precisamente la manera en que se ha retratado la figura de Espartero en la historia del Sexenio Democrático. De hecho, en la mayor parte de las ocasiones en que se le menciona aparece como una figura meramente anecdótica, interesante pero a fin de cuentas accesoria. La causa de este tratamiento se debe a la naturaleza misma de la historiografía de aquel periodo, que aunque cuantiosa se ha centrado demasiado en considerar la Revolución de 1868 como un conflicto de clase —una revolución burguesa— o puramente político, además de abordar otros asuntos más específicos como la cuestión religiosa, la situación en Cuba, la cuestión agraria o aspectos sociales más amplios como la Guerra Carlista o las relaciones internacionales[2]. En su conjunto, la historiografía especializada se ha caracterizado por cierto inmovilismo metodológico e interpretativo. Contribuye a ello el hecho de que el Sexenio sea considerado un periodo particular, una pausa bien definida que separa la revolución liberal del reinado de Isabel II de la estabilidad política de la Restauración. Comienzan a notarse, no obstante, cambios. A este respecto resulta interesante cómo, al abordar la historia cultural de este periodo, el investigador Gregorio de la Fuente haya acabado destacando en el panorama político de la época la figura de Espartero[3].

Este artículo se inclina por un acercamiento diferente y, creemos, novedoso, el proporcionado por la historia biográfica, una biografía «guiada por cuestiones históricas substantivas» aplicada al constante remedio de Espartero[4]. Ha surgido recientemente una renovada y abundante corriente de estudios bibliográficos en torno

---

[2] Rafael Serrano García: «La historiografía en torno al Sexenio 1868-1874: entre el fulgor del centenario y el despliegue sobre lo local», *Ayer,* 44 (2001), pp. 11-32.

[3] Gregorio de la Fuente Monge: «El teatro republicano de la Gloriosa», *Ayer,* 72 (2008), pp. 83-119; íd.: «La mujer a través del teatro político del Sexenio democrático», en María de la Concepción Marcos del Olmo y Rafael Serrano García (eds.): *Mujer y política en la España contemporánea (1868-1936),* Valladolid, 2012, pp. 63-88, e íd.: «La figura del general Espartero en el teatro decimonónico», *Historia y Política,* 29 (2013), pp. 103-138.

[4] Isabel Burdiel: «Historia política y biografía: más allá de las fronteras», *Ayer,* 93 (2014), pp. 85-116, esp. p. 82.

a la historia política de la Europa del siglo XIX[5]. Frente a la tradicional relación de las vidas de las grandes personalidades desde su nacimiento hasta su muerte, esta nueva historiografía busca analizar (y redefinir) cuestiones como la relación entre el individuo y el conjunto y la naturaleza misma de la popularidad. En palabras de Lucy Riall, cuyo estudio sobre Giuseppe Garibaldi constituye un excelente ejemplo, «en vez de tratar de definir y explicar la naturaleza de la grandeza de un hombre... podemos preguntarnos por qué el pueblo lo consideraba grande y cómo su reputación fue cambiando a lo largo del tiempo»[6].

La historia biográfica permite también ampliar el actual concepto de las nociones de lo político y, en el caso del siglo XIX español, revitalizar todo un campo de conocimiento y ayudar a establecer un concepto de liberalismo «mucho más vital, más rico y más diverso de lo que una vez se llegó a pensar»[7]. Así, cuando se recurre a Espartero como guía para abordar el Sexenio Democrático, se descubre una continuidad notable, pero hasta ahora encubierta, que recorre toda la vida política del periodo y desemboca en los primeros años de la Restauración. Además, este enfoque permite conocer mejor la cultura política de la España de las décadas centrales del siglo XIX. Si, como ha sugerido María Sierra, la cultura política es una «cartografía mental... con que los individuos y grupos se manejan en el territorio de la política», Espartero constituye uno de los puntos cardinales del mapa mental de la época[8].

---

[5] Sobre la reticencia de los historiadores hacia la biografía tradicional, véase David NASAW: «*AHR* Roundtable: Historians and Biography», *American Historical Review,* 114 (2009), pp. 573-578, esp. p. 573. Sobre el más reciente desgaste de estas actitudes consultar Jo Burr MARGADANT: *The New Biography. Performing Feminity in Nineteenth-Century France,* Berkeley, 2000, y Barbara CAINE: *Biography and History,* Gordonsville, Palgrave, 2010, p. 1.

[6] Lucy RIALL: «The Shallow End of History?: The Substance and Future of Political Biography», *Journal of Interdisciplinary History,* 40, 3 (2010), pp. 375-397, esp. p. 391, e ÍD.: *Garibaldi: Invention of a Hero,* New Haven, Yale University Press, 2008. Un ejemplo para el siglo XX puede encontrarse en Antonio CAZORLA SÁNCHEZ: *Franco: the Biography of the Myth,* Londres, Routledge Historical Biographies, 2013.

[7] Isabel BURDIEL: «Historia política y biografía...», p. 61. Consultar también Luis ARRANZ NOTARIO: «Por la difícil senda constitucional. Biografías políticas del siglo XIX», *Historia y Política,* 24 (2010), pp. 295-326.

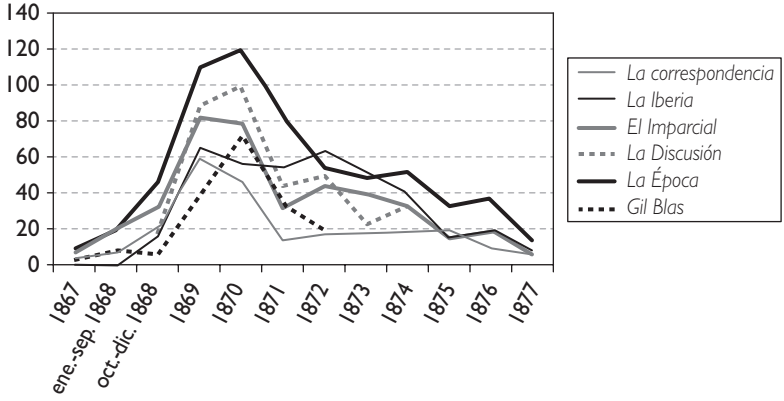
[8] María SIERRA: «La cultura política en el estudio del liberalismo y sus conceptos de representación», en Manuel PÉREZ LEDESMA y María SIERRA (eds.): *Cul-*

Baldomero I, rey de España

Un primer acercamiento a la importancia de Espartero durante aquellos años puede encontrarse en las menciones hechas a su persona en la prensa de la época. El siguiente gráfico muestra el número de veces en que su nombre aparece en ejemplares de cinco noticiarios madrileños de variada filiación política —*La Correspondencia de España, La Discusión, La Iberia, El Imparcial* y *La Época*— y de la revista satírica *Gil Blas,* entre 1867 y 1877.

GRÁFICO 1

Menciones a Baldomero Espartero en una selección de diarios de Madrid (1867-1877)



Pese a la relativa aspereza de la metodología, el mensaje es bastante claro: durante el último año de «normalidad» política bajo Isabel II el nombre de Espartero rara vez es mencionado, pero entre 1868 —y especialmente tras el estallido de la revolución— y 1870 las referencias se disparan. Después le sigue un declive gene-

turas Políticas: teoría e historia, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010, pp. 233-261, esp. p. 233.

ralizado con breves despuntes en los años 1871, 1873 y 1875; todavía en 1877 el nombre de Espartero aparece mencionado más a menudo que en la década precedente.

La popularidad de Espartero alcanzó su máximo apogeo durante el periodo de interinidad, abierto desde el estallido de la revolución hasta la elección de Amadeo I de Saboya como rey el 16 de noviembre de 1870, un periodo durante el que el anciano sería seriamente considerado como posible jefe de Estado. El 20 de septiembre, sólo dos días después del levantamiento, el nuevo consistorio de Huelva anunció tres días de celebraciones durante las cuales, como si presidiera el nuevo orden de las cosas, un retrato de Espartero sería colocado en el balcón del Ayuntamiento. En Barcelona, un busto suyo adornaba el edificio de la Diputación y un enorme retrato de su persona hacía lo propio en la fachada del Ayuntamiento. En Valladolid se le dedicó el primer día de celebraciones. A su vez, en las tiendas de música del país se promocionaba la compra de partituras del *Himno de Espartero*[9].

Como la revolución había acabado con el estricto régimen de censura de los últimos años del reinado isabelino, existía un grado de libertad sin precedentes tanto en la publicación de diarios y panfletos como en la representación de obras de teatro. Cuestiones de índole política podían ser tratadas abiertamente como nunca antes y la figura de Espartero se convirtió inmediatamente en una parte importante del gran debate público sobre la nueva forma que tomaría el futuro gobierno.

La prensa no fue el único vehículo en el que el héroe fue aclamado. El mismo Espartero se convirtió en personaje de al menos tres obras de teatro representadas antes del final de 1868 y en dos más el año siguiente, además de figurar destacadamente por medio de menciones personales en muchas otras, incluyendo una escrita

[9] Gregorio DE LA FUENTE MONGE: *Los revolucionarios de 1868, elites y poder en la España liberal,* Madrid, Marcial Pons, 2000, p. 94; Junta Revolucionaria de Logroño a Espartero, 1 de octubre de 1868; Espartero a Junta Revolucionaria, 1 de octubre de 1868, Archivo de Espartero, 16-1868-25 (énfasis añadido); *Boletín Oficial de la Provincia de Logroño,* 3 de octubre de 1868; Ángel BELLOGÍN: «Historia Contemporánea. La Gloriosa de Valladolid», en Rafael SERRANO GARCÍA (ed.): *La Revolución Liberal en Valladolid (1808-1868),* Valladolid, Caja España, 1993, p. 329; *La Correspondencia de España,* 8 de octubre de 1868, y *La Iberia,* 6 de octubre de 1868.

en catalán —*Lo Pronunciament*— y representada en Barcelona en octubre de 1868[10]. El nuevo contexto político daría lugar a lo que Antonio Checa Godoy ha llamado «una de las corrientes políticas más curiosas» de la época: diarios creados *ex profeso* para apoyar la causa de uno de los candidatos a ocupar el trono del país. Mientras que treinta diarios, entre ellos el influyente *Correspondencia de España,* respaldaban al duque de Montpensier, algunos también defendieron la causa de Espartero[11]. Tres de estos periódicos, *El Madrileño, La Humanidad* y *El Cronista* aparecieron a finales de 1868, pero sólo el último continuaría publicándose el año siguiente.

Los primeros manifiestos de carácter público a favor de que Espartero ocupase la jefatura de la nación aparecieron antes incluso de que se eligieran las Cortes Constituyentes. El 29 de octubre José Yglesias Veguer, de Barcelona, le mandó a Espartero el manifiesto «Candidatura del General Espartero para Rey de España», asegurándole que «con frenético afán circula por esta importante capital»[12]. Una serie de panfletos anteriores a la convocatoria de Cortes Constituyentes en enero de 1869 esgrimirían razones similares[13].

El atractivo de Espartero traspasaría con frecuencia líneas partidistas infranqueables. A su regreso del exilio, el líder republicano José María Orense proclamó la República Federal con Espartero como presidente[14]. *El Federal,* un diario de afiliación republicana

---

[10] Gregorio DE LA FUENTE MONGE: «La figura del general Espartero...», y Jaume PIQUET: *Lo Pronunciament,* Barcelona, Impr. de la Viuda e Hijos de Gaspar, 1868.

[11] Antonio CHECA GODOY: *El Ejercicio de la libertad. La prensa española en el Sexenio Revolucionario,* Madrid, 2006, pp. 73-74. Acerca de la campaña a favor de Espartero consultar Pablo SAEZ MIGUEL: «Espartero o el cincinato español. Historia de la candidatura a Rey del Duque de la Victoria (1868-1870)», *Berceo,* 160 (2011), pp. 227-260.

[12] José Yglesias Veguer a Espartero, 29 de octubre de 1868, Archivo de Espartero, 16-1868-52.

[13] Francisco SICILIA DE ARENZANA: *Un Monarca... y la República, o Espartero Rey,* Logroño, Imp. y Lit. de F. Menchaca, 1868; Adolfo SERULLO: *España por Espartero,* Madrid, s. e., 1868; José RUIZ Y CAMPOS: *Baldomero I Rey de España*, Madrid, Imprenta de Manuel Tello, 1868; Miguel JORRO: *Único Rey Posible,* Madrid, s. e., 1868, y Fernando DE TSCHUDY Y CORNEJO: *Espartero rey. Carta a S.A. El Duque de la Victoria,* Madrid, s. e., 1868.

[14] Gregorio DE LA FUENTE MONGE: «Monarquía y República en la España Revolucionaria (1868-1873)», en María Ángeles LARIO GONZÁLEZ (ed.): *Monarquía y república en la España Contemporánea,* Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, pp. 223-224.

procedente de Palencia, predijo que se convertiría en presidente de la República y, durante la campaña electoral, republicanos de muchas partes del país invocaron su nombre[15]. En Logroño llegaron incluso a incluirlo en una lista de candidatos[16]. Un mitin republicano en Valencia acabó con «vivas a la República Federal, al pueblo soberano y al invicto general Espartero como presidente de la República»[17].

El 11 de febrero de 1869 se inauguraron las Cortes Constituyentes y, tras un dilatado debate, para el 1 de junio se había aprobado una nueva Constitución estableciendo una monarquía constitucional en España. Quedaba todavía pendiente la búsqueda de un nuevo rey, pero como ya había demostrado el precedente europeo de Bélgica y Grecia, encontrar un monarca en el extranjero llevaba rápidamente al país solicitante a embarrancarse en la maraña diplomática de las grandes potencias. Los responsables de la revolución en España tuvieron que hacer frente a este problema, lo que, junto con las maquinaciones políticas internas, provocó que no se alcanzara una resolución hasta noviembre de 1870.

El problema radicaba en que cada grupo dentro de la gran coalición revolucionaria tenía su propio candidato: la Unión Liberal apoyaba al duque de Montpensier, el hijo más joven de Luis Felipe de Francia y esposo de la princesa Luisa Fernanda, hermana de Isabel II; muchos progresistas y demócratas se decantaban por Fernando de Sajonia-Coburgo y Gotha, esposo de la fallecida reina María II de Portugal; otros preferían a un miembro de la casa de Saboya, que gobernaba en el recientemente unificado reino de Italia, o a uno de la familia de Hohenzollern. También había una campaña a favor de Espartero que canalizó la inmensa popularidad que el viejo general todavía mantenía a lo largo y ancho del país. Según Antonio Pirala, «[l]a candidatura de Espartero fue indudablemente la más popular. Ninguna se proclamó en más folletos y artículos. Ni produjo las manifestaciones tan numerosas como espontáneas que en Madrid y otras capitales se celebraron». Emilio Castelar aseguraba que de haber dependido la elección de

[15] *El Cronista,* 8 de diciembre de 1868.

[16] Pablo Sáez Miguel: «Política y políticos en La Rioja: sexenio democrático (1868-1874)», *Brocar: Cuadernos de investigación histórica,* 26 (2002), pp. 237-238.

[17] *El Cronista,* 19 de diciembre de 1868.

un plebiscito (en vez de por voto parlamentario) el resultado hubiera sido «indudablemente o la república o la monarquía del general Espartero»[18].

Aunque desde octubre de 1868 las Cortes habían recibido peticiones a favor de la candidatura de Espartero como rey de España, hacia abril de 1870 las movilizaciones en apoyo del general se organizaron de tal manera que Prim se vio obligado a actuar. El 13 de marzo le escribió una misiva meticulosamente redactada que le hizo llegar por medio de Pascual Madoz, uno de los esparteristas más fervientes:

> «Sabido es que, al resolver la cuestión de Monarca, amigos y apasionados de V.A. se acordaron de los servicios prestados a la causa constitucional por el pacificador de España. Por este caso, y según lo he hecho, autorizado por el gobierno, como estoy en la ocasión presente, en todas las candidaturas anteriormente iniciadas, con los respetos debidos, desearía saber si podia contarse con la aceptación de V.A. para Rey de España en el caso de que las Cortes constituyentes soberanas se dignarán elegirle. El Gobierno no patrocina ningún candidato; dejando a la Asamblea la más completa libertad, tiene, sin embargo, el deber, de evitar que las pasiones se agiten inutilmente, si no hubiese de aceptar el candidato que las Cortes elijan».

La réplica de Espartero fue rotunda y, como acostumbraba, sucinta. Incidía en lo que ya había repetido en múltiples ocasiones: «un deber de conciencia me obliga a manifestar respetuosamente que no me sería posible admitir tan elevado cargo, porque mis muchos años y mi poca salud no me permitirían su buen desempeño»[19]. Posteriormente, Espartero le reveló a Cipriano Segundo Montesino, confidente y esposo de su sobrina, que de continuar siendo mencionado como candidato, «a pesar de [su] terminante negativa», de-

---

[18] Antonio Pirala: *Historia contemporánea. Anales desde 1843 hasta la conclusión de la actual guerra civil,* 6 vols., Madrid, Imprenta de Manuel Tello, 1875-1879, vol. 3, p. 402, y Emilio Castelar: *Discursos parlamentarios,* Madrid, s. e., 1877, pp. 253-255.

[19] Ildefonso Antonio Bermejo: *Historia de la interinidad y guerra civil de España desde 1868,* 3 vols., Madrid, Tipografía de Labajos, vol. 1, p. 944. El testimonio directo del encuentro fue publicado sólo treinta y cinco años después de que ocurriera. *La Correspondencia de España,* 29 de septiembre de 1903.

bería publicar su «firme resolución» a renunciar al trono «por que [estaba] imposibilitado [para] su buen desempeño»[20].

No obstante, los diputados esparteristas renovaron sus esfuerzos: publicaron un manifiesto y organizaron una masiva demostración de apoyo en Madrid el 5 de junio, en cuyo curso se escoltó hasta el Congreso una petición firmada (o así lo aseguraban) por 40.000 personas y en la que se enaltecían las virtudes personales y los logros del general[21]. Según este texto, había sido Espartero

> «[e]l que proclamó y defendió vuestra soberanía; [e]l que os conquistó con su valerosa espada la libertad en la sangrienta y civil lucha contra el absolutismo; [e]l que sostuvo la gloriosa bandera de vuestros mayores, [e] l que enjugó con sus lágrimas con una paz bienhechora; [e]l que personificando vuestra honra fue reconocido como el ciudadano honrado por las naciones estranjeras; [e]l consecuente Patricio, [e]l liberal probado, [e]l político concienzudo... que con una abnegación y un amor incontrastable al pueblo español obedeció siempre sus prescripciones cumpliendo con su constante lema de: *Cúmplase la voluntad nacional*»[22].

Mítines de contenido similar se produjeron en varios pueblos y ciudades. En la localidad de Villar del Saz de Arcas (Cuenca), por ejemplo, tuvo lugar una demostración pública de apoyo a Espartero el 29 de mayo, a la que siguió «un baile público a la claridad de las grandes hogueras que los vecinos tenían preparadas» en la Plaza Mayor[23]. El 5 de junio, en Barcelona, sus partidarios fundarían incluso el Partido Liberal Esparterista[24].

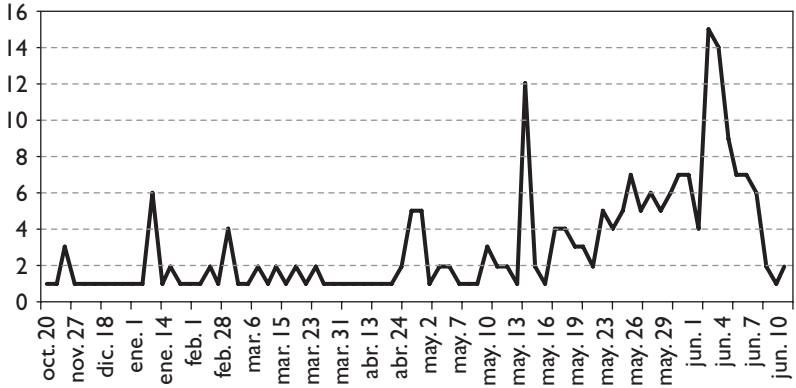
El resultado más palpable de la campaña a favor de Espartero fueron las 286 peticiones firmadas por al menos 100.000 personas que llegaron a las Cortes entre octubre de 1869 y junio de 1870[25]. Su envío tuvo dos momentos álgidos: a mediados de mayo, tras un encuentro entre más de treinta diputados durante el cual se acordó apoyar la candidatura esparterista, y sobre todo entre el 4 y el 7 de

[20] Archivo de Espartero, 18-38.
[21] *La Iberia,* 2 de junio de 1870.
[22] «A Nuestros Conciudadanos», Hemeroteca Municipal de Madrid, A695.
[23] *El Eco de Cuenca,* 1 y 4 de junio de 1870.
[24] *El Telégrafo,* 6 de junio de 1870, y *Diario de Barcelona,* 24 de junio 1870.
[25] Archivo del Congreso de los Diputados, leg. 229.

junio, una vez Espartero había declinado la invitación de Prim a presentarse como candidato[26].

GRÁFICO 2

Peticiones a favor de Espartero como rey recibidas por las Cortes



Todas las peticiones pedían a las Cortes Constituyentes la elección de Espartero como cabeza de la monarquía establecida por la Constitución de 1869 y daban buena cuenta de cómo el compendio de cualidades personales y logros públicos del general le hacían la persona más capacitada para el cargo[27]. De ellas, ochenta hacían referencia a sus aptitudes, sobre todo a su honestidad, modestia, desinterés y falta de ambición, virtudes todas que eran echadas de menos en los políticos anteriores a la revolución. Espartero era «el Gran Coloso de virtud, abnegación y patriotismo», «el tipo acabado de todas las virtudes cívicas», la reencarnación de «las vir-

[26] *La Iberia,* 2 de junio de 1870. Véase también Francisco Javier PAREDES ALONSO: *Pascual Madoz, 1805-1870. Libertad y progreso en la monarquía isabelina,* Pamplona, EUNSA, 1982, p. 393.

[27] La petición de Tarazona de la Mancha incluía una nota en la que se explicaba que «esta manifestación llevaría las firmas de casi todos los vecinos del Pueblo, esencial y generalmente liberal y Esparterista; no tiene mas porque algunos quisieran se lo nombrase *Gefe de la República*», Tarazona de la Mancha, 16 de enero de 1870, #150, Archivo del Congreso de los Diputados.

tudes del liberalismo, desinterés y moralidad probadas»[28]. Sus orígenes humildes aparecían mencionados en treinta y tres ocasiones. Veintiséis peticiones hacían referencia a su residencia en Logroño; algunas de ellas llamaban al general «un modesto retirado de Logroño». En otras, este hecho entroncaba con su negativa a formar parte de las «miserables intrigas de banderías políticas» o con su condición de extrañado, según las cuales Espartero era la víctima de una reina que «con ingratitud pagó la sangre que en su obsequio se derramó».

No sorprende que sus logros públicos estuvieran monopolizados por su papel durante la Primera Guerra Carlista. El apelativo «Pacificador de España» fue con diferencia el más mencionado respecto a su persona, con setenta referencias, aunque también se le llamaba, en el mismo sentido, «Restaurador de la paz ibérica», «Iris de la paz» o se hacía mención a que «nos [había dado] la anhelada paz por medio siglo»[29]. La batalla de Luchana, la gesta que lo convirtió en héroe nacional, era también aludida con frecuencia: treinta y seis veces. Otras treinta y nueve peticiones calificaban al general de personificación del liberalismo y del gobierno constitucional, a menudo como «Patriarca de Nuestras Libertades»[30].

No hubo una petición típica, pero tal vez aquella que más temas mencionaba fue la procedente del Ayuntamiento de Dalías (Almería). Tras rechazar vehementemente la necesidad de buscar un monarca de una dinastía extranjera, explicaba las razones a favor de Espartero:

> «El Decálogo de la Yglesia liberal de nuestro pueblo se halla escrito en la sangre de sus mártires, y solo necesita para que sea guardado y defendido de un hombre del Pueblo, que como el haya supido su martirio, que como el conosca sus necesidades y desgracias, que como el halla con-

[28] Valdepeñas de la Mancha, 6 de enero de 1870, #151; Moeche, 14 de marzo de 1870, #152, y Cuenca, febrero de 1870, Archivo del Congreso de los Diputados.

[29] Tarazona de la Mancha, 16 de enero de 1870, #150; Lugo, 4 de junio de 1870, #166; Facinas, 7 de junio de 1870, #218, y Ocaña, 29 de mayo de 1870, Archivo del Congreso de los Diputados.

[30] Tarazona, 9 de junio de 1870, # 236; Calaña, 1 de junio de 1870, #279; Moral de la Frontera, 7 de mayo de 1870, #125; Valdepeñas de la Mancha, 6 de enero de 1870, #151; s. l., 20 de noviembre de 1869, #210; Guadix, 11 de mayo de 1870, y Nombela, 22 de mayo de 1870, #228, Archivo del Congreso de los Diputados.

tribuido a romper las cadenas de su oproviosa servidumbre, y que como el sea amante de sus glorias y de su prosperidad.

Este hombre del pueblo vedlo en el Cincinato de Logroño, en el Héroe de Luchana, en el Iris de Paz de Vergara, en el Patriarca de la libertad, en el GENERAL ESPARTERO. Aquel que supo dar su sangre por las instituciones liberales, no hay que esperar que no las ame con entusiasmo, ni las defienda con valor; el que pudo con su espada victoriosa y el aurora popular que le acariciaba hollar impunemente las leyes y fue su principal guardador, no hay que temer que abuse de su poder; el honrado Patricio que dejo la investidura Real para hacer mas tarde brillar su virtud en un modesto retiro, no hay que esperar que despues las macillara con la venalidad y el perjurio; el que en fin edificó con sus glorias las glorias de nuestros mayores y conquistó para un niña ingrata la Corona de España, justo y merecido, y patriótico y honroso es que esa misma Corona ciña su frente laureada por tantas y tan exelsas virtudes»[31].

Todas estas peticiones se hacían eco de las cientos de misivas privadas provenientes de todo el país que recibió Espartero días después del estallido de la revolución del 18 de septiembre, muchas de ellas procedentes de pequeñas localidades y pueblos. La redacción y el material usado en muchas indicaban que sus autores no solían escribir a menudo y sugieren a su vez que ya existía una corriente de opinión pública a escala nacional que consideraba a Espartero la solución a los problemas de España. La mayoría quería que se convirtiera en el nuevo jefe de Estado. Unos lo veían como presidente de una futura república, como dejaran patente los más de mil miembros del Comité Republicano de Calatorao (Zaragoza), en su misiva al «ciudadano Espartero»[32]. Muchos más veían a España como una monarquía con Espartero como rey. Los había que, como Gregorio Rodríguez, presidente del comité electoral de Quintanar de la Orden (Toledo), no parecían preocupados por la forma que tomara el gobierno siempre y cuando el general ocupara la jefatura de la nación «con la Monarquía con la República, siendo el Jefe Principal un Rey un Presidente, el hijo de Granátula, la Libertad esta asegurada»[33].

[31] Dalías, 1 de febrero de 1870, # 148, Archivo del Congreso de los Diputados.

[32] Comité republicano, Calatorao, a Espartero, 9 de enero de 1869, Archivo de Espartero, 17-22.

[33] Gregorio Rodríguez a Espartero, 20 de noviembre de 1869, Archivo de Espartero, 16-1868-93.

Las razones esgrimidas en la correspondencia privada se parecían a las expuestas en las peticiones colectivas. Muchas de ellas subrayaban las aptitudes personales de Espartero, no sólo por su valor intrínseco, sino por cómo lo distinguían de otros políticos del Antiguo Régimen y también del presente. Los españoles estaban «cansados de Diputados Pedigueños impertinentes y cansados de ser patrimonio de buitres y aves de rapiña» y admiraban la falta de ambición del general y el hecho de que se hubiera retirado a Logroño en vez de establecerse en Madrid en busca de poder. Era, en palabras del Comité Republicano de Novelda (Alicante), «otro modesto Washington... para nuestros hijos y descendientes el mejor de los timbores que pudieramos legarles»[34]. Su vida pública, especialmente al acabar con la Guerra Carlista, tenía particular importancia. Espartero era el Pacificador, «el símbolo de paz de todos los españoles», y también un infatigable defensor y faro de las libertades sin el cual «[era] muy factible [que se levantase] de nuevo el espectro horrible de la tiranía [que él había descabezado en las décadas pasadas]»[35].

El 11 de junio de 1870 y frente a un Parlamento repleto y expectante, Prim detalló los pasos que se habían seguido en la búsqueda del nuevo monarca. La sesión se cerró el 23 de junio, pero la solución proyectada por Prim terminó por desbaratarse cuando se produjo la filtración de que Leopoldo de Hohenzoller Sigmaringen podría acabar siendo el nuevo rey. Desesperado, Prim escribió al embajador español en París que de no convencer a Napoleón III a que aceptase a Leopoldo se verían «desbordados por el Duque de la Victoria, el Duque de Montepensier y la república». Para el 4 de julio, el Consejo de Ministros había votado a favor del prín-

[34] Gregorio Rodríguez a Espartero, 20 de noviembre de 1869, Archivo de Espartero, 16-1868-93; José Iglesias Vejer a Espartero, 29 de octubre de 1868, Archivo de Espartero, 16-1868-57; Liberales de Ceviso de la Torre (Palencia) a Espartero, 12 de enero de 1869, Archivo de Espartero, 17-28; Comité Democrático Republicano, Almagro, a Espartero, 30 de noviembre de 1868, Archivo de Espartero, 16-1868-96; Gerónimo Torres a Espartero, 24 de diciembre de 1868, Archivo de Espartero, 16-1868-129; (?) a Espartero, 4 de noviembre de 1868, Archivo de Espartero, 16-1868-63; Melquíades Isidoro Martínez a Espartero, 28 de diciembre de 1868, Archivo de Espartero, 27-69, y Comité Republicano de Novelda a Espartero, 24 de diciembre de 1868, Archivo de Espartero, 16-1868-128.

[35] Pedro Campos a Espartero, 28 de octubre de 1868, Archivo de Espartero, 16-1868-53, y José Iglesias Vejer a Espartero, 29 de octubre de 1868, Archivo de Espartero, 16-1868-57.

cipe alemán y hecho pública su decisión, pero en apenas dos semanas Francia y Prusia entrarían en guerra[36].

Tras el parón entre sesiones, el 3 de noviembre Prim pronunció otro largo discurso explicando los hechos que habían llevado a Amadeo, duque de Aosta, a aceptar la corona una vez fuera aprobada por las Cortes[37]. En los días anteriores a la votación, los sectores contrarios a Amadeo desplegarían toda su parafernalia propagandística. Un panfleto titulado *¡Rey Español!* a favor del duque de Montpensier o de Espartero se distribuyó por Madrid, y sólo una semana más tarde las calles de la capital aparecieron cubiertas de sendos carteles amarillos denunciando la idea de un rey extranjero y exigiendo que las Cortes se decidieran por Espartero, «el hijo honrado del pueblo, el que la mayoría del país quiere que sea por segunda vez el Pacificador de España»[38]. Fue la última y fútil bocanada de la facción esparterista.

El 11 de noviembre, el diario *La Época* publicó una carta abierta de Espartero en la que el general hacía un llamamiento a sus seguidores y les conminaba a votar por el candidato «que [juzgaran] mas digno de ocupar el solio, prescindiendo de [su] nombre», pero los diputados esparteristas se negaban a aceptar un no por respuesta[39]. En vano, una delegación partió hacia Logroño el día siguiente para tratar de convencerlo. Cuando finalmente se produjo la votación el 16 de noviembre, el duque de Aosta obtuvo 191 votos, el de Montpensier 27, la duquesa de Montpensier uno y Alfonso, el hijo de Isabel, sólo dos. Sesenta diputados votaron por el establecimiento de una república federal, diecinueve votaron en blanco y ocho lo hicieron a favor de Espartero[40].

---

[36] Pere Anguera: *El General Prim: Biografía de un conspirador,* Barcelona, EDHASA 2003, pp. 593-594. Para las consecuencias diplomáticas y el estallido de la guerra franco-prusiana, véase Jonathan Steinberg: *Bismarck: A Life,* Oxford, Oxford University Press, 2011, pp. 281-292. Bismarck apoyó la candidatura de Leopoldo precisamente porque llevaría muy posiblemente a un conflicto con Francia y se esforzó por superar las reticencias del rey Wilhelm.

[37] Según Pere Anguera en *El General Prim...,* p. 602.

[38] Manuel Ibo Alfaro: *Historia de la interinidad española,* Madrid, s. e., 1872, vol. 2, pp. 820 y 838-843.

[39] El original puede encontrarse en Archivo de Espartero, 18-100. *La Época,* 11 de noviembre de 1870.

[40] Víctor Balaguer: *Memorias de un constituyente: estudios históricos y políticos,* Madrid, s. e., 1872, pp. 92-94.

El reinado de Amadeo I

El hecho de que España tuviera ya su monarca no significó que a Espartero le dejasen en paz en su retiro. El mismo día en que Amadeo I arribó a España, Prim fue asesinado, dejando al nuevo monarca sin el posible garante de estabilidad entre las turbulencias del abierto panorama político. En ausencia de Prim, las dos facciones progresistas, la radical de Manuel Ruiz Zorilla y la más conservadora de Práxedes Mateo Sagasta, se enzarzaron en una encarnizada lucha política. Además, en el Parlamento había considerables contingentes republicanos y carlistas, amén de pequeños grupos de alfonsinos, todos los cuales buscaban reemplazar la monarquía de Amadeo por una u otra opción. Durante sus dos años en el trono, Amadeo vio sucederse seis consejos de ministros y tres elecciones[41]. En tales circunstancias, no dudó en echar mano de la figura de Espartero.

Logroño fue una de las paradas durante la gira provincial de Amadeo en el invierno del año 1871. Pero antes incluso de llegar a esta ciudad fue testigo de la popularidad de que todavía disfrutaba Espartero. A su llegada a la estación de tren de Zaragoza, la multitud lo recibió aclamando «al rey, a la reina María Victoria, a los príncipes y a Espartero», mientras que en la de Tarrasa el gentío entusiasta lo siguió «atronando continuamente sus vivas a Amadeo I, a la reina María Victoria, a los príncipes, a la libertad, a Espartero, y [tratándose de Cataluña] a la memoria de Prim»[42]. El mismo Espartero arropó a Amadeo a su llegada a la estación de Logroño apreciándolo como «el más firme sostenedor de la libertad e independencia de la patria» y reiterando su lealtad y obediencia al rey que había sido elegido «por la voluntad popular». De acuerdo con el diario progresista *La Iberia,* el abrazo de Espartero a Amadeo fue nada menos que «la consagración de este rey»[43].

---

[41] María del Carmen Bolaños Mejías: *El reinado de Amadeo de Saboya y la monarquía constitucional,* Madrid, UNED, 1999.

[42] *El Eco de Alicante,* 3 de octubre de 1871, y *El Constitucional,* 1 de octubre de 1871.

[43] Antonio Pirala: *El Rey en Madrid y en provincias...,* pp. 380-384 (énfasis añadido). Un admirador de Espartero escribió que Amadeo se había desplazado a Logroño a la manera que «los antiguos reyes de Francia iban a Rheims, para el mayor afianzamiento de la corona en sus sienes. Si el rey Amadeo queda ungido

Pocos días después, Sagasta provocó la caída del Gobierno y durante el consecuente *impasse* convenció a Amadeo de contactar a Espartero para formar uno nuevo. Las nuevas de esta solicitud alimentaron la esperanza de que «sirviese su presencia y autoridad para calmar las hondas disidencias que en el seno del Partido Progresista se habían sustentado», pero su rechazo sólo sirvió para acrecentar «el disgusto en todas las clases». Amadeo volvería a solicitar por segunda vez la ayuda de Espartero con motivo de la negativa de Ruiz Zorrilla a formar Gobierno, pero se encontraría con la misma respuesta del viejo general[44]. Si bien con sorna, la revista *Gil Blas* dio en el clavo al comparar a Espartero con una suerte de bálsamo curalotodo: «Espartero es para el trono de España lo que en otro tiempo fue Le-Roy para los curanderos: para sabañones, para quebraduras, para jaquecas para todo servía la consabida purga»[45].

Al aproximarse el primer aniversario de su coronación, Amadeo volvería a tratar de beneficiarse del carisma y de la popularidad del Espartero. El 2 de enero de 1872, el general se convertiría en el segundo individuo en la historia de España en recibir el título de príncipe sin ser hijo de un monarca. El decreto que lo proclamaba Príncipe de Vergara entroncaba de hecho con aquel aspecto en la reputación del general que más resonaba entre los españoles de a pie: su papel como pacificador. Espartero rechazó en un principio el privilegio y, pese a que cambiaría eventualmente de opinión, la revista *Altar y Trono,* como otras contrarias al régimen, consideró el gesto un «bofetón» en la cara del nuevo Gobierno[46].

Tanto Sagasta como Ruiz Zorrilla compitieron continuamente por ganarse el respaldo político de Espartero, una situación retratada en una misiva enviada al general a principios de 1872 por parte de los propietarios y del editor de *Eco del Progreso,* diario que

---

en Logroño con el óleo tres veces sacro de la virtud, del patriotismo y de la gloria y desde ese momento la nación española, en su mayoría inmensa, aclara gustosa y amará al ungido del General Espartero». Archivo de Espartero, 19-56.

[44] Ildefonso Antonio Bermejo: *Historia de la interinidad...,* vol. 2, pp. 444 y 449-451; María del Carmen Bolaños Mejías: *El Reinado de Amadeo...,* p. 213, y José Luis Ollero Vallés: *Sagasta: de conspirador a gobernante,* Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 390-391.

[45] *Gil Blas,* 8 de octubre de 1871.

[46] *Ibid.,* p. 125; *Altar y Trono,* 13 de enero de 1872, y *La Correspondencia de España,* 12 de enero de 1872.

había apoyado su candidatura al trono. Según ésta, «todos los comités, todos los círculos politicos de una y otra fracción invocan el nombre de VE para legitimar su actitud y los Ministros que se suceden se glorian de merecer su beneplácito»[47]. Sagasta incluyó a Espartero en una nueva lista electoral por Madrid en febrero de aquel año. También corrieron rumores de que planeaba también ponerlo al cargo del Estado Mayor[48].

Tras las elecciones del 2 de abril, Espartero fue elegido senador por Madrid y Logroño, pero rechazó su escaño argumentando su mala salud. Con todo, cuando una nueva crisis política estalló en junio, su nombre volvió a sonar como posible primer ministro. *Gil Blas* volvería a profetizar el resultado de esta nueva tentativa, argumentando que la petición de que asumiera el cargo era «como preguntar á una monja: ¿Vd. fuma?»[49].

La Primera República

El 11 de febrero de 1873, un frustrado Amadeo anunció su abdicación. Ese mismo día, durante una sesión conjunta del Congreso y del Senado, se proclamó la Primera República, a la que Espartero no tardó en adscribirse. En una carta dirigida «al Gobierno de la República» escribió: «Cúmplase la Voluntad Nacional ha sido y será siempre mi lema. Los cuerpos colegisladores en uso de su soberanía han proclamado la República que yo acato»[50]. En Logroño, la multitud que celebraba la proclamación se dirigió a casa de Espartero, donde el general volvió a reiterar «su completa adhesión» al nuevo Gobierno republicano[51].

---

[47] Archivo de Espartero, 19-1872-2.

[48] José Ramón Millán García: *Sagasta, o el arte de hacer la política,* Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, p. 232.

[49] *La Correspondencia de España,* 12 de junio de 1872; *El Imparcial,* 13 de junio de 1872, y *Gil Blas,* 16 de junio de 1872.

[50] Archivo de Espartero, 19-1873-4. La carta fue publicada en *El Federal Salmantino,* 16 de febrero de 1873. Al día siguiente Espartero contestó a un telegrama enviado por el nuevo presidente de la Asamblea Nacional que «ya he manifestado al Gobierno mi acatamiento a la República que los Cuerpos Colegisladores han proclamado en uso de su Soberanía». Archivo de Espartero, 19-1873-5.

[51] *La Correspondencia de España,* 13 de febrero de 1873.

La República heredó de Amadeo la Tercera Guerra Carlista. Hacia finales de 1873, los rebeldes habían conseguido establecer «un verdadero estado alternativo» en buena parte del País Vasco y de Navarra[52]. La figura de Espartero sería referencia fundamental tanto para el Gobierno republicano como para los carlistas. Para el primero continuaba siendo el vencedor de la primera contienda y el pacificador de España; Manuel Pavía y Ramón Novaliches, dos de los generales a cargo del Ejército del Norte, enviarían a Espartero sus discursos en busca de aprobación[53]. A ojos de los carlistas representaba todo aquello que aborrecían. Cuando consiguieron la captura de Vergara el 13 de agosto, el comandante dio orden de que «se procediese a levantar la lápida que encierra al ignominioso Convenio de Vergara y extraído éste y demás efectos que contiene, [fueran] reducidos a cenizas y aventados para que se [desapareciera] esta obra de la impiedad masónica»[54].

Espartero seguía siendo visto como la respuesta a los problemas nacionales, acaso más debido al empeoramiento de la situación militar. Poco después de que Emilio Castelar asumiera la presidencia corrieron rumores, primero en junio y nuevamente en septiembre, de que se le otorgaría el mando de Ejército del Norte «con el pomposo título de generalísimo»[55].

El 18 de julio, el día posterior a que la Asamblea recibiera el primer borrador constitucional, dos días antes de que el pretendiente carlista entrara en el país y seis días antes del inicio de la rebelión cantonal, un grupo de siete diputados presentaron un proyecto para nombrar a Espartero presidente de la republica federal hasta que una nueva Constitución pudiera ser redactada e implementada[56]. Como apuntaba *El Federal Salamantino,* cuya portada incorporaba la consigna «¡Viva la República Democrática Federal!» en un momento en que «el carlismo amenaza como nunca concluir con la libertad y la República, cualesquiera que [fue-

[52] Jordi Canal, *El Carlismo,* Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 176-177 y 185.
[53] Archivo de Espartero, 19-1873-6, 7 y 12.
[54] Jordi Canal, *El Carlismo...,* p. 188.
[55] *El Bien Público,* 18 y 6 de junio de 1873, y *La Lucha,* 11 de septiembre de 1873. El diario británico *The Manchester Guardian* informó de que Espartero «arengó [a las tropas] de tal manera que rompieron en un frenético aplauso y prometieron preservar el orden y la disciplina», 12 de septiembre de 1873.
[56] Archivo del Congreso de los Diputados, Madrid.

ran] las medidas a que se apele para salvar tan caros intereses, deben ser apoyadas por todo buen republicano y por los liberales de siempre y los patriotas de corazón»[57]. La idea de que Espartero fuera hecho presidente volvió a resurgir en agosto durante la reunión mantenida por un grupo de diputados para formar un grupo proesparterista en las Cortes[58].

Quienes apoyaban al príncipe Alfonso también tenían la vista puesta en Espartero. El mismo día de la proclamación de la República, el general Domingo Moriones, que había estado al cargo del Ejército del Norte, se declaró alfonsino y fue sustituido por el general Manuel Pavía. Acto seguido, Moriones viajó a Logroño y se entrevistó con Espartero, confesándole que estaba listo para entrar en Madrid y abolir la República a condición de que pudiera asegurar a sus tropas que Espartero encabezaría el nuevo Gobierno. Los intentos de Moriones, primero con el general y después por mediación de su esposa Jacinta, fueron en vano, arguyendo ella que la implicación de su marido «no tendría otro resultado que anticipar la muerte a un honrado y leal veterano sin conseguir el objeto que se proponía»[59]. Y cuando a través de un intermediario la depuesta reina Isabel acudió a Espartero sugiriéndole que «él con todo su prestigio el mayor servicio que pudiera hacer a nuestra querida patria sería dar el grito de alerta antes de que sea tarde», éste contestó que «no quería mezclarse en la política y que él aceptaría lo que resolviera la voluntad nacional»[60]. Para un monárquico convencido como él, aquél podía considerarse un rechazo inapelable.

A principios de 1874, el devenir caótico de la República sufriría un nuevo y dramático golpe. Mientras las Cortes deliberaban sobre un nuevo presidente tras la derrota de Castelar, el general Pavía, capitán general de Madrid, disolvió la Asamblea a punta de bayoneta. Antes de decidirse por una dictadura republicana bajo el general Serrano, no obstante, los responsables del golpe habían resuelto recurrir a Espartero. El general Pavía había aceptado la capitanía general a regañadientes y por insistencia del entonces presidente Castelar, y le preocupaba que tras su caída «un gobierno salido de la

[57] *El Federal Salmantino,* 20 de julio de 1873.
[58] *La Época,* 25 y 30 de agosto de 1873.
[59] Ildefonso Antonio Bermejo: *Historia de la Interinidad...,* vol. 3, pp. 317-318.
[60] *Ibid.,* pp. 145-146.

estrema izquierda de aquella Cámara [fuera] un botafuego para el Ejército». Cuando Castelar rechazó su petición de que «salvase la nación», Pavía se entrevistó con los mandos militares de Cataluña y el País Vasco, quienes le informaron de que no apoyarían un Gobierno de izquierdas. Pavía pensó entonces «en el General Espartero para que hiciese cargo de aquella situación pero el Duque de la Victoria no quiso aceptar» y sólo entonces, falto de alternativas, accedió a un «Gobierno de salvación nacional que salvara el país y salvara la sociedad» bajo Serrano[61].

Los rumores sobre Espartero continuaron prodigándose durante aquel año. Según informaba *La Correspondencia de España,* el general estaba tan exasperado por la continuación de la guerra que «no necesitaría más que una excitación del sentimiento público para que, a pesar de su avanzada edad y sus achaques, abandonara su quietud y desvainara su espada siempre vencedora»[62]. El mismo diario informaba en noviembre de que su nombre era barajado como posible rey y en diciembre otro diario daba cuenta de que un «consejo de generales» había estado organizándose en Logroño y de que Espartero había sido invitado a unirse a él[63].

Al aproximarse el trigésimo octavo aniversario de la victoria de Luchana, la figura de Espartero volvería a resurgir con inusitada prominencia. El 24 de diciembre, *La Iberia* dedicó un largo artículo a rememorar la batalla, concluyendo con la esperanza de que «en breve podamos felicitarnos por una nueva victoria». *La Ilustración Española y Americana* incluyó en su edición del 22 de diciembre una extensa historia de la Primera Guerra Carlista junto a un amplio retrato de Espartero y poco después, el 30 del mismo mes, publicó en primera página un grabado de su residencia para ilustrar un artículo sobre la entrevista que había mantenido con Serrano días atrás. «Así al emprender su nueva campaña, el general Serrano irá fortalecido con la opinion y las indicaciones del ilustre

[61] *El Bien Público,* 22 de marzo de 1876. Pavía y las demás autoridades militares habían mantenido a Espartero al corriente de los hechos. El 5 de enero, el capitán general de Aragón mandó un giro describiendo la manera en que había hecho uso de la fuerza durante la toma de Zaragoza. Archivo de Espartero, 21-1874-2 y 3, y 20-1874-4.

[62] *El Constitucional,* 12 de agosto 1874.

[63] *La Correspondencia de España,* 3 de noviembre de 1874, y *El Constitucional,* 13 de diciembre de 1874.

patricio que tuvo la fortuna de concluir de un modo honroso y humano la primera insurrección»[64].

La Restauración

Pero Serrano nunca tendría la oportunidad de desarrollar su campaña. El 29 de diciembre, un golpe de Estado encabezado por el general Arsenio Martínez Campos puso fin a la República y anunció la restauración borbónica en la persona de Alfonso XII. Apenas habían pasado doce días de su coronación cuando el nuevo rey recibió una carta de Espartero, en la cual podía leerse «Aseguro a VM que tendrá en mí su fiel servidor y en la actualidad solo desea ver a todos los liberales unidos a VM para que podamos devolver la paz y la ventura a nuestra madre patria»[65]. Alfonso la recibió con tanto gusto que hizo publicar la misiva en la gaceta oficial antes de su entrada en Madrid. Según José Allendesalazar, lo mismo debió de sentir el Gobierno «y no sin causa, pues lo que de V. procede siempre tiene gran importancia»[66].

Un mes después, Alfonso visitó Logroño y *La Época,* el periódico alfonsino más prominente, envió a un corresponsal con la comitiva real, cuyos artículos aparecerían publicados el día 12 de febrero y más tarde en reediciones en varios diarios provinciales. Antonio Cánovas del Castillo consideraba el encuentro entre el rey y Espartero tan relevante que acabó publicando en la gaceta oficial una relación supuestamente confidencial de la visita redactada por el marqués de Molins, ministro de la Marina.

Según ésta, la casa de Espartero era «decorosa y cómoda, pero con una aire de severa modestia» que reflejaba el carácter de su ocupante. No había guardias o porteros, sólo «un portal espacioso y una escalera cómoda y limpia» que testimoniaba la «vida tranquila y el orden doméstico» que disfrutaban el general y su esposa, Jacinta. Ella dio la bienvenida al monarca, pero Alfonso «con natural y juvenil impaciencia» se aventuró solo a la planta principal,

[64] *La Ilustración Española y Americana,* 22 y 30 de diciembre de 1874.
[65] Archivo de Espartero (20) 1875-08.
[66] Allendesalazar a Espartero, 18 de enero de 1875, Archivo de Espartero, 20-1875-12.

donde encontró a Espartero «abrigado de su gabán y de su gorro griego». El general lo tomó al principio por uno de los ayudantes del monarca, pero tan pronto cayó en su error se levantó para saludarlo de manera que, a la llegada de Jacinta, Molins y el resto de la comitiva, los encontraron a ambos estrechándose afectuosamente la mano. El momento álgido de la visita se produjo cuando Molins informó a Espartero de que el rey había rechazado la Gran Cruz Laureada de San Fernando. El general argumentó que Alfonso la merecía y mandó traer la suya propia:

> «habéis sido el primero de nuestros monarcas que en España, desde Felipe V, se ha presentado al ejército español en función de guerra, esponiéndose al plomo de los sectarios del absolutismo, bien puede V.M. llevar la cruz de San Fernando. Concedédme, señor, la alta honra de decorar vuestro pecho con la banda que ha llevado este veterano en cien combates, ganada derramando su sangre por la integridad de la patria por su independencia, por vuestros antepasados, por las libertades públicas. Quiera Dios, y si querrá, que cuando bajo ella sienta V.M. su corazón recuerde que el rey constitucional, a más de valeroso ha de ser justo y fiel custodio de las libertades públicas, con lo que asegurará la felicidad del pueblo y logrará captar su amor, firmísima prenda, única hoy bajo el cielo de la estabilidad de los tronos».

Alfonso accedió finalmente a recibir la condecoración del hombre que «por si solo representa el ejército todo... [a]l anciano guerrero le permitían apenas sus heridas alzar los brazos para ceñir al joven rey la vieja banda que el había llevado tantos años y en tan nobles ocasiones. Don Alfonso, menos sereno en esta ocasión que en las trincheras del monte Esquinza, dejaba aparecer en su semblante la alegría de su corazón»[67].

Brillantemente orquestada y ampliamente difundida, esta escena indicaba ante todo el reconocimiento entre la nueva clase política del prestigio asombroso que todavía gozaba Espartero. Mientras que los reyes, incluso aquellos constitucionales como Alfonso, heredan sus tronos y pueden condecorar a los soldados bajo su mando, en este caso sólo la bendición de Espartero confería legitimidad. Y por si acaso el mensaje no hubiera quedado del todo claro, Molins

[67] *Gaceta de Madrid,* 14 de febrero de 1875.

añadiría: «Digan ellos y diga España entera lo que significa y lo que importa para su porvenir el abrazo *del más anciano y calificado caudillo de nuestra libertad* y del más joven y animoso depositario de la monarquía legítima»[68]. La relación de aquel encuentro histórico pronto sería publicada en diarios de todo el país y en el caso de *La Ilustración Española y Americana* también estaría acompañada de un grabado. El 16 de febrero, *La Época* destacó un artículo de *El Diario de España* a propósito de los prometedores comienzos del nuevo monarca, asegurando que la candidez del discurso de Espartero al rey había inspirado al rotativo a «entrar en cierto género de reflexiones también muy lisonjeras por el porvenir».

Para aquellos españoles que querían a Espartero en la jefatura del Estado o que aceptaban el nuevo régimen, el encuentro entre ambos individuos era la señal para que todos los liberales se unieran a «la obra común de la nueva monarquía... aquellos que permanecen fieles a la bandera monárquica no deben olvidar el cordial abrazo de S.M. el Rey al general Espartero»[69]. También la prensa extranjera se hizo eco de la noticia, lo que a su vez acabaría reflejándose en los medios nacionales. *La Época* y también otros diarios comentaron el editorial del *Times* londinense del 12 de febrero, que miraba con buenos ojos que Alfonso recibiera la aprobación patriótica del patriarca de la libertad española y que juzgaba que «no pudo haber tenido un mejor patrón»[70].

La campaña mediática resultaría un éxito: una de las misivas de felicitación enviadas a Espartero el día de su santo y unos días después de la visita del rey apuntaba que «mucho que se ha divulgado el acto de condecorar VE al Rey con la banda de la Gran Cruz de San Fernando», mientras que una segunda se refería al encuentro como «una página más para la historia, con D. Alfonso XII a quien con cariñoso acatamiento dio VE *la sanción de su reconocimiento*»[71].

Pero además de su propia Gran Cruz de San Fernando, había algo más que el general podía hacer por el nuevo monarca. Lo que

---

[68] *El Bien Público,* 23 de febrero de 1875 (énfasis añadido).

[69] *La Época,* 16 de febrero de 1875.

[70] *Ibid.; La Correspondencia de España,* 17 de febrero de 1875, y *Times,* 12 de febrero de 1875.

[71] Archivo de Espartero (26)-1871-486 y 461, y 20-1875-23 (énfasis añadido).

más reverenciaban los españoles en Espartero era haber conseguido la paz tras una guerra civil de siete años. Espartero era el «Pacificador de España», y en muchos sentidos aquélla era la mayor de las titulaciones posibles, que los seguidores de Alfonso buscaban obtener para el rey. Una vez acabó el conflicto, los alfonsinos se embarcaron en una «inconmensurable campaña propagandística» en torno al nuevo «Pacificador». Alfonso copiaba y adoptaba así el papel de Espartero[72].

El final de la guerra se produciría en febrero de 1876. El 19 de aquel mes, las fuerzas gubernamentales tomaron el reducto carlista de Montejurra. Cuando las noticias llegaron a Logroño, la multitud «con ese instinto dimanado de corazón» corrió a celebrarlo a la plaza frente a la residencia de Espartero, quien, debido a su delicada salud, no salió a saludarla[73]. El día 28, un día después del cumpleaños del general, Alfonso entró en Pamplona. Espartero escribió inmediatamente al rey llamándolo «pacificador al frente de las Provincias Vascongadas y Navarra»[74]. Poco después el rey volvió a visitarlo en Logroño aunque en esta ocasión el encuentro recibiera mucha menos cobertura mediática. *La Iberia* sólo mencionó que tras su entrada en la ciudad el rey conversó «afectuosamente» con Espartero y que ambos tuvieron una segunda entrevista el día siguiente[75]. El bajo relieve de la noticia era previsible, pues Alfonso era ahora pacificador por méritos propios y no tenía tanta necesidad de un carisma prestado como durante el primer encuentro. La turbulencia de los últimos años había llegado a su fin y el viejo héroe podía por fin volver a su retiro[76].

---

[72] Rafael Fernández Sirvent: «La forja del rey conciliador: Alfonso XII bajo el prisma de *La Época* y *La Ilustración Española y Hispanoamericana*», en José Antonio Caballero López, José Miguel Delgado Idarreta y Cristina Sáenz de Pipaón Ibáñez (eds.): *Entre Olózaga y Sagasta: retórica, prensa y poder,* Logroño, Instituto de Estudios Riojanos-Ayuntamiento de Calahorra, 2011, pp. 366-368.

[73] *La Iberia,* 23 de febrero de 1876.

[74] *La Iberia,* 3 de marzo 1876, y Archivo de Espartero, 21-1876-03.

[75] *La Iberia,* 7 de marzo de 1876.

[76] Con todo, Alfonso encargaría al pintor Ramón Padró y Pedret un cuadro que mostrara el momento en que Espartero le dio la Gran Cruz de San Fernando. *La Época,* 28 de noviembre de 1876.

Conclusiones

A lo largo de ocho turbulentos años a raíz del levantamiento de la *Gloriosa* el nombre de Baldomero Espartero permaneció constantemente en la memoria de aquellos españoles de a pie preocupados por el futuro político del país y también en la de los políticos enfrentados a una situación que se veían incapaces de controlar. Tanto como posible jefe de Estado durante el periodo de interinidad, como primer ministro que asegurara la estabilidad política con Amadeo I, como presidente o líder militar ante los peligros que amenazaban la República, como jefe de Gobierno tras la tentativa de golpe de Estado del general Moriones y el consumado golpe de Estado del general Pavía, y como fuente de legitimidad para una monarquía recién restaurada pero todavía pobremente asentada en la persona de Alfonso XII..., el nombre de este viejo y cada vez más debilitado héroe liberal funcionó como un sortilegio mágico. Era el hombre imprescindible en un periodo de gran agitación revolucionaria.

El continuado recurso a Espartero, pese a que su desempeño de puestos gubernamentales relevantes no había sido exitosa y él mismo había dejado patente que no le interesaba volver a la vida pública, arroja nueva luz sobre la política de este periodo. La importancia de Espartero testimonia el poder del culto al héroe que había sido fabricado en los años treinta del siglo XIX y que sería alimentado desde la base durante más de tres décadas. Las posiciones políticas de Espartero se habían diluido con el tiempo y esa evolución hacía posible que muchos políticos, desde los alfonsinos a republicanos federalistas, pudieran capitalizar su figura.

La movilización a favor del nombramiento de Espartero como rey, la oferta hecha por Prim y la negativa del general son hechos bien conocidos de la historia del periodo, pero la posibilidad de que hubiera desempeñado un papel más amplio y relevante no ha sido planteada. La presencia ininterrumpida de Espartero en la mente de los españoles es mucho más que un detalle interesante, pues revela algo fundamental de la cultura política de la época. La cuestión más estudiada en la historiografía de la España del siglo XIX ha sido quizás la medida en que existía una identidad nacional compartida y cuáles eran sus orígenes. Sobre todo al ser compa-

rado con un modelo francés algo idealizado, la preocupación sobre las deficiencias del Estado español y la creencia de que habría producido un proceso de nacionalización inadecuado han ido dando paso recientemente a un mayor interés sobre aspectos culturales o sociales y sobre agentes nacionalizadores regionales y locales frente a aquellos procedentes del Estado o de las elites. Esta nueva corriente historiográfica ha dado forma a una lectura diferente, donde «la cronología de la formación de la nación española ha cambiado substancialmente. La nación aparece ahora como el catalizador de una lealtad popular y afectiva movilizada antes de lo que se había planteado»[77]. La significación de Espartero durante estos ocho años de inestabilidad sugiere que el héroe responsable de los logros liberales del periodo anterior fue también un elemento importante en la construcción de esa lealtad[78].

[*Traducción de Eduardo Mateo-Carrasco*]

[77] Fernando Molina y Miguel Cabo Villaverde: «An Inconvenient Nation: Nation Building and National identity in Modern Spain. The Historiographical Debate», en Maarten Van Ginderachter y Marnix Beyen (eds.): *Nationhood from Below; Europe in the Long Nineteenth Century,* Basingstoke, Palgrave, 2012, pp. 47-72, esp. p. 66.

[78] Existía sin género de dudas un componente de género en esta aserción: Espartero pudo ser visto como la encarnación de las virtudes del hombre liberal e, incluso, del democrático. A medida que envejecía, se transformaría en un verdadero patriarca. Consultar Florencia Peyrou: «Familia y Política. Masculinidad y Feminidad en el Discurso Democrático Isabelino», *Historia y Política, 25* (2011), pp. 149-174.

Ayer 104/2016 (4): 153-175 ISSN: 1134-2277

Los movimientos indígenas y campesinos en México (1920-2000)

Leticia Reina Aoyama
Instituto Nacional de Antropología
e Historia (México)
lreina.deh@inah.gob.mx

Resumen: El propósito de este ensayo consiste en realizar un análisis histórico de las movilizaciones indígenas y campesinas a lo largo del siglo XX en México. Este recorrido de larga duración tiene como objetivo determinar los momentos de auge y de reflujo en la combatividad frontal y abierta de los grupos subalternos del campo, así como los momentos de cambio en la forma y alcance de las manifestaciones de su descontento. Esta mirada «a vista de pájaro» intentamos esbozarla en el contexto nacional y señalar las variantes regionales en cuanto a la relación que guarda el sector agrario —sea indígena o campesino— con los poderes regionales y con el Estado.

Palabras clave: movimientos indígenas, campesinos, periodización, siglo XX.

Abstract: The purpose of this paper is to undertake an historical analysis of indigenous and peasant movements throughout the twentieth century in Mexico. The goal is to determine the moments of boom and reflux of the struggle of subaltern groups in the agrarian world and to identify the moments of change in the forms of their discontent. This overview will take a bird's eye view of the nation as a whole, and will point out regional variations as well. It will explore the relationsh between the agricultural sector —whether indigenous or peasant— with regional powers and the state.

Keywords: social movements, Indians, peasant, Mexico, Twentieth Century.

Recibido: 26-04-2014 Aceptado: 27-03-2015

En México, la rebeldía indígena y campesina es cíclica y centenaria, pero no se corresponde con la falsa idea de su incapacidad para adherirse a los impulsos de cambio, sino que sus reacciones sociales se deben a los contenidos de los proyectos que los gobernantes instrumentan para construir una nación moderna y en la cual no tiene cabida la comunidad rural[1].

A lo largo de la historia, los diversos intentos de modernización del campo mexicano tuvieron como rasgo común una certeza: provocar una redistribución de las tierras, que las pusiera en «mejores manos» —a veces otras manos, las de colonizadores, hacendados o inversionistas, a veces en las mismas pero cambiando la figura jurídica al convertir coercitivamente a los comuneros en propietarios privados—. Los gobernantes pensaban que esta situación convertiría a México en un país moderno y próspero semejante a los países «civilizados».

La rebelión de la gente del campo respondía en mucho a esta obsesión modernizadora presente en diferentes momentos. Por lo menos en los últimos dos siglos fueron dudosos los beneficios individualizados para una recia cultura corporativa, que además en muchos casos intentó romper las formas de organización política y social tradicional de los pueblos indígenas. La otra cara de las diferentes modernizaciones fue el virulento proceso de concentración de la tierra en la que convergían muy diversos intereses: hacendados, latifundistas, neolatifundistas, pueblos de indios, campesinos, Iglesia y especuladores, y que provocó toda una historia cíclica de revueltas agrarias.

Con la Revolución de Independencia de 1810 y después con la Revolución de 1910 la estructura política perdió la posibilidad conciliatoria entre los grupos sociales y empezó una profunda reestructuración con dos polos: los cuerpos y poderes regionales, vie-

[1] Algunos conceptos a definir brevemente: por *rebelión* se entiende la movilización de la población rural mediante diferentes formas de protesta frente a la amenaza de sucumbir como pueblos; un *campesino* es la persona que vive en el campo y posee o no la tierra pero vive fundamentalmente del producto de su trabajo y el de su familia; *indígena* es la persona que tiene auto-adscripción a un grupo étnico y cuya identidad no sólo incluye la tierra, sino el conjunto de símbolos que les han dado cohesión a los pueblos indios; *indio* es el nombre que los españoles dieron a la población autóctona de América. Los antropólogos los llamaron indígenas, pero actualmente esta población retomó el vocablo como parte de su posición política.

jos y nuevos, por un lado, y las nuevas cúpulas, los Gobiernos locales y el Gobierno federal por el otro. Es en ese escenario móvil en el que se ubican las rebeliones agrarias; causadas por la redistribución de tierras pero también por la creación de nuevos espacios e instancias de poder. Se crearon y reforzaron grupos de caudillos y caciques[2] que mediaron entre los campesinos y el Estado, a veces modificando viejas estructuras y a veces apoyando la continuidad de antiguas prácticas para lograr su enriquecimiento y fortalecer su poder. De tal suerte que el poder también se convirtió en motivo de la rebelión[3].

Después de la Revolución de 1910, la gama de protestas colectivas en el campo frente a situaciones de injusticia agraria fue muy amplia. Un rasgo distintivo entre el siglo XIX y el XX es que en éste último resulta notable la participación del campesino dentro del proyecto revolucionario del Estado, pues además de reconocer las luchas campesinas, las utilizó para su conformación. Por supuesto, este Estado ahora ha tenido que pagar el haber construido su fuerza con base en las redes clientelares y caciquiles.

El movimiento revolucionario que se gestó en México a inicios del siglo XX tuvo repercusiones a corto, mediano y largo plazo a todos los niveles. Quizá uno de los acontecimientos más importantes que se cristalizó de inmediato durante este periodo fue la firma del Plan de Ayala en 1911, que surgió como respuesta a la negativa del Gobierno de Madero de expedir una ley agraria que restituyera las tierras que a los pueblos les habían despojado de manera ilegal durante el siglo XIX. Otra medida importante fue el decreto de Carranza, promulgado el 6 de enero de 1915, mediante el cual estableció como organismo ejecutor y supervisor del proceso de distribución de la tierra a la Comisión Nacional Agraria (CNA)[4].

---

[2] El *caudillo* es un personaje que dirige o manda, con una visión militar, a un grupo o comunidad durante algún movimiento armado. El *cacique* es un líder fuerte y autocrático en relación con los procesos políticos locales y regionales, que ejerce control y poder excesivo sobre una colectividad, sobre todo en asuntos políticos.

[3] Para profundizar en los movimientos indígenas y campesinos del siglo XIX se puede consultar Leticia REINA: *Las rebeliones campesinas en México (1819-1906),* México, Siglo XXI, 1998 (1980).

[4] Gerrit HUIZER: *La lucha campesina en México,* México, Centro de Investigaciones Agrarias, 1970, pp. 21-27.

Iniciaremos el análisis y periodización de los movimientos en 1920 por considerar que antes de esta fecha las demandas y motivaciones campesinas para tomar las armas quedaron subsumidas y ensombrecidas en el contexto del enfrentamiento de todas las fuerzas sociales del país.

Entre 1920 y 1934, el *agrarismo galopante* tuvo dos frentes: uno, el de los agraristas al servicio de las fuerzas constitucionalistas, comandados por Obregón y luego por Calles para combatir a la oposición al régimen, y el otro, el de los campesinos revolucionarios que siguieron combatiendo para hacer efectivo el reparto agrario. En este frente lucharon con ideologías muy diversas en diferentes regiones del país, tales como la de los cristeros o la de los socialistas[5].

El primero de ellos, el frente agrarista, trascendió en la creación en 1920 del Partido Nacional Agrarista (PNA) con Antonio Díaz Soto y Gama, en contraposición de la Confederación Regional Obrera de México (CROM). Los líderes de este partido entraron en arreglos con Obregón para apoyarlo a cambio de un programa radical de reparto agrario. Este grupo tenía en sus manos a la Comisión Nacional Agraria (CNA) y desde ahí el partido pudo crear las Ligas de Comunidades Agrarias, las cuales formarían posteriormente la Liga Nacional Campesina[6].

La creación de este agrarismo constitucional logró reivindicar el derecho que tiene el Estado para regular la tenencia de la tierra, mediante lo cual fue cohesionando y corporativizando a los campesinos, al tiempo que se legitimó frente a la sociedad. Ciertos movimientos son ilustrativos de situaciones en las que sus líderes destacaron en el escenario político.

Por ejemplo, en Michoacán, Isaac Arriaga, Primo Tapia y Francisco J. Mújica buscaron el reparto agrario incumplido en 1921 y fundaron la Federación de Obreros y Campesinos y un sindicato de jornaleros que, más adelante, dio paso a una liga de comunidades y

[5] Se denomina *agrarista* a la tendencia ideológica o política que defiende las reivindicaciones de los campesinos. Este tipo de movimientos se ha producido en varios lugares y etapas de la historia, pero el agrarismo por antonomasia fue el que se postuló en la Revolución Mexicana de 1910, bajo el liderazgo de Emiliano Zapata, en defensa del derecho a la tierra de las comunidades indígenas.

[6] Gerrit Huizer: *La lucha campesina en México...,* pp. 39-45.

sindicatos[7]. En Veracruz, Adalberto Tejeda destacó en la lucha popular de 1928-1945 frente a los militares y ampliaron los límites de la autonomía local creando la Liga de Comunidades Agrarias. La lucha en Puebla estuvo liderada por varios generales revolucionarios que crearon la Confederación Social Campesina «Domingo Arenas»[8].

En estos casos y otros más como el de Baja California, Tamaulipas, sus agrupaciones fueron las que precisamente protagonizaron las luchas agrarias más violentas[9]. Y también, como lo sucedido en Durango y Sinaloa, los líderes agrarios eran quienes negociaban y no las bases campesinas. Fueron ellos quienes fungieron como intermediarios políticos con el Estado, lo que dio lugar a una dependencia coyuntural entre la elite dirigente y el campesinado.

Los movimientos radicales tuvieron una amplia gama ideológica que va desde la formación de organizaciones de inspiración comunista y socialista, hasta las luchas en defensa de banderas religiosas. Ejemplos de estos movimientos los encontramos en Tamaulipas entre los trabajadores de la industria petrolera[10]. En Yucatán también se radicalizó porque la clase terrateniente había sido muy fuerte debido al cultivo del henequén y al sistema de esclavitud que imperaba en la región[11]. Ahí, Salvador Alvarado y Felipe Carrillo Puerto, de ideas socialistas, llegaron a ser gobernadores en 1915 y 1922, respectivamente. Pero el presidente Álvaro Obregón había impedido que las Ligas de Resistencia y el Partido Social del Sureste se dotaran de armas, de modo que el movimiento rápidamente se desintegró[12].

---

[7] Armando Bartra: *Los herederos de Zapata. Movimientos campesinos posrevolucionarios en México. 1920-1980,* México, Era, 1986, p. 22, y José Rivera Castro: «Política agraria, organizaciones, luchas y resistencias campesinas entre 1920 y 1928», en Enrique Montalvo (coord.): *Historia de la cuestión agraria mexicana,* 4, *Modernización, lucha agraria y poder político 1920-1934,* México, Siglo XXI-CEHAM, 1988, pp. 21-149, esp. pp. 21-25 y 81-83.

[8] Serafín Maldonado Aguirre: *Poder regional y poder nacional: el movimiento agrarista, Veracruz, 1920-1934,* tesis de maestría, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (México), 1989, y José Rivera Castro: «Política agraria, organizaciones...», pp. 98-100.

[9] Gerrit Huizer: *La lucha campesina...,* pp. 52-53.

[10] José Rivera Castro: «Política agraria, organizaciones...», pp. 142-147.

[11] Sobre el sistema de esclavitud, véase John Kenneth Turner: *México Bárbaro,* 9.ª ed., México, Quinto Sol, 1991.

[12] José Rivera Castro: «Política agraria, organizaciones...», pp. 105-112.

La religión tuvo importancia en algunas luchas agrarias como el llamado movimiento cristero, que se inició en 1926 y se ha analizado como un movimiento manipulado por la Iglesia. Ciertamente, en el seno de la movilización cristera existía una disputa por la libertad religiosa, pero además había una motivación más profunda y ancestral: la forma de propiedad de la tierra, no resuelta con la reforma agraria[13].

La Cristiada también ha sido calificada como movimiento con tintes conservadores. Los primeros estallidos iniciaron el 1 de enero de 1927 en la región de los altos de Jalisco y el Bajío, pero se extendió al centro y sur del país, terminando en dos años, cuando la jerarquía católica negoció con el Gobierno la suspensión de la Ley de Cultos[14].

Entre 1934 y 1940, periodo caracterizado por *el reparto agrario y las luchas ideológicas,* fueron el sello principal de la presidencia del general Lázaro Cárdenas debido a que se llevó a cabo el mayor reparto agrario en todo el país. Esta estrategia sirvió para encausar las luchas del campesinado y al mismo tiempo legitimar al naciente régimen revolucionario.

El Gobierno cardenista se destacó por impulsar la creación de ligas agraristas y la devolución de las armas a los campesinos, convirtiéndose éstos, así, en un pilar fundamental para la consolidación del partido oficial que ostentaba el poder en este periodo. La centralidad otorgada a este grupo permitió la formación de milicias campesinas de reserva[15]. Así nació la Confederación Nacional Campesina (CNC), la cual se fundó por Decreto el 10 de julio de 1935

---

[13] Jean MEYER: *La Cristiada: la guerra de los cristeros,* México, Siglo XXI, 1974; Ramón JRADE: «La organización de la Iglesia a nivel local y el desafío de los levantamientos cristeros al poder del Estado revolucionario», *Estudios del Hombre,* 1 (1994), pp. 65-80; Mathew BUTLER: «The liberal cristero: Ladislao Molina and the cristero rebellion in Michoacán. 1927-1929», *Journal of Latin American Studies,* 31 (1999), pp. 645-671; Jennie PURNELL: *Popular movements and state formation in revolutionary Mexico: the agraristas and cristeros of Michoacan,* Durham, Duke University Press, 1999, y Matthew BUTLER: *Popular Piety and Political Identity in Mexico's Cristero Rebellion: Michoacan, 1927-1929,* Oxford, Oxford University Press, 2004.

[14] Óscar BETANZOS: «Las raíces agrarias del movimiento cristero», en Enrique MONTALVO (coord.): *Historia de la cuestión agraria mexicana,* 4, *Modernización, lucha agraria y poder político 1920-1934,* México, Siglo XXI-CEHAM, 1988, pp. 150-206, esp. pp. 177-181, y Armando BARTRA: *Los herederos de Zapata...,* p. 44.

[15] Gerrit HUIZER: *La lucha campesina...,* p. 71.

y se formó a partir de la centralización de los representantes de los núcleos agrarios que solicitaban tierras[16].

La política agraria de Cárdenas la podemos ejemplificar con los siguientes casos que resultan paradigmáticos. Los yaquis de Sonora se habían distinguido por contar con un largo historial de lucha. Durante el siglo XIX les habían quitado sus tierras y en el porfiriato fueron casi exterminados, sin embargo, durante el régimen de Cárdenas se reorganizaron para exigir la restitución de sus tierras. El gobierno repartió 36.000 hectáreas para dar fin a sus demandas[17].

Otro ejemplo es el de los ejidos de Lombardía y Nueva Italia, ambos en Michoacán, donde la lucha sindical derivó en un reparto agrario y donde el entonces presidente Cárdenas puso en práctica su idea de «haciendas sin hacendados». La lucha agraria ya existía en dos haciendas, ambas del italiano Dante Cusi. Después de varios años de disputa, en 1938 intervino el Gobierno cardenista, que decretó la afectación de ambas haciendas mediante un crédito del Banco Nacional de Crédito Ejidal[18].

Entre 1932 y 1940 se dio la segunda Cristiada y los campesinos se centraron en la lucha por la tierra y por una modalidad de reparto agrario que no implicaba sumisión política al Gobierno. El movimiento se extendió a varias entidades federativas del país y la amplitud del movimiento, temporal y espacialmente, fue el reflejo de la gran cantidad de campesinos sin tierras que presionaron con su lucha y que supieron aprovechar la coyuntura cardenista del gran reparto agrario[19].

El Sinarquismo fue otro tipo de movilización que marcó este periodo. Al igual que los cristeros, invocó la cuestión religiosa entre

---

[16] Luis HERNÁNDEZ y Pilar LÓPEZ: «Campesinos y poder. 1934-1940», en Everardo ESCÁRCEGA LÓPEZ (coord.): *Historia de la cuestión agraria mexicana, 5*, *El cardenismo: un parteaguas histórico en el proceso agrario 1934-1940,* México, Siglo XXI-CEHAM, 1990, pp. 483-571, esp. pp. 489-491.

[17] Gustavo LORENZANA DURÁN: *Política agraria y movimientos campesinos en los Valles del Yaqui y Mayo. 1915-1934,* Hermosillo, Instituto de Investigaciones Históricas-Universidad de Sonora, 1991, y Francisco PADILLA GUTIÉRREZ: *Lo que el tiempo no se llevó: los conflictos agrarios en el sur de Sinaloa durante el periodo cardenista, 1935-1940,* Culiacán, Dirección de Investigación y Fomento de la Cultura Regional-Universidad Autónoma de Sinaloa, 1993.

[18] Luis HERNÁNDEZ y Pilar LÓPEZ: «Campesinos y...», p. 521.

[19] Armando BARTRA: *Los herederos de Zapata...,* pp. 54-55.

los años 1937 y 1942. Se trata de un movimiento rural antiagrarista que luchaba contra los agraristas que se habían burocratizado y corrompido, que habían provocado el incumplimiento de los preceptos originales, negando así la tan anhelada justicia. José Antonio Urquiza inició el movimiento con la fundación de la Unión Nacional Sinarquista en León, Guanajuato[20].

Podemos decir que entre 1934 y 1940 se realizó el más grande reparto agrario del siglo XX, con el cual se desarrollaron las bases para construir la estabilidad del régimen. La aparente inmovilidad con la que terminó este periodo fue uno de los mecanismos que legitimaron al nuevo Estado surgido de la revolución. Además, creó los amarres populares que le dieron fuerza al partido de Estado; engranaje que permitió a un mismo grupo gobernar por casi siete décadas.

Durante los años siguientes México entró en un periodo de modernización, crecimiento y cambios en su estructura industrial y urbana, lo que se le denominó «el milagro mexicano». Y con estas transformaciones profundas se inició realmente el siglo XX. En estos años reinó una paz que sólo fue aparente, porque el «progreso» en el campo benefició sobre todo a la burguesía agraria, dando preferencia a las formas empresariales de producción en detrimento de las ejidales, extendiéndose las formas capitalistas de producción.

Igual que en el mundo se libraba la Guerra Fría y los enfrentamientos fueron fundamentalmente de tipo político-ideológicos, en el campo mexicano los enfrentamientos tuvieron la característica de luchar por la *representatividad.* Así se presenta un nuevo periodo de *movilizaciones agrarias* entre 1940-1962.

---

[20] Luis HERNÁNDEZ y Pilar LÓPEZ: «Campesinos y...», pp. 564-565, y Armando BARTRA: *Los herederos de Zapata...,* p. 70. Para ampliar el conocimiento del movimiento sinarquista también se puede consultar Anne Marie DE LA VEGA-LEINERT: *Histoire du mouvement sinarquiste, 1934-1944*: *contribution à l'histoire du Mexique contemporain,* tesis doctoral, Université de Paris, 1975; Jean MEYER: *¿El sinarquismo: un fascismo mexicano? 1937-1947,* México, J. Mortiz, 1979; Servando ORTOLL: «Las legiones, la base y el sinarquismo: ¿tres organizaciones distintas y un solo fin verdadero? 1929-1948», en Jorge ALONSO: *El PDM. Movimiento regional,* Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1989, pp. 17-64; Lorenzo COVARRUBIAS: «Intercambio social, gestoría política y sinarquismo en Querétaro», *Auriga. Revista de filosofía, antropología e historia,* 13 (1998), y Pablo SERRANO ÁLVAREZ: «Rasgos milenaristas del movimiento sinarquista mexicano», *Estudios del hombre,* 11 (2000), pp. 101-114.

La abrumadora actividad electoral hizo que la lucha en este periodo fuera difusa. En estos años se subsumieron las protestas de las viejas ofensas agrarias en la elección de los representantes ante el sistema político nacional y con esto se luchó por una mejor representación en el frente electoral. Nuevas investigaciones constatan que hubo mucha agitación, descontento y enfrentamientos armados. Éstas son las motivaciones profundas de aquellas luchas campesinas y con ello se desmitifica «la paz del milagro mexicano».

En esta fase, la CNC adquirió una función desmovilizadora. La centralización del poder y el control que se ejercía sobre el campesinado a través de este organismo propició que a los campesinos se les cerraran los canales de expresión en torno a las demandas agrarias[21]. En estos años, los campesinos subsumieron las viejas ofensas agrarias en la elección de sus representantes ante el sistema político nacional.

La disputa de oposición quizá más importante del periodo y que caracteriza la lucha campesina por la representatividad en las instancias de gobierno es el movimiento henriquista, comandado por el general Henríquez Guzmán, quien creó en 1951 la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano. Este movimiento aglutinó el descontento de muchos políticos cardenistas y el malestar rural acumulado durante los dos sexenios de contrarreforma agraria. Henríquez se lanzó como candidato a la presidencia compitiendo contra Miguel Alemán. Después de perder las elecciones, denunció el fraude electoral desatando numerosas movilizaciones, sobre todo en el campo. Desafortunadamente, el movimiento se fraccionó y debido a ello su represión fue sencilla[22].

Otros movimientos similares acontecieron en distintas regiones del país, por ejemplo el gasquismo encabezado por Celestino Gasca, quien llamó a un levantamiento el 15 de septiembre de 1961, en el que participaron grupos del Distrito Federal, Vera-

[21] Sergio DE LA PEÑA: *Historia de la cuestión agraria mexicana,* 6, *El agrarismo y la industrialización de México 1940-1950,* México, Siglo XXI-CEHAM, 1989, p. 215.

[22] Elisa SERVÍN: *Ruptura y oposición. El movimiento Henriquista: 1945-1954,* México, Cal y Arena, 2001, y Francisco GÓMEZ-JARA: *El movimiento campesino en México,* México, Secretaría de la Reforma Agraria-CEHAM, 1981, p. 175.

cruz, Chiapas, Puebla, Guerrero, Oaxaca, Coahuila y San Luis Potosí. Tuvieron algunos combates contra las fuerzas armadas, pero sin mayores consecuencias[23].

El servicio militar obligatorio también generó descontento entre la población campesina del centro del país. En Morelos se expresó como la llamada «bola chiquita». Este tipo de levantamientos se multiplicaron en otros sitios, como estrategia defensiva para mantener la autonomía de la comunidad[24].

Rubén Jaramillo encabezó otro tipo de lucha en Morelos, conocida como la guerrilla rural. Este movimiento se dio en la región de Zacatepec por los abusos de los grandes fraccionadores y de los empresarios agrícolas de la zona. Su momento más intenso fue entre los años de 1942 y 1944, con la demanda de incremento salarial de los jornaleros y con la solicitud de obtener mejores precios en la venta de la caña. El Gobierno persiguió a Jaramillo, quien se refugió en la sierra, convirtiéndose en guerrillero, pero el movimiento armado se disolvió muy pronto porque su líder se incorporó a la vida legal formando el Partido Obrero Morelense (PAOM). Con la finalidad de cambiar las cosas, se incorporó en el juego político[25].

Entre los factores que generaron malestar en los años sesenta contamos el fin del reparto agrario, la difícil defensa de la pequeña propiedad, la exclusión de los campesinos en la discusión de las reformas del Estado y el aumento de la corrupción oficial a partir del mandato presidencial de Miguel Alemán. Por ello, entre 1962-1973 la violencia contenida en el campo dio por resultado la lucha identificada con las *guerrillas,* las mismas que se nutrieron ideológicamente de la lucha que libraba el bloque oriental-comunista contra el bloque occidental-capitalista. De modo que este periodo se caracterizó por las escisiones de las grandes corporaciones campesinas oficiales, la aparición de organizaciones independientes con fi-

---

[23] *Ibid.,* p. 250, y José Luis Blanco: «El levantamiento gasquista en Chumatlán (1961)», en Agustín Ávila Méndez y Jesús Ruvalcaba Mercado (eds.): *Cuextecapan, lugar de bastimentos,* México, Cuadernos de la Casa Chata-CIESAS, 1991.

[24] Armando Bartra: *Los herederos de Zapata...,* p. 73, y Ramón Ramírez Melgarejo: «La bola chiquita: un movimiento campesino», en Laura Helguera *et al.: Los campesinos de la tierra de Zapata,* I, *Adaptación, cambio y rebelión,* México, CISINAH, 1974, pp. 165-221, esp. pp. 208-209.

[25] Sergio de la Peña: *Historia de la cuestión...,* pp. 225-226.

liación de izquierda y la aparición de núcleos guerrilleros, con la consecuente agudización de la represión militar.

En el desarrollo de la guerrilla rural se distinguen dos casos particulares, el de Chihuahua y el de Guerrero[26]. En el primero hubo presencia de núcleos guerrilleros desde 1963 y sobresale el problema del monopolio de la producción maderera, razón por la cual los grupos se plantearon acciones de resistencia armada contra los caciques locales. Formaron la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), que planteaba la entrega de la tierra y el establecimiento de bases para la industrialización rural. El ejército mató a sus líderes y con ello disolvió la guerrilla en el norte[27].

En el estado de Guerrero, al sur del país, la guerrilla tomó dos vertientes: la de Genaro Vázquez y la de Lucio Cabañas con el Partido de los Pobres. El movimiento de Vázquez se inició desde 1959 con la formación de la Asociación Cívica Guerrerense (ACG), la cual decidió participar en las elecciones para gobernador apoyando al candidato José María Suárez Téllez en 1962. El líder fue encarcelado pero en 1965 fue puesto en libertad por los mismos campesinos, refugiándose en la montaña. A partir de este momento, la ACG se radicalizó y optó por la guerrilla. Otra vertiente, como hemos mencionado, fue la de Lucio Cabañas, quien fundó el Partido de los Pobres, inspirado en el movimiento revolucionario cubano[28].

Entre 1973 y 1982, los enfrentamientos en el campo se volvieron a expresar como la defensa de los recursos naturales en general, caracterizándose como: *crisis en el campo e invasiones de tierras*. En ese tiempo, el control del Estado se fue debilitando, la política agraria favorecía al gran capital y las organizaciones campesinas oficiales entraron en una crisis de legitimidad[29]. En este periodo, la tierra volvió a ser el eje aglutinador más importante. Este lapso se

---

[26] Francisco Pérez-Arce Ibarra: *El principio. 1968-1988: años de rebeldía,* México, Itaca, 2007, pp. 101-105.

[27] *Ibid.,* p. 45, y Francisco Gómez-Jara: *El movimiento campesino...,* p. 206.

[28] Sergio Sarmiento Silva: «Procesos y movimientos sociales en la montaña de Guerrero. Entre el corporativismo y la violencia», en Beatriz Canabal (coord.): *Los caminos de la montaña. Formas de reproducción social en la montaña de Guerrero,* México, CIESAS-Universidad Autónoma Metropolitana, 2002, pp. 239-255.

[29] Graciela Florés Lúa, Luisa Paré y Sergio Sarmiento Silva: *Las voces del campo: movimiento campesino y política agraria, 1976-1984,* México, Siglo XXI, 1988, pp. 24-25.

caracterizó por tener una dinámica defensiva y la represión que sufrieron los campesinos denunciantes de tierras, que después pasaron a invadirlas, radicalizó y politizó al movimiento[30]. Esto acabó por definir que se trataba de una disputa contra el Estado, y sus demandas se empezaron a centrar cada vez más en el cambio de la estructura de poder. A medida que creció la coerción, la lucha se vio en la necesidad de articularse con otros grupos sociales fuera de su ámbito local. Hicieron alianza con los estudiantes universitarios y los sindicatos independientes.

Asimismo, los combatientes crearon vínculos con el emergente sindicalismo independiente, como el de ferroviarios y el Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (SUTERM) entre otros. El movimiento de este periodo se reveló como un evento político-nacional que atacó las bases mismas del sistema político mexicano, porque impugnó, entre otras cosas, la política agraria, el unipartidismo, el autoritarismo político y el caciquismo[31].

Muchas de las viejas estructuras permanecieron, pero también emergieron nuevas, por lo que podemos verlo como un periodo de transición. En este sentido, se crean dos tipos o bloques de movimientos: el oficial, en el que participaba el campesinado corporativizado en organizaciones oficiales con nexos directos al Partido Revolucionario Institucional (PRI) y el cual se caracterizó por su subordinación al proyecto de este partido y del Estado[32], y, en contraparte, el independiente, que se definió así en oposición al oficial por tener un proyecto alternativo con una estrategia de desarrollo favorable a los subyugados del campo. Se caracterizó por deslindarse del corporativismo y de la filiación partidaria del PRI. Desde luego que esta disyuntiva de movimiento no fue tarea fácil y definitiva, pues hubo ejidatarios y jornaleros que oscilaron entre los dos tipos de movimientos e incluso llegaron a existir organizaciones intermedias entre los bloques que se llamaron semioficiales u «oficialistas»[33].

---

[30] Eduardo López Aguado: *El conflicto social en el campo mexicano, la lucha por el espacio de reproducción,* México, El Colegio Mexiquense-Centro de Estudios de la Organización del Trabajo, 1989, pp. 15-17 y 31-47.

[31] Beatriz Canabal: *Hoy luchamos por la tierra,* México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1984, p. 41.

[32] Graciela Flores Rúa, Luisa Paré y Sergio Sarmiento Silva: *Las voces del campo...,* pp. 10-11.

[33] *Ibid.,* pp. 12-16.

En los años setenta, el movimiento campesino independiente cobró una dimensión inusitada y novedosa. De la demanda y denuncia de latifundios, los campesinos pasaron a invadir las grandes propiedades en cuestión. Estas llamadas *tomas de tierras* se efectuaron en diferentes lugares del país, como Michoacán, Durango, Sonora, Tamaulipas, Puebla, Tlaxcala, Sinaloa, Chihuahua, Guanajuato, Colima, Coahuila, San Luis Potosí y Oaxaca. De este amplio abanico sobresalieron las acciones que tuvieron organizaciones como el Campamento Tierra y Libertad en la Huasteca Potosina, la Coalición de Ejidos Colectivos de los Valles del Yaqui y Mayo, la Unión Regional de Ejidos y Comunidades de la Huasteca Hidalguense, entre muchas otras en distintos Estados[34].

Una lucha emblemática fue la sostenida por la organización Campamento Tierra y Libertad en la Huasteca Potosina, que se inició en 1973 apoyada por grupos sindicales y estudiantiles de la universidad potosina y de los estudiantes-campesinos de la Escuela Nacional de Agricultura, hoy Universidad Autónoma de Chapingo[35]. Otro de los movimientos importantes fue el de la Coalición de Ejidos del Valle Yaqui y Mayo. Las acciones se iniciaron en 1975 con la toma de tierras en San Ignacio Río Muerto y San Isidro. Los «invasores» fueron reprimidos escandalosamente, por lo que el Gobierno estatal se vio obligado a expropiar 37.666 hectáreas de riego y 61.000 de agostadero y se conformó la Coalición de Ejidos del Valle Yaqui y Mayo[36].

La composición social de los participantes en las invasiones de tierra, así como sus demandas, dependió de las condiciones de cada región. Por ejemplo, en Oaxaca la lucha fue en contra de la concentración de la propiedad, recursos para evitar la erosión de la tierra, el subempleo y el poco crecimiento industrial. Las tomas de tierras se iniciaron en 1973 y parte de la fuerza y difusión de las acciones estuvieron en la alianza que crearon con agrupaciones como la Federación Estudiantil Oaxaqueña y la Coalición Obrero Campesino Estudiantil de Oaxaca (COCEO)[37].

---

[34] Beatriz Canabal: *Hoy luchamos...,* pp. 49-51 y 252.
[35] *Ibid.,* pp. 57-60.
[36] *Ibid.,* pp. 167-171.
[37] Víctor R. Martínez: *Movimiento popular y política en Oaxaca: 1968-1986,* Oaxaca, CNCA, 1990, pp. 139-142. *Ibid.*

Un hecho relevante, novedoso y trascendental para el movimiento campesino a nivel nacional fue la creación de la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA) para aglutinar en un frente nacional a todas las organizaciones que tenían en común la demanda por la tierra y el interés en la titulación, confirmación de bienes comunales, el uso y disfrute de los recursos naturales, la entrega de tierras y la regularización de la tenencia de la tierra, así como mejoras en el ámbito de la producción y la comercialización. Con ello se cerró otro periodo más del movimiento campesino, el cual fue importante porque la lucha por la tierra se puso nuevamente en el centro de lo político.

Durante los sexenios presidenciales de Miguel de la Madrid y posteriormente de Carlos Salinas, la política agraria se centró en dos puntos: acabar con el proteccionismo y modernizar al campo en el contexto de la apertura económica. Se dieron una serie de reformas legales que abrieron paso a la integración empresarial del ejido, alcanzando su máxima expresión con la reforma al artículo 27 de la Constitución en 1992, lo que no sólo canceló toda posibilidad de reparto, sino que autorizaba la privatización del ejido[38].

Esta ley, también conocida como la Ley Salinas, transformó el régimen de propiedad y permitió la venta y privatización de tierras ejidales y comunales. Sin embargo, no desencadenó grandes olas de protestas campesinas porque esta ley más bien sancionó y legisló un proceso que se venía ejerciendo en el campo de tiempo atrás. No obstante, hubo muchas protestas por parte de organizaciones y de sectores intelectuales, porque resultó ser un golpe a uno de los fundamentos y conquista de la Revolución Mexicana: «La tierra para quien la trabaje».

A pesar de que la lucha por la tierra se había cerrado como alternativa, los grupos movilizados en el periodo anterior atravesaron por un proceso de politización que los reforzó ideológica y organizativamente, reconvirtiendo su movimiento entre 1982 y 1994 hacia *la lucha por la apropiación del proyecto productivo*. Este escenario

[38] Guillermo DE LA PEÑA: «Sociedad Civil y resistencia popular en México del final del siglo XX», en Leticia REINA y Elisa SERVÍN (coords.): *Crisis, Reforma y Revolución. México: historias de fin de siglo,* México, Taurus-Conaculta-INAH, 2002, pp. 371-425.

fue posible gracias a tres factores: el trabajo abierto de los partidos políticos de oposición, la proliferación y apoyo de las ONG's y el ascenso del movimiento magisterial.

Entre 1940 y 1970, la lucha del campesinado se había movido en un terreno productivo, sólo en algunos lugares y en los momentos más intensos se centró en la repartición de tierras. Lo importante a destacar en esta fase fue que en la década de los ochenta la lucha en el terreno productivo adquirió características singulares. Primero por la búsqueda de una autonomía política, ideológica y organizativa frente a las centrales oficialistas y a los partidos políticos; y, segundo, porque se proyectó una *apropiación global del proceso productivo* incluyendo la comercialización y el abasto, ya que el movimiento buscaba defender al sector social de la economía frente a la privatización y liquidación de las estructuras ejidales y comunales[39].

El Estado estimuló la asociación directa entre ejidos, uniones ejidales, pequeños propietarios y empresas agroindustriales. Las formas de integración más favorecidas en este periodo fueron las Asociaciones Rurales de Interés Colectivo (AIRC), aunque éstas no terminaron con el sistema corporativo, ni con la intermediación; al contrario, crearon nuevas redes clientelares y se inició un nuevo corporativismo[40]. La CNPA fue perdiendo fuerza como organización aglutinadora de diversos movimientos y en 1985 surgió la Unión Nacional de Organizaciones Campesinas Autónomas (UNORCA), que estaba compuesta por las uniones ejidales del noroeste[41].

Las regiones indígenas no quedaron fuera de este proceso nacional, en ellas también se formaron varias organizaciones que se centraron en el reforzamiento de la base económica y productiva. Este tipo de agrupaciones tenía dirigentes intelectuales orgánicos indígenas, que reconvirtieron los problemas globales de explotación económica a un discurso indígena local, en contraposición a la dirigen-

[39] Julio MOGUEL: «Crisis del capital y reorganización productiva en el campo», en Julio MOGUEL, Carlota BOTEY y Luis HERNÁNDEZ (coords.): *Autonomía y nuevos sujetos sociales en el desarrollo rural,* México, Siglo XXI, 1992, pp. 15-24, esp. pp. 16-17.

[40] Guillermo DE LA PEÑA: «Sociedad Civil y resistencia popular...», pp. 388-390.

[41] *Ibid.,* p. 388, y Julio MOGUEL: «Crisis del capital y...», p. 55.

cia tradicional surgida desde el indigenismo. Buscaban, entre otras cosas, entablar un nuevo diálogo fuera del gastado clientelismo político, además de tratar de construir espacios autónomos para la actividad económica ya sin el proteccionismo del Estado[42].

Algunas de las organizaciones indígenas de este tipo fueron: la Cooperativa Agropecuaria Regional Tosepan Titanuke, de la Sierra Norte de Puebla, que surgió a principios de los años ochenta agrupando comunidades nahuas, totonacas, tepehuas y otomíes de diez municipios; y la Unión de Comunidades y Ejidos Forestales de Oaxaca (UCEFO), organización dedicada a la explotación forestal en la Sierra Juárez de Oaxaca y creada en 1985 con cuatro comunidades de población mayoritariamente indígena, junto con otra organización denominada *Pueblos Mancomunados*[43].

También se formaron la Unión de Uniones en Chiapas y en 1980, con la influencia de la agrupación política Línea Proletaria, la Unión de Uniones Ejidales de Grupos Campesinos Solidarios de Chiapas, que reunía a 12.000 familias de 180 comunidades de once municipios. En esta unión se integraron las tres uniones ejidales más grandes del Estado; también se sumaron tres grupos solidarios de las zonas chol, tzotzil y tzeltal. Entre las acciones que llevaron a cabo estuvo la firma de un acuerdo con el Instituto Mexicano del Café (INMECAFE) para consolidar vínculos entre pequeños productores de Chiapas, Guerrero y Oaxaca y la firma de otro acuerdo de colaboración con la Universidad de Chapingo. La existencia de la Unión de Uniones fue posible por las alianzas con funcionarios de Gobierno. En términos de acción, pudo aislar en determinados momentos a los grupos de poder local y ganar legitimidad frente al Estado[44].

Otro caso, extremo y poco conocido, fue el de los triquis en Oaxaca. Su organización, Movimiento de Unificación y Lucha Triqui (MULT), se creó en 1977 tras una escalada de violencia que los

---

[42] Stefano VARESE: «Subalternos ilegítimos, notas sobre la economía política del movimiento indígena de México», *Cuadernos del Sur,* 6-7 (1994), pp. 47-67, esp. pp. 50 y 66.

[43] *Ibid.,* pp. 51-62.

[44] Neil HARVEY: «La Unión de Uniones de Chiapas y los retos del desarrollo de base», en Julio MOGUEL, Carlota BOTEY y Luis HERNÁNDEZ (coords.): *Autonomía y nuevos sujetos sociales en el desarrollo rural,* México, Siglo XXI, 1992, pp. 219-234, esp. pp. 225-226 y 228.

atacó. La violencia en la región fue tal que en siete años cerca de 500 indígenas fueron asesinados[45].

En esta década de los ochenta se habían vuelto a cerrar los canales de lucha agraria, de modo que volvieron a tomar la alternativa de la contienda electoral. La participación indígena en los comicios posibilitó enfrentar desde el ámbito local la opresión del sistema y con ello también trataron de acceder a la representación frente al Gobierno. La lucha indígena por los ayuntamientos también permitió la construcción de redes más amplias de alianza y la creación de fuerzas regionales. Algunos ejemplos son la Coalición Obrera Campesina y Estudiantil del Istmo (COCEI) en Oaxaca y la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinas (CIOAC) en Chiapas, entre otras[46].

Lo que caracterizó a este periodo es un reflujo del movimiento campesino. Esta explicación se sustenta en la existencia de diversos colaboradores del movimiento campesino que fueron cooptados como funcionarios por parte del Estado. Desde otra óptica y en perspectiva histórica, la década de los ochenta también la podríamos ver como un periodo de transición en el que los campesinos e indígenas tomaron un respiro frente a la represión para organizarse mejor. La politización del sector indígena significó la toma de conciencia y el inicio de un proceso que habría de cristalizar unos años más tarde.

De 1994 al año 2000 consideramos el último periodo del siglo XX, que estuvo marcado por *la crisis generalizada y las luchas étnico-políticas*. En él hubo varios cambios, incluso se podría hablar de un nuevo movimiento indígena, entre otras cosas porque por primera vez en la historia el sector indígena demandó al Estado una nueva relación. Esta situación se dio en medio de una profunda crisis económica y social en todo el país, pero sobre todo política; la inestabilidad fue generalizada y tuvo su expresión tanto en la cúspide del poder como en la base de la sociedad, es decir en las localidades. Este desequilibrio político fue producto del envejecimiento del sistema estatal, del empleo de viejas prácticas y de antiguas rela-

[45] Víctor Raúl MARTÍNEZ: *Movimiento popular...,* pp. 223-225.

[46] Adriana LÓPEZ MONJARDÍN: «Los procesos electorales como alternativa para la disidencia rural», en Jorge ZEPEDA PATTERSON (ed.): *Las sociedades rurales hoy,* Zamora, El Colegio de Michoacán, 1988, pp. 449-463.

ciones sociales que conllevaron a un cuestionamiento de la legitimidad del Estado. La crisis se había extendido a todos los ámbitos de la vida nacional y en ese contexto de agravios en el campo, irrumpió el movimiento indígena de manera política con un nuevo rostro y éste fue el de lo étnico.

El sello indígena con el que se cerró el siglo xx se había gestado poco a poco, desde años atrás. La conmemoración de los quinientos años del descubrimiento de América fue el acto simbólico que marcó el comienzo de un nuevo movimiento indígena y, ante este suceso, numerosas organizaciones indígenas se aglutinaron en 1990 en torno al Consejo Mexicano 500 Años de Resistencia Indígena, Negra y Popular, tras el Segundo Foro Internacional de Derechos Humanos de los Pueblos Indígenas[47].

Paralelamente a las movilizaciones indígenas que llevó a cabo el Consejo entre 1990 y 1993, se ratificó el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), firmado en 1991, abriendo la discusión sobre la posición de los pueblos indígenas y su situación frente al Estado. Se desencadenó un amplio debate sobre los derechos de los pueblos indígenas que condujo, el 28 de enero de 1992, a la reforma del artículo 4 de la Constitución. Con ello se reconoció, al menos en la letra, que la nación mexicana es una nación pluriétnica y pluricultural[48].

La lucha por el reconocimiento de los derechos indígenas se había mantenido en el terreno de la negociación hasta que, sorpresivamente, el 1 de enero de 1994, se levantó en armas el Ejercito Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Sin duda, el movimiento zapatista es el más emblemático de los movimientos etnopolíticos. Es el movimiento encabezado por el EZLN que se levantó en armas con el grito de «¡Ya basta!» y «¡Nunca más un México sin nosotros!».

En la región de influencia del EZLN se habían dado dos momentos importantes de migración, uno en la década de los años cuarenta y otro en los sesenta, los cuales permitieron que las comunidades de la zona se integraran con nuevas formas de vida comunal

---

[47] Instituto Nacional Indigenista: *Estado del Desarrollo Económico y Social de los Pueblos Indígenas de México. Primer Informe,* México, INI-PNUD, 2000, pp. 375-376.

[48] *Ibid.,* pp. 423-425.

provenientes de diferentes filiaciones étnicas. Los indígenas fueron sensibles a nuevas alternativas y a los cambios en general[49].

Por lo demás, las relaciones económicas y políticas de viejo corte y el sistema caciquil también contribuyeron a retomar la violencia como forma radical para solucionar los viejos conflictos. Los descontentos habían sido acallados con la intimidación y la represión era selectiva, pero desde la segunda mitad de la década de los ochenta existían grupos de tzeltales, tojolobales, tzotziles y choles que se organizaron y prepararon para la formación del EZLN[50].

La acción de los intermediarios del Estado, como el Instituto Nacional Indigenista (INI), el Programa de Apoyos Directos al Campo (PROCAMPO) y el Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL), inyectó recursos para la actividad productiva, pero no cambiaron factores estructurales como la pobreza, el sistema caciquil, el control del comercio o la existencia de latifundios en manos de pocas personas[51].

Los zapatistas primero y luego muchos otros pueblos indios pusieron en la mesa de discusión con el Estado la cuestión de la autonomía. La lucha por el territorio equivalía a la autonomía política y social y un mayor control de su hábitat. Por lo tanto, que el Estado no resolviera, ni respetara de manera cabal el asunto de la autonomía, tal como lo demandaban los pueblos indios, era no comprender el sentido simbólico del territorio. Es decir, que la construcción zapatista del territorio va más allá de la demanda por los municipios au-

---

[49] Beatriz Canabal: «México: el movimiento campesino e indígena en la coyuntura actual», *Problemas del Desarrollo,* 27:105 (1996), pp. 53-67, esp. pp. 54-55 y 65.

[50] Antonio García de León: «Crisis agraria y nuevo movimiento campesino en México: las razones del zapatismo», *Estudios latinoamericanos,* 2:4 (1995), pp. 139-156, esp. pp. 152-153; Héctor Tejera Gaona: «Las causas del conflicto en Chiapas», en Héctor Tejera y Hubert Carton de Grammont (coords.): *La sociedad rural mexicana frente al nuevo milenio,* vol. 4, México, INAH-UAM-UNAM-Plaza y Valdés, 1996, pp. 299-332, esp. pp. 300-303, y Margarita Nolasco: «Ser indio en la frontera sur: Identidad, relaciones interétnicas y guerrilla», en Miguel A. Bartolomé (coord.): *Visiones de la diversidad. Relaciones interétnicas e identidades indígenas en el México actual, II,* México, INAH, 2005, pp. 215-288.

[51] El 21 de mayo de 2003 se publicó en el *Diario Oficial de la Federación* el decreto por el cual se expide la Ley de Creación de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas y se abroga la Ley de Creación del Instituto Nacional Indigenista; Antonio García de León: «Crisis agraria y...», p. 154, y Héctor Tejera Gaona: «Las causas...», pp. 328-329.

tónomos[52]. Se han convertido en defensores de los intereses ecologistas de fines del siglo XX e inicios del XXI, ligándose al problema global de la diversidad natural y cultural y a la preservación del ambiente.

La singularidad del movimiento zapatista reside en que, a diferencia de las luchas agrarias de años anteriores, el EZLN buscó abrir espacios de participación más allá del autoritarismo estatal. Así, Neil Harvey afirma que «la originalidad del EZLN se encuentra en su organización, estrategia y objetivos políticos, más que en su base social de apoyo o en sus condiciones materiales»[53].

Tejera señala lo siguiente: «El indígena parece estar resurgiendo del lugar en el que se le había reducido, no exclusivamente por las acciones directas del EZLN, sino por el ambiente que los zapatistas han generado y la creciente presencia de las organizaciones indígenas campesinas en el escenario socioeconómico cultural y político del país»[54].

Es importante destacar que el movimiento zapatista se dio en un momento en que el resto de los pueblos indígenas de México y de América Latina estaban reflexionando sobre lo mismo; había una tendencia mundial hacia la reivindicación de las diferencias étnicas. El movimiento zapatista fue dinamizador de otras luchas de la sociedad civil en su conjunto, como los derechos de los pueblos indígenas, la lucha por la democracia y la lucha de las mujeres[55]. Por ello hablamos de un nuevo movimiento indígena, el cual no tiene parangón con lo que lograron sus antecesores de todo el siglo XX e incluso del XIX.

Dentro de la diversidad de grupos étnicos y formas de organizaciones del país existen características comunes en todos los movimientos etnopolíticos: la exigencia al Estado mexicano para que reconozca al mundo indígena como válido y respetable, la denuncia de exclusión y racismo que priva en la sociedad mexicana, una constante insistencia sobre la demanda por el respeto a los propios

---

[52] Margarita NOLASCO: «El territorio en la frontera sur: espacios apropiados fáctica y simbólicamente», en Alicia M. BARABAS (coord.): *Diálogos con el territorio. Simbolizaciones sobre el espacio en las culturas indígenas de México,* vol. I, México-INAH, 2003, pp. 363-436, esp. p. 426.

[53] Neil HARVE: *La rebelión de Chiapas: la lucha por la tierra y la democracia,* México, Era, 2000, p. 210.

[54] *Ibid.,* p. 330.

[55] *Ibid.,* p. 234.

ritmos y modalidades de desarrollo, y el respeto a las tradiciones y a las formas de expresión. Como consecuencia de estas peticiones, los pueblos indígenas demandan la participación plena en la toma de decisiones en todos los ámbitos.

La formación de organizaciones es uno de los elementos que en ciertas regiones antecedieron las movilizaciones, por ejemplo, la COCEI, la UCEZ y el Consejo de los Pueblos Nahuas del Alto Balsas (CPNAB). Las dos primeras son organizaciones y más que demandas etnopolíticas tuvieron demandas de tipo económico y político, aunque el factor étnico haya tenido un peso importante. La CPNAB se formó en 1990 para impedir la construcción de una gran presa en Tetelcingo (Guerrero) que inundaría a quince poblados. Como muestra de su articulación con la ayuda globalizada, el movimiento recibió apoyo de Comunidades Eclesiales de Base, ONG's ecologistas y de defensores de derechos humanos de diferentes partes del mundo[56].

Los movimientos indígenas de los Estados de Chiapas, Oaxaca y Guerrero formaron la Organización Campesina de la Sierra Sur (OCSS) como respuesta a los atropellos y abusos del gobernador Rubén Figueroa. Miembros de su organización fueron emboscados el 28 de junio de 1996 en el vado de Aguas Blancas. Al año de la represión, hizo su aparición pública el Ejército Popular Revolucionario (EPR), organización guerrillera que se declaró presente en Chiapas, Oaxaca, Estado de México y las Huastecas. Lo sintomático es que éstos no son casos aislados; así como el EZLN y el EPR optaron por la vía armada, también otros doce diferentes movimientos indígenas y campesinos optaron por esta senda[57].

El Estado pretendió resolver algunos problemas en algunas regiones por la vía legal y por ello se generaron varias reformas constitucionales a favor de los derechos indígenas durante la última década del siglo XX. Por lo menos once entidades federativas realizaron este tipo de reformas, entre ellos Guerrero en 1987, Chiapas en 1990 y Oaxaca en 1990 y, posteriormente, en 1995 y 1997.

Ante el auge de los diversos movimientos étnicos en diferentes regiones del país, el Estado planteó el reconocimiento de la ciu-

---

[56] Armando BARTRA: *Guerrero Bronco: Campesinos, ciudadanos y guerrilleros en la Costa Grande,* México, Era, 2000, pp. 160-161.

[57] *Ibid.,* p. 393 y cuadro 6.2.

dadanía multicultural. Lo cual implicó reformas constitucionales, institucionales y políticas afirmativas para los pueblos indígenas, autóctonos o minorías nacionales. Estos cambios aparentaban un panorama prometedor, sin embargo, aún hay que encontrar concordancia entre las reformas constitucionales y las leyes reglamentarias, con el objeto de que no sea letra muerta y sobre todo, que se instrumenten políticas que ofrezcan soluciones, en la práctica, a las ancestrales demandas tanto indígenas como campesinas en todo el país.

Reflexiones finales

En términos generales existe una larga continuidad del movimiento indígena y campesino del siglo XIX con el del siglo XX debido a que las motivaciones más profundas de descontento siguieron respondiendo a viejos problemas agrarios no resueltos. La Revolución de 1910 y su consecuente reparto agrario cambiaron la estructura agraria del país, pero el proceso fue tan lento, tortuoso y lleno de tropiezos que, para el momento en que se declaró el proyecto concluido, la situación del campesino ya era nuevamente igual: pobreza, racismo no legal pero sí moral, marginación social y económica, exclusión de las decisiones políticas e incluso, nuevamente, despojo de sus recursos naturales.

La globalización tuvo un fuerte impacto en muchos países en torno a la liberalización de las economías y en la lucha por la democracia. Pero, paradójicamente, esta globalización no creó la añorada «aldea global», sino que a nivel local produjo el reforzamiento de las culturas locales y con ello la etnización de grandes sectores de la población a nivel mundial. En México, las políticas neoliberales del último cuarto de siglo XX terminaron por acrecentar los agravios en el campo, porque el Estado mexicano fue incapaz de resolver los problemas de pobreza, desigualdad y racismo de los sectores vulnerables. De modo que no hubo año, ni década, ni lugar en el que no se tuviera noticia de alguna manifestación de descontento en algún rincón del territorio nacional. La continua y fuerte presencia social y política del campesinado durante todo el siglo y el ascenso de las luchas étnicas constatan su importancia en la conformación del Estado y la configuración del rostro de la nación.

Los movimientos rurales del siglo XX con respecto a los del XIX tienen un distintivo particular: la inclusión del campesino al proyecto revolucionario. La nueva organización política surgida del Estado revolucionario no sólo reconoció las luchas campesinas, sino se formó a partir de ellas. Su prerrogativa fue haber creado amarres de poder desde la base de la sociedad, lo cual garantizó la hegemonía a un grupo que si bien no era homogéneo, tuvo la disciplina suficiente para mantenerse unido y establecer acuerdos entre sus miembros. Esto les garantizó la construcción, conducción y control del país por lo menos desde 1920 hasta el año 2000.

Ahora, este Estado tiene que pagar el haber construido su fuerza con base en redes clientelares y caciquiles. Este tipo de organización política creó su propia contradicción, pues si bien esta clase de redes le garantizaron al Gobierno el control, a la larga resultó ser una estructura anquilosada y obsoleta. Al final de la centuria, el grupo en el poder no pudo modernizar la estructura política a la vez que la economía del país. Así, al asomarse el siglo XXI, la paradoja del neoliberalismo y su pretendida y añorada modernización económica crearon las condiciones para una reindianización del país[58].

Nuevos rostros y nuevas expresiones de descontento agrario vemos hoy día, pero en el fondo continúan siendo los mismos viejos agravios de décadas y centurias atrás. Lo novedoso en toda la historia de los movimientos indígenas y campesinos es que hoy día exigen al Estado que los reconozca y los incorpore como grupo social diferente, amén de que existe una tendencia mundial hacia la etnización de las luchas y sobre todo a considerar de manera positiva la adscripción de lo étnico. Seguramente de la cercanía de estos movimientos étnicos con los movimientos ecologistas saldrán los nuevos paradigmas que reorientarán la organización futura de la sociedad mexicana.

[58] *Reindianización* es el proceso de recreación o de reapropiación de la identidad indígena.

Ayer 104/2016 (4): 177-201 ISSN: 1134-2277

En busca de la paz prometida: actitudes de normalización durante el primer franquismo (1936-1952)

Claudio Hernández Burgos
Universidad de Granada
chb@ugr.es

Resumen: Pese a los avances experimentados por la investigación sobre las actitudes sociales durante el franquismo, muchos análisis se han construido sobre un esquema dicotómico de consentimientos y resistencias. Este artículo propone resituar el debate, prestando especial atención a los sectores intermedios de la población y a la incidencia que sus contradictorias y cambiantes actitudes y comportamientos tuvieron sobre el proceso de consolidación del régimen. En definitiva, atendiendo a la fluctuante relación entre el Estado y la sociedad, se intenta dibujar un panorama de mayor complejidad, en el que la adaptación y el anhelo de una relativa normalidad marcaron la vida cotidiana.

Palabras clave: régimen franquista, actitudes sociales, vida cotidiana, posguerra, normalización.

Abstract: Despite advances in historical research into social attitudes during the Franco regime, many studies have been based upon a dichotomous interpretive scheme of consent and resistance. This article sets out to redefine the debate by paying special attention to the intermediate sectors of the population and the influence of their contradictory and dynamic attitudes and behaviours during the consolidation of the regime. By taking into account the changing relationship between state and society, this article portrays a complex panorama, in which adaptation and the desire for relative normality characterised everyday life.

Keywords: Franco's regime, social attitudes, everyday life, post-war, normalisation.

Recibido: 07-10-2014 Aceptado: 27-03-2015

Desde la finalización de la Guerra Civil, los dirigentes del nuevo Estado se presentaron como salvadores de la nación y máximos garantes de la paz que habría de reinar en España a partir de 1939. De acuerdo con la propaganda oficial, la derrota del bando republicano suponía el cierre de una época de persecuciones, luchas partidistas, conflictos sociales y crispación generalizada. En su lugar, se inauguraba un periodo de reconstrucción que devolvería la nación a sus «rutas de grandeza» y aseguraría una existencia tranquila y carente de sobresaltos a los ciudadanos. Sin embargo, la prometida y promocionada «paz social» tardó muchos años en hacerse visible. Las condiciones de vida, el aislamiento internacional, la propagación de la violencia, las secuelas y heridas dejadas por la contienda o las actitudes de disconformidad y resistencia hacia la dictadura socavaron el mito de la España pacífica de la que el régimen se vanagloriaba.

En este contexto, la supervivencia del régimen franquista pudo verse amenazada, pero diversos factores le permitieron mantenerse en pie. El ejercicio de la violencia sobre sus enemigos, la extensión del miedo entre la población y la coyuntura internacional han sido las principales razones apuntadas por los investigadores. Junto con ello, en las últimas décadas, ha quedado probada la importancia, fortaleza y heterogeneidad de los apoyos sociales disfrutados por el régimen y el papel que desempeñaron en su construcción a todos los niveles[1]. Sin embargo, como ha ocurrido con los estudios sobre otras dictaduras, el debate historiográfico se ha movido pendularmente, asignando un mayor protagonismo a los elementos de coerción o de consentimiento, pero dejando de lado las actitudes de una «mayoría social» entre la que elementos de disconformidad y de consentimiento aparecían entremezclados habitualmente[2].

[1] Un balance comparativo en Francisco Cobo Romero y Teresa Ortega López: «No sólo Franco. La heterogeneidad de los apoyos sociales al régimen y la composición de los poderes locales, Andalucía, 1936-1948», *Historia Social,* 51 (2005), pp. 49-71.

[2] Jie-Hyun Lim: «Coercion and Consent: A Comparative Study of "Mass Dictatorship"». *Contemporary European History,* 13-2 (2004), pp. 249-252, y Richard J. Evans: «Coercion and Consent in Nazi Germany», *Proceedings of British Academy,* 151 (2007), pp. 52-81. Véase especialmente Ian Kershaw: «Consensus, Coercion and Popular Opinion in the Third Reich: Some Reflections», en Paul Corner (ed.): *Popular Opinion in Totalitarian Regimes. Fascism, Nazism, Communism,* Oxford, Oxford University Press, 2009, pp. 33-46.

Este artículo propone reubicar el foco de la investigación sobre la franja de la población situada en el difuso espacio intermedio existente entre las bases sociales de la dictadura y las víctimas directas de la represión estatal, examinando de manera especial las actitudes y estrategias de normalización de sus vidas cotidianas. Se trata de atender a esa zona ambigua, de contornos borrosos, conformada por «gente corriente», aunque «corriente» también eran parte de los apoyos de la dictadura y de los represaliados. Unos sectores que no eran «vencedores» o «vencidos», pero que podían compartir rasgos de alguno de estos grupos o de los dos a la vez. Individuos y colectivos que vienen definidos por su ausencia en los círculos de poder estatal o en los grupos de oposición, pero, sobre todo, por sus actitudes contradictorias y cambiantes y por los valores a los que dieron prioridad en su día a día. Sectores marcados por la experiencia de la guerra y la posguerra y por la búsqueda de una relativa normalidad y adaptación a las difíciles circunstancias del periodo. «Zonas grises», cuya indefinición y dinamismo dificulta su análisis y clasificación, pero que son esenciales para entender el propio funcionamiento de cualquier régimen dictatorial[3].

Para alcanzar tales objetivos, este artículo se apoya en documentación interna de diversa procedencia, así como en diferentes fuentes diplomáticas. Si bien de este modo sólo es posible estudiar una parte de un paisaje mucho más complejo, su análisis de manera conjunta permite realizar hipótesis con base en las políticas y discursos ofrecidos por la dictadura y a las respuestas de esta franja de la población frente a diversos aspectos que afectaban a sus vidas cotidianas. En este sentido, la confluencia entre las percepciones de las autoridades del régimen en varias provincias y las generadas por los cónsules y observadores extranjeros resulta, al menos, indicativa de las actitudes, opiniones y tendencias normalizadoras que son examinadas en estas páginas[4]. A este fin, en primer lugar, se ex-

[3] Primo Levi: *Los hundidos y los salvados,* Barcelona. El Aleph, 2008 [1989], pp. 33-45; Andrew S. Bergerson: *Ordinary Germans in Extraordinary Times. The Nazi Revolution in Hildesheim,* Bloomington-Indianapolis, Indiana University Press, 2004, p. 6, e Ismael Saz: «Apuntes conclusivos», en Miguel Ángel del Arco *et al*. (ed.): *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista,* Granada, Comares, 2013, p. 226.

[4] Actitudes similares fueron registradas para el caso italiano, aunque sólo em-

ploran las diferentes respuestas sociales ante el hambre y la administración de los recursos por parte del Estado. En segundo lugar son analizadas las actitudes frente a las dos amenazas más serias a la estabilidad de la dictadura en la posguerra: la resistencia armada y el aislamiento exterior. Por último, se trata de rastrear la voluntad de normalización existente en esa cotidianeidad supuestamente libre de política, pero donde ésta seguía funcionando bajo nuevos parámetros y conductos. Situando la atención sobre el marco cotidiano, estas páginas confieren un rol más activo a la sociedad, atendiendo, de una parte, a su respuesta ante los fenómenos «perturbadores» de su rutinaria existencia y, de otra, analizando su capacidad para dar forma a la realidad que les rodeaba, recrear y reapropiarse de sus condiciones sociales, económicas o familiares y adaptarse a la «normalidad» inaugurada tras la guerra.

Sobrevivir y aguardar: respuestas cotidianas ante las condiciones de vida

La «Victoria» del bando rebelde inauguró una España de hambre y miseria. La degeneración de las condiciones de vida afectó a amplios sectores de la población más allá de los vencidos. Sin embargo, la gestión de la miseria por parte de las autoridades, unida al miedo y al trauma generado por la contienda provocaron que una parte de la sociedad diera prioridad a las preocupaciones materiales y se desentendiera de otras cuestiones menos importantes en su día a día, favoreciendo con ello la estabilidad de la dictadura. Cuando, a inicios de la década de los cincuenta, se produjo una leve mejora económica, la experiencia de la posguerra influyó decisivamente sobre las actitudes de una población deseosa de olvidar tan difíciles años.

Durante el conflicto —y en claro contraste con el bando republicano—, las autoridades insurgentes habían calificado su retaguardia como «bien abastecida» o «satisfactoria en líneas generales»[5].

---

pleando fuentes internas: Simona Colarizi: *L'opinione degli italiani sotto il regime, 1929-1943,* Roma, Laterza, 1991.

[5] Sobre las condiciones en la zona sublevada durante la guerra, Archivo General de la Administración (AGA), Gobernación, caja, 44/2790, «Memoria del Go-

Sin embargo, a partir de 1939, el empeoramiento de las condiciones de vida se hizo visible en todas las localidades españolas, socavando las promesas de paz y prosperidad realizadas por el régimen. Como queda patente en la documentación interna y en los informes diplomáticos, el pan y la lumbre que según la propaganda franquista no debían faltar en ningún hogar español eran poco menos que una quimera. Por el contrario, la «Nueva España» era una nación inundada por la miseria, con una población afectada por el hambre y las enfermedades asociadas a la malnutrición y la falta de higiene[6]. En las zonas más pobres del país, la situación llegó a ser desesperada. Era el caso de Huelva, donde en 1940 el gobernador civil de la provincia afirmaba que, de continuar así la situación, los onubenses caerían «en el mayor desamparo y la más trágica situación, porque se verán condenados al hambre por falta de pan». El panorama era tal que, como sostenía un informante inglés en esta misma ciudad, «los hombres se mantienen alejados del trabajo por la debilidad»[7]. En estas condiciones, las muertes por hambre se convirtieron en algo habitual, como sucedía en Almería, donde el vicecónsul británico reconocía que éstas conformaban «una realidad de la que soy testigo cada día»[8].

Sabido es que las explicaciones oficiales de tan terrible situación económica trataban de ocultar la escasez del racionamiento y la inadecuada gestión de los recursos por parte de las autoridades. Casos como los registrados por el cónsul británico en Málaga, que informaba en 1940 de que «50.000 toneladas de arroz (habían sido) lanzadas al mar por haberse puesto malas», eran recogidos por las

---

bierno Civil de Cádiz», 1938, y «Memoria del Gobierno Civil de Álava», 1938; y caja 44/3503, «Memoria del Gobierno Civil de Málaga», 1938. Michael SEIDMAN: *The Victorious Counterrevolution. The Nationalist effort in the Spanish Civil War,* Madison, University of Wisconsin Press, 2011, pp. 78-82.

[6] Véanse The National Archives, Foreign Office (FO), 371/26891, «Living Conditions in Extremadura», y FO 371/26891, «Situation in Malaga province», 10 de julio de 1941, y David GINARD: «Las condiciones de vida durante el primer franquismo. El caso de las Islas Baleares», *Hispania,* 212 (2002), pp. 1099-1128.

[7] AGA, Presidencia, caja 51/20502, «Escrito del Gobernador Civil a la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes», 23 de julio de 1940, y FO 371/24508, «Spain and Portugal: Miscellaneous Information», 12 de septiembre de 1940.

[8] FO 371/24509, «Situation in Málaga and Almería districts», 29 de octubre de 1940.

propias fuentes del partido en numerosas áreas del país. De hecho, la Falange granadina debía admitir que las destrucciones de la guerra o la sequía «no llegan a justificar el hambre reinante»[9]. Ante tal situación, las críticas por la falta de alimentos y su deficiente administración no tardaron en sucederse, generándose un considerable descontento popular[10]. Por ejemplo, en 1941, los vecinos de la pequeña localidad de Sobradillo (Salamanca) manifestaron su malestar no ya por «la falta de semillas y algarrobas», sino por «constar que en almacén de Lumbrales (una localidad cercana) las hay». Por su parte, Leopoldo Santamaría Gómez, vecino del pueblo de Cabrerizos (Salamanca) fue denunciado por comentar públicamente que allí «se comía pan negro» por culpa de los dirigentes locales. Unos años más tarde, en 1946, las autoridades italianas informaron de un crecimiento de la «exasperación popular» en Bilbao a causa de la «mala administración de los recursos» que, además, había originado «un constante fluir de pedigüeños por las calles» de la ciudad[11].

Pese a la gravedad de las críticas, varios factores posibilitaron que la dictadura obtuviera réditos políticos de su actuación en este campo. En primer lugar, la autarquía era una pieza fundamental para asegurar la sociedad de vencedores y vencidos dibujada por la dictadura. A través del estraperlo, el racionamiento o el control de determinados recursos, el Estado tenía en sus manos la potestad de gestionar el flujo de alimentos que recibían las familias españolas[12].

---

[9] FO 371/24508, «Situation in Málaga», 20 de octubre de 1940. Otros ejemplos en AGA, Presidencia, caja 51/20508, «Parte de actividades provinciales», Alicante, septiembre de 1940.

[10] Carme Molinero y Pere Ysàs: «El malestar popular por las condiciones de vida. ¿Un problema político para el régimen franquista?», *Ayer,* 52 (2003), pp. 255-280.

[11] Archivo Histórico Provincial de Salamanca (AHPS), Gobierno Civil (GC), caja 167/8, «Carta del Jefe Local de Sobradillo al Jefe provincial de Falange», 24 de octubre de 1941, y caja 188/3, «Denuncia de Florencio García contra Leopoldo Santamaría», 9 de julio de 1940; y Archivio del Ministero degli Affari Esteri, Italia (AMAEI), Uffizio Spagna (US), legajo 3, «Situazione in Bilbao», 20 de noviembre de 1946.

[12] Michael Richards: *A Time of Silence: Civil War and the Culture of Repression in Franco's Spain, 1936-1945,* Londres, Cambridge University Press, 1998, pp. 91-99, y Miguel Ángel del Arco Blanco: *Hambre de siglos. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental, 1936-1951,* Granada, Comares, 2007, pp. 282-289.

Así lo reflejaba el cónsul británico de Málaga cuando informaba de que en la tercera categoría del racionamiento, la correspondiente a aquellos con menos recursos, había «innumerable gente que es capaz de pagar por su pan»[13]. La mejor asignación de alimentos o la permisividad de la que gozaban determinados individuos contrastaba con las dificultades que encontraban otros para alimentar a sus familias. Para los vencidos —aunque no exclusivamente—, las consecuencias fueron terribles, por lo que no es de extrañar que algunos pudieran sentir que todo formaba parte de una «política deliberada cuyo objetivo era llevarles a la desesperación» impidiéndoles el acceso a recursos necesarios y obligándoles a asumir que sus necesidades únicamente se aliviarían a través de las instituciones y canales fijados por el régimen[14].

En segundo lugar, amparados en parte por las políticas agrarias del franquismo, la posesión de la propiedad se convirtió en una garantía de supervivencia para muchos individuos que no formaban parte de las bases sociales del régimen. El mero hecho de conservar sus trabajos y tierras hizo posible que muchos pequeños y medianos propietarios evitaran o amortiguaran las consecuencias más dramáticas de la posguerra, complementando sus economías familiares con el recurso al estraperlo y favoreciéndose de la permisividad que la dictadura les permitía en éste y otros aspectos[15]. Este hecho, además, les situó en una posición privilegiada para la participación en las instituciones y redes clientelares locales, en las que los campesinos sin tierra partían en clara desventaja[16]. Incluso, a juicio de algunos observadores, resultaba perceptible la diferencia entre pueblos en los que supuestamente «había de todo: jamón, garbanzos, pan,

[13] FO 371/26891, «Conditions in Málaga District», 10 de julio de 1941.

[14] FO 371/24508, «Situation in Málaga», 20 de octubre de 1940.

[15] Archivo Histórico Provincial de Granada, cajas 5765 y 5773, «Mapas de abastecimientos», 1949 y 1950; Teresa Ortega López: «Las miserias del fascismo rural: Las relaciones laborales en la agricultura española, 1936-1948», *Historia Agraria,* 43 (2007), pp. 531-553, y Miguel Ángel del Arco Blanco: «Producción de aceite, poder local y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental durante la autarquía (1939-1951)», *Historia Agraria,* 64 (2014), pp. 71-101, esp. pp. 93-94.

[16] George A. Collier: *Socialistas de la Andalucía rural. Los revolucionarios ignorados de la Segunda República,* Barcelona, Anthropos 1997, p. 212, y Carmelo Lisón Tolosana: *Belmonte de los Caballeros. A Sociological Study of a Spanish Town,* Oxford, Clarendon Press, 1966, pp. 15-53.

aceite, vino...», y los centros urbanos plagados de mendigos y «niños muriendo» por las calles[17].

En tercer lugar, en el contexto de posguerra, no debemos minusvalorar la capacidad del régimen para difundir sus justificaciones de la miseria. La sequía, las malas cosechas, el aislamiento internacional o las destrucciones ocasionadas por la contienda acabaron siendo asumidas por una parte de la población como explicaciones parciales a la deplorable situación económica[18]. Aunque los españoles llegaran a ser conscientes de que las políticas económicas les perjudicaban, éstas eran vistas con frecuencia como la única solución posible ante las adversas condiciones que afectaban al país, el presunto agujero económico dejado por la Segunda República y la acción continuada de los enemigos de España desde el exterior. En esta línea, el recuerdo traumático de la guerra influyó decisivamente sobre las opiniones y actitudes de los españoles en el periodo. Muchos pensaban del mismo modo que María y Miquel, un matrimonio catalán que coincidía en afirmar que «había miseria, pero nos conformábamos, porque habíamos pasado tanto durante la guerra»[19]. Aunque la posguerra fue un contexto de represión y hambre para una parte de la población, para otros, en cambio, acabó por convertirse en el único escenario posible para la «normalización» de sus vidas, por lo que decidieron adoptar actitudes que condujeran en esa dirección, rebajando sus expectativas y asumiendo el alza de los precios, las deficiencias en los transportes o las estrecheces económicas casi de manera «natural». De ahí que un observador uruguayo llegara a sostener que «aparentemente las clases más pobres aceptan las condiciones de vida con resignación»[20].

---

[17] FO 371/24509, «Situation in Spain: Profesor Starkie's Memorandum», 3 de diciembre de 1940.

[18] Sobre la aceptación de las explicaciones oficiales al hambre: FO 371/79665, «Annual Review, 1948», 14 de febrero de 1949. Algunos testimonios en Ronald Fraser: *Mijas República, guerra civil, franquismo en un pueblo andaluz,* Barcelona, Antoni Bosch Editor, 1985, p. 84.

[19] Xavier Moreno Juliá: «María y Miquel. Memorias de guerra y posguerra en España, 1936-1955», *Historia, Antropología y Fuentes Orales,* 21 (1999), pp. 67-82, esp. p. 78.

[20] FO 371/ 31235, «Letter from Mr. Stevenson (Uruguay) to Mr. Mankins», 6 de marzo de 1942, y J. Alberto Gómez Roda: «Percepciones de las instituciones y actitudes políticas de la sociedad en la posguerra», *Pasado y Memoria,* 1 (2002), pp. 59-80.

Por su parte, otros muchos ciudadanos decidieron concentrar sus energías en sus trabajos y familias, olvidándose de aquellas cuestiones consideradas peligrosas, ajenas a sus vidas o imposibles de alterar individualmente. Es por ello que, en numerosas ocasiones, sólo reaccionarían contra aquellas políticas que les afectaran directamente, culpando de su situación a las autoridades locales o a los organismos encargados de la gestión de los recursos y exonerando al dictador y al propio régimen político de cualquier responsabilidad sobre la miseria[21]. En este sentido, resultan paradigmáticas las estrategias de «resistencia» activadas por los habitantes del campo para sortear o atenuar el efecto de las medidas autárquicas mediante el impago de multas, la ignorancia fingida ante las leyes, la ocultación de cosechas o la práctica del estraperlo[22]. Se trataba de comportamientos menos arriesgados en un contexto de ausencia de libertades y derechos y, al contrario de lo que sucedía con la guerrilla, sus autores no los concebían como actos políticos o de oposición, sino como parte de una estrategia de supervivencia. Aun siendo molestas para el régimen, como expresaba el embajador británico, la extensión de estas conductas podía responder al mero hecho de que «nada hay más allá el horizonte de los españoles que un deseo de vivir y sobrevivir»[23].

Es comprensible, por tanto, que la supresión de las invasivas instituciones y mecanismos de la autarquía causara una satisfacción general entre la gente, al entender que con ello se eliminaba una barrera que hasta entonces había dificultado la preservación de una cierta normalidad en sus vidas cotidianas[24]. Además, desde

---

[21] El funcionamiento del mito de Franco en Herbert MATTHEWS: *The Yoke and the Arrows,* Nueva York, George Braziller Inc., 1957, p. 44. Un ejemplo de las críticas a las instituciones autárquicas en AGA, Presidencia, 52/02964, «Informe sobre la Fiscalía de Tasas de Gerona», 1943.

[22] Ramiro REIG: «Estratègies de supervivència i estratègies de millora. Els treballadors al País Valencià durant el franquisme (1939-1975)», *Afers,* 22 (1995), pp. 459-491; Óscar RODRÍGUEZ BARREIRA: *Migas con miedo. Prácticas de resistencia en el primer franquismo. Almería 1939-1952,* Almería, Universidad de Almería, 2008; Ana CABANA: «Minar la paz social. Retrato de la conflictividad rural en Galicia durante el primer franquismo», *Ayer,* 61 (2006), pp. 267-288, e ÍD.: *La derrota de lo épico,* Valencia, PUV, 2013.

[23] FO 371/26890 «Situation in Southern Spain, Tanger and Gibraltar», 29 de enero de 1941.

[24] AGA, Presidencia, caja 51/20659, «Parte de actividades provinciales», Alba-

inicios de los años cincuenta se produjo una leve y paulatina mejoría de la situación económica. Junto con el fin del racionamiento alimenticio, los ingresos del país crecieron un 54 por 100 durante la década, los salarios se incrementaron un 28 por 100 entre 1950 y 1958 y la alimentación de la población experimentó un relativo progreso (de 2.300 a 2.733 kilocalorías por persona entre 1949 y 1961)[25]. Pese a la persistencia de la pobreza —especialmente visible en algunas regiones— y del malestar de determinados colectivos sociales, el recuerdo de la escasez y de la guerra acentuó la percepción positiva de las mejoras e influyó sobre las actitudes de importantes segmentos de la población. Algo que ocurrió, desde el arranque de los cincuenta, con una parte de los emigrantes que, aun asumiendo con resignación el abandono de sus hogares, vivieron su experiencia de manera despolitizada y acabaron por entenderla como una válvula de escape gracias a la cual habían mejorado sus condiciones de vida[26].

Los obstáculos de la «paz»: las actitudes ante la resistencia armada y aislamiento exterior

A lo largo de la década de los cuarenta, la dictadura se enfrentó a dos importantes amenazas para su supervivencia: la resistencia armada y el aislamiento internacional. Especialmente en el periodo 1944-1947, la confluencia de ambas situó al régimen en una posición complicada. Pese a ello, como distintas investigaciones han explicado, diversos factores impidieron que la dictadura se viera

---

cete, diciembre de 1946, y caja 51/20753, «Parte de actividades provinciales», Granada, septiembre de 1949.

[25] Xavier Cussó: «El estado nutritivo de la población española, 1900-1970. Análisis de las necesidades y disponibilidades de nutrientes», *Historia Agraria,* 36 (2005), pp. 329-358, esp. p. 353; José Luis Herrero: «Las condiciones de vida y consumo en la España de los cincuenta: determinación del ingreso y poder de compra de una familia obrera tipo», *Estudios sobre consumo,* 14 (1988), pp. 11-31, esp. pp. 26-27, y VVAA: *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX y XX,* Madrid, Fundación Banco Exterior, 1989, pp. 1255-1256.

[26] Algunos ejemplos en Joseph Aceves: *Cambio social en un pueblo de España,* Barcelona, Barral, 1971, p. 158, y Claudio Hernández Burgos y Carlos Fuertes Muñoz: «Conviviendo con la dictadura. La evolución de las actitudes sociales durante el franquismo», *Historia Social,* 81 (2015), pp. 49-65.

desestabilizada. Sin embargo, no se ha examinado en profundidad la decisiva influencia que las respuestas de la población y los deseos por normalizar sus vidas tuvieron sobre dichos desafíos.

La *resistencia armada antifranquista* fue la primera y más duradera de cuantas actuaron en el continente europeo (1936-1952)[27]. Esta dilatada trayectoria no sólo la transformó en una peligrosa amenaza para la dictadura, sino en un factor de gran incidencia sobre las vidas cotidianas de los españoles durante años. Su mayoritario componente rural originó una estrecha y constante relación entre las partidas y algunos sectores de las comunidades campesinas, donde precisamente el régimen se sentía más respaldado[28]. Como exponía en 1944 el gobernador civil de Granada, el desarrollo de las actividades guerrilleras en la provincia se había visto favorecido por «contactos con las gentes de los pueblos» que contribuían «a su protección y a facilitarles medios y puntos de reunión en los que planean los secuestros y atracos». La situación era similar en zonas como Extremadura o Ciudad Real, donde la diplomacia británica llegaba a hablar de la existencia de una «quinta columna» que permitía «la obtención de información y ayuda» por parte de los guerrilleros[29].

La colaboración que sustentaba las actividades de las partidas se basaba en los lazos antes indicados, pero también, durante unos años, contaron con un difuso e inestable apoyo moral de otras franjas sociales, merced a la percepción compartida de los problemas que afectaban a las comunidades rurales. A juicio del embajador italiano, las «lamentables condiciones de vida de la población» constituían la causa principal del aumento del respaldo a los grupos armados a mediados de los cuarenta[30]. Además, los guerrilleros cui-

---

[27] Jorge Marco: «La larga marcha nocturna. La guerrilla española en la narrativa europea de la resistencia antifascista (1936-1952)», en Peter Anderson y Miguel Ángel del Arco Blanco (eds.): *Lidiando con el pasado. Represión y memoria de la Guerra Civil y el franquismo,* Granada, Comares, 2014, pp. 195-216.

[28] Mercedes Yusta: «Una guerra que no dice su nombre. Los usos de la violencia en el contexto de la guerrilla antifranquista (1939-1953)», *Historia Social,* 61 (2008), pp. 109-126, esp. pp. 114-115, y Jorge Marco: *Guerrilleros y vecinos en armas. Identidades y culturas de la resistencia antifranquista,* Granada, Comares, 2012, pp. 81-102.

[29] Fundación Nacional Francisco Franco, «Actividades anarquistas en la provincia de Granada», 24 de noviembre de 1944, y FO 371/60377, «Report of unrest and lawlessness in Spain», 25 de enero de 1946.

[30] AMAEI, US, legajo 11, «Situazione política in Valenza», 25 de febrero de 1947.

daron mucho la selección de sus víctimas a fin de no disminuir las simpatías de sectores poco dispuestos al compromiso. Junto a capitalistas o propietarios que les reportaran importantes sumas económicas, militares o miembros de Falange fueron frecuentemente los objetivos escogidos por la guerrilla, dada su identificación con el poder dictatorial, la represión, la corrupción y la deficiente gestión de los recursos[31].

El sustento de sus apoyos sociales y el respaldo moral de algunos sectores de la población brindaron a la guerrilla la protección y los medios necesarios para su supervivencia durante años. Sin embargo, desde 1947 hasta el cese de sus actividades a principios de los años cincuenta, su trayectoria fue en franca decadencia. Entre las razones que lo explican estuvieron la creciente desesperanza provocada por el contexto internacional, el surgimiento de fracturas internas y rivalidades entre sus integrantes o el ataque a sus redes de aprovisionamiento mediante el incremento de la represión estatal sobre ellos y sus familias[32]. Pero, una vez más, el comportamiento de una parte de la sociedad frente a sus acciones y los deseos de normalización también deben ser considerados. Evidentemente, la preocupación y la hostilidad hacia la resistencia armada fueron mayores entre sus víctimas potenciales. Durante la inmediata posguerra, muchos propietarios de tierras se quejaron ante las autoridades del Estado del «orden público» y demandaron mayor protección frente a las partidas, optando en algunos casos por armarse ellos mismos[33]. Pero el aumento de la presión policial les situó en una posición de incomodidad que sólo la desaparición de los grupos armados podría solucionar. Así puede deducirse de lo ocurrido a Severiano Martínez, un

[31] Ana Cabana: «Sobrellevar la vida: Memorias de resistencias y resistencias de las memorias al franquismo», en Miguel Ángel del Arco Blanco *et al*. (eds.): *No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista,* Granada, Comares, 2013, pp. 97-108, esp. pp. 100-102.

[32] AMAEI, US, legajo 18, «Situazione interna spagnola: guerriglia e banditismo», 12 de enero de 1949, y Decreto-Ley de 18 de abril de 1947 sobre la represión de los delitos de bandidaje y terrorismo, *BOE,* 3 de mayo de 1947. Véase también David Baird: *Historia de los maquis. Entre dos fuegos,* Málaga, Almuzara, 2008, pp. 118-121.

[33] AGA, Cultura, caja 21/2360, «Parte de Prensa y Propaganda», Granada, 25 de julio de 1947, y AGA, Presidencia, caja 51/20666, «Parte de actividades provinciales», Cuenca, marzo de 1946.

propietario de ganado en Botija (Cáceres), que «fue arrestado, juzgado y condenado a seis años de cárcel» por haber entregado «varios kilos de harina, algunos jamones y conservas» a un grupo de guerrilleros que le atracaron en su finca[34].

Por su parte, los guerrilleros sufrieron una drástica disminución de sus apoyos y simpatizantes con el paso de los años. Las razones fueron muy diversas. Por ejemplo, al calificar como «bandoleros» o «forajidos» a los miembros de las partidas, el régimen pudo lograr que una parte de la población asumiera que se trataba de meros criminales cuyas acciones no tenían legitimidad alguna[35]. Unas representaciones que fueron paralelamente alimentadas por la reducción en la capacidad de selección de sus víctimas desde mediados de los años cuarenta y la crueldad alcanzada por algunas de sus acciones, como pudo ser el caso, entre otros, de algunos atracos y asesinatos cometidos en las montañas entre Teruel y Cuenca en 1947[36]. Además, el aumento de la represión y el control social alentaron igualmente actitudes reacias hacia sus actividades entre amplias franjas sociales, perjudicadas por medidas incómodas tales como el incremento de los efectivos policiales, la imposición de toques de queda, los controles de carreteras o el desplazamiento de poblaciones[37]. Estos sentimientos, en aparente contradicción con el «firme deseo contra la delincuencia y el desorden» que adivinaba el cónsul británico en Vigo, mostraban en realidad las actitudes diversas —y muchas veces ambivalentes— de esas «zonas grises» de la población para las que los guerrilleros y la actividad policial generada por su presencia constituían estorbos cotidianos. Aunque muchos desconfiaran de la versión oficial, según la cual los «bandoleros» socavaban con sus acciones la paz de los españoles, no era menos cierto que, cuando a inicios de los años cincuenta se disolvieron las últimas agrupaciones

[34] FO 371/60377, «Report of Lawlessness and disorder», 26 de enero de 1946.

[35] Archivo Histórico del Reino de Galicia (AHRG), caja G-2682, «Circular de la Dirección General de Seguridad», 11 de abril de 1947, y Francisco AGUADO: *El maquis en España,* Madrid, Librería Editorial San Martín, 1975, p. 116. Sobre la deshumanización del guerrillero, véase Daniel ARROYO: *Guerrilla Narratives in Spanish Contemporary Culture,* tesis doctoral, University of Michigan, 2010, pp. 15-81.

[36] FO 371/73356, «Reports of activities of guerrilla during September-December 1947», 29 de enero de 1948.

[37] FO 371/60377, «Report of Lawlessness and disorder», 26 de enero de 1946, y Mercedes YUSTA: «Una guerra que no dice...», p. 116.

guerrilleras, muchos sintieron que se estaba dando un paso más para cerrar la confrontación iniciada en 1936[38].

El mismo deseo de dejar atrás la guerra y caminar hacia una relativa normalidad condicionó los comportamientos de la sociedad española hacia el *aislamiento internacional* derivado de la alianza de la dictadura franquista con las potencias del Eje durante la Segunda Guerra Mundial. Ni la polarización ideológica ni el incremento de actitudes hostiles hacia el régimen durante los años que rodearon la caída de los fascismos ocultan los extendidos deseos de neutralidad que la mayoría de la población manifestó desde 1939. Cuando las armas fascistas campeaban victoriosas por el continente europeo, las jerarquías de FET de las JONS constataron la hostilidad popular hacia una posible participación en la contienda. Según la diplomacia británica, Serrano Súñer llegó a ser el «hombre más odiado» del país[39]. Las jerarquías del partido en Zaragoza informaban en 1943 de cómo la población empezaba «a ver con recelo estos avances» hacia la guerra, «convirtiéndose en algunos casos en verdadero pánico». Movimientos de tropas, como los desarrollados en el litoral catalán en abril de ese mismo año, propagaban inmediatamente el miedo entre la población[40]. Para Falange, que concebía la participación en la contienda como un jalón esencial del proyecto imperialista que transformaría España en una nación fascista, aquellas actitudes neutras, indiferentes y pasivas no eran en absoluto beneficiosas. Pero éstas no resultaron tan perjudiciales para la continuidad del régimen.

En efecto, con las primeras derrotas nazis, la dictadura se percató de que los deseos de neutralidad y el desinterés por las cuestiones externas podían constituir un factor fundamental para su supervivencia. Evidentemente, los mitos y políticas activados por el régimen para distanciarse de sus aliados fueron parte de la estrate-

---

[38] Fernanda Romeu: *Más allá de la utopía: Agrupación Guerrillera de Levante,* Cuenca, Universidad de Castilla La-Mancha, 2002, pp. 60-61. El discurso oficial puede verse en Francisco Aguado: *El maquis*...

[39] La cita en FO 371/24508, «Conditions in Spain», 7 de mayo de 1940. La hostilidad hacia la participación en la guerra en FO 371/24508, «Impressions about the Spanish situation by Mr. Rutherford», 17 de abril de 1940.

[40] AGA, Presidencia, caja 51/20627, «Parte de actividades provinciales», Zaragoza, enero de 1943, y caja 51/20612, «Parte de actividades provinciales», Gerona, mayo de 1943.

gia de supervivencia en un contexto hostil, pero debieron en buena medida su éxito al sentir mayoritario de la población española. Por ejemplo, el relato según el cual España había mantenido su neutralidad merced a la capacidad de Franco para resistir las presiones de Hitler y Mussolini fue aceptado por una parte de la sociedad que no deseaba nuevas intervenciones en el interior del país[41]. Algo similar ocurrió con el «mito del caudillo», mediante el que el dictador era presentado como «salvador de la patria», «defensor del catolicismo» y «primer vencedor del comunismo»[42]. Esta imagen mitificada y, por supuesto, mucho menos extendida de lo que la propaganda señalaba fue, sin embargo, parcialmente asimilada por una parte de la sociedad, que veía en la figura de Franco la garantía de que sus vidas no sufrirían grandes agitaciones. Internamente, las jerarquías de FET de las JONS informaron desde mediados de los años cuarenta de un aumento de la popularidad del dictador en todas las provincias españolas. El jefe provincial del partido en Cuenca manifestaba incluso que parecía «como si la figura de nuestro Caudillo se hubiese agigantado de súbito y llenase el solo el ámbito nacional»[43]. Aunque tras la exaltación del «caudillo» se escondiera el hecho de que éste se había convertido en único garante de la supervivencia de Falange, lo cierto es que esas percepciones coincidían con las de los observadores extranjeros. En su visita a Andalucía en 1946, por ejemplo, el embajador británico decía estar «impresionado por el apoyo al general Franco» entre la población, aunque hubiera «malestar» por otras cuestiones. La fuerza del mito creció con el paso de los años y para finales de la década había cobrado gran credibilidad entre una parte de la sociedad que le

---

[41] Antonio CAZORLA: «Surviving Franco's Peace: Spanish Popular Opinion during the Second World War», *European History Quarterly,* 32 (2001), pp. 391-411, esp. pp. 401-406, y Francisco SEVILLANO CALERO: *Ecos de papel. La opinión de los españoles en la época de Franco,* Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 99-100.

[42] Por ejemplo Alberto REIG TAPIA: *Franco «Caudillo»: mito y realidad,* Madrid, Tecnos, 1995; Paul PRESTON: *Franco: Caudillo de España,* Barcelona, Grijalbo, 1994, y, recientemente, Antonio CAZORLA: *Franco: The Biography of the Myth,* Londres, Routledge, 2014, pp. 141-148.

[43] La cita en AGA, Presidencia, caja 51/20666, «Parte de actividades provinciales», Cuenca, enero de 1947. Referencias similares en AGA, Presidencia, caja 51/20674, «Parte de actividades provinciales», Lugo, junio de 1946, y caja 51/20659, «Parte de actividades provinciales», Albacete, julio de 1947 y mayo de 1948.

atribuía el mérito de haber atenuado el «cerco internacional». En 1950, la diplomacia británica debía reconocer que la posición del dictador era «más firme que nunca»[44].

La eficacia de tales mitos estaba íntimamente ligada con otros dos elementos empleados por la dictadura, que cimentaban igualmente su éxito en los sentimientos más extendidos entre los españoles. De una parte, la retórica nacionalista que recubrió tanto las políticas de desfascistización como las campañas propagandísticas del régimen caló entre una significativa proporción de la sociedad, recelosa ante una hipotética intervención extranjera[45]. Si bien durante el conflicto armado los observadores externos habían percibido una acentuada hostilidad popular hacia «cualquier intromisión en sus asuntos domésticos», fue a partir de 1945 cuando estos sentimientos se fortalecieron[46]. Ese mismo año, los representantes de la diplomacia británica informaban de que los españoles se sentían «ofendidos por la BBC» y de que «incluso aquellos que no tienen aprecio alguno por el Caudillo Franco y Falange no lo llegan a entender». Por ello se mostraban convencidos de que, en caso de una intervención militar, «la reacción de España sería vigorosa»[47]. Los sentimientos nacionalistas se veían paralelamente alimentados por el anticomunismo, reforzado a raíz de la experiencia de la Guerra Civil. Como reconocía la diplomacia británica, gran número de españoles consideraba a Rusia «la principal responsable de la guerra» y de las «atrocidades» que habían acabado con las vidas de las «víctimas inocentes del terror rojo». Finalizada la contienda mundial, crecía el número de quienes acusaban al régimen soviético de estar «detrás de la agitación» que afectaba a España. Y es que muchos ciudadanos asociaban el comunismo a la violencia de

[44] FO 371/60376, «Visit to Southern Spain», 19 de marzo de 1946, y FO 371/89526, «Economic Situation in Spain», 22 de agosto de 1950.

[45] Campañas propagandísticas contra las injerencias externas en *ABC,* 22 de febrero de 1946, y 8 de julio de 1947. También en AMAEI, US, legajo 3, «Situazione interna spagnola», 5 de diciembre de 1946.

[46] FO 371/26899, «The Political and Economic Situation in Spain», 11 de noviembre de 1941.

[47] FO 371/45889, «Public Sentiment in Spain after Postdam Conference», 15 de agosto de 1945; TNA, CAB 129/16, «Economic Sanctions Against Spain», 3 de enero de 1947, y Rosa María Pardo y Florentino Portero: «Las relaciones exteriores como factor condicionante del franquismo», *Ayer,* 33 (1999), pp. 187-218.

los años treinta, llegando a expresar, en algunos casos, su preocupación ante la instauración de un régimen «bajo la influencia de Stalin»[48]. A finales de la década, tanto las autoridades franquistas como los observadores extranjeros se habían percatado de los beneficios que había obtenido el régimen al «agitar el espantapájaros del comunismo»[49]. Su éxito, como el de los otros discursos y mitos impulsados por la dictadura, no hubiera sido posible de no haberse correspondido con los sentimientos, preocupaciones y aspiraciones de muchos españoles corrientes.

Las nuevas reglas del juego: la política franquista y la búsqueda de la *normalidad*

El 16 de febrero de 1937, al cumplirse un año de la celebración de las controvertidas elecciones que dieron la victoria a las agrupaciones políticas del Frente Popular, banderas de Falange y rojigualdas adornaban las calles de algunas capitales españolas. El motivo no era otro que escenificar públicamente la muerte de la democracia. Simbólicamente, los hombres de Falange Española, aquella formación que había amenazado con emplear la fuerza si el resultado de los comicios de 1936 era «peligrosamente contrario a los eternos destinos de España», era la organizadora del acto. En Sevilla, las palabras contra la democracia precedieron la quema de una urna monumental levantada sobre un pedestal de madera. En Córdoba se fueron «quemando lentamente aquellos trastos que durante tanto tiempo sirvieron para el engaño, la traición y la falsedad». Y en Granada unas papeletas ficticias en llamas se introdujeron en una urna electoral, antes de que fuera destrozada a garrotazos por un miembro del partido ante el «entusiasmo de la muchedumbre»[50].

Demostraciones públicas como las relatadas formaron parte de un proyecto global de estigmatización de la experiencia de-

[48] FO 371/45889, «Internal Situation», 6 de octubre de 1945, y «Visit to Southern Spain», 19 de marzo de 1946.

[49] AMAEI, US, legajo 18, «Situazione interna», 12 de enero de 1949, y AGA, Cultura, caja 21/2360, «Informe sobre problemas provinciales», Granada, febrero de 1947.

[50] *ABC,* 16 de febrero de 1937; *Azul,* 16 de febrero de 1937, e *Ideal,* 16 de febrero de 1937.

mocrática republicana. En su lugar, la dictadura dibujó un escenario aparentemente despolitizado, vacío de la conflictividad y los enfrentamientos partidistas de los años de preguerra. Pero, aunque el régimen preconizara la desaparición de los «chanchullos democráticos» y de los «viejos hábitos», su implantación no suponía la eliminación del mundo de la política, sino su ubicación bajo nuevos parámetros y su adaptación al contexto de la «Victoria»[51]. Una mirada a la esfera cotidiana basta para comprobar que las clientelas, las influencias, los mecanismos de recompensa y castigo, la administración de los recursos o las luchas entre los diferentes sectores mantenían muy presente la política entre la población[52].

Es por ello que la apatía e indiferencia con la que frecuentemente se han definido las actitudes políticas de la población durante la década de los cuarenta deben ser relativizadas[53]. El extendido desentendimiento hacia las cuestiones políticas y la aversión a señalarse públicamente suponían, en muchos casos, la expresión práctica de un sentimiento de rechazo hacia la confrontación partidista, puesto que, como señalaba en 1948 un informante británico, la mayoría de los ciudadanos «no mira atrás hacia la República y no espera su vuelta», porque «están desilusionados con la política y se sienten defraudados con las democracias»[54]. Pero no se traducían en una pasividad hacia aquellos asuntos que les afectaban de manera directa. En el seno de las comunidades locales, los españoles fueron reconociendo los nuevos bastiones de poder y las lógicas por las que se regía su actuación, a la par que se acostumbraron a emplear los nuevos canales y herramientas disponibles para dialo-

[51] Ejemplos de la retórica antidemocrática en *ABC,* 18 de septiembre de 1937; *Patria,* 7 de abril de 1938, e *Ideal,* 2 de abril de 1938.

[52] Antonio F. Canales Serrano: «Las lógicas de la victoria. Modelos de funcionamiento político bajo el primer franquismo», *Historia Social,* 56 (2006), pp. 111-130, y Óscar Rodríguez Barreira: *Miserias del poder. Los poderes locales y el nuevo Estado franquista, 1936-1951,* Valencia, PUV, 2013, pp. 239-240.

[53] Véase Michael Richards: *A Time of Silence...,* p. 173, y Helen Graham: «Popular Culture in the Years of Hunger», en Helen Graham y Jo Labanyi (eds.): *Spanish Cultural Studies. An Introduction: the struggle for Modernity,* Nueva York, Oxford University Press, 1995, pp. 237-244.

[54] FO 371/73342, «Informe de Miss Sanior's en su visita a España en mayo de 1948».

gar y negociar con las autoridades, aunque fuera bajo las reglas del juego que dominaban «normalidad» franquista.

Para los vencedores de la guerra, las nuevas bases de la convivencia resultaban perfectamente asumibles y, en la mayoría de los casos, acordes con sus aspiraciones y sentimientos. No debe extrañar que excombatientes, excautivos o familiares de víctimas del «terror rojo» fueran los principales puntales de la estabilidad franquista. En un número importante, colaborarían activamente, copando las instituciones locales, gestionando los recursos alimenticios, homenajeando a sus «caídos» y asegurando el castigo de sus enemigos[55]. En otros casos, les bastaría con poder «normalizar» sus vidas, aunque, lógicamente, dentro de una España acorde con sus sentimientos, moral e ideas y sin renunciar a los privilegios y recompensas que pudieran derivarse de su condición. Por ello, excombatientes como los de la pequeña localidad salmantina de San Felices de los Gallegos o personas como Pilar Castro, viuda de Alhama de Granada, que había perdido a su marido en la guerra y a su hijo en la División Azul, no dudarían en reclamar sus «derechos preferentes» para obtener un trabajo o «una mano tendida» que le proporcionara sustento económico[56].

Sin embargo, el hecho de ser «vencedores» no significa que se implicaran en el grado que las autoridades demandaban, ni que siempre estuvieran de acuerdo con las políticas y discursos de la dictadura. Por ejemplo, ya fuera porque no compartían los ideales del partido único, porque se sentían abandonados o insuficientemente recompensados por sus sacrificios, una parte de los antiguos soldados del bando sublevado decidieron no encuadrarse en la Delegación Nacional de Excombatientes y renunciar a ocupar cargos políticos[57]. Del mismo modo, los familiares de los «caídos» y los

[55] Peter Anderson: «Singling Out Victims: Denunciation and Collusion in the Post-Civil War Francoist Repression Spain, 1939-1945», *European History Quarterly,* 39-1 (2009), pp. 7-26, y Damián A. González Martín: «Coaliciones de sangre en el poder político local. Castilla La-Mancha, 1939-1945», *Ayer,* 73 (2009), pp. 211-237.

[56] AHPS, GC, caja 181/2, «Escrito de varios excombatientes de Sanfelices de los Gallegos (Salamanca)», 11-11-1940, y AGA, Presidencia, caja 51/18996, «Pilar Castro Molina solicita pensión de viudedad», 23 de febrero de 1949.

[57] AGA, Presidencia, caja 51/20531, «Parte de actividades provinciales», Granada, septiembre de 1940; caja 52/2315, «Informe de la Delegación Nacional de

«mártires» no siempre estuvieron satisfechos con el trato dispensado por el Estado, ni aceptaron todas sus decisiones. Así puede desprenderse de sus demandas a las autoridades o —aunque también respondiera a otros motivos— de que, en diversas localidades de la provincia de La Coruña, los vecinos alegaran «desconocer donde se encuentran los restos» de sus familiares fallecidos durante la Guerra Civil o directamente se negaran a su traslado al Valle de los Caídos[58].

En el lado opuesto, para los vencidos, acatar las reglas de la «normalidad» franquista constituía, *a priori,* la única garantía para una existencia pacífica. Por supuesto, muchos de sus comportamientos reflejan su capacidad para mostrar su disconformidad con las políticas estatales y su resistencia a resignarse al destino que les reservaba la dictadura[59]. Pero también son demostrativos de la eficacia que, junto a la represión, tuvieron otros instrumentos de desmovilización a la hora de conseguir que asumieran la derrota y se conformaran con llevar un poco de normalidad a sus vidas cotidianas. En este sentido, las migraciones internas desarrolladas durante los años cuarenta formaron muchas veces parte de una estrategia naturalizada que les ofrecía la oportunidad de reconstruir sus vidas cotidianas lejos de las miradas condenatorias de sus vecinos[60]. Del mismo modo podemos interpretar el generalizado intento por despolitizar sus reivindicaciones o peticiones y la asunción de la inconveniencia de la confrontación política, llegando, en algunos casos, a admitir su culpabilidad o la de sus familiares por actos pasados[61]. Así puede deducirse del escrito recibido por el gobernador

---

Provincias», 16 de abril de 1941. Véase también Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas (1936-1965),* Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014, pp. 210-215 y 222-230.

[58] AHRG, caja 6357, Jefatura comarcal de Betanzos, «Carta del Jefe Local de Oza de los Ríos», 6 de diciembre de 1952; «Carta del Jefe Local de Aranga», 11 de diciembre de 1952, y «Carta del Jefe Local de Cesuras», s. f.

[59] James C. SCOTT: *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance,* New Haven, Yale University Press, 2005. Su empleo para el régimen franquista en Ana CABANA: *La derrota...,* especialmente pp. 20-24.

[60] Angelina PUIG: «La Guerra Civil espanyola, una causa de l'emigració andalusa en la década dels anys cinquanta?», *Recerques,* 31 (1995), pp. 53-69, y George A. COLLIER: *Socialistas...,* p. 199.

[61] Jordi FONT: «Nosotros no nos cuidábamos de la Política. Fuentes orales y actitudes políticas en el franquismo. El ejemplo de una zona rural, 1939-1959»,

civil de Salamanca en 1940, en el que un grupo de viudas republicanas solicitaban un «pequeño auxilio diario para atender las necesidades más indispensables de la vida». Para ello, las remitentes no dudaban en apelar a la «justicia que impone nuestro Glorioso Caudillo» y reconocer el «pecado» cometido por sus maridos al admitir que éstos podían «ser acreedores de algún castigo»[62].

Después de todo era el régimen quien tenía la llave de la «normalización» cotidiana y, ya desde los años cuarenta, no escatimaría esfuerzos en mostrarse como exclusivo guardián exclusivo de la «paz» nacional. Asignando una ayuda económica a una familia republicana, inaugurando un nuevo comedor social, concediendo un racionamiento extraordinario o decretando un indulto, la dictadura ofrecía una imagen aparentemente compasiva y conciliadora que convencía a algunos de sus bondades. Pero, además, decisiones como la concesión de una ayuda de 150 pesetas a la viuda de Juan Arribas, jornalero de izquierdas asesinado en Salamanca en octubre de 1938 o respuestas afirmativas a la clemencia solicitada por los familiares de un preso podían ofrecer tantos réditos políticos como su denegación[63]. Con estas acciones, la dictadura no sólo extendía el mito de la magnanimidad y piedad de un «caudillo» que apaciguaba a sus subalternos y suavizaba la aplicación de la legislación punitiva, sino que creaba deudas y lazos útiles para el control de los vencidos y para lograr que rebajaran sus expectativas y dirigieran sus esfuerzos a mejorar sus condiciones de vida[64].

Bajo estos parámetros, la mayoría de la sociedad española acabó por acomodarse al nuevo modelo de relaciones de poder y a las con-

---

Historia Social, 49 (2004), pp. 49-66, y Aarón León Álvarez: *Consenso y resistencia en Canarias durante el primer franquismo,* Santa Cruz de Tenerife, Idea, 2008, pp. 224-225.

[62] AHPS, GC, caja 197/1, «Escrito elevado por unas viudas de La Alberca al Gobernador Civil de la Provincia», 21 de febrero de 1940. Cartas de este tipo pueden verse en Antonio Cazorla: *Cartas a Franco de los españoles de a pie,* Madrid, RBA, 2014.

[63] AHPS, GC, caja 44/1, «Ayuda económica», 6 de junio de 1940, y «Concesión de pensión a la viuda de Juan Arribas», 7 de julio de 1940.

[64] Ana Cabana: «De imposible consenso. Actitudes de consentimiento hacia el franquismo en el mundo rural (1940-1960)», *Historia Social,* 71 (2011), pp. 89-106, y Claudio Hernández Burgos: *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura, 1936-1976,* Granada, Editorial de la Universidad de Granada, 2013, pp. 205-206.

diciones que les garantizaban una relativa «normalidad» cotidiana. Se trataba de la respuesta lógica a la huella dejada por la guerra y sus secuelas, que se traducía en actitudes complejas y contradictorias, frecuentemente mediadas por elementos materiales, ideológicos y sentimentales, pero destinadas, en la mayoría de los casos, a la salvaguarda de sus propiedades, trabajos y familias[65]. Por este motivo, procuraban evitar el enfrentamiento directo con la dictadura, vaciando de contenido político sus palabras y sus actos. Sirva como ejemplo, lo sucedido en la localidad salmantina de Cabrillas, donde el jefe local de FET de las JONS denunció a varias mujeres por haber borrado letreros patrióticos de las fachadas de algunos edificios del pueblo. Las acusadas no tardaron en reafirmar su lealtad al régimen, negando cualquier intención de desafección y justificando que la tinta negra de los mismos «se había ido borrando con el paso del tiempo» y «las fachadas no quedaban adecentadas»[66]. Como ellas, muchos españoles corrientes intentaban no vulnerar los límites de tolerancia de un régimen para el que la línea que separaba lo político de lo no político era extremadamente delgada.

La expulsión del mundo de la política era parte de una estrategia de auto-distanciamiento mediante la que forjar espacios relativamente autónomos y eludir posibles confrontaciones con la dictadura. Pero esta manera de actuar ayudaba paralelamente a reforzar las estructuras hegemónicas, fundamentalmente a través de la adaptación y el acomodamiento al escenario propuesto por el franquismo[67]. El extendido rechazo de la población a embarcarse en aventuras políticas y ver su nombre ligado a unas siglas suscitó una

---

[65] Frank Trommler: «Between Normality and Resistance: Catastrophic Gradualism in Nazi Germany», *The Journal of Modern History,* 64 (1992), pp. 86-87.

[66] AHPS, GC, caja 188/3, «Carta del Jefe local de FET de las JONS de Cabrillas (Salamanca) sobre la eliminación de letreros patrióticos», 24 de mayo de 1940. Véase también Óscar Rodríguez Barreira: «Miseria, consentimientos y disconformidades. Actitudes y prácticas de jóvenes y menores durante la posguerra», en Óscar Rodríguez Barreira (ed.): *El franquismo desde los márgenes. Campesinos, mujeres, delatores, menores...,* Lleida, Universitat de Lleida y Universidad de Almería, 2013, pp. 165-185.

[67] Alf Lütdke: «Cash, Coffee-Breaks, Horse-Play: "Eigensinn" and Politics among Factory Workers in Germany around 1900», en Michael Hanagan y Charles Stephenson (eds.): *Confrontation, Class, Consciousness and the Labor Process: Studies in Proletarian Class Formation,* Westport, Greenwood Press, 1986, pp. 65-95.

profunda preocupación entre las jerarquías del partido único, crecientemente desengañadas ante la imposibilidad de construir una auténtica comunidad nacional de inspiración fascista. En 1945, la Falange cordobesa lamentaba la «apatía y un desinterés por las cuestiones políticas en la masa general de la opinión». Un año más tarde, los dirigentes del partido en Cuenca informaban de la «indiferencia predominante» hacia la política entre los habitantes de la provincia. Y es que, como señalaba el jefe provincial de FET de las JONS en Granada, la «inmensa mayoría» se desentendía «de toda política que no sea la de Abastos o la de Orden Público»[68].

Sin embargo, aunque el régimen no renunciaría al encuadramiento de la población y a su participación política, pronto se percató de que la movilización continua y entusiasta no era indispensable para su consolidación, al margen de aquellas ocasiones puntuales que lo requiriesen[69]. En primer lugar, porque la colaboración con la dictadura podía efectuarse desde ámbitos diferentes al del partido único, que no demandaban una implicación política *sensu estricto* o al menos no «tan política», como podían ser las organizaciones religiosas o las redes de poder local no controladas por Falange. En segundo lugar, porque incluso algunas instituciones del partido redujeron sus propósitos movilizadores, hasta el punto que, con el paso del tiempo, una parte de la sociedad entendió la participación en las mismas de manera «despolitizada» y asociada a fines educativos, culturales o recreativos, etc. Y, finalmente, porque, las dinámicas políticas a nivel local eran heterogéneas y cambiantes, con notables variaciones regionales, haciendo más habituales los casos de colaboración ocasional, los compromisos *a medias* y los acuerdos temporales de los que ambas partes podían obtener beneficio[70].

---

[68] AGA, Presidencia, caja 51/20666, «Parte de asuntos provinciales», Córdoba, diciembre de 1945, y «Parte de asuntos provinciales», Cuenca, agosto de 1946; y Cultura, caja 21/2360, «Parte de la Delegación de Prensa y Propaganda, Granada, febrero de 1947.

[69] Las dificultades para suscitar la participación en FO 498/1, «Law of Sucession Referendum», 8 de julio de 1947; AMAEI, legajo 11, «Plebiscito Spagnolo», 12 de julio de 1947, y AGA, Presidencia, caja 51/20804, «Informe sobre las elecciones municipales», Zaragoza, 1954. Los beneficios de la desmovilización en Michael Richards: *After the Civil War. Making Memory and Re-Making Spain Since 1936,* Cambridge, Cambridge University Press, 2013, p. 98.

[70] Yoo Woo Kim: «From "Consensus Studies" to History of Subjectivity: Some

Conclusiones

Durante los últimos años, el estudio de las actitudes sociales ha desvelado un panorama complejo, confuso e incluso desalentador, que ha requerido de numerosas precisiones y matices. Las duplicidades y las ambigüedades prevalecen sobre actitudes «netas», definibles de manera binaria y perfectamente clasificables. Esto ha hecho cada vez más necesario el empleo de categorías flexibles y dinámicas que den cuenta de los vaivenes y contradicciones propias de quienes desarrollaron sus vidas durante los años del franquismo.

A lo largo de las páginas precedentes se ha analizado este tipo de actitudes y comportamientos en el difícil mundo de posguerra, prestando especial atención a las difusas y fluidas «zonas grises» de la población. Al hacerlo, el retorno a la «normalidad» y la conservación de espacios de relativa seguridad frente a las problemáticas de la época emergen como elementos fundamentales para su comprensión. En la defensa de tales espacios, los españoles adoptaron actitudes y emplearon estrategias muy variadas, pero destinadas, generalmente, a favorecer su adaptación a un nuevo contexto. Las trasgresiones frente a los mecanismos de la autarquía, el respaldo moral a la resistencia armada, el rechazo a las tentativas belicistas de Falange o las reticencias al encuadramiento político alentado por el Estado eran parte de las mismas. Pero éstas convivían y se combinaban con la asimilación de las explicaciones oficiales a la situación de miseria, la percepción de la guerrilla como un obstáculo para olvidar la guerra, la valoración ciudadana de Franco como protector frente a un nuevo conflicto armado o la estigmatización de los procedimientos democráticos como generadores de convulsiones en el cuerpo social. Su análisis, por tanto, no puede ser disociado, sino que, por el contrario, requiere una mayor profundidad.

Quizás por ello, el estudio de la relación entre el Estado y la sociedad viene erigiéndose como una clave fundamental en este

---

Considerations on Recent Historiography on Italian Fascism», *Totalitarian Movements and Political Religion,* 10-3 (2010), pp. 327-337. Para el caso español, J. Alberto Gómez Roda: «Percepciones de las instituciones...», pp. 46-47, y Antonio Cazorla: *Fear and Progress. Ordinary lives in Franco's Spain,* Chichester, Wiley-Blackwell, 2010, p. 70.

campo. Si hace ya bastantes años, en la que era una de las primeras aproximaciones al tema, se afirmaba que la historiografía española no había abordado frontalmente el estudio de las interacciones entre las instituciones y las gentes, hoy éstas constituyen un elemento de atención preferente para los investigadores de la época franquista[71]. La evolución no es casual. Ni tampoco lo es que haya sido la esfera cotidiana el principal terreno para el estudio de tales relaciones. Es en ese mapa, tramado por los centros del poder político, por las instituciones económicas, los organismos religiosos y por otros múltiples agentes, donde se produjo el contacto diario entre los vecinos y el Estado. Es allí, en consecuencia, donde ha de dirigirse la mirada para examinar los espacios libres que encontraban algunos individuos a la hora de expresar su disconformidad hacia una determinada política o decisión del régimen; pero también para observar comportamientos como el compromiso parcial, la negociación, la reciprocidad limitada o los intereses compartidos entre dominantes y dominados[72]. Después de todo, las pugnas de poder, el reparto de los recursos económicos, el funcionamiento de las redes de parentesco y amistad, las lógicas clientelares y la interacción y el solapamiento entre «arriba» y «abajo» demuestran la necesidad de salir de esa dicotomía confortable entre poder y resistencia, calibrando en qué medida los españoles, en la búsqueda de esa *paz prometida,* ayudaron a la consolidación de la dictadura.

[71] María Encarna NICOLÁS: «Conflicto y consenso en la historiografía de la dictadura franquista: una historia social por hacer», en José TRUJILLANO SÁNCHEZ y José María GAGO GONZÁLEZ (eds.): *Jornadas Historia y Fuentes Orales. Historia y Memoria del franquismo, 1936-1939,* Ávila, Fundación Cultural Santa Teresa, 1997, pp. 27-38, esp. p. 28.

[72] Thomas LINDENBERGER: «Creating State Socialist Governance. The case of the Deutsche Volkspolizei», en Konrad H. JARAUSCH (ed.): *Dictatorship as Experience. Towards a Socio-Cultural History of the GDR,* Nueva York-Oxford, Berghahn Books, 1999, pp. 125-141.

Ayer 104/2016 (4): 203-228 ISSN: 1134-2277

El Chile de Allende y la España de Franco. Una alianza inesperada favorecida por la tensión entre Washington y Santiago

Pablo Sapag Muñoz de la Peña
Universidad Complutense de Madrid
pvsapag@pdi.ucm.es

Resumen: La contraposición ideológica de los Gobiernos chileno y español entre 1970 y 1973 insinúa relaciones bilaterales menos fructíferas que cuando gobernaba Chile la Democracia Cristiana o después del golpe de Estado de 1973. Documentos chilenos, españoles y estadounidenses revelan, sin embargo, una pragmática alianza con voluntad de proyección estratégica e inmune a conflictos puntuales. Todo ello facilitado por unos Estados Unidos circunstancialmente enfrentados a Chile, lo que, como en otras épocas de intensificación de los contactos bilaterales, demuestra la dependencia de las relaciones hispano-chilenas a la actuación de terceros.

Palabras clave: Chile/Allende, España/Franco, Estados Unidos/Kissinger, relaciones internacionales, socialismo.

Abstract: At first glance, the ideological differences between the Chilean and Spanish governments between 1970 and 1973 would seem to have impeded smooth diplomatic relations. The expectation would be that they were less fruitful than when Chile was ruled by the Christian Democratic Party, or than when the 1973 coup d'état ushered in a dictatorship. However, Spanish, Chilean and US documents reveal that despite the occurrence of minor conflicts, Franco's Spain and Allende's Chile established pragmatic links and were working towards transforming them into a strategic alliance. A United States government, confronted with Chile, helped facilitate this cooperation. As in other periods of Spanish-Chilean relations, bilateral contact was dependent on third-party intervention and mediation.

Keywords: Chile/Allende, Spain/Franco, USA/Kissinger, foreign affairs, Socialism.

Recibido: 17-04-2013 Aceptado: 19-09-2014

Introducción

Las relaciones entre España y Chile han sido históricamente complejas. Como otros Estados independizados de España a partir de 1810, Chile tardó décadas en ser reconocido por Madrid. Al poco de hacerlo en 1844[1] se produjo una nueva ruptura de diecisiete años por la guerra de 1866, que alineó a Chile con Perú en su conflicto con España por las islas Chincha. Al retomarse, el ensimismamiento español por la pérdida de sus últimas colonias ultramarinas en 1898 impidió un recorrido más allá de lo formal. Tampoco ayudó la ausencia de sólidos vínculos anteriores con un Chile con limitada huella demográfica y cultural hispana por su condición de mero bastión militar pero no económico o administrativo durante la colonia. La escasa inmigración española desde mediados del siglo XIX, en comparación a la de otros colectivos[2] y a lo ocurrido en Argentina o Brasil, también explica la modestia de esas relaciones[3]. Sólo la Primera Guerra Mundial y sus consecuencias impulsaron intercambios concretos, al encontrar Chile en España una alternativa a sus tradicionales compradores de salitre y un sustituto de sus tradicionales aliados militares. Así, y como trasluce la obra de Juan Luis Carrellán[4], el impulso a las relaciones bilaterales se debió más a la

[1] Las negociaciones para establecer relaciones diplomáticas se inician en 1838 con el envío a España del general chileno José Manuel Borgoño que negocia un acuerdo de paz y amistad suscrito el 25 de abril de 1844. Cfr. http://www.minrel.gob.cl/prontus_biblioarchivo/site/artic/20100524/pags/20100524112158.php.

[2] Nunca ha habido unanimidad en las cifras de extranjeros en Chile. Respecto a los españoles, Estrada o Presa Casanueva señalan que la doble nacionalidad y su ejercicio distorsionan los números. Diversas razones alteran los de otros colectivos. Es el caso de los árabes, segunda minoría étnica después de los mapuche, hoy con entre 350.000 y 550.000 miembros. Clasificados censal y alternativamente como otomanos, turcos, sirios, libaneses, palestinos o autodefinidos sólo como chilenos para evitar ser discriminados, nunca han sido considerados como un todo, lo cual ha beneficiado la mayor visibilidad de otros, como alemanes o españoles. Véase Antonia REBOLLEDO: «La "Turcofobia". Discriminación antiárabe en Chile, 1900-1950», *Historia,* 28 (1994), pp. 249-272, y Lorenzo AGAR y Antonia REBOLLEDO: «Los inmigrantes árabes en Chile. Los caminos de la integración», en Raymundo KABCHI (coord.), *El Mundo Árabe y América Latina,* Madrid, UNESCO, 1997, pp. 286-309.

[3] Baldomero ESTRADA: *Inmigración española en Chile,* Santiago, Nuevo Mundo-Universidad de Chile, 1994.

[4] Juan Luis CARRELLÁN: *Salitre y militares: las relaciones entre España y Chile (1900-1931),* Huelva, Universidad de Huelva, 2011, pp. 15, 39, 48, 51, 55 y 172-176.

coyuntura y a las decisiones de otros que a una voluntad estratégica compartida y capaz de proyectarse en el tiempo.

Coincidiendo con esas relaciones reactivas estalla la Guerra Civil española, motivo de una nueva crisis bilateral por el refugio en la embajada chilena en Madrid y en otras legaciones bajo su pabellón de unos 2.000 simpatizantes de los sublevados el 18 de julio de 1936. La situación desatará la molestia del Gobierno republicano y unas tortuosas negociaciones sobre la evacuación de los refugiados[5] en las que Chile esgrimía su condición de miembro del Consejo Permanente de la Sociedad de Naciones, condicionando su voto en cuestiones españolas. La posible ruptura fue otra de las cartas de un Chile donde crecía un Frente Popular como los de Francia y España que llegó al poder en octubre de 1938. Con las tropas de Franco en Madrid, los refugiados en la embajada chilena la abandonaron. Su lugar fue ocupado por republicanos perseguidos, lo que deterioró las relaciones entre Gobiernos ideológicamente ya distanciados. El 17 de julio de 1940, España rompió relaciones por unos insultos a Franco en un acto al que asistía el presidente chileno Aguirre Cerda. Las causas, desarrollo y consecuencias de esa ruptura, el aprovechamiento que de ella hizo Estados Unidos en el marco de una Doctrina Monroe que históricamente presidió sus relaciones con los países latinoamericanos[6] y el rechazo de éstos al protagonismo de España en la región son tratados por Blanca Buldaín[7].

Los vínculos se reanudaron el 18 de septiembre de 1940, aunque sin vigor. Lo impidió la Segunda Guerra Mundial, el aislamiento de España y sus divergencias ideológicas con un Chile que tras el Frente Popular fue gobernado por un Partido Radical alejado del franquismo. También, y como constante en esas relaciones, la distancia de una parte de la elite chilena que por origen étnico[8] es ajena al ideal

---

[5] Juan Eduardo Vargas, Juan Ricardo Couyoumdjian y Carmen Gloria Duhart: *España a través de los informes diplomáticos chilenos, 1929-1939,* Santiago, Antártica, 1994.

[6] Study Prepared in Response to National Security Study Memorandum 15, Washington, July 5, 1969, http://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76ve10/d4#fn1.

[7] Blanca Buldaín: «Las difíciles relaciones con Chile en la inmediata posguerra civil», *Espacio, tiempo y forma. Historia contemporánea,* 2 (1989), pp. 89-111.

[8] La inmigración europea de mediados del siglo xix modificó la elite chilena, rezagada en sus contactos con España por la lejanía y escasa importancia del Chile

panhispánico inspirador de la política americana del franquismo[9]. Por todo eso las relaciones siguieron siendo tan vulnerables al hacer de otros como bilateralmente correctas en su modestia.

Así se llega a la década de 1960, en la que España se ha reinsertado internacionalmente tras el Concordato con la Santa Sede, los acuerdos con Estados Unidos y la entrada en la ONU. Todo eso en un marco de apertura económica tras el Plan de Estabilización de 1959 y una gestión más pragmática de las relaciones exteriores, especialmente con América Latina. Ejemplo emblemático de ello son los vínculos con la Cuba revolucionaria a partir de 1959[10]. Para Fermandois, ese «antecedente de Cuba, donde Franco se negó a seguir las aguas norteamericanas [...] se podía repetir ante Allende y así mostrar algo que se pareciera a una cara "progresista" en política exterior»[11].

Por su parte, Chile está en efervescencia. Las expectativas generadas por el reformismo democristiano del presidente Frei (1964-1970) no colmaban las aspiraciones de parte de una sociedad que llegará polarizada a las elecciones de septiembre de 1970. Una fracción, por sus expectativas de cambio; la otra, por su temor al mismo.

Elección de Allende. De la inquietud a la oportunidad para España

Los comicios son seguidos de cerca y desde el comienzo de 1970 por la embajada española en Chile. Ya el 2 de enero el embajador Miguel Lojendio[12] alerta sobre la polarización del proceso, de

---

colonial en comparación al Perú y otras plazas. Como señalan Simon Collier y William F. Sater en *Historia de Chile 1808-1994,* Madrid, Cambridge University Press, 1998, esos extranjeros no españoles influyeron «desproporcionada» e «indeleblemente» en la sociedad chilena (pp. 93-95 y 157-159).

[9] Véase Eduardo González Calleja y Fredes Limón Nevado: *La Hispanidad como instrumento de combate,* Madrid, CSIC, 1988.

[10] Joaquín Roy: *Cuba y España: relaciones y percepciones,* Madrid, Biblioteca Cubana Contemporánea, 1988.

[11] Joaquín Fermandois: «Interpretación histórica de las relaciones hispanochilenas: el sentido de una pregunta», *Estudios Internacionales,* 32 (1999), pp. 36-54.

[12] Lojendio sirvió en Chile durante la República española, contra la que se rebeló al estallar la Guerra Civil. Abrió una representación oficiosa de la España fran-

la que responsabilizó sólo a la Unidad Popular (UP)[13]: «Podrá V.E. apreciar el carácter extremista del programa izquierdista, principalmente en los sectores económico y social [...] cuya eventual puesta en práctica se juzga como muy problemática dado su matiz excesivamente revolucionario»[14].

Ese alarmismo también se aprecia en el embajador español en Washington, influenciado por la hostilidad de la Administración Nixon hacia Allende y su posible victoria electoral:

> «Se acentúa la preocupación norteamericana ante la posibilidad de que pueda instaurarse un régimen marxista a través de un proceso democrático [...] podría ser de resultados catastróficos para la política norteamericana en América Latina porque aumentaría hasta extremos peligrosos la influencia de Fidel Castro, sin contar con el aumento de prestigio que significaría tanto para Rusia como para China. Se considera también que el triunfo de Allende sería un definitivo golpe de gracia para la Alianza para el Progreso, lanzada para mejorar y fortalecer las instituciones democráticas. No se descarta la posibilidad de que si el triunfo marxista se produce pudiera traer como consecuencia un golpe militar, que si bien no es visto con especial simpatía, podría considerarse un mal menor»[15].

El rechazo estadounidense al ascenso de Allende, que correctamente capta la diplomacia española, no sólo tiene que ver con la Guerra Fría. Según Tanya Harmer[16], también con las crecientes dificultades de la política de Washington en América Latina. Los diplomáticos de Estados Unidos son conscientes de que la victoria de Allende evidencia esos problemas: «The situation in South America

---

quista y la sección de Falange Española en Chile. Su hermano Juan Pablo fue representante oficioso de Franco en Buenos Aires durante la guerra y luego embajador en La Habana, donde tuvo un incidente con Fidel Castro que se vio por televisión.

[13] Partido Socialista, Partido Comunista, Partido Radical, Movimiento de Acción Unitaria, Izquierda Cristiana, Partido Social Demócrata y Acción Popular Independiente.

[14] Miguel Lojendio a ministro de Asuntos Exteriores (AAEE) de España, 2 de enero de 1970, Archivo Ministerio de Asuntos Exteriores de España (AMAE), Madrid, Archivo Renovado (R)-11395, exp. 4.

[15] Jaime de Argüelles, a ministro de AAEE de España, 3 de septiembre de 1970, AMAE, R-11395, exp. 4.

[16] Tanya Harmer: *Allende's Chile and the Inter-American Cold War,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2011.

has been deteriorating steadily from our point of view. The coddling of leftists as in Chile has been proven a failure. This situation will continue unless we take positive steps to change it»[17].

El triunfo electoral de Allende se confirma el 4 de septiembre, aunque deberá esperar la ratificación constitucional del Congreso Pleno el 24 de octubre. El Ministerio de Exteriores español, sin embargo, reaccionó con tranquilidad, demostrando que la incompatibilidad ideológica no obstaculizaría unas relaciones que podrían sustentarse en otros elementos:

«Allende es personalidad sinceramente pro español y orgulloso de su origen vasco[18] pero tanto por su militancia política como por su pertenencia a la masonería es decidido enemigo del Régimen. Inteligentemente tratado y si España hace potenciar sus relaciones con Cuba y su actual apertura al Este no habría que temer ninguna actitud anti-española [...] ha visitado España en varias ocasiones, la última en abril del pasado año, como presidente del Senado, y se le podría hacer ver los grandes beneficios que para Chile puede constituir una colaboración comercial, técnica y cultural con España, ideas que, al parecer, han encontrado excelente recepción entre altos dirigentes UP»[19].

En ese informe también se insta a tranquilizar a los españoles residentes[20]. Según los diplomáticos en Santiago, para muchos las simpatías de Allende por España pesaban menos que la amenaza

[17] Memorandum From the Senior Military Attaché in Paris (Walters) to the President's Assistant for National Security Affairs (Kissinger), Washington, November 3, 1970. http://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76ve10/d30#fn1#fn1.

[18] En eso Allende contrasta con otros presidentes chilenos de los últimos ochenta años, cuyos primeros apellidos revelan la ausencia de la conexión hispana: Alessandri —Arturo y Jorge—, Frei —Eduardo, padre e hijo—, Pinochet, Aylwin y Bachelet. Otros mandatarios con apellido hispano, como Lagos, desarrollaron igualmente relaciones más estrechas con España.

[19] Dirección General de Política Exterior Ministerio de AAEE a Consejo de Ministros Gobierno de España, 11 de septiembre de 1970, AMAE, R-11395, exp. 4.

[20] Los diplomáticos españoles en Santiago establecieron paralelismos con los refugiados en la embajada chilena en Madrid durante la Guerra Civil, destacando con alarmismo el número de chilenos que querían emigrar. Véase el informe reservado del embajador de España en Chile Miguel Sainz de Llanos al Ministerio de AAEE, 11 de septiembre de 1970, AMAE, R-11395, exp. 4.

que podía representar para sus intereses económicos. Pero el Ministerio no estaba dispuesto a que esas posiciones complicaran una estrategia ante el cambio chileno enmarcada en la pragmática política hacia América Latina con la que el ministro de Exteriores Gregorio López Bravo intentó mejorar las posibilidades españolas en la región[21]. «Habrá de tratarse de que se apacigüen sus temores, insistiendo cerca de ellos para que tengan confianza en el futuro y sigan como hasta ahora contribuyendo con su esfuerzo a la prosperidad del país»[22]. Para lograrlo instruye claramente a sus representantes en Santiago[23]:

> «Unidad Popular promete expresamente respetar el comercio y la industria pequeños y medianos a los que se dedica la mayoría de la colonia española en Chile. Estima este Ministerio que el buen criterio de V.E. ha de presidir la solución de los problemas que se plantean [...] teniendo en cuenta los intereses políticos de España en ese país y la protección que ha de otorgarse a nuestros nacionales, sin precipitarse, dada la presión lógica a que en estos momentos está sometida esa Embajada»[24].

Días después el propio López Bravo señalaba que «las gentes ahí se han alarmado demasiado y están tomando decisiones un tanto precipitadas». De paso intentaba tranquilizar al embajador. «Me doy cuenta perfectamente de las presiones que sufrirá en estos momentos esa Embajada, tanto por parte de nuestros compatriotas ahí residentes como por los chilenos que desean abandonar el país»[25]. Para aliviarlo envió a Santiago un secretario de embajada de refuerzo.

Casi confirmada la elección de Allende por el Congreso Pleno, España intenta posicionarse lo mejor posible. Por parte chilena, y

---

[21] María José Henríquez: «El prestigio pragmático: Iberoamerica en la política exterior de Gregorio López Bravo, 1969-1973», en *Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales,* Madrid, CEHRI, 2008.

[22] Dirección General de Política Exterior a Consejo de Ministros Gobierno de España, 11 de septiembre de 1970, R-11395, exp. 4.

[23] También hubo chilenos que se marcharon: los «rusos blancos» de Chile, en alusión a los sucesos rusos de principios del siglo xx.

[24] López Bravo, ministro de AAEE de España, a Sainz de Llanos, 29 de septiembre de 1970, AMAE, R- 11395, exp. 4.

[25] López Bravo a Sainz de Llanos, 7 de octubre de 1970, AMAE, R-11395, exp. 4.

aunque aún no se ha producido el cambio de mando, se busca una representación española de alto nivel en los actos de inauguración del presidente Allende: «López Bravo acogió con gran interés invitación cuya importancia recalqué debidamente. Me expresó su especial deseo de presidir misión siempre que sus compromisos [...] le den margen de tiempo para cumplir programa en Chile, pues para fin de mes está contemplado su regreso de N. York a París. En todo caso me aseguró que delegación será presidida a nivel ministerial»[26].

Poco después el embajador Sainz de Llanos se entrevistó con el presidente electo para pulsar sus intenciones y poder perfilar la posición española, a escenificar en la inauguración de Allende. De ese encuentro dio cuenta en un informe más positivo que anteriores suyos y que permite vislumbrar la aspiración española de aprovechar el conflicto en ciernes entre el Chile de Allende y Estados Unidos[27]:

> «Allende en su línea política ha seguido un camino honesto y consecuente, y son muchos los que estiman que persistirá en ella, respetando su compromiso de hacer un Gobierno pluripartidista como su promesa de mantener las estructuras que garantizan la organización democrática del país y las libertades individuales. Por último, sólo me queda comentar la favorable acogida del Presidente Electo en la visita que le hice ayer para felicitarle por su nombramiento. Al referirme al artículo publicado por el diario "Ya" acerca del futuro político chileno y recogido por esta prensa, Allende me dijo que lo había leído con interés y, por la forma de decírmelo he podido deducir que apreciaba la objetividad de sus juicios. Precisamente aquella misma noche el comentarista internacional del Canal estatal de Televisión, recogió de forma muy positiva el comentario del "Ya", contrastándola con otras opiniones publicadas en diarios y semanarios norteamericanos, que según el comentarista, no han conseguido comprender la realidad chilena»[28].

---

[26] Sergio Sepúlveda García, embajador de Chile en España, a ministro de Relaciones Exteriores (RREE) de Chile, 14 de octubre de 1970, Archivo Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile (AMRREE), Santiago, Fondo Países (F. Países), España.

[27] Sobre las relaciones de Estados Unidos con el Chile de Allende, véase Nathaniel Davis: *Los dos últimos años de Salvador Allende,* Barcelona, Plaza y Janés, 1986, y la documentación estadounidense desclasificada y hecha pública por la Freedom of Information Act. http://foia.state.gov/searchcolls/CollsSearch.asp.

[28] Sainz de Llanos a López Bravo, 29 de octubre de 1970, AMAE, R-11395, exp. 4.

El primer ejercicio visible de ese deseo de aprovechar el lugar que Estados Unidos podía dejar por su «incomprensión» del proceso chileno fue la composición de la delegación a la inauguración de Allende. Se pretendió que superase a la de Estados Unidos, objetivo sencillo ya que desde el comienzo la administración Nixon explicitó su desagrado con el giro chileno, algo que captó la diplomacia española en Washington: «Delegación norteamericana a toma de posesión del nuevo presidente de Chile estará presidida por el subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos Charles A. Meyer. Hasta el momento el Presidente Nixon no ha enviado ninguna felicitación al Doctor Allende»[29].

Franco, mientras, remitió a Allende dos felicitaciones telegráficas y le presentó la delegación a su toma de posesión: «Ruego a Vuestra Excelencia se digne aceptar y tener por mi Embajador Extraordinario en Misión Especial [...] a Don Gonzalo Fernández de la Mora, Ministro de Obras Públicas»[30].

Sobre el impacto de la Misión Sainz de Llanos telegrafió: «Ministro Obras Públicas ha celebrado entrevistas con presidente Congreso y ministros chilenos Exteriores, Agricultura, Interior y Salud, todos los cuales han reiterado deseo estrechar relaciones con España»[31]. La prensa chilena, mientras, elogió el despliegue. En una entrevista, Fernández de la Mora expresó que «defendemos la libre determinación de los países; porque nosotros, por muchos años, sufrimos la ingerencia de algunos Estados en nuestros asuntos internos»[32]. Por parte española, la estatal Agencia EFE fijó la línea de lo que se deseaban óptimas relaciones hispano-chilenas, presentando a España a la par que Estados Unidos en cuanto a capacidad de influencia en América Latina: «El mandatario de la Nación chilena solamente rompió hoy la norma tradicional de no recibir a las misiones oficiales extranjeras en privado con el subsecretario de Estado de los Estados Unidos para asuntos iberoamericanos [*sic*],

---

[29] Jaime de Argüelles a López Bravo, 28 de octubre de 1970, AMAE, R-11511, exp. 48.

[30] Francisco Franco a Salvador Allende, 2 de noviembre de 1970, AMAE, R-11511, exp. 48.

[31] Sainz de Llanos a López Bravo, 5 de noviembre de 1970, AMAE, R-11511, exp. 48.

[32] Víctor González, «España se cuadra con Chile en la batalla contra el subdesarrollo», *La Tercera,* Santiago, 6 de noviembre de 1970.

Charles Meyer, y con la misión de España»[33]. Exteriores transmitió a todas sus embajadas en América Latina que la Misión Especial «ha constituido un éxito rotundo [...] y el propio Presidente de la República agradeció el alto nivel de nuestra Misión»[34].

Mientras, el embajador chileno en Madrid se reunió con Franco, quien le expresó «sumo interés por la tarea iniciada por Presidente Allende para alcanzar altos fines de justicia social e independencia económica del país, deseándole el mayor éxito»[35]. Poco después Chile aplaudió la firma en Madrid del Convenio de Asistencia Técnica bilateral. El acto permitió a López Bravo presentar un ejemplo tangible de la nueva política española hacia América Latina, basada en relaciones económicas y técnicas en lugar de la retórica sobre el pasado común. Días antes López Bravo fijó en Naciones Unidas las líneas de esa política. En ese contexto situó el embajador chileno en Madrid la firma del acuerdo. «No podía ser más halagadora para el Ministro López Bravo esta feliz coincidencia que daba crédito inmediato a sus palabras»[36].

Todo eso ocurría mientras en Estados Unidos crecía la alarma por el restablecimiento de relaciones de Chile con Cuba decidido por Allende. Se resquebrajaba así el aislamiento diplomático al que a instancias de Washington fue sometida La Habana desde 1962 tras su exclusión de la OEA y la ruptura de relaciones con la isla de los demás países americanos, salvo México y Canadá: «Note that while we expect Allende to proceed carefully, his ultimate intentions seem clear; recognition of Cuba is just the first step toward establishment of a hostile regime which will be aligned against the interests of the free nations of the hemisphere»[37].

---

[33] Agencia EFE, Santiago, 4 de noviembre de 1970.

[34] Dirección General de Política Exterior a Subdirección General de Asuntos de Iberoamérica Ministerio de AAEE de España, 25 de noviembre de 1970, AMAE, R-11511, exp. 48.

[35] Sergio Sepúlveda a Gabinete del ministro de RREE de Chile, 25 de noviembre de 1970, AMRREE, F. Países, España.

[36] Sergio Sepúlveda a ministro de RREE de Chile, 30 de noviembre de 1970, AMRREE, F. Países, España.

[37] Memorandum Arnold Nachmanoff, National Security Council Staff to President's Assistant for National Security Affairs (Kissinger), Washington, November 16, 1970, y Foreign Relations of the United States, 1969-1976, vol. E-10, Documents on American Republics, 1969-1972, doc. 31, http://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76ve10/d31.

Ese primer motivo de fricción entre el Chile de Allende y la Administración Nixon llevará a ésta a fijar con claridad su actitud hacia el nuevo Gobierno de Santiago: «We intend to pursue a correct but cool policy, but will be watching Allende's actions carefully and will react appropriately to them»[38]. Esas acciones serían políticas, económicas y diplomáticas y buscaban impedir que el ejemplo chileno afectara la política hemisférica de Estados Unidos y permitieran a Allende culpar a Washington de sus problemas[39].

Comienzo de una relación estratégica. López Bravo viaja a Chile

En marzo de 1971, la relación bilateral hispano-chilena fue alimentada sustancialmente al incluir el ministro de Exteriores español Chile en su gira latinoamericana. En informe confidencial, su representante en Madrid reveló las expectativas chilenas:

«Aunque la visita de López Bravo revista principalmente carácter político [...] es manifiesta también su intención de iniciar una campaña de asistencia económica y técnica con el deseo de reemplazar en mejores condiciones otros capitales extranjeros debido a la excelente situación financiera alcanzada este último año y a que España no produce recelos en nuestro continente [...] En cuanto a la logística del viaje, ha existido gran preocupación para que los programas sean equilibrados entre los distintos países que visitará y no se provoquen susceptibilidades. A pesar de ello se ha dado la sensación [...] de que nuestro país sería la atracción principal del viaje»[40].

Para que nada empañase la visita de López Bravo, su embajador en Santiago lo previno sobre sus interlocutores chilenos:

«Todos los elementos de Gobierno, sin excepción, están en contra de nuestro régimen. La posición doctrinaria en extremo izquierdista de esos

[38] *Ibid*.

[39] Editorial Note Foreign Relations of the United States, 1969-1976, vol. IV Foreign Assistance, International Development, Trade Policies, 1969-1972, doc. 149, http://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v04/d149.

[40] Mariano Fontecilla, encargado de Negocios a. i. de Chile en Madrid a Clodomiro Almeyda, ministro de RREE de Chile, 17 de marzo de 1971, AMRREE, F. Países, España.

elementos se ve, a veces, dulcificada por el afecto que en el orden personal pueden tener por España. El presidente Allende la admira en el fondo y además dentro de sus principios, en orden a las relaciones internacionales, prescinde de la cuestión régimen y desea sinceramente que las relaciones España-Chile se acrecienten en los aspectos que interesan a este país —cooperación técnica, comercio, etc.— [...] En todo caso, no sería de extrañar que se organizara alguna manifestación o acto público de protesta ante la presencia de un ministro de un régimen calificado aquí como fascista»[41].

López Bravo viajó a Chile entre el 24 y el 26 de marzo de 1971 después de visitar Argentina y Brasil y antes de hacerlo a Uruguay y Paraguay. Previamente publicó un artículo que enmarca la gira en su pragmática política latinoamericana:

«Mientras nosotros hemos pasado muchas veces la vida entonando cantos de amor y embebidos en la dulce correspondencia sentimental de nuestros hermanos de ultramar, otros países han segado el campo y recogido la cosecha [...] Se trata ahora de que con un sentido mucho más amplio y con la recolección de experiencias con anchura y densidad, podamos ofrecer a los países americanos que hablan nuestra lengua, nuestra técnica y nuestros artífices»[42].

López Bravo se entrevistó dos veces con Allende, una de ellas fuera de protocolo, al visitarlo el mandatario sorpresivamente la noche del 24 en el hotel próximo al Palacio de La Moneda en el que el canciller Almeyda le ofrecía una cena. También se reunió con el ministro de Economía Vuskovic y con el nuncio apostólico, monseñor Sótero Sanz, quien le informó «que no han molestado a la Iglesia pero que pueden «chilenizar» el clero, lo que afectaría al 60 por 100 del mismo, en su mayoría español»[43]. En ese mismo informe al vicepresidente del Gobierno español Carrero Blanco, el ministro añade de su puño y letra un comentario que descubre el utilitarismo con el que enfrentaba las relaciones con el Chile de

[41] Sainz de Llanos a Gabriel Fernández Valderrama, subsecretario de AAEE de España, 11 de febrero de 1971, AMAE, R-25679.

[42] Gregorio López Bravo, «Una hispanidad acorde con nuestro tiempo», *Nuevo Diario,* Madrid, 16 de marzo de 1971.

[43] López Bravo a Luis Carrero Blanco, 25 de marzo de 1971, AMAE, R-25679, exp. 7.

Allende. «He sugerido al Nuncio la posible conveniencia de que los sacerdotes y religiosos españoles adopten la nacionalidad chilena. Le ha parecido bien». En el avión a Montevideo, López Bravo escribió a Carrero un informe más amplio: «Creo que, en Chile, nadie como nosotros puede evitar que caiga en la órbita de Moscú y que vale la pena intentarlo. [...] es una oportunidad histórica y quizá la última, pues si Chile derrapa definitivamente hacia el marxismo, ¡pobre Hispanoamérica!, dadas sus escasas reservas ideológicas y morales [...] en Chile era imposible prever un resultado tan positivo de mi gestión»[44].

Los informes de López Bravo son la base de una nota «secreta» de su gabinete técnico para algunos ministros. Igualmente sirvieron para redactar otros informes con detalles sobre la relación bilateral no señalados por López Bravo:

> «Por primera vez ha visitado Chile un Ministro de Exteriores de España y el Presidente Allende se ha mostrado extremadamente cordial [...] Agregó que deseaba que el gobierno de Franco tuviera una exacta dimensión de lo que quieren y de por qué luchan y que necesitaban ayuda y comprensión, esperándola de España más que de ningún otro país [...] Sostuvo que no quiere ligarse con exceso a un sector del mundo socialista y que no desea pasar de un bloque a otro, sino abrir un camino de Chile para los chilenos y que en esta labor era fundamental su colaboración con España [...] España tiene hoy una oportunidad excepcional en Chile, si se decide a dedicarle atención y ciertos medios económicos»[45].

Neruda y otros desafíos a la nueva relación hispano-chilena

Poco después del viaje de López Bravo, el régimen español demostró su pragmatismo al enfrentar las declaraciones en la televisión francesa del poeta comunista Pablo Neruda, embajador chileno en París y la UNESCO. En tono alarmista e irónico, el delegado español ante ese organismo comenta los dichos del vate, sumándose así a las quejas del embajador español en Francia:

---

[44] López Bravo a Luis Carrero Blanco, 26 de marzo de 1971, AMAE, R-25679, exp. 7.

[45] Dirección General de Iberoamérica Ministerio de AAEE de España a «La Superioridad», 20 de abril de 1971, AMAE, R-25679, exp. 7.

«Tengo que confesar mi regodeo ante el hecho de que un intelectual de "l'Amérique Latine" en lugar de proclamarse hijo de la revolución francesa, se proclamase, y paladinamente, hijo de la revolución española. Dijo que el impacto de la renovación política y, sobre todo, intelectual, operada por la República del 31, así como el de la revolución popular del 36, fue el mayor recibido en su vida [...] Oyendo hablar a Neruda me confirmaba más y más en la composición que ya tenía de que la revolución pacífica chilena es la trampa donde puede caer toda América y con ella el universo mundo»[46].

También molestaron unas declaraciones del embajador chileno en Rumania sobre el pasado imperial español. Como en otros informes, aparece la vieja escuela diplomática española, que en lugar de competir pragmáticamente con Estados Unidos en América Latina, como deseaba López Bravo, muestra su resentimiento hacia Washington por su influencia hemisférica a partir de la Doctrina Monroe y la guerra con España en 1898. El embajador hispano en Bucarest señala:

«Alude intempestivamente a la «heroica lucha de los dacios contra el Imperio Romano» (aquí tienen más bien orgullo en subrayar la herencia romana), así como a la lucha de los araucanos contra el Imperio español [...] coincidente con los conocidos deseos vergonzantes de muchos norteamericanos que hubieran querido sustituir la influencia espiritual y cultural española mediante el fomento de un artificioso orgullo nacional a través del indianismo»[47].

Otro incidente se produjo por los actos conmemorativos de la proclamación de la Segunda República Española en Chile. La participación de un senador en representación oficiosa de Allende y del dramaturgo español Alfonso Sastre no pasa desapercibida a los servicios de inteligencia españoles en Santiago:

«El senador se refirió al gobierno español como cueva de traidores, ofendiendo al Caudillo repetidas veces, haciendo hincapié en que pese a

[46] Emilio Garrigues a López Bravo, 19 de abril de 1971, AMAE, R-13439, exp. 84.

[47] Eduardo Casuso a López Bravo, 15 de abril de 1971, AMAE, R- 13439, exp. 84.

la llegada del Ministro de Exteriores español, y a la firma de convenios, el gobierno chileno apoyaba la República Española, que en el futuro se establecería, [...] la gran amistad que sentía el Presidente Allende por los representantes de la República Española, añadiendo que había tenido gran placer en recibir a periodistas españoles con motivo de la "Operación Verdad"[48] [...] Habló posteriormente Sastre sobre las torturas de la policía española, que había sufrido personalmente»[49].

Con esos incidentes lidió el nuevo embajador chileno en Madrid, Óscar Agüero Corvalán, amigo personal de Allende, que al nombrarlo subrayaba la importancia que otorgaba a España. Durante la presentación a Franco de sus credenciales Agüero fijó los objetivos de una misión

«imbuida del espíritu de cooperación dentro de la independencia ideológica, que tan bien había expresado durante su viaje a Chile el Ministro López Bravo, allí presente [...] Luego recalqué el deseo de Chile de poder sustituir, llegado el caso, parte de la ayuda extranjera que se recibe por la que pueda prestarnos España [...] el Jefe del Estado, como es su costumbre, puso especial atención y luego, junto con comentar la exitosa visita de López Bravo a Chile, me dijo que como representante de mi país, y en especial del Presidente Allende, tenía abiertas todas las puertas»[50].

Pese al buen pie con el que Agüero inició su gestión, pronto tuvo que afrontar una crisis. Los dichos de Neruda y otros representantes chilenos centraron su primera entrevista en el Ministerio de Exteriores, en buena medida convocada por esos episodios. Pese a la molestia, España mantuvo la mesura necesaria para conservar su relación con Chile:

«Como muestra del deseo del gobierno español de evitar todo posible obstáculo a las buenas relaciones, se decidía comunicar al Embajador, en el terreno más confidencial, que se había propuesto a la Superioridad hacerle

[48] Programa de visitas de intelectuales y artistas europeos invitados a principios de 1971 por el Gobierno chileno.

[49] Alto Estado Mayor a Ministerio de AAEE de España, 6 de mayo de 1971, AMAE, R-13439, exp. 84.

[50] Óscar Agüero a Clodomiro Almeyda, 4 de mayo de 1971, AMRREE, F. Países, España.

entrega de un memorándum —volviendo a insistir que no de protesta— sobre la intervención del Embajador Neruda [...] El señor Embajador volvió a insistir en sus deseos de máxima cordialidad en las relaciones con España y de las especiales instrucciones al respecto por el Presidente Allende [...] después de la conversación celebrada, no parece ya oportuno hacer llegar al Embajador el memorándum que se había preparado, por entender que el objetivo buscado ha sido conseguido ampliamente»[51].

Por parte chilena, motivo de fricción fue el centenario conflicto con Bolivia por la Guerra del Pacífico (1879-1883). Una declaración de los cancilleres boliviano y español en La Paz molesta en Chile. Santiago ordenó a Agüero la presentación de una queja verbal. El embajador se mostró satisfecho con las explicaciones e informó confidencialmente: «podemos estar tranquilos porque la postura de buena amistad de España hacia Chile permanece invariable»[52].

España demostró nuevamente su buena disposición con motivo del terremoto que en julio de 1971 dejó en Chile pérdidas de 250 millones de dólares. A sugerencia de su agregado comercial en Santiago, ofreció un crédito para adquirir bienes españoles por 12,5 millones de dólares y una ayuda inmediata de 6 millones de pesetas para la compra de alimentos y medicinas[53]. Estados Unidos, mientras, transfirió a Chile ayuda directa por 861.985 dólares[54], aunque no ofreció préstamos, suspendidos desde el triunfo de Allende[55].

A finales de 1971, España buscaba reemplazante al jubilado embajador Sainz de Llanos. Chile no ocultó su satisfacción con el candidato: «El nombre del posible sucesor no es desconocido para nuestro país pues se trata del Delegado de España en Ginebra quien favoreció a Chile para conseguir la sede de la UNCTAD[56], lo

[51] Subdirección General de Iberoamérica Ministerio de AAEE de España a «La Superioridad», 12 de mayo de 1971, AMAE, R-13439, exp. 84.

[52] Óscar Agüero a Clodomiro Almeyda, 23 de julio de 1971, AMRREE, F. Países, España.

[53] Director general de Política Comercial a secretario de Estado, 15 de julio de 1971, AMAE, R-17920, exp. 2.

[54] Agency for International Development «Case Report. Chile's earthquake. July 8 1971», Washington DC, 1971, http://pdf.usaid.gov/pdf_docs/PNADQ732.pdf.

[55] Cfr. Editorial Note Foreign Relations of the United States, 1969-1976, vol. IV, Foreign Assistance, International Development, Trade Policies, 1969-1972, doc. 149. http://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v04/d149.

[56] III Conferencia de Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo.

que le mereció ser agraciado con la Gran Cruz del Mérito de Chile, la primera que en esta graduación otorgó el actual gobierno»[57].

La UNCTAD fue inaugurada por Allende en Santiago el 13 de abril de 1972. Encabezaba la delegación española el ministro de Comercio, Enrique Fontana Codina, a quien Allende dijo que las relaciones bilaterales «son mejores que nunca», destacando el papel de España en la renegociación de la deuda externa chilena[58].

El éxito de la delegación española en la UNCTAD supuso un alivio para el nuevo embajador Pérez Hernández, cuyos primeros pasos fueron complicados. A principios de 1972 protestó por unos «comentarios ofensivos» hacia Franco y los monarcas Alfonso XII y XIII en televisión. La Cancillería chilena respondió que el propio Allende instruyó a los medios de comunicación para que mantuvieran «el trato deferente y cortés a que son acreedores los Jefes de Estado y autoridades de países con los cuales Chile mantiene relaciones diplomáticas»[59].

A Pérez Hernández también lo inquietaba el futuro de los negocios de la pequeña pero poderosa colonia española en los sectores ferretero, panadero, maderero, asegurador y financiero. En este último se origina un problema, pues el Banco Español-Chile es estatalizado con maniobras de las que informó el embajador: «La más eficaz ha sido la de provocar conflictos laborales o problemas fiscales, e intervenir, con esta excusa, los bancos, desplazando de su dirección a sus legítimos propietarios, que normalmente acababan por vender sus acciones para evitar mayores males [...] Por estos procedimientos pasó al Estado el control del Banco Español»[60].

Pérez Hernández mencionó otras empresas de españoles en peligro de ser estatalizadas. En todos los casos evitó mencionar «la palabra protesta, o dar a mis gestiones el menor tono de acritud, porque creo que nuestras mayores posibilidades de éxito en estos

---

[57] Óscar Agüero a Clodomiro Almeyda, 19 de octubre de 1971, AMRREE, F. Países, España.

[58] Para más antecedentes sobre esa cuestión, véase María José Henríquez: «Los mil días hispano-chilenos, 1970-1973», tesis doctoral inédita. Universidad Autónoma de Madrid, julio de 2008.

[59] Ministerio de RREE de Chile a Embajada de España, 16 de marzo de 1972, nota verbal núm. 5925, AMRREE, F. Países, España.

[60] Pérez Hernández a Dirección General de Política Exterior, 18 de febrero de 1972, AMAE, R-17965, exp. 19.

casos dependen del mantenimiento del actual clima de cordialidad y cooperación»[61].

Ese clima recibió un nuevo impulso con la visita a España entre el 7 y el 12 de junio de 1972 del canciller chileno Clodomiro Almeyda. Durante la preparación del viaje, el embajador Agüero obtuvo de España apoyo para la Conferencia de Renegociación de la Deuda Chilena y una destacada participación en la UNCTAD. A cambio, ofreció «la visita de una alta personalidad» que entusiasmó a los españoles: «Sospecho que puede tratarse del propio Presidente, puesto que aludió al pluralismo chileno y Allende quizás venga en visita oficial a Bulgaria y Yugoslavia, lo que daría unión a países de distinto signo político. Si así fuera, mi opinión sería decididamente favorable a la aceptación de esta visita que —como V.E. recordará— no quiso efectuar el Presidente Frei cuando estuvo en Europa Occidental»[62].

Almeyda se entrevistó con Franco y López Bravo, quien afirmó que su Gobierno «es tan respetuoso con la voluntad nacional de los chilenos como siempre ha deseado que los demás pueblos lo sean para su propia voluntad nacional [...] la amistad chileno-española no sólo se mantiene, sino que se afianza»[63]. La respuesta de Almeyda es inequívoca respecto al buen momento bilateral: «Reafirma Chile su fidelidad tradicional hacia los principios de autodeterminación de los pueblos y de no intervención en los asuntos internos de los estados [...] España y Chile son celosos observantes de esos principios. Por eso ahora pueden volcar sus voluntades y energías a hacer más fecundas y provechosas sus relaciones»[64].

De la alianza diplomática al beneficio económico mutuo: Acuerdo Corfo-Pegaso

La prueba más importante de lo fructíferas que resultaron esas pragmáticas relaciones bilaterales aprovechando el vacío dejado por

[61] Pérez Hernández a Dirección General de Política Exterior Ministerio de AAEE de España, 18 de febrero de 1972, AMAE, 17965, exp. 19.

[62] Carlos Robles Piquer a subsecretario Ministerio de AAEE de España, 25 de enero de 1972, R-10430, exp. 3.

[63] Discurso de López Bravo, *La Vanguardia,* Barcelona, 9 de junio de 1971.

[64] *Ibid*.

Estados Unidos se dio en el sector automotriz. A poco andar la Administración Allende, las empresas estadounidenses que ensamblaban vehículos en Chile se retiraron, siguiendo la política del Gobierno Nixon. Al tiempo Chile establece un plan para racionalizar el sector masificando la motorización de los chilenos y fomentando la exportación al resto de América Latina de vehículos chilenos. Para ello se establecen tres categorías: utilitarios; camiones y autobuses, y vehículos intermedios. Cada una de las tres plantas de ensamblado se dedicaría a una categoría. En la licitación para camiones y autobuses participa la española ENASA-Pegaso, que había comenzado su internacionalización exportando vehículos pero aún no tenía fábricas fuera de España.

Participan, además y entre otras, las filiales brasileña y argentina de Mercedes, British Leyland, la japonesa Toyota y la italiana FIAT. En principio, y con esos competidores, ENASA-Pegaso lo tenía difícil. Sin embargo, el nuevo tono de las relaciones hispanochilenas mejoró sus opciones. En septiembre de 1972, FIAT hizo una última oferta incluyendo un préstamo de 50 millones de dólares al desfinanciado Estado chileno. Pérez Hernández se entrevistó urgentemente con Allende para intentar reconducir las cosas a favor de Pegaso. En telegrama «muy urgente y muy secreto», el embajador español reveló los detalles de una entrevista en la que recordó a Allende «la comprensión y ayuda demostrada en todo momento por el gobierno español añadiéndole que nuestro concepto de la amistad nos hacía muy difícil comprender que se alegara un caso de "rebus sic stantibus" en una licitación cuyas bases cumplíamos sobradamente incluso en su propia opinión». Tras dos horas, el propio Allende resumió a Pérez Hernández la entrevista señalándole que «la licitación automotriz en este momento está resuelta a favor de Pegaso y ello en aras de la amistad y comprensión demostradas por España».

Allende le anunció al embajador que enviaría una misión económico-financiera —«a España y solamente a España, no a Italia porque no me vendo al mejor postor»— para solicitar ayuda financiera. Según Pérez Hernández, Allende le «recalcó que dicha ayuda no condicionaría su decisión añadiendo que su última y definitiva resolución me la comunicará personalmente de inmediato. Sus palabras y actitud en esta quinta audiencia sobre el tema, me hacen confiar —aunque con reservas debido a esta innecesaria y sorprendente

dilación— en la inmediata resolución favorable a Pegaso»[65], finalmente confirmada el 10 de octubre. Al día siguiente los medios chilenos destacaban que su oferta era financieramente más conveniente que la de FIAT. Explicaron que bancos españoles prestarían 3 millones de dólares para la renegociación de la deuda chilena, «demostración adicional del criterio de cómo España estaba enfrentando sus relaciones con Chile». El comunista *El Siglo* señalaba que «otras naciones como Cuba revolucionaria también han firmado convenios con Pegaso, adquiriendo 2.500 máquinas, lo cual demuestra el pragmatismo de una política exterior española en América Latina que claramente prescinde de diferencias ideológicas».

El mismo 11 de octubre se firmó en el Palacio de la Moneda la constitución de la empresa mixta CORFO-Pegaso para fabricar, entre 1973 y 1980, 60.000 chasis de camiones y autobuses y 100.000 motores diesel entre 1974 y 1980. Anualmente 10.000 vehículos debían salir de la planta de Casablanca, situada entre Valparaíso y Santiago. Incluyendo sus capítulos no automotrices, el contrato podría ascender a 250 millones de dólares en los siguientes siete años y si el flujo comercial bilateral alcanzaba su óptimo. La ceremonia estuvo presidida por Allende, quien, en clara alusión a las empresas estadounidenses, dijo que «bueno es señalar la diferencia que existe entre empresas multinacionales que expresan el interés de los países que confluyen en el esfuerzo común para materias trascendentes, a las conocidas empresas transnacionales que imponen o pretenden imponer por sobre la voluntad de los pueblos, sus intereses»[66].

En *La Tercera* del 14 de octubre, el periodista Fernando Reyes Matta destacó que el acuerdo se firmó «mientras un grupo de camioneros ha buscado crear dificultades a todo el país [...] se establecía una sociedad industrial de enormes perspectivas de respuesta para ese gremio y el país». En ese contexto de una larga huelga de transportistas y otros gremios, Chile concedió a ENASA-Pegaso la planta de Casablanca, hasta 1971 en manos de la estadounidense Ford y desde entonces cedida para el ensamblaje de camiones

[65] Pérez Hernández a López Bravo, 7 de septiembre de 1972, AMAE, R-10432, exp. 1.

[66] Pérez Hernández a López Bravo, 11 de octubre de 1972, AMAE, R-10432, exp. 1.

FIAT con motores fabricados en Argentina. Durante la negociación se incluyó por parte española una línea de crédito para que Chile comprara productos españoles. Parte de ese crédito de 25 millones de dólares, al 6,5 por 100 de interés con dos años de gracia y ocho de amortización, estaba destinado a la exportación a Chile de 1.500 camiones Pegaso. De ellos 600 se habían comprometido el 16 de diciembre de 1971, pero los problemas financieros chilenos retrasaron un envío cuya importancia no escapó al Departamento de Estado de Estados Unidos, que lo recoge como hecho destacado de la política económica de Allende durante su primer año de mandato[67]. El resto de camiones se remitiría a cuenta de la producción de la planta de Casablanca, que debía acondicionarse, por lo que sólo podría producir a mediados de 1973 en un contexto en el que claramente los vehículos se necesitaban en Chile.

Durante la huelga de camioneros de octubre de 1972 se redoblaron los esfuerzos de la Dirección Nacional de Abastecimiento y Distribución (DINAC) y se estableció una red de distribución paralela a la privada. En ese marco de huelgas de transportistas y otros sectores, los camiones Pegaso resultaban indispensables. También los autobuses fabricados por la empresa española. A finales de su gobierno, el antecesor de Allende, el democristiano Eduardo Frei, compró 490 autobuses Pegaso para la Empresa de Transportes Colectivos del Estado, otra pieza fundamental para enfrentar los paros patronales contra el Gobierno, que se sucederían en 1973. Durante ese periodo la implementación de la planta de Casablanca acaparará unas relaciones bilaterales en consolidación tras la inversión diplomática de los dos años precedentes. El propio Allende incluyó a España entre los países que cooperaban con su país. En su discurso de 4 de diciembre de 1972 ante la Asamblea General de la ONU, y después de denunciar implícitamente la actitud del gobierno de Estados Unidos hacia el suyo y directamente el bloqueo y hostigamiento de muchas empresas estadounidenses, Allende sostuvo que pese a todo Chile no estaba solo: «La gran mayoría de los países de Europa Occidental, desde el extremo norte con los países escandinavos, hasta el extremo sur con España, han seguido cooperando con Chile y nos han significado su comprensión»[68].

---

[67] Cfr. http://foia.state.gov/documents/CHILE2/000002D5.pdf.

[68] Gonzalo Martner (comp.): *Salvador Allende 1908-1973. Obras escogidas,*

Palabras similares expresó en Madrid el representante chileno en la Conferencia Iberoamericana de Ministros de Planificación Gonzalo Martner. «España ha puesto en marcha un sincero programa de cooperación, dando un alto ejemplo de solidaridad»[69]. Declaraciones que apenas ocultan el reproche a unos Estados Unidos que no veían con buenos ojos el despliegue español en América Latina, en el que se encuadra la pragmática relación con el Chile de Allende. El informe confidencial de la embajada estadounidense en Madrid al Departamento de Estado sobre la conferencia es revelador:

«With much fanfare the Spanish inaugurated on may 21 the Ibero-American planning and development ministers conference [...] López Bravo read the litany of Spanish «Assistance» to Latin America along with his peripatetic travels to 17 Ibero-American countries [...] High flown phrases aside, all that Spain has offered to do is sell some more of its products on non-concessional export credit terms. One does not need to be an Ibero —American brother or a philanthropically inclined to do this. The polite but not committal public statements of the Latin American RE the Spanish embrace probably reflect their perception of this fact. Furthermore, the tutelary big brother routine probably grates more than it ingratiates, which is something the Spanish apparently yet to perceive. While the GOS speakers continually use the term Ibero-American, the visitors just as pointedly tended to avoid the term and usually referred to themselves as Latin-Americans»[70].

Esa negativa percepción estadounidense sobre la política latinoamericana de España tenía que ver con sus dificultades para mantener su hegemonía hemisférica. Los altos funcionarios estadounidenses tenían claro que ello se debía a la timorata política latinoamericana de Washington pero también al ejemplo del Chile de Allende, que en plena Guerra Fría se sumaba al antecedente cubano:

Santiago, Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, 1992, p. 646.

[69] *ABC,* 23 de mayo de 1973, p. 71.

[70] Embajada de Estados Unidos en Madrid a Departamento de Estado, NARA Declassified/Released US Department of State EO Systematic Review, June 30 2005.

«There has been no Presidential address on Latin America in two years. There has been no legislation on general tariff preferences [...] and we have not been able to obtain the replenishment for the Inter-American Development Bank. [...] All of this has had a deleterious effect on our relations with Latin America. At the same time we have a new government in Chile which provides an alternative model to other Latin American countries and which is increasingly hostile and potentially dangerous to us. [...] We have in the past taken a Hemispheric approach. Now that we are faced with Chile and Cuba and the development of military governments in other countries, is it possible to take this approach? I am just asking the question. I don't know the answer. If you group the Latin Americans as a unit, you force them to pool their weaknesses against us, as, for example, in the expropriation crisis in Chile.The governments that have the most to fear from Chile feel they have to join with Chile. Is a multilateral approach the best or should we look at Latin American relations as a series of bilateral relationships?»[71].

Frente a ese desconcierto, una alianza estratégica hispano-chilena interrumpida, sin embargo, por el golpe de Estado en Chile del 11 de septiembre de 1973. Pérez Hernández reconoció su sorpresa por la fecha y la contundencia del mismo: «Nadie sospechaba ni de lejos que el Movimiento Militar comenzaría el día 11 a la madrugada»[72]. Pese a ello, y obviamente respondiendo a una directriz ministerial, actuó con el mismo pragmatismo anterior. El 12 de septiembre por la noche, una patrulla militar le entrega una nota de la Cancillería que indicaba que la Junta Militar que se había hecho cargo del Gobierno continuaría la política exterior de Chile, manteniendo con España las mejores relaciones. El embajador contestó que «es práctica inveterada del gobierno español, en casos como el presente, de cambio de régimen, y siguiendo la doctrina Estrada, el no formular reconocimiento explícito alguno, por considerar que las relaciones no quedan interrumpidas»[73].

---

[71] Henry Kissinger en Senior Review Group Meeting, Washington, 17 de agosto de 1971, FRUS 1969-1976, vol. E-10, Documents on American Republics, 1969-1974, doc. 48, http://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76ve10/d48.

[72] Pérez Hernández a Gabriel Fernández Valderrama, subsecretario de AAEE de España, 21 de septiembre de 1973, AMAE, R-13851.

[73] Dirección General de Política Exterior a Secretaría General Técnica Consejo de Ministros, 21 de septiembre de 1973, AMAE, R-13851.

No fue el único gesto español a la Junta. A sugerencia del embajador, el 22 de septiembre un DC-8 de la compañía Spantax aterriza en Chile con plasma, alimentos infantiles, antibióticos y vendas por 10 millones de pesetas, transporte incluido. En ese avión, y con autorización ministerial[74], fueron repatriados algunos connotados españoles refugiados en la embajada, entre ellos el asesor político de Allende, Joan Garcés, y su hermano Vicente, agrónomo de la Corporación para la Reforma Agraria.

Todos esos gestos de España con la Junta permitirán a Pérez Hernández lograr compromisos de las autoridades en casos como el del sacerdote asesinado por militares Joan Alsina. El ministro de Interior le prometió el nombramiento de un fiscal especial para ese caso y el inmediato reagrupamiento de los españoles encerrados en el Estadio Nacional y su liberación si así procediese: «Si hubieran de ser sometidos a la justicia militar el ministro chileno le ha dado su palabra de que se instruirá al fiscal para que en ningún caso se pidiera la pena de muerte»[75].

El Gobierno militar chileno respondió con la rápida designación de un embajador en Madrid en sustitución de Agüero. Se trató del general Francisco Gorigoitía, que el 6 de octubre viajó a Madrid afirmando que «esperamos estrechar aún más los vínculos de amistad entre España y Chile». Eso no ocurrió porque a principios de 1974 las empresas automotrices estadounidenses que abandonaron Chile tras el triunfo de Allende anuncian su vuelta con el beneplácito de la Junta. En junio, los responsables de la Comisión Nacional Automotriz señalaron que el convenio con Pegaso no convenía a Chile y que se convocaría una nueva licitación de las plantas de ensamblaje[76].

---

[74] «El Embajador informó que, conforme con la autorización concedida por el MAAEE, y por darse las circunstancias indicadas de extremas razones de humanidad, dio asilo a tres súbditos españoles y uno chileno». Informe sobre la situación en Chile de la Subdirección General de Asuntos de Iberoamérica para la Dirección General de Política Exterior, Madrid, 24 de octubre de 1973, AMAE R-13851.

[75] Dirección General de Política Exterior a Secretaría General Técnica Consejo de Ministros, 5 de octubre de 1973, AMAE, R-13851.

[76] Matías Rodríguez Inciarte, jefe de la Oficina Comercial de España en Chile, a ministro de Comercio de España, 24 de junio de 1974, AMAE, R- 22531, exp. 11.

Conclusiones

Contraviniendo sus diferencias ideológicas, el Chile de Allende y la España franquista establecieron extraordinarias relaciones bilaterales. Esos vínculos se sustentaban en la necesidad política de reafirmar el compartido principio de no intervención en asuntos de otros Estados, motivada precisamente por las peculiaridades ideológicas de ambos Gobiernos. Por otra parte y como en el periodo posterior a la Primera Guerra Mundial, el pragmatismo con el que ambos enfrentaron esas relaciones descansaba en la obligación de hacer frente a coyunturas económicas disímiles pero complementarias. España necesitaba consolidar su industrialización internacionalizando sus empresas. Chile buscaba aumentar la producción y masificar el consumo. Para eso necesitaba los capitales y la tecnología que desde el acceso de Allende al poder Estados Unidos le negaba. Ambos objetivos se cruzarán y darán lugar al acuerdo entre CORFO y ENASA-Pegaso, resultado de un pragmatismo desideologizado y cultivado con las visitas recíprocas de los cancilleres López Bravo y Almeyda. También del establecimiento de cauces de diálogo que permitieron superar episodios en los que la pasión ideológica de algunos políticos y diplomáticos amenazaron la alianza bilateral.

Solo el golpe de Estado impidió desarrollar todo el potencial de esa alianza, permitiendo que Estados Unidos recuperara e incluso aumentase su tradicional influencia en Chile. En ese giro influyó la política pero también otros aspectos. Así, las simpatías personales que Allende mostró por España, y que contribuyeron a que la apuesta estratégica y de Estado del Gobierno de Franco fuese bien recibida en Chile, fueron sustituidas por los recelos que una elite chilena llena de elementos no hispanos ha mostrado tradicionalmente hacia España y lo español. Esos elementos, entonces muy vinculados a una Armada chilena que impuso su visión económica neoliberal a las otras ramas de las Fuerzas Armadas[77], inspiraron el cambio económico impuesto por la Junta. Entre sus primeras medidas, la denuncia del convenio entre CORFO y Pegaso, ejemplo

[77] Véase Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Óscar Sepúlveda: *La Historia oculta del régimen militar,* Santiago, Grijalbo-Mondadori, 1997, pp. 28-29 y 109-123.

tangible de esas relaciones contra pronóstico entre la España de Franco y el Chile de Allende. Unos vínculos facilitados por la intransigencia de Estados Unidos hacia Chile y que por lo mismo, al cambiar Washington su postura, impidió la profundización de esa nueva etapa de las relaciones chileno-españolas. Como en otras ocasiones a lo largo de la historia, éstas fueron más dependientes de lo que otros hacían o dejaban de hacer que de la voluntad y capacidad permanentes para convertir las relaciones bilaterales en prioritarias y por lo mismo más resistentes a las acciones de terceros.

ENSAYO BIBLIOGRÁFICO

Ayer 104/2016 (4): 231-246 ISSN: 1134-2277

Las Fuerzas Armadas y la sociedad en la España democrática: un estado de la cuestión

Carlos Navajas Zubeldia
Universidad de La Rioja
carlos.navajas@unirioja.es

Resumen: El objeto de este ensayo es analizar el campo de estudios sobre las Fuerzas Armadas y la sociedad en un espacio y tiempo determinados: la España democrática (entre 1975 y 2015). Dicha historia está marcada por tres grandes fases: la democratización (1975-1996), la profesionalización (1996-2008) y la crisis (2008-2015). Dentro de la primera se desarrolla una larga transición militar (hasta 1989) que desborda los límites convencionales de lo que hasta ahora se ha entendido como transición militar (1982). En conclusión, existe un notable paralelismo entre la historia de las Fuerzas Armadas y la sociedad durante todo este periodo y la de la España democrática, pues en ambos casos la historia del presente se va haciendo cada vez menos presente conforme nos acercamos a su punto final.

Palabras clave: Fuerzas Armadas, sociedad, España democrática (1975-2015), estado de la cuestión.

Abstract: The object of this essay is to analyse the study of the relationship between armed forces and society in democratic Spain (between 1975 and 2015). The armed forces went through three major stages during this period: democratisation (1975-1996); professionalisation (1996-2008); and crisis (2008-2015). The first stage featured a long military transition, which lasted until 1989; it did not end in 1982 as many conventional accounts have held. In conclusion, a parallel can be drawn between the history of the Spanish armed forces and society and the general history of democratic Spain. In both cases, contemporary history becomes gradually less present in historiography as it approaches its end.

Keywords: Armed forces, society, democratic Spain (1975-2015), state of the question.

Recibido: 28-07-2016 Aceptado: 23-09-2016

Introducción

Los conceptos de «Fuerzas Armadas» y «sociedad» en el título de este ensayo hacen referencia tanto a una realidad histórica —la que en este caso se desarrolla a partir de 1975— como a otra historiográfica y por extensión científico-social, pues ambos definen un campo de estudios: justamente el de *Fuerzas Armadas y sociedad.* La biblia de esta disciplina de disciplinas sigue siendo una obra editada en castellano en 1984 y en inglés tres años antes: *Las fuerzas armadas y la sociedad*[1].

Como sostienen sus autores, Harries-Jenkins y Moskos Jr., el sintagma de Fuerzas Armadas y sociedad tiene una «connotación más incluyente» que el de sociología militar, al que califican de «más limitado». A su juicio, aquel concepto ejemplifica un «enfoque más amplio» del estudio de las Fuerzas Armadas y la sociedad, pues tiene en cuenta «la influencia del entorno y de los factores *históricos* y sociológicos en la organización militar»[2]. Dicho enfoque «escapa de la posible esterilidad de los análisis que se concentran en una perspectiva estructuralista que hace hincapié en la estabilidad, continuidad y homogeneidad de los valores militares mientras desatiende el conflicto o lo considera disfuncional». Con brevedad, el análisis de las Fuerzas Armadas y la sociedad incluye, a la vez, la «dinámica interna» de los ejércitos y los «procesos de intercambio» entre éstos y la sociedad[3].

En consecuencia, la noción de Fuerzas Armadas y sociedad comprende, entre otros, la de historia militar; efectivamente, las Fuerzas Armadas y sus relaciones con la sociedad son estudiadas por sociólogos, politólogos, economistas, juristas, psicólogos, etc., y también por historiadores. Sin embargo, la historia militar no es monolítica. Ésta ha sido adjetivada con dos calificativos: antigua y nueva. En opinión de Harries-Jenkins y Moskos Jr., mientras que el objeto central de análisis de la historia militar antigua es el choque armado, el de la nueva —o «guerra y sociedad»— es la vida militar

[1] Gwyn Harries-Jenkins y Charles C. Moskos Jr.: *Las fuerzas armadas y la sociedad,* Madrid, Alianza Editorial, 1984.

[2] La cursiva es mía.

[3] Gwyn Harries-Jenkins y Charles C. Moskos Jr.: *Las fuerzas armadas...,* p. 120.

y las instituciones relacionadas con la guerra[4]. No obstante, ambos consideran que el «punto débil» de los estudios del campo «guerra y sociedad» es que «fenómenos tales como la clase social, las instituciones, la religión y el asentimiento público son completamente ignorados o considerados de una forma acrítica»[5].

En definitiva, Harries-Jenkins y Moskos Jr. clasifican el campo de las Fuerzas Armadas y la sociedad en tres áreas, epígrafes o campos de interés: el primero es el militar profesional y la organización militar; el segundo, las relaciones entre civiles y militares, y el tercero, la «sociología» de la guerra y de los conflictos entre grupos armados o, dicho con otras palabras, «el análisis científico-social de los cursos, procedimientos y consecuencias del conflicto armado»[6]. No obstante, ambos autores reconocen que los temas de la paz, la seguridad nacional y la estrategia también se encuentran dentro de los límites del campo de las Fuerzas Armadas y la sociedad[7]. A los que se podrían agregar otros tan importantes como el de la ideología militar o la política pública en los temas de la defensa (o, dicho en otros términos, la política de seguridad y defensa, a la que prestaremos una atención especial en este texto)[8].

Las Fuerzas Armadas y la sociedad van a ser analizadas en este ensayo bibliográfico durante un periodo y un marco espacial específicos, citados también en el título: la España democrática. Sobre su historia e historiografía no podemos detenernos aquí, pues se trataría de otro estado de la cuestión. No obstante, a lo largo de este texto veremos que hay un cierto paralelismo entre el examen de la historia de la España democrática y el de sus Fuerzas Arma-

---

[4] *Ibid.,* p. 65.

[5] *Ibid.,* p. 66. Sobre la historia militar, véase la segunda edición de Stephen Morillo y Michael F. Pavkovic: *What is Military History?,* Cambridge (UK), Polity Press, 2013.

[6] Gwyn Harries-Jenkins y Charles C. Moskos Jr.: *Las fuerzas armadas...,* pp. 47-48 y 50.

[7] *Ibid.,* pp. 44-45.

[8] Sobre el concepto de ideología militar hay que seguir recurriendo a un texto todavía más antiguo que el de Harries-Jenkins y Moskos Jr. Nos referimos al ensayo de un sociólogo holándes, Jacques Van Doorn: «Ideology and the Military», en Morris Janowitz y Jacques Van Doorn (eds.): *On Military Ideology,* Rotterdam, Rotterdam University Press, 1971, pp. XIII-XIX. La política pública en temas de defensa es mencionada en «Inter-University Seminar on Armed Forces and Society» (informe adjunto a la carta personal de Charles C. Moskos de 9 de agosto de 1991).

das y su relación con la sociedad en el sentido de que el número de estudios va decreciendo conforme nos acercamos a la actualidad entendida en su acepción más restrictiva. Ello debería llevar a preguntarnos hasta qué punto la historia del presente en España es *de facto* una historia sin presente, tema que también daría para otro ensayo de esta misma naturaleza.

Desde nuestro punto de vista, la historia de las Fuerzas Armadas y su relación con la sociedad durante el periodo democrático se desarrolla en tres etapas claramente diferenciadas: la primera es la transición militar, que, como veremos más adelante, se alarga hasta finales de los años ochenta, por cierto igual que ocurrió con otras transiciones sectoriales, como pueden ser la exterior o la sindical, que concluirían en torno a las fechas citadas, y la fase de relativa indefinición (un auténtico interludio) en la política de seguridad y defensa en particular que transcurre entre 1989 y 1996, es decir, durante las dos últimas legislaturas de Felipe González; la segunda es indudablemente la posterior a 1996, año en el que el nuevo Gobierno de José María Aznar decidió profesionalizar o *voluntarizar* —valga el neologismo— las Fuerzas Armadas españolas, medida que indudablemente tenía un acusado calado histórico; y la tercera, la posterior a 2008, año en el que comienza la gran recesión en nuestro país, la cual ha afectado por supuesto a las Fuerzas Armadas españolas.

Hemos de advertir que, dadas las limitaciones de espacio existentes para la realización de este trabajo, habrá obras, artículos o ensayos en obras colectivas que no podamos citar en el mismo, sin que ello quiera decir que no tengan interés para el conocimiento de la historia de las Fuerzas Armadas y la sociedad durante la España democrática.

Democratización

La transición democrática es indudablemente uno de los temas estrella de la historiografía contemporaneísta del siglo XX junto a la Guerra Civil y, en consecuencia, el gran tema de la historia del presente en nuestro país. Por ello, no es de extrañar que la transición militar, vista en su forma canónica (hasta 1982) o contemplada de una forma más novedosa (hasta 1989), sea también otro asunto ca-

pital de la historia de las Fuerzas Armadas y la sociedad durante el periodo democrático, porque indudablemente el secular «problema militar» y su solución planeó sobre el desarrollo de la transición y consolidación democráticas en general.

En efecto, la transición militar corta —valga la expresión—, es decir, la que transcurre entre 1975 y 1982, ha sido estudiada por numerosos autores, desde historiadores como Puell de la Villa[9], Cardona[10], Boyd y Boyden[11]; científicos sociales como Felipe Agüero[12]; sociólogos como Julio Busquets[13]; juristas como Fernández López[14], López Ramón[15], Lafuente Balle[16] y Blanco Valdés[17]; politólogos como Labatut[18], etc. Y dentro de dicha transición corta uno de

---

[9] Fernando Puell de la Villa: *La transición militar,* Colección Testimonios, Documento de Trabajo 6/2012, Madrid, Fundación Transición Española, 2012. Puell de la Villa es autor también de una más que notable biografía del general Gutiérrez Mellado: *Gutiérrez Mellado. Un militar del siglo xx (1912-1995),* Madrid, Biblioteca Nueva, 1997. Acerca de este personaje, véase también Fernando Puell de la Villa y Silvia Ángel Santano (eds.): *El legado del general Gutiérrez Mellado,* Madrid, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-UNED, 2013.

[10] Gabriel Cardona: *Las torres del honor. Un capitán del ejército en la Transición y el golpe de Estado del 23-F,* Barcelona, Destino, 2011.

[11] Carolyn P. Boyd y James M. Boyden: «The Armed Forces and the Transition to Democracy in Spain», en Thomas D. Lancaster y Gary Prevost (eds.): *Politics and Change in Spain,* Nueva York, Praeger, 1985, pp. 94-124.

[12] Felipe Agüero: *Militares, civiles y democracia. La España postfranquista en perspectiva comparada,* Madrid, Alianza Editorial, 1995.

[13] Julio Busquets: *Pronunciamientos y golpes de Estado en España,* Barcelona, Planeta, 1982; íd. (ed.): *El papel de las Fuerzas Armadas en la transición española, Revista Española de Investigaciones Sociológicas,* 36 (1986); íd.: «Las Fuerzas Armadas en la transición española», *Sistema,* 93 (1989), pp. 13-28; íd.: «La legislación militar en la transición española», *Revista de las Cortes Generales,* 22 (1991), pp. 153-182, e íd.: «Las fuerzas armadas en la transición española», en s. a., *La transición política española,* Madrid, Instituto de Europa Oriental, 1992, pp. 73-86.

[14] Javier Fernández López: *El rey y otros militares. Los militares en el cambio de régimen político en España (1969-1982),* Madrid, Trotta, 1998.

[15] Fernando López Ramón: *La caracterización jurídica de las Fuerzas Armadas,* Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1987.

[16] José María Lafuente Balle: *El rey y las fuerzas armadas en la Constitución,* Madrid, EDERSA, 1987.

[17] Roberto L. Blanco Valdés: *La ordenación constitucional de la defensa,* Madrid, Tecnos, 1988.

[18] Bernard Labatut: *Renaissance d'une puissance: politique de défense et réforme militaire dans l'Espagne démocratique,* París, Fondation pour les Etudes de Défense National, 1993.

los temas estrella ha sido, por supuesto, el 23-F, sobre el que hay un mar de publicaciones[19]. Otro tema interesante, pero menos conocido, es el correspondiente a la política de seguridad y defensa desarrollada por Alberto Oliart Saussol como ministro de Defensa del Gobierno de Calvo Sotelo. En este sentido, sobresale un ensayo suyo titulado «Las Fuerzas Armadas en la transición política»[20]. Por último, habría que destacar las *réplicas* del 23-F, como fueron indudablemente el 27-O, el 2 de junio de 1985 o el «ruido de sables» que se produjo en el seno del ejército tras el atentado de Hipercor del 19 de junio de 1987 y los que tuvieron lugar inmediatamente después. En los dos últimos casos durante la transición militar larga, lo cual, por supuesto, es altamente significativo[21].

Respecto a esta transición militar que se alarga en el tiempo, hay que destacar dos obras principalmente, aparte de otras citadas previamente que desbordan los límites de la transición castrense corta: la primera es la tesis doctoral de la historiadora Raquel Barrios Ramos, quien explícitamente prolonga la transición militar hasta 1989, tesis que compartimos plenamente. En sus palabras: «hasta que no fue promulgada una ley, que en este caso fue la de la Función Mili-

[19] Acerca del 23-F, cfr. en particular Javier Fernández López: *Diecisiete horas y media. El enigma del 23-F,* Madrid, Taurus, 2000; Javier Calderón Fernández y Florentino Ruiz Platero: *Algo más que el 23-F. Testimonios y vivencias en torno a la Transición española,* Madrid, La Esfera de los Libros, 2004; Francisco Medina: *Memoria oculta del Ejército. Los militares se confiesan (1970-2004),* Pozuelo de Alarcón (Madrid), Espasa, 2004; Roberto Muñoz Bolaños: *La involución militar en la Transición: el golpe de Estado del 23-F,* tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2012, y Pilar Urbano: *La gran desmemoria. Lo que Suárez olvidó y el Rey prefiere no recordar,* Barcelona, Planeta, 2014. La reacción que provocó la publicación de esta obra en determinados círculos (neo)monárquicos es digna de mención.

[20] En s. a., *Veinticinco años de reinado de S. M. don Juan Carlos I,* Madrid, Real Academia de la Historia-Espasa Calpe, 2002, pp. 587-621.

[21] Sobre el 27-O, cfr. Javier Fernández López: *Militares contra el Estado. España: siglos XIX y XX,* Madrid, Taurus, 2003, pp. 176-202, y María Antonia Iglesias: *La memoria recuperada: Lo que nunca han contado Felipe González y los dirigentes socialistas de sus años de gobierno,* Madrid, Aguilar, 2003, pp. 699-700. Acerca del *putsch* previsto para el 2 de junio de 1985 en La Coruña, véase Javier Fernández López: *Militares contra el Estado,* pp. 202-207. Y sobre el «ruido de sables» posterior al atentado de Hipercor, cfr. «Ardanza afirma que hubo riesgo de golpe de Estado tras el atentado de Hipercor», *El País,* 19 de junio de 2012. Estas declaraciones del ex *lehendakari* del Gobierno vasco no fueron desmentidas por Felipe González, por poner un ejemplo.

tar [*sic*], dictada en 1989, no se consideró acabado definitivamente el ciclo de inserción del Ejército en el Estado democrático; dándose por concluido el trabajo reformador»[22], aunque, matizando las apreciaciones de la autora, las razones que justifican la conclusión de la transición militar hacia 1989 son varias, como veremos inmediatamente después, y, por otra parte, la modernización o reforma de los ejércitos no concluyó en 1989. Y la segunda es la de Narcís Serra, ministro de Defensa entre 1982 y 1991, en la que el autor concluye *de facto* sus «reflexiones» sobre la democratización de las Fuerzas Armadas en 1989, dos años antes de que finalizara su mandato[23]. Porque, efectivamente, a finales de los ochenta se producen algunos cambios notables que nos permiten hablar de la conclusión de la transición militar, teniendo en cuenta, eso sí, que hay una relación dialógica entre cambio y continuidad. Así, en 1988 se inició la integración de las mujeres en las Fuerzas Armadas, tema estudiado por ejemplo por la historiadora Remedios Álvarez Terán en su tesis doctoral *La feminización de las Fuerzas Armadas españolas (1988-2011)* o por la socióloga Valentina Fernández Vargas en su libro *Las militares españolas*[24]. Además, en 1989 comenzaron las misiones de paz (después llamadas internacionales), asunto clave, pues contribuyó a la lenta mejora de la imagen de las Fuerzas Armadas en la sociedad española, que se vio acrecentada tras la suspensión —que no supresión— del Servicio Militar Obligatorio (SMO). Este tema ha sido estudiado, por ejemplo, por el contemporaneísta José Luis Rodríguez Jiménez en su libro *Las misiones en el exterior*

---

[22] Raquel Barrios Ramos: *El proceso de transición democrática de las Fuerzas Armadas españolas 1975/1989,* Madrid, Ministerio de Defensa, 2006, p. 24. Véase también *ibid.,* p. 387.

[23] Narcís Serra: *La transición militar. Reflexiones en torno a la reforma democrática de las fuerzas armadas,* Barcelona, Debate, 2008. En la historiografía militar española contemporánea es habitual hablar del poder militar; sin embargo, se echa en falta una mayor reflexión teórica acerca de esta noción. Curiosamente, el propio Serra hace implícitamente una buena definición de lo que podría ser dicho concepto, tan característico de la transición militar —fuera corta o larga—: el ejército considerado como una institución —no como una profesión— independiente, apolítica y suprapartidista, ideológicamente nacionalista e intervencionista políticamente (*ibid.,* pp. 125-126).

[24] Valentina Fernández Vargas: *Las militares españolas,* Logroño, Universidad de La Rioja. Servicio de Publicaciones, 2014, y Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, respectivamente.

de las Fuerzas Armadas de España[25]. Indudablemente, todos estos acontecimientos, junto a la finalización de la reforma de la justicia militar, constituyen un parteaguas en la historia de la Fuerzas Armadas y la sociedad durante el periodo democrático.

Sin embargo, la fase inmediatamente posterior, esto es, la comprendida entre finales de los ochenta y el inicio del «Aznarato» ha recibido mucha menos atención por parte de la historiografía militar contemporaneísta y otros académicos del campo Fuerzas Armadas y sociedad. En efecto, si exceptuamos el ensayo de Fernando Puell de la Villa, «La política de seguridad y defensa», publicado dentro de la obra colectiva *Historia de la época socialista. España: 1982-1996*[26], y el artículo de Carlos Navajas Zubeldia, «El fin del "problema militar". La "modernización" de los Ejércitos durante la primera época socialista (1982-1996)»[27], poco más hay sobre dicho periodo, salvo aquellos textos ya citados que analizan los procesos de «feminización» e internacionalización de las Fuerzas Armadas y que lógicamente continúan durante estos años. No obstante, entre 1989 y 1996, tal vez como reflejo de la crisis del SMO, se publicó un buen número de obras sobre la que es conocida popularmente como la *mili* y su creciente deslegitimación social[28].

---

[25] El subtítulo de esta obra es: *Dónde, cuándo... y para lo que haga falta,* Madrid, Alianza Editorial, 2010.

[26] En Álvaro Soto Carmona y Abdón Mateos López (dirs.): *Historia de la época socialista. España: 1982-1996,* Madrid, Sílex, 2013, pp. 43-63.

[27] *Ayer,* 84 (2011), pp. 51-72. Este artículo forma parte del dosier editado por Pere Ysàs y que lleva por título *La época socialista: política y sociedad (1982-1996).* Véase de Carlos Navajas Zubeldia: «La Fuerzas Armadas, el Estado y la sociedad civil en el reinado de Juan Carlos I (1975-2011)», *Mondo Contemporaneo. Rivista di Storia,* 2 (2013), pp. 53-93.

[28] Entre ellas y sin ánimo de querer ser exhaustivos, se podrían citar las siguientes: Juan A. Herrero-Brasas: *Informe crítico sobre el servicio militar,* 2.ª ed. corregida y ampliada, Madrid, Ars Media Ediciones, 1989; Ignacio Cosidó: *El Servicio Militar en los 90: perspectivas de cambio,* Madrid, Fundación «José Canalejas», 1990; Cristino Barroso Ribal: *¿Para qué sirve la «mili»? Funciones del servicio militar obligatorio en España,* Madrid, Siglo XXI, 1991; Gregorio Cámara Villar: *La objeción de conciencia al servicio militar (las dimensiones constitucionales del problema),* Madrid, Civitas, 1991; Miguel Ángel Aguilar y Rafael L. Bardají: *El servicio militar: ¿obligatorio o voluntario?,* Madrid, Tecnos, 1992; el número monográfico de la revista *Política Exterior,* 26 (1992), sobre *La reforma de las Fuerzas Armadas y el servicio militar;* Francisco Fernández Segado (ed.): *El servicio militar: aspectos jurídicos y socioeconómicos,* Madrid, Editorial Dykinson, 1994, y Valen-

Profesionalización

La profesionalización de las Fuerzas Armadas fue aprobada por el Gobierno de José María Aznar, pese a que el Partido Popular no había incluido esta medida en su programa electoral. Fue fruto del pacto de gobernabilidad al que llegó con Convergència i Unió y su líder, Jordi Pujol. El Gobierno de Aznar ha sido analizado básicamente por Javier Tusell. Primero, en *El gobierno de Aznar. Balance de una gestión, 1996-2000,* junto con autores, en la que se examinan diferentes políticas públicas de la primera legislatura de Aznar, pero no así la de seguridad y defensa[29]. No obstante, hay un capítulo sobre la política exterior que corrió a cargo de Miguel Herrero de Miñón[30]. Y el segundo, ya en solitario, en *El Aznarato* (título que lo decía todo), en el que hay referencias puntuales a la política de seguridad y defensa durante dicho Gobierno hasta el año 2003, basadas en parte en dos trabajos inéditos de Carlos Navajas Zubeldia[31].

La profesionalización de las Fuerzas Armadas españolas y el soldado profesional han sido estudiados en parte —por su fecha de edición— en tres obras: la primera es la de la contemporaneísta Beatriz Frieyro de Lara, titulada *La profesionalización de las Fuerzas Armadas en España* y publicada en 2004[32]; la segunda, la tesis doctoral del sociólogo Narciso Michavila Núñez, editada dos años antes que la anterior[33], y, la tercera, el libro del jurista Juan Cruz

---

tina Fernández Vargas e Ignacio Cosidó Gutiérrez: *El servicio militar en España. Argumentos a favor y en contra del servicio militar obligatorio,* Madrid, Instituto de Cuestiones Internacionales y Política Exterior (INCIPE), 1996.

[29] Javier Tusell: *El gobierno de Aznar. Balance de una gestión, 1996-2000,* Barcelona, Crítica, 2000.

[30] *Ibid.,* pp. 41-54.

[31] El subtítulo de este libro es: *El gobierno del Partido Popular. 1996-2003,* Madrid, Aguilar, 2004, pp. 382 y 384. Una obra que complementa esta última desde una perspectiva cronológica es otra del propio Javier Tusell: *Dictadura franquista y democracia, 1939-2004,* 1.ª ed., Barcelona, Crítica, 2010.

[32] Beatriz Frieyro de Lara: *La profesionalización de las Fuerzas Armadas en España,* Almería, Universidad de Almería-Servicio de Publicaciones y Editorial Universidad de Granada, 2004.

[33] Narciso Michavila Núñez: *El soldado profesional en España,* Madrid, Ministerio de Defensa. Secretaría General Técnica. Centro de Publicaciones, 2002.

Alli Turrillas, *El Soldado Profesional,* que es del mismo año que esta última[34].

Por lo que se refiere a la primera de ellas, en dicha obra la autora analiza los principales elementos que determinaban la viabilidad de la profesionalización de las Fuerzas Armadas en España, remontándose a los antecedentes históricos y atendiendo fundamentalmente al análisis de factores de tipo económico, demográfico y sociológico. Realiza, además, un balance de las reformas que se aplicaron en los años posteriores a la aprobación de la Ley de la Profesionalización y evalúa los resultados de la política llevada a cabo por el Gobierno de Aznar entre 1996 y 2003 para paliar la falta de recursos humanos en las Fuerzas Armadas, principal problema al que se enfrentaba esta importante reforma militar y eje central de esta investigación. Finalmente, centra su atención en los que creía que eran los principales factores que podían variar la entonces falta de atracción de la oferta laboral de Defensa; en concreto, la formación y la reinserción laboral de los soldados y marineros con contrato temporal, que eran entonces una inmensa mayoría.

Respecto al segundo trabajo, éste está estructurado en tres grandes bloques: en el primero, Michavila Núñez analiza la profesionalización de las Fuerzas Armadas desde dos perspectivas: la histórica y la comparada; en el segundo, se estudia al aspirante a soldado profesional desde varios ángulos: juventud y educación, el perfil del mismo, su motivación y el caso de las aspirantes mujeres; en el tercero y último, el autor examina la opinión pública y la profesionalización, prestando un interés específico a la polémica cultura de defensa en España y al análisis de las opiniones y actitudes de la sociedad civil sobre diversos asuntos: las propias Fuerzas Armadas, las nuevas misiones y la participación internacional, la profesionalización de los ejércitos y los militares y, en palabras del autor, «los profesionales de la defensa».

Finalmente, de la tercera obra mencionada habría que destacar que ofrece algo más que un análisis del estatuto jurídico del soldado profesional, pues incluye capítulos sobre la evolución de los asuntos militares, los modelos de ejército profesional comparados, el modelo español de reclutamiento y la profesionalización de las

[34] Su subtítulo es: *Estudio de su estatuto jurídico,* Cizur Menor (Navarra), Thomson Aranzadi, 2002.

Fuerzas Armadas o las consecuencias jurídicas de una realidad sociológica y viceversa. Ya en su introducción llegaba a algunas conclusiones críticas: «la perspectiva sobre la excelencia necesaria en el Ejército no es muy halagüeña» o «la grave situación en la que nos encontramos»[35], sobre las que volvía lógicamente en el capítulo conclusivo propiamente dicho[36].

Sin embargo, el proceso de profesionalización supuso también otros cambios, como por ejemplo la modernización de las Fuerzas Armadas (o, dicho de una manera menos eufemística, su rearme), origen de la enorme deuda (la «deuda de defensa», así llamada) que se terminará de pagar en 2030 con arreglo a las últimas previsiones oficiales, o las políticas relativas a la «conciencia» o «cultura de defensa», aunque ésta nació en realidad en la última legislatura de Felipe González, que no han sido analizados monográficamente por los autores citados, si exceptuamos el ya aludido capítulo de Michavila Núñez relativo a este último tema. Se ha de tener en cuenta en este sentido que la política de defensa de José María Aznar se apoyó en tres fulcros: la profesionalización, la modernización y la conciencia/cultura de defensa.

Dicha política de defensa fue desarrollada por dos ministros: el independiente Eduardo Serra y el popular, pero polémico, Federico Trillo, tan es así que era denominado comúnmente en el seno de las Fuerzas Armadas con el mortificante apelativo de «minis... Trillo»[37]. El segundo nos ha legado sus memorias[38], en las que aborda entre otros asuntos el «caso del Yak-42» que dio lugar a un prolongado debate y que incluso ha sido estudiado en dos libros escritos por periodistas[39].

El proceso de profesionalización y sus otros elementos agregados continuó durante la primera legislatura de José Luis Rodríguez Zapatero, en los que fueron ministros de Defensa José Bono (en realidad éste desempeñó el cargo de ministro de Defensa «de

---

[35] *Ibid.,* pp. 28 y 30, respectivamente.

[36] *Ibid.,* pp. 237-246.

[37] Francisco Medina: *Memoria oculta del Ejército...,* p. 559.

[38] Federico Trillo: *Memoria de entreguerras. Mis años en el Ministerio de Defensa (2000-2004),* Barcelona, Planeta, 2005.

[39] Ramón Javier Campo: *Yak-42, honor y verdad. Crónica de una catástrofe,* Barcelona, Península, 2004, y Mariela Rubio Jiménez: *Yak-42. «A sus órdenes, ministro»,* Tres Cantos (Madrid), Foca, 2006.

España», como le gustaba decir de una forma notoriamente redundante) y su sucesor, José Antonio Alonso. La escasa producción bibliográfica que hay sobre esta primera legislatura en general se debe fundamentalmente a científicos sociales, como, por ejemplo, Anna Bosco e Ignacio Sánchez-Cuenca y su obra *La España de Zapatero. Años de cambios, 2004-2008*[40], o periodistas, como puede ser el caso de Antonio Papell y su libro *Zapatero, 2004-2008. La legislatura de la crispación* (que en realidad debería haberse subtitulado la «segunda» legislatura de la crispación, pues la primera tuvo lugar entre 1993 y 1996)[41]. Además, durante esos años se publicó una copiosa literatura de combate (contra Zapatero, claro está) que no aporta gran cosa al conocimiento científico de la primera legislatura del segundo presidente socialista de la democracia. Como es previsible, en ninguna de las obras citadas se presta atención a la política de seguridad y defensa ni, por extensión, a las Fuerzas Armadas y la sociedad. No obstante, hay algunas excepciones. En el género testimonial sobresale, por supuesto, la obra de José Bono relativa a su polémico paso por el Ministerio de Defensa, dimisión incluida[42]. Y por lo que se refiere a las aportaciones realizadas por los periodistas (a los que curiosamente no se les suele considerar dentro de las disciplinas que configuran el campo Fuerzas Armadas y sociedad), podríamos destacar el capítulo correspondiente a la renombrada retirada de las tropas destinadas en Irak de la obra de Luis Rodríguez Aizpeolea, *Ciudadano Zapatero*[43]. Durante el mandato de Bono se produjo el «caso Mena», ligado a la renacida «cuestión catalana».

El propio Mena se autoeditó una obra titulada *Militares. Los límites del silencio,* en la que básicamente exponía su punto de vista sobre su «caso» y hacía un diagnóstico sobre lo que él entendía que era la «democracia demediada». Por lo que se refiere específicamente a la política de defensa seguida por el Gobierno de Ro-

[40] Anna Bosco e Ignacio Sánchez-Cuenca: *La España de Zapatero. Años de cambios, 2004-2008,* Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2009.

[41] Antonio Papell: *Zapatero, 2004-2008. La legislatura de la crispación,* Tres Cantos (Madrid), Foca, 2008.

[42] José Bono: *Diario de un ministro. De la tragedia del 11-M al desafío independentista catalán,* Barcelona, Planeta, 2015.

[43] Luis Rodríguez Aizpeolea: *Ciudadano Zapatero,* Madrid, Espejo de Tinta, 2004, pp. 31-35.

dríguez Zapatero y por los ministros Bono y Alonso, Mena sostenía que había iniciado la «desnaturalización» de las Fuerzas Armadas con la Ley de la Carrera Militar y la creación de la Unidad Militar de «Emergencia[s]»[44]. Dicho «caso» fue un claro antecedente de otras intervenciones de los militares en la política que han tenido lugar básicamente durante el mandato de Alonso (el *affaire* Pardo de Santayana) y durante el Gobierno de Mariano Rajoy (2011-2015), siendo ministro de Defensa Pedro Morenés (los casos Alamán, Pontijas, Chicharro, Domínguez Buj y Comas, entre otros). En casi todos los supuestos, dichos episodios han estado ligados al candente «problema catalán».

Crisis

La segunda legislatura de Zapatero (2008-2011) se asocia indudablemente a un concepto: crisis. Tan es así que este término aparece en los títulos de algunas obras escritas por científico-sociales en las que se hacía un balance de o bien todo el mandato del líder socialista (caso del libro de Ignacio Sánchez-Cuenca, *Años de cambios, años de crisis*)[45] o de tan sólo su segunda legislatura (como lo atestigua la obra compilada por César Colino y Ramón Cotarelo, *España en crisis*)[46]. Ni que decir tiene que en ninguno de estos textos se hace una valoración de la política de seguridad y defensa ni por extensión se mencionan a las Fuerzas Armadas y su relación con la sociedad, a pesar de que la crisis también ha afectado a la una y a las otras. Sólo en alguna obra muy concreta, como la altamente meritoria de Andrés Ortega y Ángel Pascual-Ramsay, se hacen algunas breves referencias a alguna de las medidas adoptadas por el Gobierno de Rodríguez Zapatero en el ámbito de la política de seguridad y defensa, como es la Estrategia Española de Seguridad de 2011[47].

---

[44] José Mena Aguado: *Militares. Los límites del silencio,* Madrid, Edición Personal, 2008, p. 210.

[45] El subtítulo de este libro es *Ocho años de gobiernos socialistas, 2004-2011,* Madrid, Catarata-Fundación Alternativas, 2012.

[46] Su subtítulo es *Balance de la segunda legislatura de Rodríguez Zapatero,* Valencia, Tirant Humanidades, 2012.

[47] Andrés Ortega y Ángel Pascual-Ramsay: *¿Qué nos ha pasado? El fallo de un país,* Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2012, pp. 209 y 275.

Por último, en el caso de la legislatura 2011-2015, la presidida por Rajoy, resulta sorprendente que no se haya publicado ningún balance académico de la misma, por lo que obviamente tampoco se ha estudiado su política de seguridad y defensa dentro del marco en el que nos movemos en este ensayo bibliográfico (insistimos en ello, el campo de las Fuerzas Armadas y la sociedad). No obstante, la producción realizada por los pacifistas nucleados en torno al Centre Delàs d'Estudis per la Pau es copiosa, sobre todo la relativa al gasto en defensa, uno de los aspectos menos transparentes de la política de seguridad y defensa durante la democracia. Por supuesto, su *verdad* tiene poco que ver con la oficial. Por ejemplo, podemos citar los textos de Tomàs Gisbert, Maria de Lluc Baguar y Gemma Amorós, *La política militar del gobierno Rajoy*[48]; John Doe, «El gasto militar contribuye enormemente a la deuda pública. Liquidación del presupuesto de 2012»[49]; Pere Ortega, *Verdades y mentiras en el presupuesto militar español de 2013*[50]; Pere Ortega, John Doe y Xavier Bohigas, *La cara oculta del gasto militar. El presupuesto militar de 2014*[51]; Pere Ortega y Jordi Calvo Rufanges, *Inercia, despilfarro y engaño en el gasto militar. Análisis del presupuesto de Defensa español del año 2015*[52], y Pere Ortega y Xavier Bohigas, *Fraude e improvisación en el gasto militar. Análisis del presupuesto de Defensa español del año 2016*[53]. Aunque algunas de sus tesis son discutibles, también es de destacar el trabajo de Bernardo Navazo López, *El impacto de la crisis económica en la Defensa: autónoma irrelevancia o acción combinada*[54]. En la misma línea habría que mencionar el texto de Félix Arteaga, *La Defensa que viene. Criterios para la reestructuración de*

[48] Informe núm. 22, Barcelona, Centre Delàs d'Estudis per la Pau, 2014.

[49] Centre d'Estudis per la Pau JMDelàs, 10 de mayo de 2013, s. p., www.centredelas.org (21 de mayo de 2013).

[50] Informe núm. 14, Barcelona, Centre d'Estudis per la Pau JM Delàs. Justícia i Pau, 2012.

[51] Informe núm. 19, Barcelona, Centre Delàs d'Estudis per la Pau, noviembre de 2013.

[52] Informe núm. 25, Barcelona, Centre Delàs d'Estudis per la Pau, diciembre de 2014.

[53] Informe núm. 26, Barcelona, Centre Delàs d'Estudis per la Pau, octubre de 2015.

[54] Opex (Observatorio de Política Exterior Española), Documento de Trabajo núm. 72/2013, s. l. (Madrid), Fundación Alternativas, s. a. (2013), s. p.

la Defensa de España, que es una de las visiones hechas públicas durante estos años sobre el porvenir de unas Fuerzas Armadas seriamente afectadas por la gran recesión[55].

A modo de conclusión

Como hemos podido observar a lo largo de este ensayo bibliográfico, conforme la historia del presente se va acercando al presente-presente (por utilizar un concepto grato a Reinhart Koselleck)[56] cada vez tiene menos presencia en el contexto académico, si se me permite todo este juego de palabras. Por así decirlo, la historia del presente se va adelgazando conforme se acerca al hoy. Por supuesto, todo esto ha tenido su reflejo en la historia de las Fuerzas Armadas y la sociedad durante el periodo democrático, que se ha ido achicando conforme nos vamos aproximando al ahora. Por ello, en el futuro inmediato habrá que hacer un esfuerzo para llenar esos vacíos, como, por ejemplo, el existente en torno a los años 1989-1996 o a la gestión de José Antonio Alonso durante los años 2006-2008, desde el ámbito particular de la política de seguridad y defensa.

Desde una perspectiva temática, en la introducción hemos visto que el campo de las Fuerzas Armadas y la sociedad comprende una multitud de temas. Sin embargo, sabemos muy poco (o al menos no lo suficiente) sobre el militar profesional y la organización militar en la España democrática, tampoco conocemos cómo ha evolucionado la ideología militar y, por supuesto, habría que completar temas tales como la feminización de las Fuerzas Armadas o las misiones internacionales.

Desde un ángulo comparado, habría que preguntarse hasta qué punto las Fuerzas Armadas españolas experimentan un proceso de posmodernización similar al de otros países occidentales tras la finalización de la Guerra Fría, que en España coincide prácticamente con la conclusión de la larga transición militar. No obstante, y de

[55] Félix Arteaga: *La Defensa que viene. Criterios para la reestructuración de la Defensa de España,* Madrid, Real Instituto Elcano, 2013.

[56] Reinhart Koselleck: *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia,* Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 2001, p. 118.

forma provisional, creemos que la modernidad y la posmodernidad, o, dicho con palabras menos académicas, lo viejo y lo nuevo, se dan la mano en las Fuerzas Armadas españolas de finales del siglo XX y principios del XXI[57].

En definitiva, las disciplinas que forman parte de dicho campo de estudios, entre ellas claro está la historiografía, tienen todavía mucho trabajo para comprender y explicar cómo es la «dinámica interna» de las Fuerzas Armadas y sus «procesos de intercambio» con la sociedad en la España democrática.

[57] Sobre ambos conceptos, modernidad y posmodernidad, aplicados a las Fuerzas Armadas a nivel mundial, véase Charles. R. MOSKOS, John A. WILLIAMS y David. R., SEGAL: *The Postmodern Military: Armed Forces after the Cold War,* Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 2000.

DEBATE

Ayer 104/2016 (4): 249-276 ISSN: 1134-2277

Historia de las mujeres y de género: pasado y futuro

Resumen: Durante las últimas cuatro décadas, la historia de las mujeres y de género se ha consolidado como campo de investigación, colaborando a entender mejor el pasado, planteando nuevas preguntas, temas y metodologías. Pero esta rama de la historia ha sufrido ella misma importantes cambios. En este artículo evaluaremos su evolución desde los años setenta y miraremos hacia el futuro. Para ello, hemos invitado a cuatro reconocidos/as especialistas en la materia a participar en una conversación *online.* Les hemos preguntado, entre otras cuestiones, sobre los logros alcanzados y los problemas enfrentados; sobre el concepto de género; sobre la legitimidad obtenida en el conjunto de la disciplina, así como sobre nuevas líneas de trabajo tales como la historia de las masculinidades.

Palabras clave: historia de las mujeres, historia de género, historiografía.

Abstract: Over the last four decades, women's and gender history has flourished. Scholars of these two areas of research have collaborated to better understand the past, to renovate methodologies, and to introduce new questions, topics and lines of research. But the field has undergone profound changes. In this article, we will discuss its evolution since its emergence in the 1970s, and look toward future developments. In order to do so, *Ayer* has invited four renowned historians to participate in an online conversation. Among other things, we have asked them about achievements and challenges; whether the concept of gender has dissipated the subversive impetus of women's history; and about its legitimacy within «mainstream» history. We have also surveyed their opinions on new avenues of historical inquiry such as masculinity studies.

Keywords: Women's History, Gender History, Historiography.

Ayer inaugura una nueva sección denominada *Debate,* que periódicamente sustituirá a la de *Hoy*. El objetivo de esta nueva sección es posibilitar la conversación *online* de especialistas que intercambiarán opiniones sobre temas relevantes para la historia contemporánea. Para esta primera entrega, el tema elegido ha sido el de la historia de las mujeres y de género.

Tras casi medio siglo desde sus inicios, la historia de las mujeres y de género ha demostrado ser uno de los enfoques más fructíferos para el análisis del pasado. En este primer *Debate* hemos reunido a cuatro reconocidos/as especialistas de este campo y les hemos preguntado sobre la evolución de este ámbito historiográfico, sobre su diagnóstico de la situación actual y sus visiones de futuro. Participan, Mary Nash, profesora de la Universidad de Barcelona (nash@ub.edu); Dolores Ramos, profesora en la Universidad de Málaga (mdramos@uma.es); Inmaculada Blasco, profesora en la Universidad de La Laguna (iblasco@ull.es), y Richard Cleminson, profesor de la Universidad de Leeds (r.m.cleminson@leeds.ac.uk). El debate tuvo lugar entre el 5 de noviembre de 2015 y el 17 de enero de 2016.

Ayer: A finales de los años ochenta del pasado siglo, Gisela Bock planteaba que la historia de las mujeres y de género no está definida tanto por sus métodos como por las preguntas que plantea. Con ello, podemos afirmar que la historia de las mujeres nació especialmente vinculada a la historia social, aunque esta relación no estuviera exenta de importantes tensiones. ¿Qué balance realizáis de aquellos comienzos? ¿Qué influencia ha tenido esta vinculación en el desarrollo posterior de la historia de las mujeres y de género?

Inmaculada Blasco: Creo que Mary Nash y Lola Ramos podrán responder mejor a esta cuestión, pero, en mi opinión, fue más bien la historia social renovada, es decir, la que resultó del intenso debate que tuvo lugar en el seno del marxismo británico, la que más contribuyó al impulso de la historia de las mujeres. Esta nueva historia fue la que abrió muchas puertas para que la historia de las mujeres renovara sus temáticas y también sus métodos. Matizaría en este sentido lo que decía Bock, pues mi visión es que si planteamos nuevas preguntas es porque aplicamos nuevos enfoques teóricos, y esto implica el uso de otras metodologías para tratar las fuentes.

A la hora de elaborar un potencial balance de aquellos años setenta y ochenta del siglo pasado, un asunto que me parece fundamental es el de la imbricación de la teorización feminista (que se estaba realizando en el ámbito de la filosofía, la ciencia política, etc., pero también en el seno de los movimientos de liberación de la mujer) con los presupuestos teóricos de la historia social. Para la historia de las mujeres de los setenta y ochenta, igual que para la historia social, existía una esfera socioeconómica a la que se le atribuía un carácter objetivo, que determinaba/condicionaba la acción de los sujetos, la ideología, la cultura, etc. Lo que puso en cuestión inicialmente la historia de las mujeres fue que las relaciones sociales estuvieran organizadas exclusiva o preferentemente en torno a la clase social. Además de la clase, decían, está el sexo como una relación social que oprime, subordina y excluye. En este sentido, el impacto del concepto de patriarcado en la historia social de las mujeres resultó central para el desarrollo de esta crítica a la preeminencia de la clase en la historia social, pero al mismo tiempo fueron conceptos (clase y patriarcado) que experimentaron una reformulación similar, al menos en el marco de la historiografía marxista británica.

La renovación de la historia social, que introdujo la flexibilización del esquema dicotómico de la historia social, favoreció así la apertura de un enorme campo de investigación a la historia de las mujeres a partir del desplazamiento de la atención hacia cuestiones culturales y hacia el protagonismo de los sujetos en la explicación.

Dolores Ramos: Después de leer la respuesta de Inmaculada Blasco, me reafirmo en la necesidad de tener en cuenta nuestra biografía individual e intelectual, nuestra biografía colectiva, nuestras experiencias como feministas e historiadoras, a la hora de abordar las cuestiones planteadas. Para mí, que hice una tesis de historia social clásica[1], influida por los planteamientos renovadores de Thompson, Hobsbawm y Genovese, entre otros historiadores, el descubrimiento en los archivos y hemerotecas de las mujeres como sujetos y agentes sociales constituyó una revelación. Y fue ese «conocimiento» el que me llevó, efectivamente, a plantear nuevas preguntas y a encontrar en la teoría feminista las herramientas que

[1] María Dolores Ramos: *Burgueses y proletarios malagueños. Lucha de clases en la crisis de la Restauración,* Córdoba, Ediciones La Posada, 1991.

necesitaba para responderlas, y para seguir preguntando y trabajando... Es aquí, desde el punto de vista conceptual y metodológico, donde los trabajos de Gerda Lerner[2] sobre el patriarcado, los de Louise Tilly y Joan Scott[3] sobre las tres grandes estructuras (mujer, familia y trabajo) y la teoría de las esferas, los planteamientos de Temma Kaplan[4] sobre la «comunidad de las mujeres», la «conciencia femenina» y sus relaciones con la conciencia de clase, o el propio concepto de género de Scott[5], en sus primeras acepciones, antes de producirse el giro posmoderno, contribuyeron a marcar una doble línea de ruptura que afectaría, por un lado, a la historia de las mujeres y, por otro, a la historia social.

Algunas obras de Mary Nash nos aproximaron al ámbito del feminismo anglosajón[6]; las importantes aportaciones de carácter pionero de Rosa Capel sobre la educación y el trabajo de las mujeres españolas[7], el impacto que produjo la revisión de la historia y el pensamiento occidental a la luz de planteamientos no androcéntricos expuestos por Amparo Moreno en el libro *El arquetipo viril en la Historia...*[8], toda esa producción está ahí, en el fondo de nuestra práctica docente e investigadora. Por eso reivindico al escribir estas líneas la labor de estas autoras y con ello la necesidad de reconstruir una genealogía de historiadoras feministas y de revisar las sucesivas narrativas y capas de conocimiento que dieron lugar a nuevas formulaciones.

Ahora bien, si nos ceñimos al segundo eje, el de historia social a secas, y examinamos sus aportaciones con detenimiento, consta-

---

[2] Gerda Lerner: *La construcción del patriarcado,* Barcelona, Crítica, 1990.

[3] Louise Tilly y Joan W. Scott: *Women, Work and Family,* Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1978.

[4] Temma Kaplan: «Conciencia femenina y acción colectiva: el caso de Barcelona, 1910-1918», en James Amelang y Mary Nash (eds.): *Historia y género. Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea,* Valencia, Alfons el Magnànim, 1990, pp. 267-295.

[5] Joan W. Scott: «El género: una categoría útil para el análisis histórico», en Joan W. Scott: *Género e Historia,* México, FCE-UACM, 2008, pp. 48-74.

[6] Mary Nash (ed.): *Presencia y protagonismo. Aspectos de la Historia de la Mujer,* Barcelona, Ediciones del Serbal, 1984.

[7] Rosa M. Capel: *El trabajo y la educación de la mujer en España (1900-1930),* Madrid, Ministerio de Cultura, 1982.

[8] Amparo Moreno Sardà: *El arquetipo viril protagonista de la Historia. Ejercicios de lectura no androcéntrica,* Barcelona, La Sal, 1987.

taremos hasta qué punto, se reconozca o no, están infiltradas o han sido reelaboradas desde los planteamiento de la historia de las mujeres, la historia de género y la historia feminista.

MARY NASH: En línea con los matices introducidos por Inmaculada Blasco y Dolores Ramos, quería añadir otros elementos al debate en el sentido de reforzar la idea de la importancia de nuevos interrogantes a la historia como motor de desarrollo de nuevas categorías analíticas y de apertura de horizontes metodológicos más complejos para historiar el pasado. En estos términos, escribí en 1984 sobre la coincidencia de intereses entre la historia de las mujeres y la historia social al señalar que fue una relación complementaria[9]. Afirmé entonces que al suscitar nuevos interrogantes, la historia de las mujeres había obligado a la historia social a ampliar sus perspectivas y elaborar una metodología más apropiada. Seguramente se trata de palabras muy atrevidas hace más de treinta años marcando la perspectiva de una historiadora feminista y de una historia de las mujeres emergente frente a la consolidada y reconocida historia social. Con mayor perspectiva histórica, me parece aún relevante el hecho de que muchas de las historiadoras que impulsaron una historia de las mujeres en los años 1970 y principios de los 1980, como Joan Scott, Louise Tilly, Michelle Perrot o Natalie Zemon Davis o yo misma, procedían del campo de la historia social[10]. Fue su interés en cambiar el paradigma sobre la ausencia de las mujeres en las narrativas históricas lo que les llevó a una historia social en clave femenina.

La historia social fue el escenario inicial que facilitó estos debates historiográficos y el cuestionamiento de los paradigmas de la historia tradicional. La conjunción entre la historia social y la teoría feminista fue relevante para la creación posterior de categorías analíticas innovadoras y complejas aplicadas al quehacer histó-

[9] Mary NASH: *Presencia y protagonismo...*

[10] Gisela BOCK: *La mujer en la historia de Europa. De la Edad Media a nuestros días,* Barcelona, Crítica, 2001; Gerda LERNER: *The Creation of Patriarchy,* Nueva York, Oxford University, 1986; Mary NASH: *Rojas. Las mujeres republicanas en la guerra civil española,* Madrid, Taurus, 2006; Joan SCOTT: «El género: una categoría útil...», y Mary NASH: «La emoción del diálogo con la gente del pasado. Una conversación con Natalie Zemon Davis», *Historia Social,* 75 (2013), pp. 65-94.

rico, como el género o patriarcado, desarrolladas por historiadoras como Boch, Scott, Zemon Davis o Gerda Lerner desde principios de los 1980.

La renovación de la historia social fue decisiva al facilitar nuevas herramientas analíticas en este proceso de igual modo que las teorías y practicas feministas de los años 1970. A mi modo de ver, fue muy influyente la obra de E. P. Thompson y especialmente la noción de experiencia vivida no sólo en los avances de la historia social, sino en la historia de las mujeres de la época. Así, el estrecho vínculo entre la historia social renovada y la historia de las mujeres introdujo nuevos marcos conceptuales y, como señala Inmaculada Blasco, la apertura de campos de investigación más allá del movimiento obrero o de la historia económica y del trabajo. En todo caso, esta alianza inicial no estuvo exenta de resistencias. Aspectos como el difícil reconocimiento en la práctica historiográfica de la centralidad de las mujeres como sujetos de transformación histórica o la reconsideración del obrerismo como escenario clave de la historia social marcaron tensiones y debates.

Por otra parte, los contextos históricos marcan la trayectoria de la historia de las mujeres y del género. En el caso de la historiografía española, la historia social y la historiografía marxista tuvieron un gran impacto al sellar las referencias respecto a una historia en clave de resistencia que cuestionaba el franquismo. A diferencia de otros países europeos como Italia o Francia, la historia de las mujeres que emergió en los años 1970 se ubicaba en el marco de una historia de signo político que impulsaba parámetros interpretativos históricos desde las coordenadas de la izquierda y de la oposición a la dictadura franquista y de la recuperación de las voces reprimidas de las mujeres.

Ayer: La historia de las mujeres destinada a dar visibilidad a su contribución en las sociedades pasadas, algo que se ha denominado en ocasiones historia «contributiva», ha cumplido un papel importante en la historiografía. ¿En qué punto nos encontramos ahora? ¿Pensáis que se trata de un enfoque superado? ¿Continúa siendo necesario?

Dolores Ramos: Me parecen muy pertinentes estas cuestiones, en sí mismas, y también en relación con la historia comparada de

las mujeres planteada recientemente, entre otras historiadoras, por Anne Cova[11]. La historia contributiva ha dado visibilidad en Occidente a las mujeres como agentes sociales, mostrando aspectos relacionados con la conciencia individual y social, o la incardinación femenina en diferentes movimientos sociales. Pero más allá de la participación de las mujeres en ellos, esta corriente historiográfica nos ha permitido comprobar cómo la agencia social es un aspecto básico para «rehacer» la subjetividad de las mujeres, incidir en la reconstrucción de sus identidades y transformar los papeles de género. En este sentido, los procesos de reconstrucción sociocultural que contribuyen a redefinir dichos aspectos no han cesado, tanto en el mundo occidental como en otras sociedades. Me gustaría poner el punto de mira en ellas, ya que la globalización implica la necesidad de introducir diferentes miradas y perspectivas para analizar la «otredad». Si el libro de Gisela Bock *Las mujeres en la Historia de Europa* constituyó un difícil reto para su autora y un logro a la hora de valorar un largo periodo histórico, estamos emplazadas/os, si queremos debatir sobre «historia contributiva», a mirar al sur y buscar la otra orilla del Mediterráneo. Las historiadoras de los países del Magreb y de Oriente Próximo están rescatando y haciendo visibles a las mujeres de sus respectivas sociedades, ciertamente con más herramientas analíticas de las que dispusieron sus colegas europeas en los años setenta. Están mostrando la implicación de las mujeres en las luchas anticoloniales y poscoloniales, en los movimientos educativos y de reforma de las leyes civiles y religiosas, examinando los orígenes y la evolución de los feminismos en sus respectivos países, las contradicciones de la modernidad, las huellas multiculturales, la dialéctica laicismo/islamismo y el enorme lastre que representan los sectores radicales tanto en el sentido religioso como en el político... Los trabajos de Lila Abu-Lughod y Deniz Kandiyoti[12], por citar un par de nombres, son encomiables. Pero ¿cómo catalogarlos?: ¿Historia contributiva? ¿Historia de género? ¿Historia cruzada? ¿Historia comparada? ¿Historia de las mujeres a secas?

---

[11] Anne Cova (ed.): *Historia comparada de las mujeres. Nuevos enfoques,* Oviedo, Trabe, 2012.

[12] Véase Lila Abu-Lughod (ed.): *Feminismo y modernidad en Próximo Oriente,* Madrid, Cátedra, 2002.

INMACULADA BLASCO: Por ceñirme a las tres preguntas que formula *Ayer,* yo diría que la historia de las mujeres que practicamos actualmente sigue, en gran medida, implicada en el proyecto académico y político de dar visibilidad a las mujeres en el relato histórico. Aunque, como en la anterior cuestión, y como ha remarcado Lola Ramos, habría que matizar según contextos geográficos y nacionales. En gran medida, esto es así porque rescatar a las mujeres del pasado (como ya es clásico simbolizar a través de los títulos señeros de la historia de las mujeres anglosajona: *Becoming Visible, Hidden from History* o *Retrieving Women's History*)[13] fue y sigue siendo, junto a la búsqueda de las causas y modalidades de subordinación femenina, el principal objetivo de la historia de las mujeres. Ahora bien, se podría afirmar que se han producido cambios en la forma de dar visibilidad a las mujeres del pasado. O, dicho de otro modo, habría que preguntarse qué es lo que diferencia la investigación de los años setenta y ochenta del siglo pasado de la que se ha producido en el presente siglo, o más bien desde la última década del XX. Entre otros cambios de tipo metodológico y teórico, creo que las propuestas desesencializadoras de Denise Riley y sobre todo de Joan W. Scott (porque esta segunda ha tenido más difusión e impacto sobre las diferentes historiografías nacionales) han contribuido en gran medida a repensar implícitamente el acto de «visibilizar» a las mujeres[14].

Lo que podemos comprobar en buena parte de la historiografía reciente es que se han ido incorporando las reflexiones acerca de la historización de la categoría *mujeres* (que se sustentan, en buena parte, sobre la diseminación del concepto de género) y también, aunque en menor grado, la crítica a la transparencia de la experien-

[13] Renate BRIDENTHAL, Claudia KOONZ y Susan STUARD (eds.): *Becoming Visible: Women in European History,* Boston, Houghton Mifflin, 1987; Sheila ROWBOTHAM: *Hidden from History. 300 Years of Women's Oppression and the Fight Against It,* Londres, Pluto Press, 1975, y Jay KLEINBERG (ed.): *Retrieving Women's History: Changing Perceptions of the Role of Women in Politics and Society,* Oxford-París, Berg-Unesco, 1988.

[14] Denise RILEY: *Am I that Name? Feminism and the Category of Women in History,* Londres, The Macmillan Press, 1988, y Joan W. SCOTT: «Introduction», en *Gender and the Politics of History. Revised edition,* Nueva York, Columbia University Press, 1999, pp. 1-11, e ÍD.: «The Evidence of the Experience», *Critical Inquiry,* 7-4 (1991), pp. 773-797.

cia femenina. La traducción en la práctica, una vez superados los «duros» debates en torno a la formulación postestructuralista del género, ha sido que visibilizar ya no es tanto rescatar a esas mujeres que fueron como nosotras y con las que nos identificamos o sacar a la luz sus experiencias no mediadas, sino mostrar cómo se construyeron esas subjetividades, en las que no siempre nos podemos reconocer, en el marco de unos contextos sociopolíticos pero también discursivos cuya especificidad histórica es muy relevante.

Está claro que continúa elaborándose una historia de las mujeres guiada por un objetivo más o menos explícito de visibilización de las mismas, por lo tanto, sigue siendo necesario y no se ha superado. Ahora bien, como se ha señalado, este propósito compensatorio que guía la visibilización se ha reformulado y complejizado, y es desde esa reformulación desde donde me parece que tenemos que evaluar la situación actual de la historia de las mujeres.

MARY NASH: Me parece pertinente recuperar el debate sobre la historia contributiva y su relevancia actual. Creo que hay que dar su reconocimiento debido a este enfoque historiográfico que fue decisivo en su momento para asentar las bases de conocimiento sobre el pasado de las mujeres. Al partir del silencio, la negación de la agencia historia de las mujeres y del desconocimiento, fue necesaria para asentar las bases de la actuación histórica de las mujeres como también de las fuentes inéditas que permitieron conocer su experiencia histórica. Esta labor de investigación se ha desarrollado hace tiempo en prácticamente todos los países del mundo. Así, esta tarea inicial fue una aportación fundamental para avanzar en la comprensión del papel histórico de las mujeres. En todo caso, aún quedan muchos temas y aspectos con un déficit de conocimientos. En este sentido, queda camino por recorrer.

Sin embargo, tal como se ha apuntado, la gran diferencia está en que esta puesta en escena de nuevos escenarios, de figuras desconocidas o de revaloración de procesos históricos en clave femenina se puede ahora acompañar del bagaje conceptual, las herramientas metodológicas y la visión crítica que cuarenta y cinco años o más de historia de las mujeres, del género y de la historiografía en general han aportado. Desde esta perspectiva, igual se puede pensar que estamos en una etapa de una historia post-contributiva en el sentido de vigencia de un enfoque historiográfico integrado en los de-

bates actuales, capaz de interpelar los cánones historiográficos establecidos pero con un enfoque de narrativa que desplaza el relato de la aportación subsidiaria de las mujeres a otra de su centralidad en las dinámicas históricas.

Otra dimensión en este debate es la pervivencia de una historia contributiva de las mujeres que tiene un gran éxito entre el público y que aún se mueve en los parámetros de una narrativa histórica tradicional. Considero que como historiadoras/es del mundo académico nos interesa la transmisión de los conocimientos históricos más allá de sus fronteras. Así, la pregunta sería si esta historia post-contributiva pero de una narrativa histórica accesible es relevante para la transferencia del conocimiento histórico revisado al gran público. ¿Se trata de nuestro cometido?

Dolores Ramos: Respondiendo a Mary Nash, pienso que extender fuera de los límites del mundo académico esa «historia post-contributiva», que participa de los debates historiográficos actuales, a los que contamina, por otra parte, con sus conceptos, propuestas y métodos, es uno de nuestros cometidos. Pero, a mi juicio, hay una cuestión de vital importancia ligada a dicho objetivo: cómo escribir la historia de las mujeres. Se trata sin duda de una cuestión «política». Volvemos a la vieja y a la vez renovada cuestión que plantea la necesidad de transmitir el conocimiento histórico al público no especialista. En este sentido, el retorno a la narrativa y a los aspectos cualitativos, o el rearme que ha conocido la biografía, han dejado una importante huella. El libro de Natalie Zemon Davis *Mujeres de los márgenes* constituye una muestra de cómo se puede «democratizar» la escritura de la historia. Baste recordar que el prólogo rompe las normas al uso, al plantear el diálogo ficticio de las tres protagonistas: Marie de l'Incarnation, Glikl bas Judah Leib y Maria Sibylla Merian ¿Podría haber imaginado la autora un pórtico de entrada a la vida de estas tres mujeres del siglo xvii más sorprendente, inquietante y hermoso? Pregunto...

Inmaculada Blasco: Estoy de acuerdo con las dos, tanto en la importancia del reconocimiento de la historia «contributiva» como en la necesaria transmisión del conocimiento histórico más allá de la academia. Añadiría, acerca de la primera cuestión, que la historia que visibiliza ha sido muchas veces algo más que una contri-

bución en el sentido de un añadido sin modificar la interpretación prevaleciente, al estilo del tan conocido «¿Tuvieron las mujeres Renacimiento?»[15].

Lo segundo me resulta, si soy sincera, algo más complejo. Creo que hay que ir más allá de nuestros ámbitos universitarios, pero esa transferencia se realiza por vías mucho más diversas de lo que entendemos tradicionalmente por llegar al gran público, como por ejemplo a través de nuestro alumnado, que luego van a convertirse en profesores/as de enseñanza secundaria (bueno, esto en el idílico mundo pre-crisis) y en ciudadanos/as. Por supuesto que el trabajo de Natalie Zemon Davis es modélico en este sentido, porque conserva todo el rigor que su enfoque exige. ¿Se puede hacer lo mismo desde otros enfoques teórico-metodológicos en torno a los cuales ronda el aura de ininteligibilidad? Otra pregunta que me planteo es si en ese proceso de transmisión a un público no especializado se pierde, no ya el rigor, sino el significado de lo que queremos transmitir, independientemente de que valoremos que merece la pena hacerlo y que forma parte de nuestra tarea.

Richard Cleminson: Este debate me ha dado mucho para reflexionar, y mis comentarios se van a servir de unos ejemplos. Entré en el tipo de investigación académica que voy llevando a cabo durante cierto periodo mediante dos vías o tradiciones académicas —una bien establecida y la otra emergente—. La una, la historia de las mujeres y las teorizaciones en torno al género y, la otra, la emergente teoría de la sexualidad, sobre todo la sexualidad marginalizada. Ambas me han ayudado a concretar lo que ha sido para mí una tarea importante: la capacidad de centrarme en un objeto de la investigación (el género, la sexualidad) y de interrogarlo críticamente. En este sentido, para mi trabajo, las herramientas que nos permiten «deconstruir» las categorías me han sido esenciales.

Mientras que la historia de las mujeres, la «contributiva», entre otras, ha ayudado a identificar la temática de investigación y ha contribuido enormemente a incidir en lo social (sin que debiéramos

[15] Joan Kelly: «¿Tuvieron las mujeres renacimiento?», en James Amelang y Mary Nash (comps.): *Historia y género: las mujeres en la historia moderna y contemporánea,* Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1990, pp. 93-126 (1.ª ed., inglés, 1977).

pensar que los campos estén separados), se ha visto pronto desbordada por ella misma y por otros campos por un deseo de situar históricamente y en la actualidad lo que se entiende por «mujer». Es decir, desencializando esta categoría y haciéndola inteligible como un constructo histórico y social. Para mí, esta capacidad de la obra de Zemon Davis, por ejemplo, de «emplazamiento» de las subjetividades, sin negar que existen y sin negar, por supuesto, que tienen efectos muy reales, me ha ayudado a entender cómo las divisiones de género, sexo y sexualidad operan en el mundo.

Dos ejemplos actuales que muestran este tipo de acercamiento actual e histórico expresan bien las tensiones que estos posicionamientos pueden producir: la recepción pública de la película *Sufragistas* ha abierto toda una reflexión acerca del papel de la mujer en el pasado, el valor o no del voto, de la intervención de las mujeres en la política, de críticas hacia el machismo y el masculinismo. Los cines aquí, en Gran Bretaña, han estado llenos y se ha generado un debate continuo desde una óptica que, aunque entiende que la categoría «mujer» existe y existió, también reconoce que las características de «ser mujer» y, por ende, de «ser hombre», pueden cambiar.

El segundo ejemplo es más polémico. Hay un movimiento, que no apoyo, que desea impedir a la historiadora y feminista australiana Germaine Greer hablar en los campus británicos por sus comentarios en torno a la cuestión *trans.* Por lo que se entiende, Greer ha dicho que por mucho que se opere un hombre, nunca será mujer. Los colectivos *trans,* entre otros, de las universidades están indignados; hay otros sectores que bajo el libre pensamiento apoyan a Greer. Lo que me parece interesante es que se está barajando aquí la posibilidad de entrar críticamente en la consideración de las categorías que gobiernan tanto nuestras vidas y de intentar «resolverlas» desde una posición que, aun reconociendo las especificidades, intenta caminar hacia la disolución de las propias categorías.

Ayer: La siguiente pregunta está relacionada con algunas cuestiones que venís señalando. Durante tiempo existió el temor de que la historia de género se convirtiera en una versión más amable, pero también menos crítica e incisiva que la historia de las mujeres. Aquel debate de entonces se ha venido haciendo incluso más com-

plejo. En un congreso reciente de la Asociación Española de Investigación de Historia de las Mujeres (AEIHM) se señaló al concepto de género como blanco de los ataques de los sectores más conservadores, desde donde se han acuñado términos como el de «ideología de género», destructora de la familia, y se ha arremetido entre otras cosas contra un concepto de identidad sexual que dependería únicamente de las «inclinaciones y deseos de cada individuo». Visto ahora en su conjunto, ¿qué evaluación hacéis de la capacidad crítica de este concepto de género para la historia?

DOLORES RAMOS: La pregunta admite muchísimos matices. Con la noción de género nos instalamos en los años ochenta en una «revolución» conceptual y metodológica que contribuyó a arrinconar las lecturas naturalistas de la diferencia sexual y los esencialismos. Evidentemente, el concepto clarificaba los mecanismos de poder del patriarcado, para mostrarlo en sus aspectos más brutales o refinados, puntuales y cambiantes. Se visibilizaban así las desequilibradas relaciones de poder entre hombres y mujeres, relaciones de privilegio masculino, por utilizar la terminología de Fernández Enguita[16], a lo largo de la historia. El concepto, por su carácter relacional, no sólo facilitaría diferentes análisis de los registros históricos femeninos y masculinos, sino que renovaría la disciplina en general, al vincularse a otras categorías y proporcionar nuevas interpretaciones sobre la ciudadanía, la clase social, la nación, el Estado, las identidades, lo público/privado, o la interacción entre virtud individual y moral colectiva, por citar algunos ejemplos.

Ahora bien, respondiendo a la pregunta sobre el carácter subversivo, o no, del género en la actualidad, habría que plantear algunas cuestiones. En primer lugar, hay que reconocer que el término se ha convertido en nudo o punto de reflexión de numerosas temáticas y que ha desbordado ampliamente las fronteras de las humanidades y las ciencias sociales, para inundarlo todo. Hoy se habla de políticas de género, variables de género, lecturas de género, cuestiones de género..., pero ¿con qué significados? Sabemos que en determinados ámbitos se ha sustituido el término «mujeres» por el de

[16] Mariano FERNÁNDEZ ENGUITA: «El marxismo y las relaciones de género», en M. Ángeles DURÁN (ed.): *Mujeres y hombres en la formación del pensamiento sociológico,* Madrid, CIS, 1996, pp. 37-58.

«género», perdiendo este su carácter relacional e invisibilizando la historia «propia», genérica podríamos decir, de los hombres, que en gran medida está por construir. Por otra parte, el consenso académico y «científico» obtenido ha vuelto un tanto opaco el «fantasma» que recorría el mundo en los años setenta: el feminismo, los feminismos como pensamiento crítico, sus discursos y prácticas sociales y, por extensión, la historia feminista. En tercer lugar, y mientras desde algunos sectores se «descafeinaba» el concepto género, desde otros se lanzaban duras diatribas contra las feministas que lo habían «secuestrado», señalando las consecuencias subversivas de ese rapto. Ya en las sesiones preparatorias de la Cuarta Conferencia Mundial de Mujeres de Pekín, celebrada en 1995, se alzaron voces para denunciar que los valores familiares y la moralidad estaban siendo atacados por mujeres, hombres, homosexuales, bisexuales y transexuales, según recuerda la propia Scott en el Prefacio de la edición española de *Género e Historia*[17]. Apreciaciones negativas que se mantienen en ciertos ámbitos en la actualidad, como se apunta en la pregunta.

Inmaculada Blasco: Gracias, Lola, por empezar respondiendo a una cuestión que exigiría un análisis histórico pormenorizado, pues la pregunta que suscita es la de qué ha pasado con las herramientas analíticas de la historiografía feminista en los últimos cuarenta años. Totalmente de acuerdo con tus apreciaciones sobre el uso popular y político del concepto, que, en gran medida, se asienta sobre una gran indefinición y carece de consenso si analizamos lo que significa para diferentes sectores y personas.

Otra consideración que quería introducir es que no creo que se pueda establecer con claridad un relato historiográfico por fases (esto lo digo por mí para empezar, que tiendo a partir de este esquema): primero fue la historia de las mujeres y luego la del género. Los intentos de conceptualizar el género son parte de la historia de las mujeres y están en las discusiones y debates desde el principio (Kelly o Davis en 1976), como lo están en la teoría feminista en general (Millet en 1970)[18]. No obstante, la relación en-

[17] Joan W. Scott: *Género e Historia...,* p. 15.

[18] Kate Millet: *Política sexual,* México, Aguilar, 1975 (1.ª ed., inglés, 1970); Joan Kelly: «The Social Relations of the Sexes: Methodological Implications of

tre historia de las mujeres e historia de género ha transcurrido, en la práctica, entre la mímesis y la tensión. Esta última deriva, en gran medida, del choque entre el objetivo de visibilización (si retomamos anteriores cuestiones surgidas en esta discusión), por una parte, y de deconstrucción de categorías «impuestas», por otra (que remite, me parece, a la paradoja feminista que Joan Scott tan bien ha analizado)[19].

El concepto de género ha sido central para mi aproximación al análisis del pasado y del presente. Me ha permitido reflexionar sobre el carácter históricamente cambiante de las categorías sexuales, pero también acerca de la insuficiencia de las explicaciones fundamentadas en el modelo teórico de la historia social. Recuerdo que mi fascinación inicial radicaba en que impulsaría la transformación, por parte de los estudios feministas, de los paradigmas existentes. No obstante, al encajar mejor en la terminología académica, en la medida en que parecía más neutral y objetivo que «mujeres», pudo ser recibido, en los ochenta, como una categoría analítica que no sólo posibilitaba una mayor aceptación de los mismos, sino que establecía un cierto distanciamiento de la política feminista. Pero, además, también suscitó ciertos recelos porque introducía un desplazamiento del objeto y sujeto de estudio, y, desde su comprensión postestructuralista, cuestionaba la categoría *mujeres* tal y cómo se significaba en gran parte de la historiografía feminista.

En realidad, la capacidad crítica del «género» reside, a mi modo de ver, en su resignificación constante. En los setenta y parte de los ochenta género vino a llamar la atención sobre el constructo cultural frente al determinismo biológico implícito en el uso del término «sexo», y sobre la relación entre hombres y mujeres frente a la *her-story*. Y a partir de finales del ochenta, lo que ha puesto sobre la mesa es que la oposición entre sexo (naturaleza) y género (constructo social) es en sí misma una forma de conocimiento histórica, que la «naturaleza» y el «sexo» tienen también historia. Y, por lo tanto, que la idea de que la naturaleza humana se divide en

---

Women's History», en *Women, History and Theory: the Essays of Joan Kelly,* Chicago, Chicago University Press, 1984, pp. 1-19, y Natalie Z. Davis: «Women's History in Transition. The European Case», *Feminist Studies,* 3-3 (1975), pp. 83-103.

[19] Joan W. Scott: *Only Paradoxes to Offer. French Feminists and the Rights of Man,* Cambridge-Londres, Harvard University Press, 1996.

dos sexos, hombres y mujeres, es también fruto de, recurriendo a Foucault, un determinado régimen de verdad. Creo que, si somos capaces de incorporar en nuestros análisis históricos estas resignificaciones del «género» —lo que supone cuestionar el carácter natural y evidente de la diferencia entre hombres y mujeres—, esta categoría puede seguir teniendo potencial crítico.

DOLORES RAMOS: Cierto. El relato historiográfico por fases peca de linealidad y puede ser mecanicista. La conceptualización del género no es algo que surja por generación espontánea a finales de los años setenta; forma parte de la historia de las mujeres y de la teoría feminista, de sus debates. No puede entenderse, estoy de acuerdo, sin las aportaciones de Kelly, Zemon Davis y Millet. No puede entenderse, tampoco, sin la obra y la praxis política de Simone de Beauvoir, una de las grandes precursoras del feminismo de los años sesenta, al que se sumaría en 1968 como militante del Movimiento de Liberación de las Mujeres (MLF). No sólo su libro *El segundo sexo,* un texto feminista clásico, sino su narrativa, sus tramas y arquetipos literarios destilan aportaciones muy precisas para entender cómo se construye el género. El análisis de la tensión dialéctica surgida en la construcción sociocultural de la feminidad y la masculinidad es para mí uno de los aspectos más importantes de la citada categoría. Otro aspecto fundamental sería, como señala Inmaculada Blasco, su potencial crítico y su capacidad de resignificación continua.

MARY NASH: La problemática asociada con el género es muy compleja y requiere matices, como señala Lola Ramos, y un marco contextual tanto cronológico como de las réplicas al respecto. A mi modo de ver, la introducción del género como categoría de análisis histórico propuesta por Scott, Rubin, Zemon Davis y otras estudiosas[20] fue un revulsivo, ya que proporcionó herramientas analíticas complejas que permitieron desenmascarar las múltiples facetas e instancias de las relaciones de poder de género, así como desensencializar la subalternidad femenina y las dinámicas de la jerarquía de género.

[20] Gayle S. RUBIN: «The Traffic in Women: Notes on the "Political Economy" of Sex», en Rayna REITER (ed.): *Toward an Anthropology of Women,* Nueva York, Monthly Review Press, 1975, pp. 157-210.

En segundo lugar, significó un cierto giro en la historia de las mujeres al propiciar un marco interpretativo que permitió abarcar la historia de las mujeres desde la perspectiva más amplia de las relaciones de género. De este modo, facilitó el paso de una historia contributiva focalizada en las mujeres como sujetos históricos a un análisis crítico de las implicaciones de la jerarquía de género en los considerados entonces como los grandes temas de la historia. En todo caso, hay que recordar que las voces críticas hacia el género que se apuntan en la pregunta también se señalaron desde los inicios en clave feminista al expresar el temor que el enfoque de género podría desplazar a las mujeres en la explicación histórica, temores que no se concretaron entonces.

En la actualidad, este debate se ha trasladado a otros marcos, como se señala en la pregunta y ha remarcado Lola Ramos. Aquí quería apuntar uno más, el debate en un contexto postcolonial. A modo de ejemplo, frente a las prácticas públicas de género ya arraigadas en el mundo, algunas voces feministas indígenas de Bolivia, como la de Julieta Paredes de *Mujeres Creando,* sitúan su visión del género en contextos geográficos y culturales de relaciones de poder neoliberal, Norte/Sur. Parten de la idea de descolonizar cualquier comprensión del género en clave de predominio del Norte y de su resignificación en términos de las culturas indígenas y del feminismo comunitario anticolonial.

Respecto a la pregunta sobre el concepto de género como blanco de los ataques de los sectores más conservadores, creo que apunta a su éxito y la trasferencia del concepto —aunque a veces en su modalidad normativa «descafeinada»— más allá de las disciplinas académicas a las instituciones públicas y a la sociedad. En esta línea, cabe plantear cómo este concepto formulado por mujeres académicas organizó un conocimiento nuevo capaz de interpelar las relaciones de poder entre hombres y mujeres y los cánones establecidos de género. Al evidenciar mecanismos, prácticas discriminatorias, conductas abusivas o de violencia e instituciones como el Estado o la familia en un trato desigual hacia las mujeres, el género ofreció un conocimiento que transformó creencias colectivas hegemónicas asentadas sobre esta jerarquía. Los ataques de los sectores más conservadores al género como motor destructor de la familia son un testimonio de su reconocimiento social, por una parte, y también de la transformación interpretativa del género en el momento actual, tema de otro debate.

Ayer: ¿Cómo valoráis los estudios de las masculinidades en relación con la historia de género?

Inmaculada Blasco: En realidad, la historia de género, si atendemos a esas primeras definiciones culturales de género que reclamaban una investigación en clave relacional, debería ser también una historia de las masculinidades. Pero no estoy del todo segura de que el género nos obligue a tratar ambos sexos, pues entiendo que se puede hacer historia de género analizando solamente el sujeto histórico mujer. En caso de hacerlo, de abordar el estudio histórico de la masculinidad, tan importante como desencializar a las mujeres es hacerlo con los hombres y con otras categorías de clasificación sexual. Aunque, en este terreno, las prevenciones serían las mismas que en el caso de la historia de las mujeres y en la historia de género que se ha centrado en el análisis histórico de las nociones de feminidad: la historización de la propia masculinidad como criterio de identificación social y su potencial inserción en representaciones binarias, únicas o múltiples de la identidad sexual. Otra de las cuestiones, que ya se suscitó con la propuesta de aplicar el género a la investigación histórica en calidad de categoría relacional, sería la de si hay que afrontar el estudio de la construcción de las masculinidades y las feminidades como procesos que siempre suceden de manera interrelacionada, con lo cual el resultado no sería el de dos campos de investigación separados. Un ejemplo de que esa interrelación existió podría ser el que me ocupa ahora: ¿cómo se influyeron mutuamente las nociones de feminidad y de masculinidad en el catolicismo español en la crisis de fin de siglo y cómo esto dio lugar a unos sujetos políticos que nutrieron el movimiento católico?

En todo caso, para la historiografía española, y he de reconocer que particularmente en mi caso, no hemos hecho más que adentrarnos en un terreno que percibo como muy fructífero, sobre todo si aprovechamos los debates que desde hace años nos ofrecen las historiografías europea y angloamericana.

Dolores Ramos: Esta pregunta flotaba en el diálogo mantenido en días anteriores, ya que la interpretación relacional del género amplía la visión de los procesos históricos e invita a analizar la construcción sociocultural de las masculinidades y los roles desempeñados por los hombres en los espacios públicos y privados.

Pienso que ahí surgen perspectivas innovadoras no sólo para la historia de género, sino para la historia de la humanidad. Perspectivas que muestran, a mi juicio, los numerosos significados de las experiencias históricas masculinas, las imágenes sociales de la virilidad, las lecturas sobre las relaciones entre cuerpos masculinos y cuerpo social, el reparto de roles, los usos del tiempo, las figuras del padre, las reinterpretaciones del poder, la guerra y la paz, las prácticas sexuales y el control de la natalidad.

Sin embargo, frente al interés que plantean estas cuestiones, la historiografía española permaneció, por lo general, ajena a ellas, aunque han surgido en los últimos años estudios excelentes como los de Nerea Aresti[21], que son obras de referencia ineludible, y brillantes aportaciones sobre la construcción/deconstrucción de las sexualidades masculinas, entre las que se cuentan los trabajos de Francisco Vázquez y Richard Cleminson[22]. Incluyo aquí también, por su carácter pionero, el coloquio internacional organizado por Alberto Ramos Santana en la Universidad de Cádiz sobre las identidades masculinas en los siglos XVII-XIX, cuyas actas se editaron en 1997[23].

Sin embargo, hemos permanecido, hasta muy recientemente, al margen de los debates planteados por Mosse sobre nacionalismo y sexualidad, y sobre las imágenes y la construcción de la masculinidad; lejos de las aportaciones de Nye sobre ejercicios de valor y códigos de honor masculinos; o de las de Gatens, sobre cuerpos, éticas, poder y corporalidad[24]. También la historia de las emociones cruzada con las masculinidades tendría mucho que aportar en este sentido... ¡Quedan tantas cosas por hacer!

---

[21] Nerea ARESTI: *Médicos, donjuanes y mujeres modernas: la evolución de los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX,* Bilbao, Universidad del País Vasco, 2001; ÍD.: *Masculinidades en tela de juicio. Hombres y género en el primer tercio del siglo XX,* Madrid, Cátedra, 2010.

[22] Francisco VÁZQUEZ y Richard CLEMINSON: *Los invisibles. Una historia de la homosexualidad masculina en España, 1850-1939,* Granada, Comares, 2011.

[23] Alberto RAMOS SANTANA: *La identidad masculina en los siglos XVIII y XIX,* Cádiz, Universidad de Cádiz, 1997.

[24] George L. MOSSE: *The Image of Men: The Creation of Modern Masculinity,* Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1996; Robert A. NYE: *Masculinity and Male. Codes of Honor in Modern France,* Oxford, Oxford University Press, 1993, y Moira GATENS: *Imaginary Bodies: Ethics, Power and Corporeality,* Londres, Routledge, 1996.

MARY NASH: Desde los estudios clásicos de Mosse o Connell sobre las masculinidades desde hace más de dos décadas[25], se han publicado múltiples trabajos de gran interés que han permitido una mayor comprensión de la relación histórica de los hombres y la masculinidad con respecto a las modalidades de género establecidas aunque, como se ha señalado, en el panorama historiográfico español es reciente su desarrollo.

De hecho, al entender la categoría de género como dinámica relacional de poder centrada en gran medida en las relaciones entre hombres y mujeres muchos trabajos sobre la historia de las mujeres y del género habían incluido el análisis de la masculinidad de manera subsidiaria para entender las dinámicas de poder de género. De este modo, los modelos normativos de la masculinidad se incorporaron en muchos estudios de historia de las mujeres y del género tanto en la historiografía internacional como en la española. Así, se estableció un canon de masculinidad hegemónica como punto paralelo de referencia en especial al referirse a la construcción de discursos sobre la feminidad o la domesticidad.

Este enfoque fue complementado con un cuestionamiento de este canon, icono de la masculinidad blanca occidental, en términos de clase, etnia, postcolonialismo y de género. Ya más en línea con los estudios de las masculinidades, este giro crítico aportó trabajos de referencia obligada que superaron una visión esencialista y deconstruyeron la noción de masculinidad desde la pluralidad. Quizá podríamos comparar su impacto con la revisión realizada por las estudiosas postcoloniales como Mohanty, Ahmed o Spivak respecto al canon femenino y feminista blanco occidental de la historia de las mujeres y del feminismo[26]. Este fructífero enfoque ha abierto horizontes interpretativos complejos sobre la variabilidad y plurali-

[25] Robert W. CONNELL: *Masculinities,* Berkeley, University of California Press, 1995, y George L. MOSSE: *Nationalism and Sexuality: Middle-class Morality and Sexual Norms in Modern Europe,* Madison, University of Wisconsin Press, 1985.

[26] Leila AHMED: *Women and Gender in Islam,* Londres, Yale University Press, 1992; Chandra Talpade MOHANTY, Anne RUSSO y Lourdes M. TORRES: *Third World Women and the Politics of Feminism,* Bloomington, Indiana University Press, 1991; Chandra Talpade MOHANTY: *Feminism without Borders: Decolonizing Theory, Practicing Solidarity,* Durham, NC, Duke University Press, 2003, y Gayatryi SPIVAK: «¿Puede hablar el subalterno?», *Revista Colombiana de Antropología,* 39 (2003), pp. 297-364.

dad de los arquetipos de masculinidad, y su contestación y modificación en contextos históricos diferentes.

Si bien los estudios sobre la masculinidad han llegado con un desfase a la historiografía española, en este momento su auge ha permitido vislumbrar otro enfoque que ha desplazado la centralidad del estudio del orden de género desde la masculinidad a otro que se interroga en torno al significado de la masculinidad en relación con dinámicas políticas, culturales y sociales. En este sentido, ha habido aportaciones pioneras notables sobre la implicación de la construcción de las masculinidades con respecto a la Guerra Civil y el Estado franquista (Vincent), sobre su relación con la construcción de la identidad nacional, el discurso colonial español y las pérdidas de las colonias (Aresti, Torres)[27] o la masculinidad y la corporalidad en ámbitos de la cultura, el ocio y el deporte (Epps, Uría)[28]. Otra aportación muy significativa ha sido el desmantelamiento de la noción de una masculinidad hegemónica al introducir otras categorías como las sexualidades masculinas o la homosexualidad en la historiografía española. Los estudios de Cleminson y Vázquez son testimonio significativo de los avances en este último campo[29] como también la publicación del número monográfico de la misma revista *Ayer* (2012) titulado *Homosexualidades.*

En definitiva, se puede pensar que las masculinidades y las feminidades se configuran mutuamente en un orden de género, pero también desde la intersección de otras dinámicas. Sin embargo, para el desarrollo de la historia de género, el reto es mantener vivas interrogantes sobre esta conexión en todas las dimensiones históricas. El otro camino que aparece en algunos estudios de las masculinidades es conceder tal centralidad a la figura masculina que se aleja del todo de una perspectiva compartida de género.

---

[27] Nerea Aresti: *Masculinidades...;* íd.: «A la nación por la masculinidad. Una mirada de género a la crisis del 98», y Gemma Torres Delgado: «Arquetipos masculinos en el discurso colonial español sobre Marruecos», ambos en Mary Nash (ed.): *Feminidades y masculinidades: arquetipos y prácticas de género,* Madrid, Alianza Editorial, 2014, pp. 47-74 y 75-102, respectivamente.

[28] Brad Epps: «La mirada morbosa: la transgresión de los arquetipos en el cine de la Transición Española», en Mary Nash: *Feminidades y masculinidades...,* y Jorge Uría: «Imágenes de la masculinidad. El fútbol español en los años veinte», *Ayer,* 72 (2008), pp. 121-155.

[29] Francisco Vázquez García y Richard Cleminson: *Los invisibles...*

RICHARD CLEMINSON: Para mí, la gran innovación que han supuesto los estudios de la masculinidad ha sido una invitación continua a examinar no sólo los marcadores de género entre hombres y mujeres, como proceso vivo y cambiante, sino que ha permitido, además, la posibilidad de indagar históricamente en las variantes masculinas que han existido a lo largo del tiempo y simultáneamente.

De esta manera, estudios como los de Connell me han permitido entender cómo opera cierta desconexión entre sexo (supuestamente biológico), género y sexualidad, todas categorías ellas mismas hasta cierto grado que responden ante *performances* radicados en determinado momento histórico, como ha demostrado Nerea Aresti. Cuando digo desconexión, no quiero decir que no exista esa relación, sino que está en permanente construcción y con múltiples efectos.

Estos estudios nos han permitido entender cómo las masculinidades se construyen a veces *en contra de* ciertas expresiones de feminidad, dependiendo a la vez de ellas, y cómo lo femenino puede también usar ciertas representaciones de «masculinidad», como por ejemplo en figuras femeninas como Catalina de Erauso que se han vestido «de hombres» y que han cambiado de sexo. Esto es de gran relevancia para los movimientos sociales y de reivindicación sexual de hoy en día ya que se ha podido demostrar históricamente que esas categorías que la sociedad tiene internalizadas son construcciones susceptibles de cambiar.

Así, pueden usarse *performances* masculinas por parte de mujeres, lesbianas o no, para conseguir ciertos efectos, como han intuido Halberstam y Butler, permitiéndonos ver cómo es el género el que a menudo construye lo que es el sexo. Sin llamar a este planteamiento «liberador», me parece que es de gran utilidad para conseguir un grado más alto de igualdad entre las personas.

DOLORES RAMOS: Vuestras intervenciones muestran, efectivamente, que los estudios de las masculinidades se sitúan en un campo innovador y complejo, que puede ser contemplado desde diversas perspectivas y que adquiere relevancia, estoy de acuerdo con Richard Cleminson, en el marco de los movimientos sociales y de reivindicación sexual.

Teniendo en cuenta este segundo enfoque, no sólo se trata de debatir cómo se construyen las masculinidades a lo largo del tiempo,

secuencial y simultáneamente, en diferentes sociedades y culturas, sino de tener en cuenta los planteamientos liberadores, transformadores, reconocibles aquí y ahora, que podría tener, y tiene, ese conocimiento. Este doble objetivo, desde mi punto de vista, adquiere pleno sentido en relación con los estudios, más numerosos, de las feminidades, como se refleja en el libro coordinado recientemente por Mary Nash, *Feminidades y masculinidades. Arquetipos y prácticas de género*[30], en el que se incluyen algunos de los estudios abordados en la historiografía española que ella cita. Especialmente significativa me parece la recuperación de las actuaciones y representaciones masculinas llevadas a cabo por las mujeres con la pretensión de incidir en el orden social y sexual. Por citar un ejemplo, siguiendo en la línea introducida por Richard Cleminson, el «transformismo» de Vita Sackville-West, autora de una documentada biografía sobre Juana de Arco, refleja la elección por parte de algunas mujeres de indumentarias, roles y actividades viriles dirigidas no sólo a romper las pautas de identidad femeninas socialmente aceptadas, sino a representarse y a rehacerse como lo «otro». Por otra parte, interesante también, las investigaciones sobre las violaciones de guerra (Brigitte Terrasson, por ejemplo) muestran el alcance de una práctica reiterada en las coyunturas bélicas y reflejan la presencia de mecanismos de reforzamiento de la «virilidad colectiva» por parte de los soldados y de cohesión de grupo en situaciones de crisis.

Para mí, la pregunta abre un debate sobre las masculinidades que reclama, más allá de lo que digamos aquí, la necesidad de organizar foros donde se contemplen estados de la cuestión, métodos, fuentes, líneas de trabajo y perspectivas comparadas... No sólo queda mucho por hacer, queda mucho por decir.

Ayer: Llegamos ya al final de este debate y la última cuestión tiene un carácter abierto. ¿En qué punto se encuentra actualmente la historia de las mujeres y de género? ¿Cuáles son los principales problemas a los que se enfrenta? ¿Cómo pensáis que debemos encarar el futuro de este campo de la historia?

Mary Nash: Estoy de acuerdo con la revisión de la utilidad del género como categoría de análisis que sugirió Joan Scott al seña-

[30] Mary Nash (ed.): *Feminidades y masculinidades...*

lar que si bien ha devenido un término de uso popular y simplificador, su validez se mantiene mientras siga siendo una herramienta crítica capaz de cuestionar las relaciones entre los sexos, el significado conferido a los sexos y los mecanismos de poder. A pesar de su largo recorrido, la categoría analítica de género ha mostrado su maleabilidad y capacidad crítica. Los debates en torno al transgénero o postgénero de momento han tenido como punto de referencia al género. En otro terreno, no me convencen los argumentos de Wendy Brown respecto a la significación del feminismo más allá de las identidades de sexo y de género, en el sentido de una promesa muerta objeto de duelo por su fracaso histórico[31].

Entre las cuestiones pendientes me parece necesario el continuo esfuerzo de historizar los sujetos históricos y las relaciones entre sujeción al poder/poderes y la subjetividad histórica. Asimismo, si bien habría que continuar en los estudios de los sistemas discursivos y de las representaciones, queda pendiente un desarrollo más sistemático del efecto de su plasmación en las prácticas históricas. Otro aspecto que encuentro crucial es reducir los horizontes configurativos de lo público y privado para discernir de manera más clara el protagonismo de las mujeres en los intersticios, en el *in between,* es decir, en el cruce de las fronteras entre público y privado. La revisión del espacio público en términos de lo personal y la reconceptualización de la clásica definición de la política en las obras de historia es otro ámbito para encarar el futuro de este campo de la historia.

La historia de las mujeres y del género siempre ha mostrado una capacidad de introducir nuevas áreas temáticas y objetos de estudio. Creo que el reto actual es evitar añadir más campos de estudio sin la aplicación del bagaje conceptual disponible que, en definitiva, permite repensar de manera crítica las dinámicas históricas. Las fluctuaciones en los recorridos historiográficos son interesantes, un ejemplo podría ser el interés inicial ya en los años 1970 y 1980 por temas relacionados con la sexualidad o la maternidad. Estos temas se han recuperado en el siglo XXI, pero lo significativo es la capacidad de formular otros interrogantes y otras categorías como las identidades sexuales, la configuración de personas sexuadas o la noción de *incardinación.*

[31] Wendy Brown: *Edgework: Critical Essays on Knowledge and Politics,* Princeton-Oxford, Princeton University Press, 2005.

Por otra parte, me da la sensación que persiste una cierta paradoja, ya que la dicotomía cartesiana entre mente y cuerpo presente en la definición histórica de la identidad femenina sigue en gran medida en vigor. Estudiamos las biografías de las mujeres por la mayor parte a partir de sus escritos y discursos. Más difícil es el reto de acceder a un sujeto incardinado de cuerpo y mente a partir de las fuentes históricas disponibles.

El futuro de nuestro campo de estudio requiere además una mayor profundización en el estudio de las masculinidades y de las feminidades, y de su interrelación histórica. Por otra parte, el gran desarrollo de la teoría postcolonial y de los estudios subalternos no sólo es fundamental desde la perspectiva de una visión comparativa internacional, sino como herramienta crítica decisiva para el avance en nuestro campo de la historia.

INMACULADA BLASCO: Dado que Mary Nash ha hablado con carácter general, yo me centraré en la historiografía española. En mi opinión, si echamos la vista atrás, como en otros muchos ámbitos de estudios, la historia de las mujeres y del género goza de muy buena salud. Hemos incorporado nuevos conceptos y debates, hemos ampliado nuestro conocimiento acerca de las mujeres y las concepciones de género en el pasado, se ha consolidado una revista especializada, *Arenal,* que celebró en 2014 su vigésimo aniversario, así como una asociación que cumple ahora veinticinco años de existencia. Pero lo más importante, a mi modo de ver, es que los enfoques androcéntricos y las reflexiones en torno a la construcción histórica del sexo han ido calando entre las nuevas generaciones y no es inusual que jóvenes investigadores e investigadoras incorporen en sus análisis enfoques de género o tengan en cuenta a las mujeres como actores históricos de los procesos que analizan. También se ha producido un movimiento en el sentido de que equipos de investigación han incluido estas cuestiones en sus objetivos y preocupaciones, en parte gracias al esfuerzo de consolidación y de integración por parte de muchas historiadoras. Por otra parte, creo que hemos madurado en la capacidad de discusión con respecto a hace unos años, y que hemos generado debates no sólo al hilo de las discusiones procedentes del extranjero. Además, creo que sigue constituyendo un enfoque con un elevado contenido crítico hacia los cánones más tradicionales de la disciplina, con lo cual la aportación a

la transformación del conocimiento histórico contiene un potencial de gran valor y capacidad de renovación. Por último, señalaría la pluralidad de formas de hacer historia de las mujeres y de género, que para algunos puede significar una cierta desorientación o dispersión y para otros riqueza y florecimiento.

Los principales problemas a los que se enfrenta la historia de las mujeres y la historia de género derivan, a mi entender, de la tensión que sigue existiendo entre visibilización de las mujeres/protagonismo de las mismas y la búsqueda de cómo se construyen las jerarquías de género. Al menos en mi propio trabajo yo lo he experimentado así: cómo el énfasis en la visibilización (si se asume que las mujeres tienen características inherentes e identidades objetivas) puede llevar a considerar la diferencia sexual como natural, y la insistencia en el protagonismo femenino al oscurecimiento de las jerarquías. Por otra parte, si no hemos de perder de vista el análisis de la discriminación y la legitimación de las jerarquías, tampoco podemos volver a explicarlas a partir de unos intereses universales y absolutos. El reto está, creo, en situar históricamente los intereses e identidades de los actores históricos, no entenderlos como resultado de posiciones estructurales sino de significados que cambian históricamente. El camino más adecuado para ello es desentrañar las formas históricas (y sus causas) en que se articula el conocimiento sobre la diferencia sexual. Como decía Joan Scott en la edición revisada de su *Gender and the Politics of History,* conocimiento no son sólo ideas, sino también instituciones, estructuras, prácticas diarias, rituales, relaciones sociales, son formas de ordenar el mundo[32]. En este sentido, creo que los esfuerzos teóricos (y las guías de historiografías que desafían nuestra manera de ver el mundo, léase, por ejemplo, historia postcolonial) siguen siendo importantes y necesarios para la formulación de nuevas preguntas, para imaginar nuevas respuestas sobre el pasado y otras configuraciones identitarias en el presente.

Dolores Ramos: Pienso que la historia de las mujeres y de género se ha convertido en un instrumento imprescindible para analizar los significados de las relaciones de poder entre los sexos en el

[32] Joan W. Scott: *Gender...,* p. 2.

transcurso del tiempo e iluminar áreas desconocidas del pasado, sobre todo cuando sus propuestas se cruzan con otras variables analíticas como la clase social, la raza, las culturas políticas o la edad (el reciente dosier de Mónica Moreno y Bárbara Ortuño en la revista *Ayer, Género, juventud y compromiso,* podría constituir un ejemplo)[33]. Por otra parte, quiero recordar tres formulaciones que, a mi modo de ver, siguen presentes en los debates internacionales sobre las materias que abordamos: los efectos, todavía, del «giro» sobre las identidades; las posibilidades de reconstrucción del sujeto histórico, hecho que comporta poner en práctica un conjunto de revisiones críticas sobre el uso de las nociones «experiencia», «identidad», «cuerpo», «acción» y «emociones», desde perspectivas innovadoras y alejadas del eurocentrismo; y por último, la búsqueda de espacios donde se incluyan y dialoguen las metanarrativas y formas discursivas con el análisis de las prácticas sociales, revelando cómo los sujetos transcriben y transforman los discursos y las experiencias históricas en el marco de sociedades, coyunturas y situaciones específicas.

Richard Cleminson: Desde mi punto de vista, tal vez haya cuatro elementos, más bien prácticos, que sería interesante enfatizar.

Mi experiencia reciente al dar algunos cursos de doctorado en España y en Gran Bretaña muestra cómo entre ciertos/as estudiantes hay una gran aceptación de los planteamientos de género. En contraste, para muchos/as otros/as, no la hay, e incluso hay ignorancia en torno no sólo a los que podría ser un análisis de género, sino también a los usos y la aplicabilidad de tales análisis. Es necesario reafirmar una y otra vez lo que nos puede aportar «una perspectiva de género», sin reducir el ejercicio a esto, y cómo los estudios de género pueden enriquecer cualquier proceso investigador en cualquier campo de estudio.

En segundo lugar, debemos tener en cuenta que los estudios de género incluyen, dependiendo de los marcos institucionales disponibles, el estudio de la sexualidad o de las sexualidades. Este es uno de los enganches que más interesan a los/as estudiantes hoy en día. Gran parte del estudiantado entiende perfectamente que la sexuali-

[33] Mónica Moreno Seco y Bárbara Ortuño Martínez (eds.): *Género, juventud y compromiso, Ayer,* 100 (2015).

dad es un tema que está suscitando un gran debate; lo que les falta, a menudo, son las herramientas para interrogarla. Sólo con plantear que, por ejemplo, la heterosexualidad, tal y como está entendida y practicada ahora, no ha existido desde siempre les ofrece un gran entendimiento acerca de la operación de la sexualidad y de la sociedad en su conjunto.

Aquí también hay una función política de los estudios de género, de la mujer y de la sexualidad: la posibilidad de desestabilizar las propias nociones de los que es hoy en día (y antaño) ser una mujer y un hombre.

Por último, los estudios de género, desde un marco interdisciplinar, pueden y deben ser incorporados en otras disciplinas para enriquecerlas, problematizarlas y proveer otras narrativas. Uno de los ejemplos de esto que más me ha impresionado en los últimos años ha sido el uso de los estudios de género en la arqueología, especialmente la histórica.

INMACULADA BLASCO: Aprovecho para expresar mi completo acuerdo con las últimas intervenciones. Me parece especialmente relevante la reflexión en torno a la conexión con el alumnado y a la capacidad desestabilizadora y crítica de nuestros conceptos, así como la apertura a los estudios postcoloniales, que nos abre la mirada a otras formas de ver el mundo.

PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

1. La revista *Ayer* publica artículos de investigación y ensayos bibliográficos sobre todos los ámbitos de la Historia Contemporánea escritos en castellano.
2. Los autores/as se comprometen a enviar artículos originales que no hayan sido publicados con anterioridad, ni estén siendo considerados en otros medios. Una vez publicados en *Ayer,* los artículos no podrán ser reproducidos sin autorización expresa de la Redacción de la revista. Sí podrá hacerse mención a la edición digital, disponible en el Portal de Revistas de Marcial Pons (http://revistas.marcialpons.es) y en la página web de la Asociación de Historia Contemporánea (http://www.ahistcon.org).

   No se aceptarán para su evaluación trabajos que hayan sido publicados o estén a punto de serlo en cualquier otro medio, en su totalidad o parcialmente, ni los que reproduzcan sustancialmente contenidos ya publicados por el autor/a en libros, artículos o capítulos de libros ya aparecidos o de aparición inmediata. Los artículos deberán presentarse acompañados de una declaración expresa que garantice su plena originalidad, con firma manuscrita del autor/a o autores/as, conforme al modelo que figura en la página web de la revista.

   Excepcionalmente, el Consejo de Redacción de *Ayer* podrá considerar la edición por primera vez en castellano de artículos ya publicados en otras lenguas.
3. Tanto los artículos de investigación como los ensayos bibliográficos serán informados al menos por dos evaluadores/as externos a los órganos de la revista y a la Junta Directiva de la Asociación de Historia Contemporánea que la edita, mediante un sistema doble ciego (anónimo tanto para el evaluador/a como para el autor/a del texto). Los artículos que integran los dosieres serán evaluados de la misma forma. Todos los textos deberán recibir posteriormente la aprobación del Consejo de Redacción.
4. La revista se compromete a adoptar una decisión sobre la publicación de originales en el plazo de seis meses. Se reserva el derecho de publicación por un plazo de dos años, acomodando la aparición del texto a las necesidades de la revista.
5. Los autores/as remitirán su texto a la dirección institucional de la revista (revistaayer@ahistcon.org) en soporte infor-

mático (programa MS Word o similar). Igualmente enviarán un resumen de menos de 100 palabras en español y en inglés; el título, igualmente en español y en inglés; cinco palabras clave, también en los dos idiomas; una breve nota curricular, que no debe superar las 100 palabras; y el compromiso de originalidad firmado, que puede escanearse para su envío por correo electrónico (en formato PDF o similar). No será enviado a evaluación ningún artículo que no incluya todos estos complementos.

6) Los trabajos enviados para su publicación han de ajustarse a los siguientes límites de extensión: entre 7.000 y 10.000 palabras para los artículos (notas de pie de página incluidas), tanto si van destinados a la sección de Estudios como si forman parte de un dosier; y de 4.000 a 5.000 palabras (todo incluido) para los Ensayos bibliográficos y las colaboraciones en la sección Hoy.

7. En los dosieres, las presentaciones de los coordinadores no podrán exceder de 3.000 palabras. El título del dosier y el texto de cubierta no deberán superar las 70 palabras.

8. Sistema de citas: las notas irán a pie de página, procurando que su número y extensión no dificulten la lectura.

Por ejemplo:

Libros: De un solo autor: Santos JULIÁ: *Hoy no es ayer. Ensayos sobre la España del siglo XX,* Barcelona, RBA Libros, 2010.

Dos autores: Mary NASH y Gemma TORRES (eds.): *Feminismos en la Transición,* Barcelona, Grup de Recerca Consolidat Multiculturalisme i Gènere, Universitat de Barcelona-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales (Ministerio de Cultura), 2009.

Tres autores: Carlos FORCADELL ÁLVAREZ, Pilar SALOMÓN CHÉLIZ e Ismael SAZ CAMPOS (coords.): *Discursos de España en el siglo XX,* Valencia, Universidad de Valencia, 2009.

Cuatro o más autores: Carlos FORCADELL ÁLVAREZ *et al.* (coords.): *Usos de la historia y políticas de la memoria,* Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2004.

Capítulos de libro: Antonio ANNINO: «México: ¿Soberanía de los pueblos o de la nación?», en Manuel SUÁREZ CORTINA y Tomás PÉREZ VEJO (eds.): *Los caminos de la ciudadanía. México y España en perspectiva comparada,* Madrid, Biblioteca Nueva-Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2010, pp. 37-54.

Artículos de revista: Pilar FOLGUERA: «Sociedad civil y acción colectiva en Europa: 1948-2008», *Ayer,* 77 (2010), pp. 79-113. Si la referencia es a una/s página/s concreta/s del artículo, se indicarán éstas a continuación del siguiente modo: Pilar FOLGUERA: «Sociedad civil y acción colectiva en Europa: 1948-2008», *Ayer,* 77 (2010), pp. 79-113, esp. pp. 101-102.

Citas posteriores: Santos JULIÁ: *Hoy no es ayer...,* pp. 58-60. Pilar FOLGUERA: «Sociedad civil...», pp. 100-101.

Si se refiere a la nota inmediatamente anterior: *Ibid.,* pp. 61-62. En cursiva y sin tilde.

Cuando se citan varias obras de un mismo autor en el mismo pie de página: Ismael SAZ CAMPOS: «El primer franquismo», *Ayer,* 36 (1999), pp. 201-222; ÍD.: «Política en zona nacionalista: configuración de un régimen», *Ayer,* 50 (2003), pp. 55-84; e ÍD.: «La marcha sobre Roma, 70 años: Mussolini y el fascismo», *Historia 16,* 199 (1992), pp. 71-78.

La ausencia de los datos relativos a la ciudad de edición, la editorial o imprenta, el año o el número en caso de revistas, se indicarán respectivamente con las abreviaturas siguientes:

s. a. = sin autor
s. d. = sin data
s. e. = sin editorial
s. l. = sin lugar de edición
s. n. = sin número

Estas abreviaturas irán seguidas, si es necesario, de una atribución de ciudad, editorial o año, que irán entre corchetes.

Los datos sobre el número de edición, traducción, etc., se pondrán, de manera abreviada, entre el título de la obra y el lugar de edición.

Artículos de periódico: Emilia PARDO BAZÁN: «Un poco de crítica. El símbolo», *ABC,* 22 de febrero de 1919. En caso de que resulte relevante indicar la ciudad de edición del periódico, se señalará a continuación del título; por ejemplo: José ORTEGA Y GASSET: «El error Berenguer», *El Sol* (Madrid), 15 de noviembre de 1930.

Tesis doctorales o Trabajos de fin de Máster: Miguel ARTOLA: *Historia política de los afrancesados (1808-1820),* tesis doctoral, Universidad Central, 1948.

Sitios de internet: Matilde EIROA: «Prácticas genocidas en guerra, represión sistémica y reeducación social en posguerra», *Hispania Nova,* 10 (2012), http://hispanianova.rediris.es/10/dossier/10d014.pdf.

Cuando el documento citado tenga entidad independiente, pero haya sido obtenido de un sitio de internet, esta circunstancia se señalará indicando a continuación de la cita bibliográfica o archivística la expresión «Recuperado de Internet» y la URL del sitio entre paréntesis. Ejemplo: Rafael ALTAMIRA: *Cuestiones Hispano-Americanas,* Madrid, E. Rodríguez Serra, 1900. Recuperado de Internet (http://bib.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=35594).

Documentos inéditos: Nombre y APELLIDOS del autor (si existe): Título del documento (entrecomillado si es el título original que figura en el documento (ciudad, día, mes y año si se conoce la fecha), Archivo, Colección o serie, Número de caja o legajo, Número de expediente. Ejemplos: Carta de Juan Bravo Murillo a Fernando Muñoz (22 de julio de 1851), Archivo Histórico Nacional, *Diversos: Títulos y familias (Archivo de la Reina Gobernadora),* 3543, exp. 9; «Diario de operaciones de la División de Vanguardia» (1836), Real Academia de la Historia, *Archivo Narváez-I,* Caja 1; Juan Felipe MARTÍNEZ: «Relación de lo sucedido en el Real Sitio de San Ildefonso desde el 12 de Agosto de 1836 hasta la entrada de S.M. en Madrid el 17 del mismo mes», Archivo General de Palacio, *Reinado de Fernando VII,* Caja 32, exp. 13.

En el caso de los ensayos bibliográficos o de artículos de carácter teórico, las citas pueden incluirse en el texto (BERNAL GARCÍA, 2010, 259), acompañadas de una bibliografía final.

9. Las aclaraciones generales que deseen hacer los autores/as, tales como la vinculación del artículo a un proyecto de investigación, la referencia a versiones previas inéditas discutidas en congresos o seminarios, o el agradecimiento a personas e instituciones por la ayuda prestada, figurarán en una nota inicial no numerada al pie de la primera página, cuya llamada será un asterisco volado al final del título. Tal nota no podrá exceder de tres líneas.

10. Divisiones y subdivisiones: los epígrafes de los artículos irán en negrita y sin numeración. Conviene evitar los subepígrafes; en el caso de que se incluyan, aparecerán en cursiva.

11. Los artículos podrán contener cuadros, gráficos, mapas o imágenes, aunque limitando su número a los que resulten imprescindibles para apoyar la argumentación, y nunca más de diez en total.

En todos los casos, los autores/as se hacen responsables de los derechos de reproducción de estos materiales, sean de elaboración propia o cedidos por terceros, cuya autorización deben solicitar y obtener por su cuenta, aportando la correspondiente justificación.

Estos elementos gráficos irán numerados correlativamente en función de su tipología (Cuadro 1, Cuadro 2, Cuadro 3...; Gráfico 1, Gráfico 2, Gráfico 3...; Mapa 1, Mapa 2, Mapa 3...; Imagen 1, Imagen 2, Imagen 3...). A continuación del número llevarán un título que los identifique. Y al término de la leyenda o comentario, irá entre paréntesis la palabra *Fuente:,* seguida de la procedencia de la imagen, mapa, gráfico o cuadro.

Los mapas y las imágenes se enviarán separadamente del texto y en formato de imagen (tiff, jpg o vectorial) con una resolución de 300 ppp y un tamaño mínimo de 13 x 18 cm. En el texto se indicará el lugar en el que se desea insertarlos, mediante la mención en párrafo aparte del número entre corchetes [Imagen 1]. Los cuadros y gráficos, en cambio, pueden situarse directamente en el lugar del artículo en el que se quieren insertar.

12. La revista recomienda a los autores de artículos aceptados para su publicación, tanto de la sección de Estudios como de los dosieres, que colaboren con la plataforma GeocritiQ de difusión de la producción académica en Ciencias Sociales y Humanidades en el ámbito hispanohablante. Se trata de enviar a esta plataforma un texto divulgativo de un máximo de 5.000 caracteres (con espacios), en el que se resuman los contenidos del artículo publicado, acompañado de una ilustración y de una foto del autor a director@geocritiq.com. Para más información, véase: http://www.geocritiq.com/.

NÚMEROS PUBLICADOS

1. Miguel Artola, *Las Cortes de Cádiz.*
2. Borja de Riquer, *La historia en el 90.*
3. Javier Tusell, *El sufragio universal.*
4. Francesc Bonamusa, *La Huelga general.*
5. J. J. Carreras, *El estado alemán (1870-1992).*
6. Antonio Morales, *La historia en el 91.*
7. José M. López Piñero, *La ciencia en la España del siglo XIX.*
8. J. L. Soberanes Fernández, *El primer constitucionalismo iberoamericano.*
9. Germán Rueda, *La desamortización en la Península Ibérica.*
10. Juan Pablo Fusi, *La historia en el 92.*
11. Manuel González de Molina y Juan Martínez Alier, *Historia y ecología.*
12. Pedro Ruiz Torres, *La historiografía.*
13. Julio Aróstegui, *Violencia y política en España.*
14. Manuel Pérez Ledesma, *La Historia en el 93.*
15. Manuel Redero San Román, *La transición a la democracia en España.*
16. Alfonso Botti, *Italia, 1945-94.*
17. Guadalupe Gómez-Ferrer Morant, *Las relaciones de género.*
18. Ramón Villares, *La Historia en el 94.*
19. Luis Castells, *La Historia de la vida cotidiana.*
20. Santos Juliá, *Política en la Segunda República.*
21. Pedro Tedde de Lorca, *El Estado y la modernización económica.*
22. Enric Ucelay-Da Cal, *La historia en el 95.*
23. Carlos Sambricio, *La historia urbana.*
24. Mario P. Díaz Barrado, *Imagen e historia.*
25. Mariano Esteban de Vega, *Pobreza, beneficencia y política social.*
26. Celso Almuiña, *La Historia en el 96.*
27. Rafael Cruz, *El anticlericalismo.*
28. Teresa Carnero Arbat, *El reinado de Alfonso XIII.*
29. Isabel Burdiel, *La política en el reinado de Isabel II.*
30. José María Ortiz de Orruño, *Historia y sistema educativo.*
31. Ismael Saz, *España: la mirada del otro.*
32. Josefina Cuesta Bustillo, *Memoria e Historia.*
33. Glicerio Sánchez Recio, *El primer franquismo (1936-1959).*
34. Rafael Flaquer Montequi, *Derechos y Constitución.*
35. Anna Maria Garcia Rovira, *España, ¿nación de naciones?*
36. Juan C. Gay Armenteros, *Italia-España. Viejos y nuevos problemas históricos.*
37. Hipólito de la Torre Gómez, *Portugal y España contemporáneos.*
38. Jesús Millán, *Carlismo y contrarrevolución en la España contemporánea.*
39. Ángel Duarte y Pere Gabriel, *El republicanismo español.*
40. Carlos Serrano, *El nacimiento de los intelectuales en España.*
41. Rafael Sánchez Mantero, *Fernando VII. Su reinado y su imagen.*

42. Juan Carlos Pereira Castañares, *La historia de las relaciones internacionales.*
43. Conxita Mir Curcó, *La represión bajo el franquismo.*
44. Rafael Serrano, *El Sexenio Democrático.*
45. Susanna Tavera, *El anarquismo español.*
46. Alberto Sabio, *Naturaleza y conflicto social.*
47. Encarnación Lemus, *Los exilios en la España contemporánea.*
48. María Dolores Muñoz Dueñas y Helder Fonseca, *Las élites agrarias en la Península Ibérica.*
49. Florentino Portero, *La política exterior de España en el siglo XX.*
50. Enrique Moradiellos, *La guerra civil.*
51. Pere Anguera, *Los días de España.*
52. Carlos Dardé, *La política en el reinado de Alfonso XII.*
53. Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, *Historia de los conceptos.*
54. Carlos Forcadell Álvarez, *A los 125 años de la fundación del PSOE. Las primeras políticas y organizaciones socialistas.*
55. Jordi Canal, *Las guerras civiles en la España contemporánea.*
56. Manuel Requena, *Las Brigadas Internacionales.*
57. Ángeles Egido y Matilde Eiroa, *Los campos de concentración franquistas en el contexto europeo.*
58. Jesús A. Martínez Martín, *Historia de la lectura.*
59. Eduardo González Calleja, *Juventud y política en la España contemporánea.*
60. María Dolores Ramos, *República y republicanas.*
61. María Sierra, Rafael Zurita y María Antonia Peña, *La representación política en la España liberal.*
62. Miguel Ángel Cabrera, *Más allá de la historia social.*
63. Ángeles Barrio, *La crisis del régimen liberal en España, 1917-1923.*
64. Xosé M. Núñez Seixas, *La construcción de la identidad regional en Europa y España (siglos XIX y XX).*
65. Antoni Segura, *El nuevo orden mundial y el mundo islámico.*
66. Juan Pan-Montojo, *Poderes privados y recursos públicos.*
67. Matilde Eiroa San Francisco y María Dolores Ferrero Blanco, *Las relaciones de España con Europa centro-oriental (1939-1975).*
68. Ismael Saz, *Crisis y descomposición del franquismo.*
69. Marició Janué i Miret, *España y Alemania: historia de las relaciones culturales en el siglo XX.*
70. Nuria Tabanera y Alberto Aggio, *Política y culturas políticas en América Latina.*
71. Francisco Cobo y Teresa María Ortega, *La extrema derecha en la España contemporánea.*
72. Edward Baker y Demetrio Castro, *Espectáculo y sociedad en la España contemporánea.*
73. Jorge Saborido, *Historia reciente de la Argentina (1975-2007).*
74. Manuel Chust y José Antonio Serrano, *La formación de los Estados-naciones americanos, 1808-1830.*

75. Antonio Niño, *La ofensiva cultural norteamericana durante la Guerra Fría.*
76. Javier Rodrigo, *Retaguardia y cultura de guerra, 1936-1939.*
77. Antonio Moreno y Juan Carlos Pereira, *Europa desde 1945. El proceso de construcción europea.*
78. Mónica Bolufer y Mónica Burguera, *Género y modernidad en España: de la ilustración al liberalismo.*
79. Carmen González Martínez y Encarna Nicolás Martín, *Procesos de construcción de la democracia en España y Chile.*
80. Gonzalo Capellán de Miguel, *Historia, política y opinión pública.*
81. Javier Muñoz Soro, *Los intelectuales en la Transición.*
82. José María Faraldo, *El socialismo de Estado: cultura y política.*
83. Daniel Lanero Táboas, *Fascismo y políticas agrarias: nuevos enfoques en un marco comparativo.*
84. Pere Ysàs, *La época socialista: política y sociedad (1982-1996).*
85. María Antonia Peña y Encarnación Lemus, *La historia contemporánea en Andalucía: nuevas perspectivas.*
86. Emilio La Parra, *La Guerra de la Independencia.*
87. Francisco Vázquez, *Homosexualidades.*
88. Fernando del Rey, *Violencias de entreguerras: miradas comparadas.*
89. Antonio Herrera y John Markoff, *Democracia y mundo rural en España.*
90. Alejandro Quiroga y Ferran Archilés, *La nacionalización en España.*
91. Maximiliano Fuentes Codera, *La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa*.
92. Emanuele Treglia, *Las izquierdas radicales más allá de 1968*.
93. Isabel Burdiel, *Los retos de la biografía.*
94. Darina Martykánová y Florencia Peyrou, *La Historia Transnacional.*
95. Pedro Rújula, *Los afrancesados.*
96. *Historia joven.*
97. Jordi Canal, *Historia y literatura.*
98. José Javier Díaz Freire, *Emociones e historia.*
99. Ángeles González Fernández, *Las transiciones ibéricas.*
100. Mónica Moreno Seco y Bárbara Ortuño, *Género, juventud y compromiso.*
101. Carolina Rodríguez-López, *La universidad europea bajo las dictaduras.*
102. Ángela Cenarro, *Género y ciudadanía en el Franquismo.*
103. Abdón Mateos, *La izquierda ante la OTAN.*
104. Alfonso Botti, *La crisis de la «Segunda República» en Italia.*

En preparación:

Redes de poder en el mundo contemporáneo.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

Marcial Pons edita y distribuye *Ayer* en los meses de marzo, junio, octubre y diciembre de cada año. Cada volumen tiene en torno a 250 páginas con un formato de 13,5 por 21 cm. Los precios de suscripción, incluido IVA, son:

Precios España:
suscripción anual: 65 €
Precios extranjero:
suscripción anual: 65 € más gastos de envío
Precio número suelto: 22 €

Todas las peticiones, tanto de suscripciones como de ejemplares sueltos, han de dirigirse a Marcial Pons, Agencia de suscripciones, c/ San Sotero, 6, 28037 Madrid, tel. 91 304 33 03, fax 91 327 23 67, correo electrónico: revistas@marcialpons.es.

La correspondencia para la Redacción de la revista debe enviarse a la dirección de correo electrónico: revistaayer@ahistcon.org. La correspondencia relativa a la Asociación de Historia Contemporánea debe dirigirse al Secretario de la misma, a la dirección de correo electrónico: secretaria@ahistcon.org.

104
ayer

ASOCIACIÓN DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA

ISBN: 978-84-16662-09-8

Marcial Pons